LIBRO dot.com

Memorias del Padre Germán

Amalia Domingo Soler

Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

PRÓLOGO

El 29 de abril de 1880 comencé a publicar en el periódico espiritista La Luz del Porvenir las memorias del padre germán, larga serie de comunicaciones que por su forma veces (al parecer novelesca) instruyeron deleitando. El espíritu del Padre Germán fue refiriendo algunos episodios de su última existencia, en la cual se consagró a consolar a humildes y a los oprimidos, des enmascarando al mismo tiempo a los hipócritas y a los religiosos de la Iglesia Romana; esto último le proporcionó (como era natural) disgustos sin cuento, persecuciones sin tregua, crueles insultos y amenazas de muerte, que de una vez estuvieron muy cerca de convertirse en amarguísima realidad. Fue víctima superiores jerárquicos y vivió desterrado en una aldea el que indudablemente por su talento, por su bondad y por sus especiales condiciones hubiera guiado la barca de San a puerto seguro, sin haberla hecho zozobrar. Mas no por vivir en un apartado rinde la tierra vivió oscurecido; que así como las violetas ocultas entre las hojas exhalan delicado perfume, la religiosidad de su alma exhaló también el delicado aroma de su sentimiento religioso, y fue tanta su fragancia, que se aspiró su embriagadora esencia en gran parte de la tierra, y fueron muchos los potentados que, aterrorizados por el recuerdo de sus enormes crímenes, acudieron presurosos y se prosternaron humildemente el pobre sacerdote pidiéndole que sirviera de intermediario entre ellos y Dios.

El padre Germán recogió a muchas ovejas descarriadas, guiándolas solicito por estrecho camino de la verdadera religión; que no es otra cosa que hacer el bien por el mismo, amando al bueno porque por sus excepcionales virtudes merece ser tierna amado, y amando al delincuente, porque es un enfermo del alma en estado gravísimo, que sólo con amor puede curarse.

La misión del padre Germán en su última existencia fue la misión mas hermosa puede tener el hombre sobre la tierra; y como cuando el espíritu deja su carnal envoltura, sigue sintiendo en el espacio lo mismo que sentía en la tierra, él sintió al verse de sus enemigos la misma necesidad de amar y de instruir a sus semejantes, y buscó los medios para llevar a cabo sus nobilísimos deseos.

Esperando ocasión propicia, llegó el momento de encontrar a un médium parlante puramente mecánico, al que él profesaba entrañable afecto hacía muchos siglos; este hallazgo no era bastante: necesitaba que aquel médium tuviese un amanuense sintiera, que comprendiera y que apreciara lo que el médium refiriera, y este amanuense lo encontró en mi buena voluntad, en mi vehementísimo deseo de propagar el Espiritismo, y los tres trabajamos juntos en la redacción de sus Memorias hasta el 10 de de 1884.

Sus Memorias no guardan orden perfecto en la relación de los acontecimientos de su vida; tan pronto relata episodios de su juventud (verdaderamente dramáticos) como se lamenta de su abandono en la ancianidad; pero en todo cuanto dice hay tanto sentimiento, tanta religiosidad, tanto amor a Dios, tan profunda admiración a sus eternas leyes, tan inmensa adoración a la naturaleza, que leyendo los fragmentos de sus Memorias, el alma más atribulada se consuela, el espíritu más escéptico reflexiona, el hombre más criminal se conmueve, y todos a su manera buscan a Dios convencidos de que Dios existe en las inmensidades de los cielos.

Uno de los fundadores de La Luz del Porvenir, el impresor espiritista Juan Torrents, ha tenido el buen acuerdo de reunir en un libro las Memorias del Padre Germán, yo he adicionado a ellas algunas comunicaciones del mismo espíritu por encontrar en sus páginas inmensos tesoros de amor y de esperanza, esperanza y amor que son los frutos sazonados de la verdadera religiosidad que el padre Germán posee desde hace muchos siglos; porque para sentir como ¿1 siente, y amar como él ama, y conocer tan afondo las miserias de la

humanidad, se tiene que haber luchado con la impetuosidad de las pasiones, con las asechanzas de los vicios, con los irresistibles halagos de las mundanas vanidades. Las grandes, las arraigadas virtudes y los múltiples conocimientos cien tificos no se improvisan: son la obra paciente de los siglos.

Sirvan estas líneas de humilde prólogo a las Memorias del Padre Germán, y sean ellas las hojas que ocultan un ramo de viole tas cuyo delicadísimo perfume aspirarán con placer los sedientos de justicia y los hambrientos de amor y de verdad.

Amalia domingo soler
Gracia, 25 de febrero de 1900.

EL REMORDIMIENTO

¡Con cuánto sacrificio, con qué santa fruición celebré por vez primera el sacrificio de la misa! Yo nací para la vida religiosa, dulce y contemplativa.

¡Qué grato era para mí enseñar la doctrina a los pequeñuelos! Cuanto me deleitaba escuchar sus vocecitas, destempladas unas, chillonas otras, débiles aquéllas; pero agradables todas, porque eran puras como sus almas inocentes.

¡Oh, las tardes! ¡Las tardes de mi aldea viven siempre en mi memoria! ¡Cuánta ternura, cuánta poesía tenían para mí aquellos momentos, en que dejaba mi querido breviario y acompañado de mi fiel Sultán me dirigía al cementerio a rogar ante la Cruz de piedra por las almas de los fieles que dormían en torno a mi!

Los niños me seguían de lejos, y me esperaban a la puerta de la casa de los muertos; cuando terminaba mi oración salía de la mansión de la verdad y recordando las divinas palabras de Jesús, decía: "¡Vengan a mí los pequeñitos!", y un enjambre de chicuelos me rodeaba cariñosamente y me pedía que les contara cuentos. Yo me sentaba a la sombra de un venerable olivo. Sultán se echaba a mis pies y los niños se entretenían, primero, en tirarle de las orejas a mi viejo compañero, que sufría resignado aquellas pruebas de infantil cariño y de alegre travesura. Yo les dejaba hacer, me complacía en yerme rodeado de aquellas inocentes criaturas que me miraban con ingenua admiración, diciéndose unos a otros: "Juguemos al muerto con Sultán, que el Padre no nos riñe"; y mi pobre perro se dejaba arrastrar sobre la hierba, mereciendo al final, en premio de su condescendencia, que todos los chicos le dieran algo de su merienda; después, restablecida la calma, todos se sentaban en torno a mí y escuchaban atentamente el suceso milagroso que yo les contaba.

Sultán era el primero que daba la señal de marchar; se levantaba, inquietaba a los chicuelos con saltos y carreras y volvíamos todos juntos a nuestros pacíficos hogares; y así pasé muchos días, muchos meses de paz y de amor ignorando que hubiera criminales en el mundo. Mas ¡ay! la muerte se llevó al padre Juan y entonces entré en propiedad de aquel curato, y nuevas atenciones vinieron a turbar el sueno de mis noches y el sosiego de mis días.

Sin darme cuenta de por qué, siempre había rehusado la confesión de los pecados de otro. Encontraba una carga muy pesada el guardar secretos de los demás. Mi alma, franca e ingenua, se abrumaba con el peso de mil culpas y le asustaba aumentar la carga con los pecados de los demás. Mas la muerte del padre Juan me obligó a sentarme en el tribunal de la penitencia, o mejor dicho, de la conciencia humana, y entonces... ¡oh! entonces me horrorizó la vida.

¡Cuántas historias tristes...! ¡Cuántos desaciertos... ¡Cuántos crímenes...! ¡Cuánta iniquidad.

Una noche, ¡oh! aquella noche jamás la olvidaré. Me preparaba para descansar, cuando Sultán se levantó inquieto, me miró atentamente, apoyó sus patas delanteras en el brazo de mi sillón y parecía decirme con su inteligente mirada: "No te acuestes, que alguien llega". Cinco minutos después sentí el galope de un caballo y pasados algunos momentos vino el viejo Miguel a decirme que me quería hablar un señor.

Salí a su encuentro y Sultán le olfateó sin demostrar el más leve contento, y se acostó a mis pies en actitud defensiva.

Parece que aún veo a mi visitante. Era un hombre de edad mediana, de semblante triste y de mirada sombría. Me miró y me dijo:

-Padre, ¿estamos solos?

-Sí, ¿qué queréis?

-Quiero que me escuchéis una confesión.

-,Y a qué venís a buscarme cuando tenéis a Dios?

-Dios está muy lejos de nosotros, y yo necesito oír una voz más cercana.

-,Y vuestra conciencia nada os dice?

-Pues porque escucho su voz vengo a buscaros. No me han engañado al decirme que erais enemigo de la confesión.

-Es verdad: el horror de la vida me abruma; no me gusta escuchar más que las confesiones de los niños, porque sus pecados hacen sonreír a los ángeles.

-Padre, escuchadme; porque es obra de caridad dar consejo al que lo pide.

-Hablad, y que Dios nos inspire a los dos.

-Prestadme toda vuestra atención. Hace algunos meses que, junto a las tapias del cementerio de la ciudad D... se encontró el cadáver de un hombre con el cráneo levantado. Se hicieron pesquisas para encontrar al asesino, y todo ha sido infructuoso. Últimamente se ha presentado un hombre en el Tribunal de Justicia y ha declarado ser él el matador del hombre que se halló muerto junto al cementerio. Yo soy el juez de esa causa; la ley le condena a muerte, atendida su declaración, y yo no lo puedo condenar.

-¿Por qué?

-Porque sé que es inocente.

-¿Cómo, si se declara culpable?

-Pues yo os juro que no ha sido él el matador.

-¿Y cómo podéis jurarlo?

-Porque el asesino de ese hombre he sido yo.

-¿Vos...?

-Sí, padre, yo he sido; es una historia muy larga y muy triste; sólo os diré que tomé la venganza por mi mano y que de mi secreto depende el honor de mis hijos; pero mi conciencia no puede tolerar el firmar la sentencia de muerte de un hombre que me consta que no es culpable.

-¿Padece ese desgraciado alguna enajenación mental?

-No, no; su cabeza se encuentra perfectamente organizada. Apelé al recurso de decir que estaba loco; pero la ciencia médica me ha desmentido.

-Entonces no tengáis remordimiento en condenarle; que los remordimientos de otro crimen le habrán hecho dar ese paso; nadie entrega su vida a la justicia sin ser lo que se llama un asesino; idos tranquilo, cumplid con la justicia humana, que los remordimientos de ese desgraciado le han encargado de que se cumpla la di'Ana. Yo os prometo hablar con ese infeliz, y para vuestro sosiego os diré lo que me confíe, y en cuanto a vos, no volváis a olvidar el quinto mandamiento de la ley de Dios que dice: "No matarás".

Mis presentimientos no me engañaron; cuando algunos días después hablé con el reo, cuando en sus últimos momentos le dije:

"Habla, que Dios te escucha!", entonces, anegado en lágrimas, me dijo:

"Padre mío, ¡qué triste es la vida del criminal! Hace diez años maté a una pobre joven, y su sombra me ha perseguido siempre; aún la veo, ¡aquí está entre los dos! Me casé para ver si viviendo acompañado perdía aquel horror que me mataba lentamente; pero al ir a acariciar a mi esposa, ella se interponía, y su cara lívida ocultaba el semblante de mi compañera; cuando ésta tuvo el primer hijo, no era mi mujer la que tenía ante mis ojos el niño; era ella la que me lo presentaba. He viajado, me he lanzado a todos los vicios; ora me arrepentía y pasaba días y días en las iglesias, pero si estaba en los garitos ella pasaba junto a mí; si iba al templo ella se colocaba delante de todas las imágenes; y siempre ella... No sé por qué no he tenido valor para matarme, y al no encontrarse el matador de ese pobre hombre, di gracias a Dios, porque así podría morir acusándome del delito de su muerte.

-¿Y cómo no habéis declarado vuestro crimen anterior?

-Porque no hay pruebas convincentes, porque yo supe ocultar tan diestramente mi asesinato que no quedó el rastro más leve; pero lo que los hombres no han visto lo he visto yo. Aquí está ella, aquí, y parece que me mira con menos enojo. ¿No la ve usted, padre? ¿No la ve usted? ¡Ay! ¡Ay! ¡Qué ganas tengo de morir para dejar de verla!

En el instante de subir al patíbulo, me dijo el reo; “En lugar del verdugo está ella. Padre, pídale usted a Dios que no la vea después de morir, si es que se ven los muertos en la eternidad”.

Para descansó del juez homicida, le dije a éste cuanto me había dicho el otro Caín, y al terminar mi relato me dijo tristemente: “Ay, padre!, ¿qué vale la justicia humana comparada con la justicia divina? La muerte de ese hombre, está vengada ante la sociedad; el reo quizá descansa en la eternidad, pero yo, ¡padre mío!, ¿dónde descansaré...?

Un año después entró el juez en un manicomio para no salir más de él; y yo... depositario de tantos secretos, testigo moral de tantos crímenes, confidente de tantas iniquidades, ¡vivo abrumado bajo el peso de las culpas humanas!

¡Oh, tranquilas tardes de mi aldea! ¿Dónde estáis? Ya no resuenan mis oraciones al pie de la cruz de piedra. ¿Dónde están aquellos niños que jugaban con Sultán? Este último ha muerto, los primeros han crecido... Ya son hombres... y quizá algunos de ellos criminales.

Dicen que soy bueno; muchos pecadores me vienen a contar sus cuitas; y veo que el remordimiento es el único infierno del hombre.

¡Señor, inspírame! ¡Guíame por el camino del bien, y ya que roe entristezco por culpas ajenas, que no pierda la razón recordando las mías! Porque ¿qué hombre habrá en este mundo que no tenga remordimientos?

LAS TRES CONFESIONES

¡Manuscrito querido, fiel depositario de los últimos secretos de mi alma! Después de Dios, tú eres mi confesor, tú eres mi exacto retrato. El mundo no me conoce, tú sí. A ti me presento tal cual soy con mis debilidades y mis remordimientos. Ante ti soy hombre. Para la sociedad soy el sacerdote.

Muchos me creen impecable. ¡Dios mío!, ¿por qué pedirán un imposible?

¿Por qué le exigen al ungido del Señor la fuerza del gigante? ¡Si es un pigmeo como los demás hombres de la tierra!

¡Ah, las leyes!, ¡las leyes sociales, cuan absurdas son! Yo antes no lo conocía, pasé muchos años contento con mi suerte. Celebrar la misa, enseñar la doctrina a los niños, pasear con mi viejo compañero el fiel Sultán, entregado a lecturas piadosas, era todo mi encanto. Sólo una nube de tristeza envolvía mi mente cuando tenía que cumplir un acto de mi sagrado ministerio. Sólo una cosa me abrumaba y me enloquecía: recibir la confesión de los pecadores. ¡Oh! cuando me sentaba en el confesionario, cuando mi angustiosa mirada se fijaba en el rostro de los penitentes, y éstos me confiaban sus cuitas y a veces terribles secretos, yo sufría mil muertes por segundo. Salía del confesionario huyendo de mi mismo, corría como un loco, y me iba al campo; y allí me postraba en tierra, y pedía a Dios que me quitase la memoria. A veces Dios escuchaba mi ruego; un sueño apacible se apoderaba de mis sentidos y mi fiel Sultán tirando suavemente de mi hábito, me despertaba, y yo me sentía débil como si hubiese tenido una fuerte calentura. Recordaba vagamente mil sucesos extraños, y volvía a mi hogar, donde el viejo Miguel me esperaba inquieto.

Nunca quise el tumulto de las grandes ciudades, siempre prefería mi aldea; pero, como si fuese mi expiación, aunque yo rehusé vivir en la gran ciudad de N... sus principales habitantes venían a buscar al cura de la aldea, y mujeres de noble cuna, y hombres de encumbradísima posición social, venían a mi humilde iglesia para que yo les diera la bendición nupcial. Y yo miraba a aquellas jóvenes parejas sonriendo de felicidad, y sin darme cuenta del porqué, sentía un dolor agudo en la frente y en el corazón, y cuando todos se iban,

cuando me quedaba solo en el templo, éste me parecía un sepulcro, y yo el cadáver enterrado en él.

Guardábame muy bien de comunicar a nadie mis impresiones, porque el vulgo y mis envidiosos compañeros hubiesen dicho que el diablo me tentaba, y yo bien sabía que Satanás no había nacido.

Educado en el más riguroso ascetismo, sin haber conocido a mi madre, que murió al darme a luz; hijo del ministerio, crecí entre una comunidad religiosa, como flor sin rocío, como ave sin alas, obligado siempre a obedecer, sin derecho alguno para preguntar. Un día me dijeron:

-Serás ministro de Dios, y huirás de la mujer, porque de ella se sirve Satán para perder al hombre -y yo huí con un terror supersticioso porque quería ser grato a los ojos del Señor.

Me entregué a leer, leí mucho, y comprendí (aunque tarde) que el sacrificio del sacerdote católico era contrario a las leyes naturales, y todo lo que violenta la leyes de Dios es absurdo, pero... enmudecí, envidié el valor de los reformadores, y no me atreví a seguirles; quise cumplir bien con mi delicada misión, y me sacrifiqué en aras de la institución a que pertenecía.

El día que cumplí treinta y cinco años, los niños de mi aldea entraron en tropel en mi huerto, y todos a porfía me entregaron ramos de flores, frutas y leche, miel y manteca, y cuando más contento estaba yo entre mis hijos adoptivos, suspirando interiormente por la familia que yo no había podido crear, recibí un pliego de la ciudad de N... en el cual la directora de un colegio de niñas nobles me anunciaba que a la mañana siguiente vendría con quince de sus educandas para que recibieran mis consejos espirituales y se acercaran a la mesa del Señor, a participar del festín eucarístico. Sin saber por qué, latió mi corazón aceleradamente, algo tibio resbaló por mis mejillas, y aunque procuré dominarme, todo el día estuve triste.

A la mañana siguiente, una larga fila de coches rodeó el humilde templo de mi aldea, y preciosas niñas de doce a catorce años, como una bandada de palomas, abatieron su vuelo y entraron en el risueño nido de la Iglesia cristiana, cuyos sencillos altares estaban adornados con perfumadas flores, que justo era que se confundieran las rosas de los prados con las blancas azucenas del jardín de la vida. ¡Preciosas niñas! ¡sonrisas del mundo! ¡esperanzas del hombre! ¿por que entrasteis en mi pobre aldea?

Yo las miré, pero sólo vi a una; era una niña pálida, en largos rizos negros; al andar se doblegaba como de lirios marchitos. Cuando se prosternó ante el confesionario, el olor de los blancos jazmines que coronaban su frente llegó hasta mi cerebro y me trastornó. La niña me miró fijamente y me dijo con voz triste:

-Padre, cuando una persona se confiesa, ¿es preciso que diga cuanto piensa a su confesor?

-Si es malo, sí; si es bueno, no.

-¿Querer es malo?

A esta pregunta no supe al pronto qué contestar; miré a la niña y no sé qué leí en sus ojos, pues me llevé las manos al corazón para contener sus latidos y repliqué con grave acento:

-Querer es bueno, pero no siempre es bueno; se debe adorar a Dios, se debe amar a nuestros padres, se debe querer al prójimo, pero hay otras pasiones en el mundo que tú no comprendes todavía, en las cuales el querer es un delito.

-Yo amo a Dios, quiero a mis padres, a mis hermanos y... a un hombre.

-Eres muy niña aún para querer a ningún hombre.

-Yo he leído que para el corazón no hay edades, y ya hace un año que le quiero.

En vez de preguntar, yo enmudecí; el nombre de aquel hombre no quería saberlo, pero la niña prosiguió:

-Hace un año que mi hermana Adela se casó, quería que la bendijera un santo, y la bendición la recibió de vos.

-De mí...

-Sí, de vos; tenéis fama de justo. Yo vine con mi hermana, y desde aquel día...

-¿Qué?

-Desde aquel día pienso en vos, y para volveros a ver, para poderos hablar, yo he sido la que he demostrado más empeño en venir para preguntaros si es un pecado pensar en vos.

¿Qué pasó por mí entonces? No lo sé; cerré los ojos, pero fue inútil; aquella niña hechicera, aquella joven encantadora, llena de ingenuidad y de pasión, me revelaba un mundo de felicidad negado para mí; aquella voz acariciaba mi alma, pero tuve bastante valor para dominar mi sentimiento, y dije a la niña:

-A un sacerdote no le puedes amar, hija mía, porque es un hombre que no pertenece al mundo; ruega fervorosamente para que Dios aparte de ti esa fatal alucinación, y pide a Dios que te perdone como te perdono yo.

Y ciego, abrumado por diversas y encontradas emociones, salí del confesionario y pedí a Dios no ver, para no sufrir. Pero ¡ay! ¡sólo a ella veía! La niña pálida de los rizos negros quedó grabada en mi mente, y durante mucho tiempo turbó mi sueño y mis oraciones el perfume de los jazmines que coronaban su frente.

Ocho años más tarde, un apuesto caballero llegó a mi aldea, pidió yerme y me dijo:

-Venid, señor; mi esposa se muere y no quiere más confesor que a vos. Le seguí, y sin saber por qué, pensé en la niña de los rizos negros. Llegamos a un palacio, y el joven me acompañó a una habitación regia, en la cual había un lecho envuelto en largas cortinas de púrpura, y dentro de él una mujer se quejaba débilmente. Me dejaron solo con la enferma, y entonces ella me dijo:

-Miradme! ¿No me conocéis?

Mi corazón ya la había reconocido, aunque a decir verdad no la había olvidado; pero tuve fuerza de voluntad para decirle:

-Quien ha de conoceros es Dios en su reino; que los hombres de la tierra son cosa baladí.

-Yo no os he olvidado; hoy hace ocho años que os dije que os amaba; dicen que voy a morir, y he querido deciros que sobre todos los seres de la tierra os he amado a vos.

La miré un momento, contemplé aquellos ojos donde irradiaba la pasión, la bendije con mi pensamiento, hice una cruz con mi diestra, queriendo poner algo entre ella y yo, y salí de la estancia mortuoria huyendo de mí mismo, volví a mi aldea y devoré en silencio aquel amor que yo no tenía derecho a gozar.

Dos años después la peste asoló la ciudad vecina, y numerosas familias vinieron a mi aldea en busca de sus aires de salud. Mas ¡ay! los huéspedes trajeron el contagio, y la campana lanzó al viento su voz melancólica para decir a los sencillos campesinos:

"La muerte está entre vosotros", mas esto no fue óbice para que siguieran llegando nuevos emigrados; entre ellos, llegó una noche el duque de V. acompañado de su esposa y de numerosos criados. Al día siguiente, en breves horas, murió el duque, y cuando llegué para prestarle los últimos auxilios de la religión, ya era tarde. Una mujer salió a mi encuentro llorando silenciosamente. Yo retrocedí estupefacto; era ella, era la joven pálida de los rizos negros que yo creía muerta hacía dos años.

Ella me comprendió, diciendo con voz triste:

-Dios es muy bueno para mí, creo que ahora moriré del todo; creo que ahora seguiré a mi esposo. Vos recibisteis mi primera confesión, y tal vez recibáis la última. Sólo un secreto he tenido en mi vida, sólo un pecado he cometido, si es que el querer es un delito.

Las señales de la fiebre contagiosa ya se marcaban en su pálido semblante, y corrí como un loco a pedirle a la ciencia la vida de aquella mujer que tanto me había querido y que tanto yo había amado; pero la ciencia (gracias a Dios) no escuchó mis imprudentes ruegos, y dos días después murió la joven duquesa, diciéndome: "Quiero que me entierren en el cementerio de esta aldea, quiero estar a vuestro lado muerta, ya que no he podido estar en vida".

¡Qué misterios guarda el corazón humano!

Cuando eché un puñado de tierra en su sepultura casi me creí feliz; ¡cuan egoísta es el hombre!

Cuando la niña pálida coronada de blancos jazmines, llena de inocencia y de amor, me brindó con la copa de la vida, yo rehusé el néctar de la felicidad, y envidié al hombre que la llevase al altar.

Cuando la noble dama rodeada de opulenta familia me dijo que se moría queriéndome, envidié a los suyos, que podrían recibir su último suspiro y podrían prestarle a su cadáver todo el lujo de las pompas humanas.

Cuando aquella mujer, sola, rodeada de seres extraños que huían temerosos de contagiarse, me pidió un rincón en el cementerio de mi aldea; cuando vi que nadie podía arrebatarme sus cenizas, porque de su puño y letra dejó escrito que su cuerpo no fuese extraído de la humilde sepultura que deseaba, ¡oh! entonces, entonces recibí sus últimas palabras con mágico arrobamiento. Su primera confesión fue para decirme que me amaba, y su última confesión fue para repetir que mi memoria había sido el culto de su vida.

Ni un instante me separé de sus restos; los pobres habitantes de mi aldea, diezmados por la fiebre, espantados por la mortandad, habiéndose muerto el sepulturero, los pocos que me quedaban no querían tocar a los muertos, y entre Miguel y yo depositamos en una fosa el cadáver de la mujer pálida. Sultán se echó a mis pies.

Miguel se alejó, y yo entonces entregué mi corazón a la felicidad de amar.

Con amar a una muerta no quebrantaba los mandatos sagrados; lloré mi juventud perdida, lamenté mi debilidad de no haber protestado de mis votos y haberme afiliado a la iglesia luterana, uniéndome con el lazo del matrimonio a aquella niña pálida de los rizos negros, y me hubiera creado familia grata a los ojos del Señor. Comprendí en breves horas lo que no había comprendido en veinte años, y suspiré por una dicha que rara vez se encuentra en la tierra.

¡Yo que he sabido tantos secretos! ¡Yo que he visto a tantas mujeres sin careta, confiándome sus infidelidades y sus extravíos!... ¡Yo que he visto tanta inconstancia, apreciaba en todo su valor el amor inmenso de aquella mujer que me vio cuatro veces en su vida, y desde que supo sentir sintió por mí!

¡Con qué placer cubrí su huesa de flores! ¡Con qué santo deleite las cuidaba! ¡El corazón del hombre siempre es niño!

¡Ni un día, ni un solo día, dejaba de ir al cementerio! ¡Allí estaba el encanto de mi vida!

Pasaron muchos inviernos; la nieve cubrió su tumba, y dejó en mi cabeza blancos copos, pero mi corazón siempre fue joven.

Siempre el calor del más puro sentimiento mantuvo el fuego santo del más inmenso amor. ¡Madre, hermana, esposa e hijos, todo lo refundí en ella, que es justo pagar con creces las sagradas deudas del amor!

¡Si algo he progresado en este mundo, todo se lo he debido a ella! ¡A la niña pálida de los rizos negros!

Junto a su tumba comprendí el valor de la reforma luterana, y regando los sauces que le prestaban sombra, disipé las sombras que envolvían mi imaginación. Conocí lo pequeña que era la iglesia de los hombres, y lo grande que era el templo universal de Dios.

¡Amor! ¡sentimiento poderoso! ¡fuerza creadora! ¡tú eres el alma de la vida porque vienes de Dios!

¡Sacerdotes sin familia son árboles secos! ¡Y Dios no quiere la esterilidad del sacrificio; Dios no quiere más que el progreso y el amor universal!

EL ENCAPUCHADO

¡Señor! ¡Señor! ¡Cuan culpable debí de ser en mi anterior existencia! Pues yo estoy bien seguro que ayer he vivido y viviré mañana, no de otro modo puedo explicarme la continua contrariedad de mi vida. Y Dios es justo, y Dios es bueno, y Dios no quiere que se descarríe la última de sus ovejas y el espíritu se cansa como se cansa el mío de tanto sufrir.

¿Qué he hecho yo en el mundo? Padecer; vine a la tierra y mi pobre madre murió al darme a luz, o la hicieron morir, o la obligaron a enmudecer, ¡quién sabe! El más profundo misterio veló mi nacimiento. ¿Quién me dio el primer alimento? Lo ignoro. No recuerdo que ninguna mujer meciera mi cuna. Mis primeras sonrisas a nadie hicieron sonreír; hombre con hábitos negros veía en torno de mi lecho al despertar. Ni una caricia, ni una palabra de ternura resonaba en mis oídos; toda la condescendencia que tenían conmigo era dejarme solo en un espacioso huerto; y los padres de mi fiel Sultán (hermosísimos perros de Terranova) eran mis únicos compañeros.

En las tardes de verano, a la hora de la siesta, mi mayor gusto era dormir reposando mi cabeza sobre el cuerpo de la paciente Zoa, y aquel pobre animal permanecía inmóvil todo el tiempo que yo quería descansar.

Éstas fueron todas las alegrías de mi niñez. Nadie me castigó nunca, pero tampoco nadie me dijo: Estoy contento de ti. Sólo la pobre Zoa lamía mis manos, y sólo León me tiraba de las mangas del hábito y echaba a correr como diciéndome:

"Ven a correr conmigo", y yo corría con ellos, y entonces... sentía el calor de la vida.

Cuando dejé mi encierro, nadie derramó una lágrima; únicamente me dijeron: "cumple con tu deber"; y como recuerdo de mi niñez y de mi juventud, me entregaron a Sultán, entonces pequeño juguetón cachorrillo, y comencé una era menos triste que la anterior, pero triste siempre.

Amante de la justicia, mis compañeros me señalaron con el dedo; me conceptuaron como elemento perturbador, y me confinaron en una aldea donde pasé más de la mitad de mi vida; y cuando la calma se iba apoderando de mi mente, cuando la más dulce melancolía me dejaba sumido en mística meditación, cuando mi alma gozaba algunas horas de apacible sueño moral, me llamaban de la ciudad vecina para bendecir un casamiento, para recoger la postrer confesión de un moribundo, para asistir a la agonía de un reo en capilla; y contrariado siempre, nunca he podido, al concebir un plan, llevarlo a efecto, por sencillo que fuera. Y yo he sido un ser inofensivo, he amado a los niños, he consolado a os desgraciados, he cumplido fielmente con los votos que pronuncié. ¿Por qué esta lucha sorda? ¿Por qué esta contrariedad continua? Si mi espíritu no tiene derecho de individualizarse más que en esta existencia, ¿por qué Dios, amor inmenso (que en Él todo es amor), me ha hecho vivir en esta terrible soledad? ¡Ah! no, no, mi propio tormento me dice que viví ayer. ¡Si no reconociera mi pasado, yo negaría a mi Dios! Y yo no puedo negar la vida. Pero ¡ah! ¡cuánto he sufrido! ¡Sólo una vez he podido hacer mi voluntad, sólo una vez he desplegado la energía de mi espíritu, y cuan feliz fui entonces!

-Oh, Señor, Señor, las fuerzas de mi alma no pueden inutilizarse en el corto plazo de una existencia! ¡Yo viviré mañana, yo volveré a la tierra y seré un hombre dueño de mi voluntad! Y yo te proclamaré. Señor, no entre hombres supeditados a vanos formalismos. ¡Yo proclamaré tu gloria en las Academias, en los Ateneos, en las Universidades, en todos los templos del saber, en todos los laboratorios de la ciencia! ¡Yo seré uno de tus sacerdotes! ¡Yo seré uno de tus apóstoles, pero no haré más votos que seguir la ley de tu Evangelio!

Yo amaré, porque tú nos enseñas a amar. Yo me crearé una familia, porque tú nos dices creced y multiplicaos. Yo vestiré a los huérfanos, como tú vistes a los lirios de los valles. Yo hospedaré al peregrino, como tú hospedas en las enramadas a las aves. Yo difundiré la luz de tu verdad, como tú difundes el calor, y esparces la vida con tus múltiples soles en tus infinitos universos. ¡Oh, sí, yo viviré, porque si no viviera mañana, negaría tu justicia, Señor!

Yo no puedo ser un simple instrumento de la voluntad de otros. Porque, si no, ¿para que me has dotado de entendimiento y de libre albedrío? ¡Si todo cumple su trabajo en la creación mi iniciativa debe cumplir el suyo; y yo nunca he estado contento con las leyes de la tierra! ¿Cuándo, cuándo podré vivir?

¡Cuántas veces, Señor, cuántas veces he acudido para confesar a los reos de muerte, y si hubiera podido, me hubiese llevado a aquellos infelices a mi aldea y hubiera partido mi escaso pan con ellos! ¡Cuántos monomaniacos! ¡Cuántos espíritus enfermos me han confiado sus más secretos pensamientos, y he visto muchas veces más ignorancia que criminalidad! ¡Desventurados!

Una noche reposaba en mi lecho, y Sultán, como de costumbre estaba echado delante de mi cama. Yo, ni despierto ni dormido, pensaba en ella, en mi adorada muerta, en la niña pálida de los rizos negros; de pronto Sultán, se levantó, gruñó sordamente y apoyó sus patas delanteras en mi almohada, diciéndome con su inteligente mirada: “Escucha”. Presté atento oído y nada oí; tiré de una oreja a Sultán, diciéndole: “Tú sueñas, compañero”; pero él siguió mirándome, y pronto oí un rumor lejano que se fue acercando; y de pronto el galope de muchos caballos hizo temblar las casas de la aldea. Un fuerte aldabonazo resonó en la Rectoría. Miguel se levantó apresuradamente, miró quién era y vino a decirme todo azorado:

-Señor, vienen a prendernos; quiere veros un capitán de gendarmes que viene con mucha gente.

-Pues que pase -le contesté. A poco entró el capitán, hombre de semblante rudo pero franco, y, me dijo:

-Dispénseme usted. Padre, que venga en hora tan intempestiva a turbar su sueño, pero se ha escapado de la cárcel hace varios días un preso que pronto debía ir a cumplir su condena en Tolón; se le ha buscado pero inútilmente, y venimos a ver si por acaso le encontramos en los vericuetos de estas montañas. Dicen que tiene usted un perro a cuyo fino olfato nada se le escapa, y vengo a que me deje usted su perro a ver si él husmea la pista; me han dicho que le tiene usted en mucha estima, y le respondo que a este bravo animal no le sucederá nada.

Yo miré a Sultán fijamente, y le dije al capitán:

-Bien, esperemos al amanecer y mientras reposa usted dos horas en mi lecho y mucho antes de que salga el sol yo le llamaré.

-Tengo orden de no perder un minuto, y no le perderé. Yo, que no deseaba que encontrasen a aquel desgraciado, miraba fijamente a Sultán; y éste pareció comprender mi pensamiento; movió la cabeza en señal de asentimiento, y él mismo cogió el fuerte collar de cuero rodeado de aceradas puntas que le servía en las grandes caminatas, se lo puso, y el capitán le miró complacido, diciendo:

“¡Qué hermoso animal!” Y momentos después se fue la partida, y yo me quedé rogando al Ser Supremo que en aquella ocasión mi fiel Sultán no descubriera rastro alguno.

Al día siguiente por la tarde volvió el capitán malhumorado, diciendo:

-Os traigo dos malas noticias: -no he encontrado al bandido, y he perdido a vuestro perro. En una hora que hemos tenido de descanso ha desaparecido, lo que siento vivamente porque es un animal que no tiene precio. ¡Qué inteligente es! Hace dos horas que podíamos estar aquí, pero hemos retrocedido buscando al perro.

Hice que el capitán cenara conmigo, y en seguida marchó a dar cuenta de su cometido; y yo, sin saber por qué, no me inquieté por la ausencia de Sultán; dejé entreabierta la puerta del huerto y subí a mi cuarto, donde me puse a leer, y a las nueve se me presentó Sultán, le quité el collar, me hizo mil caricias, y después apoyó su cabeza en mis rodillas, principió a gruñir y a tirarme del hábito; se iba hacia la puerta, volvía, me miraba, se tendía en el suelo, cerraba los ojos y se hacía el muerto, se levantaba y volvía a mirarme como diciendo: “Ven, conmigo”. Yo pensé en el criminal escapado, y me dije: “Sea lo que sea, llevaré algunas provisiones”. Cogí un pan, una calabaza con vino añejo, otra con agua aromatizada, una linterna que escondí debajo de mi capa, y sin hacer el más leve ruido salí por la puerta del huerto, la cual dejé entornada. Miguel entretanto dormía profundamente.

Cuando me vi en el campo, sentí en todo mi ser una emoción especial, y me detuve algunos momentos para dar gracias a Dios por aquellos instantes que me concedía de completa libertad. Me sentía ágil, mis ojos veían más lejos. Era una hermosísima noche de primavera, y las múltiples estrellas parecían un ejército de soles que celebraban en el cielo la fiesta de la luz; tan brillantes eran los efluvios luminosos que enviaban a la tierra. Parecía que la naturaleza se asociaba conmigo para hacer una buena obra. ¡Todo sonreía, y mi alma sonreía también! Pero Sultán estaba impaciente, y turbaba mi meditación tirándome con fuerza de la capa; le seguí y pronto desaparecí en hondos barrancos muy cercanos al cementerio. Sultán me guiaba recogiendo la extremidad de mi báculo, porque la luz de la linterna parecía achicarse en aquellos antros oscuros. Seguimos una larga cueva, y en el fondo de ella había una pirámide de ramas secas; y detrás de aquel parapeto cubierto de seco follaje, había un hombre, al parecer muerto, tan completa era su insensibilidad. Su aspecto era espantoso, casi desnudo, rígido!, ¡helado! Lo primero que hice fue dejar la linterna en el suelo junto con el pan, el vino y el agua, y haciendo un gran esfuerzo conseguí sacarlo de detrás de la pirámide, y lo arrastre al medio de la cueva. Cuando le puse bien tendido, colocando su cabeza sobre un montón de ramas. Sultán comenzó a lamer el pecho de aquel desgraciado; y yo, empapando mi pañuelo en el agua aromatizada, le apliqué a su frente y a las sienes, le roció la cara, y apoyando mi diestra sobre su cora5n sentí, pasados algunos momentos, débiles y tardos latidos. Sultán, mientras tanto, no perdonaba medio para volverle a la vida: lamía sus hombros, olfateaba todo su cuerpo, restregaba su cabeza con la cabeza de aquel infeliz, y al fin el moribundo abrió los ojos, y los volvió a cerrar suspirando angustiosamente. Entonces me senté en el suelo; coloqué suavemente la cabe de aquel desgraciado sobre mis rodillas, y pedí a Dios la resurrección de aquel pecador. Dios me escuchó; el enfermo abrió los ojos; y al sentirse acariciado, me miró con profundo asombro; miró a Sultán, que calentaba con su aliento sus rodillas, y yo acerqué a sus labios la calabaza del vino, diciéndole: bebe. Él no se hizo rogar; bebió con avidez y cerró de nuevo los ojos como para coordinar sus ideas; trató de incorporarse, y yo lo ayudé, le pasé el brazo por la cintura, apoyé su cabeza en mi hombro y partí un pedazo de pan y se lo presenté diciendo: “Haz un esfuerzo y come”. El enfermo devoró el pan con febril desaliento, y bebió de nuevo, diciendo:

-¿Quién sois?

-Un ser que te quiere mucho.

-¿Que me quiere mucho? ¿Cómo? Si, nadie me ha querido.

-Pues yo te quiero y he pedido a Dios que tus perseguidores no dieran contigo, pues creo que tú eras el que debía ir al presidio de Tolón.

El enfermo experimentó una violenta sacudida, miró fijamente, y me dijo con voz bronca y desconfiada:

-No me engañes, porque te costará caro que soy un hombre de hierro. Y quiso levantarse; pero yo le detuve, diciéndole:

-No temas, yo quiero salvarte, confía en mí, y algún día darás gracias a la Providencia: ahora dime por qué te encuentras aquí.

-Porque estas montañas las tengo muy conocidas, y dije, al escaparme de la cárcel: “Me ocultaré en una de sus cuevas, y luego trataré de vivir”; pero yo no contaba con que me rindiera el hambre y no sé qué otra enfermedad; porque parecía que me daban martillazos en los sesos, y sólo pude tirarme donde me habéis encontrado y cubrirme con el ramaje que encontré a mano; después... no recuerdo nada más y a no ser por vos me hubiera muerto.

-,Te ves con fuerzas para andar?

-Ahora sí; si no sé lo que ha pasado; si siempre he sido de hierro.

Y se levantó ágilmente.

-Pues bien, apóyate en mí y salgamos de aquí. ¿Cómo te llamas?

-Juan.

-Pues mira, Juan, hazte cargo que esta noche has nacido de nuevo para ser grato a los ojos del Señor.

Y guiados por Sultán salimos de la cueva, que hacía muchos recodos; pasamos los barrancos, y al yerme en terreno llano, estreché el brazo de mi compañero, y le dije:

-Mira, Juan, mira este espacio y bendice, la grandeza de Dios.

-Pero... ¿adonde vamos?-me preguntó con recelo.

-A mi casa. Y te ocultaré en mi oratorio, donde nadie entra nunca; allí descansarás y luego hablaremos.

Juan se dejó conducir; llegamos al huerto de la Rectoría mucho antes del amanecer; conduje a mi compañero a mi oratorio, le improvisé una cama y le hice acostar, y allí estuve tres días cuidándole esmeradamente: él me miraba y no se daba cuenta de lo que le sucedía. A la tercera noche, cuando los habitantes de la aldea se entregaron al sueño, Juan y yo, acompañados de mi inseparable Sultán, nos fuimos a una ermita abandonada por la muerte de su ermitaño, acaecida bacía muchos años, y ante el altar derruido nos sentamos Juan y yo en una piedra, echándose Sultán a nuestros pies. Juan era un tipo repulsivo, de semblante feroz; estaba como aturdido, me miraba de reojo, y al mismo tiempo parecía contento de mi proceder, porque había momentos que sus ojos se fijaban en mí con tímida gratitud. Yo traté de dominarle con mi voluntad; y le dije:

-Escucha, Juan. Yo me he creído feliz salvándote de una muerte cierta, bien que hubieses muerto de hambre, o que entregado por mí a la justicia sufrieras en Tolón mil muertes por día. Dime ahora cuál ha sido el principio de tu vida, y dime sobre todo la verdad.

-Mi vida tiene poco que contar; mi madre fue una ramera, y mi padre un ladrón; en la compañía que capitaneaba mi padre, había un italiano muy listo que desde muy pequeño me enseñó a leer y a escribir, porque decía que yo sería muy bueno para falsificar toda clase de firmas y documentos; y efectivamente, he sido un buen calígrafo, y he sido falsado repetidas veces.

Hace diez años quise a una mujer, y la misma confesión que os hago a vos se la hice a ella; pero ella, que pertenecía a una familia honrada, me rechazó con indignación; yo le supliqué, le prometí llevarla a América y que allí me haría bueno, pero todo fue en vano. Ella me decía que me odiaba, y que me entregaría a los tribunales si la seguía importunando, y entonces le juré que la mataría, y algún tiempo después cumplí mi promesa; vehementes sospechas recayeron sobre mí, y por aquel delito, y otros muchos atropellos, me han condenado últimamente a trabajos forzados para toda la vida.

-¿Y no has pensado alguna vez en Dios?

-Sí; cuando quise a Margarita, entonces hasta le rogué a Dios que ablandara el corazón de roca de aquella mujer; pero cuando de miloca pasión no resultó más que un asesinato; entonces, cuando he visto a otros hombres, hijos de buena familia, casados, rodeados, de sus hijos, respetados de todos, y yo despreciado, perseguido por la justicia; cuando vi que mi madre murió en la prisión, y mi padre se mató al escaparse de presidio, he odiado al mundo y a Dios que me hizo nacer en tan baja esfera social.

-Y ahora, ¿qué piensas hacer?

-No lo sé.

-¿Quieres permanecer algún tiempo en esta ermita? Yo te traeré diariamente el alimento, te traeré ropas, libros, cama, lo más necesario, y haré correr la voz de que un noble, arrepentido de su vida licenciosa, quiere entregarse por algún tiempo a la penitencia. Bajo el manto de la religión podrás vivir tranquilo. Nadie turbará tu reposo; y para que de nadie seas conocido, cuando salgas a pasear por estas cordilleras llevarás un hábito con la capucha calada, cubriendo tu rostro con ella, del cual sólo se te verán los ojos por las pequeñas aberturas que yo abriré en tu antifaz; y de noche, cuando todo repose en calma, puedes salir libremente, y puedes entonces elevar tu plegaria a Dios en la cumbre de la montaña y levantar tu espíritu en alas de la fe.

“Si abandonas este puerto de salvación no encontrarás más que una vida desgraciada, y una muerte violenta; y si escuchas mis consejos, se regenerará tu alma, se engrandecerá tu espíritu, porque será fortalecido por el arrepentimiento; y cuando seas un hombre, cuando

sólo te quede de tu pasado la pena y la vergüenza de haber delinquido, yo te proporcionaré otros medios de vida para que seas útil a la sociedad, porque aquí sólo puedes permanecer mientras necesites serte útil solamente a ti; pero cuando ames a Dios, es necesario que ames a los hombres y trabajes para ellos. Ahora te dejo aquí, mañana volveré, y me dirás tu resolución".

Juan no me contestó, pero quiso echarse a mis pies, y yo le recibí en mis brazos, estreché contra mi corazón a aquel desgraciado y permanecimos abrazados largo rato; lágrimas benditas brota ron por vez primera de aquellos ojos secos y amenazadores, y yo le dije: "Juan, ya te has bautizado esta noche con tus lágrimas; pierdes el nombre de criminal, y en tu nueva vida te llamarás el Encapuchado".

El éxito más satisfactorio coronó mis deseos, y a los dos meses de estar Juan en su retiro parecía otro hombre. Se apoderó de él cierto misticismo que yo fomenté cuanto pude, porque para ciertos espíritus el formalismo es necesario, que donde falla la inspiración, la rutina hace prodigios, donde no hay fe espontánea la superstición la crea, la cuestión es acostumbrar el alma a una vida temerosa de Dios; el que no puede amar al Eterno, es indispensable que le tema, que reconozca su poder sonriendo o gimiendo; la idea de reconocer a Dios hay que despertarla en la humanidad, y según el adelanto del espíritu así deben emplearse los medios.

Para Juan la soledad, la dulzura, el reposo, e respeto obran maravillosamente sobre aquel espíritu enfermo, indignado por el desprecio social:

el desprecio de una mujer le hizo asesino, y el respeto a su infortunio y a su obcecación le condujo a rendirle culto a Dios, y a temblar humillado ante su grandeza.

Por las tardes, después de mi visita al cementerio, subía a verle, y cuánto gozaba mi alma al contemplarle en su apacible soledad. En mi pensamiento veía a los pobres presidiarios jadeantes, rendidos de fatiga, maldiciendo su existencia sin acordarse de Dios, y los comparaba con aquel criminal arrepentido que a cada instante bendecía la misericordia del Omnipotente.

Cuando conocí que aquel espíritu podía de nuevo ponerse en contacto con el mundo, le entregué mis escasos ahorros para que pudiese pagar su pasaje en un buque que marchaba al Nuevo Mundo, conduciendo a treinta misioneros; le recomendé eficazmente al jefe de la santa expedición, y le dije a Juan cuando le di el abrazo de despedida: "¡Hijo mío! ¡Trabaja!, ¡créate una familia, y cumple como bueno con la ley de Dios!"

Nunca olvidaré la mirada que Juan me dirigió; ella recompensó todas las amarguras de mi vida.

Cuatro años después recibí una carta suya, en la cual, después de contarme mil episodios interesantes, me decía:

"¡Padre! ¡Padre mío!, ya no vivo solo, una mujer ha unido su suerte a la mía, y tengo mi cabaña, tengo mi esposa, y pronto tendré un hijo, el cual llevará vuestro nombre. ¡Cuánto os debo, padre Germán! Si me hubierais entregado a la justicia hubiese muerto maldiciendo cuanto existía; pero habiéndome dado tiempo para arrepentirme he reconocido la omnipotencia de Dios, y le he pedido misericordia para los infelices autores de mis días. ¡Bendito seáis vos, que no me habéis quitado la herencia que a sus hijos da el Hacedor! ¡Le vale tanto al hombre el disponer del tiempo... ¡ pero de un tiempo apacible, no de horas malditas en las cuales el penado se doblega y trabaja azotado por el látigo del feroz capataz.

"Vive en mi memoria la ermita del Encapuchado, y no he querido perder el nombre que me disteis vos. Cuando venga mi hijo le enseñaré a bendecir vuestro nombre, y después de Dios, a vos adoraremos mi esposa, mi hijo y vuestro humilde siervo. - El Encapuchado".

Esta carta se enterrará conmigo; recuerdo precioso de la única vez que en mi vida he obrado con entera libertad.

¡Bendito seas, Señor...! ¡Bendito seas! que me concediste por algunos instantes el poder de ser tu vicario en este mundo, porque sólo amando y amparando al desvalido, perdonando al

delincuente e instruyendo al ignorante es como el sacerdote cumple su sagrada misión en la tierra.

¡Cuán feliz soy, Señor! ¡Cuán feliz soy! Tú me permitiste darle ‘Asta a un ciego, darle agilidad a un tullido, darle voz a un mudo, y te ha visto, y ha corrido hacia ti y te ha dicho: “Perdóname, Señor!” y tú le has perdonado; porque tú quieres mucho a los niños y a los arrepentidos.

¡Cuán feliz soy! En los bosques del Nuevo Mundo mi mente contempla una humilde familia, y al llegar la tarde, todos se postran de hinojos y elevan una plegaria por el pobre cura de la aldea. ¡Gracias, Señor! Aunque lejos de mi, he podido crear una familia.

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

¡Señor! ¡Señor! ¿Cuándo llegará el día que pueda dejar este valle de amargura? Tengo miedo de permanecer en la tierra; el espejismo de las experiencias sociales me oculta los abismos del crimen, y temo caer.

Cuando un ser desconocido se postra ante mí, y me cuenta su historia, siento frío en el alma y exclamo con angustia: ¡Otro secreto más! ¡Otra nueva responsabilidad sobre las muchísimas que me abruman! ¿Soy yo acaso perfecto? ¿Tengo más luz que los otros para que así me obliguen a servir de guía a unos cuantos, ciegos de entendimiento? ¿Por qué esa distinción? Si yo he sentido como ellos, si yo he tenido mis pasiones más o menos comprimidas, si yo me he visto precisado a huir del contacto del mundo para que mi corazón cesara de latir, ¿por que este empeño en querer que la frágil arcilla sea fuerte como las rocas de granito?

¡Pueblos ignorantes que vivís entregados a la voluntad de algunos míseros pecadores! ¡No se quiénes son más dignos de compasión; si vosotros. que os engañáis creyéndoos grandes, o nosotros que nos vemos pequeños!-

¡Señor! ¡Señor! ¿Por que habré nacido en la casta sacerdotal? ¿Por qué me has obligado a guiar pobres ovejas si no puedo guiarme a mí mismo...? ¡Señor! ¡tú debes de tener otras moradas, porque en la tierra se asfixia el alma pensadora al ver tanta miseria, tanta hipocresía! Yo quiero ir por buen camino y en todos los senderos encuentro precipicios para caer en, ellos.

¡Oh, el sacerdote! El sacerdote debe ser sabio, prudente, observador, recto en su criterio, misericordioso en su justicia, severo y clemente, juez y parte a la vez, ¿Y qué somos en realidad? Hombres falibles, débiles y pequeños. Mis compañeros me abandonan porque no me quiero proclamar como ellos impecable. Dicen que defraudo los intereses de la Iglesia. ¿Y acaso la Iglesia necesita los bienes de la tierra? ¿Necesitará la Iglesia de Dios los míseros dones de los hijos del pecado? En el templo del Eterno no hacen falta las ofrendas de metales corruptibles; con el incienso de las buenas obras de las grandes almas se perfuman los ámbitos inmensos de la Basílica de la Creación.

¡Señor, inspírame! Si voy por el mal camino apiádate de mí, porque mi único deseo es adorarte en la tierra amando y protegiendo a mis semejantes y seguirte amando en otros mundos, donde las almas estén por sus virtudes más cerca de ti.

Estoy aturdido, la reprobación general se levanta contra mí; sólo dos seres me bendicen en esta ocasión. ¡Perdóname, Señor, si he sido culpable! Pero... ¿a qué dudar? ¡Si tú estás conmigo! ¡Tú no quieres templos de piedra, porque tú tienes tu templo en la conciencia del hombre! Por mi no te han erigido una soberbia Abadía donde unas cuantas mujeres hubieran rezado por costumbre, y algunas de ellas te hubiesen acusado de injusto porque en tu nombre las habían sacrificado en lo más hermoso de su juventud.

¡Conventos! ¡Conventos! ¡Antesalas de los sepulcros! ¡En vuestros claustros se vive sin vivir.., y Dios creó la tierra para todos sus hijos! Yo recuerdo mi infancia; veo en mi mente a los monjes silenciosos, cadáveres galvanizados, momias insepultas, y siento frío en el alma, ¡mucho frío... ¡ En los conventos, si se cumple con lo que prescribe la orden monástica, se vive contrariando la ley natural; si se quebrantan los votos ¿a qué engañar al mundo y faltar al juramento contraído? Nunca prometa el hombre más que aquello que racionalmente pueda cumplir.

Mi cabeza arde; las ideas en violenta ebullición parece que quieren romper el estrecho molde de mi cerebro. Yo necesito yerme, necesito ver trazado en el papel mi pensamiento, y tú, manuscrito querido, serás mi confidente. Yo te diré por qué sufro, yo te contaré cómo en el retiro de mi aldea me persiguen las luchas de la vida.

Hace veinte años me vinieron a buscar para confesar a un noble joven, el opulento barón de G., que estaba próximo a morir. Cuando entré en el aposento del moribundo una dama ricamente vestida estaba arrodillada al pie del lecho. El enfermo, al yerme, dijo con voz imperiosa:

-Salid, señora.

Y cuando quedamos solos descargó su conciencia, diciéndome finalmente:

-No lo puedo jurar; pero estoy casi seguro que muero envenenado, y creo que mi mujer es la autora del crimen. Dejo una hija, que no sé si es mi hija, pero... lo hecho, hecho está; no quiero escándalos después de mi muerte, porque en todo caso Dios me vengará; ni quiero desheredar a una criatura que no sé si algún lazo la une a mí, y que de un modo u otro es inocente. ¡Dios tenga misericordia de la víctima y de los asesinos!

Y expiró en mis brazos aquel desgraciado, que murió dudando, sin atreverse a condenar.

Su joven viuda demostró un dolor extremado, y gastó cuantiosas sumas en lujosos y repetidos funerales.

Algún tiempo después contrajo nuevas nupcias, sin que por esto dejase de celebrar todos los años exequias en memoria de su primer esposo.

Venía con frecuencia a oír la misa que yo celebraba, cuando los pájaros dicen “glorificado sea el Señor” y se quedaba sola rezando con fervorosa devoción. En particular en el verano no faltaba ni un solo día a la misa del alba, pues vivía cerca de mi aldea en una quinta magnífica. Su hija mayor recibió de mis manos, por primera vez, el pan de la vida; y siempre que veía a aquella niña me acordaba de la confesión de su padre.

La inocente Raquel me daba lástima, porque en sus infantiles confesiones se quejaba de que su madre no le demostraba ningún cariño, y ella, ofendida, tampoco la podía querer.

Yo, que siempre he sido opuesto a recibir la confesión de nadie, de la madre de Raquel, de la baronesa G..., deseaba escuchar su historia: mi corazón presentía algo terrible en aquella mujer.

Para el mundo era un modelo de virtudes, y poco a poco llegó a hacerse tan devota que pasaba horas y horas en la iglesia de mi aldea. Raquel fue creciendo, y la pobre joven vivía completamente sola. La infeliz se lamentaba de que su madre no la quería, y que había momentos que al reñirla le decía que la odiaba; y sus hermanos, siguiendo su ejemplo, también la trataban mal; y sólo el esposo de su madre era el único que se mostraba cariñoso con ella; pero era un hombre de carácter débil, dominado en absoluto por su esposa, y Raquel era en resumen la víctima de todos ellos; mas como para todos los seres hay un día de sol, Raquel vino un día a decirme que amaba y era amada; un joven escultor le había pedido que se uniese a él con el lazo del matrimonio; mas ella temía que su madre se enterase, pues según tenía entendido la destinaban para ser esposa de Dios, y ella prefería la muerte antes que entrar en el claustro; que me pedía amparo para no ser sacrificada, y que su fortuna la cedería a su madre con tal que la dejase unirse al elegido de su corazón.

Es obligación del más fuerte ser protector del más débil, y yo le prometí a Dios salvarla de la celada que según ella le estaban preparando.

No eran infundadas sus sospechas; pronto cundió la voz de que la ejemplar baronesa de G... iba a reedificar una antiquísima abadía, y una de las novicias de la nueva comunidad sería la primogénita de la devotísima fundadora.

Al saber tal noticia, escribí a la baronesa pidiéndole una entrevista en la Rectoría, y ella acudió prontamente a ver lo que yo deseaba.

Quizá por primera vez miré fijamente a una mujer, pero a ella la miré para leer en sus ojos lo que pasaba en su corazón; no creía que su extremada devoción fuese resultado de un gran fervor religioso, y desgraciadamente no me equivoqué.

Cuando llegó a la iglesia la hice subir a mi despacho, la invité a sentarse, me senté frente a ella y le dije:

-Siempre he huido de recibir confesiones de nadie; pero la fuerza de las circunstancias me obliga hoy a pediros en nombre de la religión que profeso en nombre del Crucificado, que hagáis conmigo una confesión.

-No vengo preparada para semejante acto -contestó la baronesa con cierta turbación-, puesto que no he hecho examen de conciencia.

-No es necesario, señora. Ésas son puras fórmulas. Para decir un pecador lo que siente, no necesita más que buena voluntad. Tiene cada cual suficiente memoria para acordarse de todos los desaciertos que ha cometido en su vida.

La baronesa palideció, ahogó un suspiro y no me contestó, y yo proseguí diciendo:

-Sé que vais a reedificar la arruinada abadía de Santa Isabel.

-Es cierto -contestó ella-; quiero que la juventud tenga un nuevo albergue para huir de las tentaciones del mundo.

-Y dicen que vuestra hija Raquel será una de las novicias de la nueva comunidad.

-Sí; porque en ninguna parte estará mejor que allí.

- ¿Y habéis consultado su voluntad?

-Los hijos bien educados tienen la obligación de querer lo qué quieren sus padres.

-Siempre que no se contraríen sus inclinaciones particulares, y que su organismo y su temperamento puedan adaptarse al género de vida que le quieren imponer; y lo que es Raquel, niña débil y enfermiza, si se la encierra en un convento pronto entregará su alma al Creador.

- ¿Lo creéis así? No me parece que sea tan delicada, y creo que le falta la sujeción de un convento.

-Pues yo creo que Raquel es una sensitiva, y por esto he querido hablaros, porque tenía obligación sagrada de velar por ella: que si vos sois madre de su cuerpo yo soy el guía de su alma; yo puse en sus labios el pan de la vida espiritual, yo le he hablado de Dios, y soy el confidente de sus angelicales secretos y sé que el alma de esa niña no sirve para la clausura.

-Pues yo, se puede decir -replicó la baronesa con acento contrariado- que desde que ella nació hice voto de que no fuera para e mundo, y el voto que se hace se debe cumplir.

-Pero ese voto no es válido, señora; le prometisteis a Dios un ser que no os pertenecía, porque vos no sabíais lo que mañana pensaría vuestra hija, y Dios no quiere el sacrificio de sus hijos, Dios quiere únicamente su felicidad.

- ¿Y qué más felicidad que servirle y amarle?

- ¿Y no se le puede servir y amar en todos los parajes de la tierra sin esclavizar a una pobre joven que necesita como las flores el sol y el aire para vivir?

-No parecéis sacerdote-replicó ella con cierto enojo.

- ¿Por qué no parezco sacerdote? ¿Porque no trato de explotar vuestra devoción y me opongo a que levantéis la abadía y principalmente a que Raquel forme parte de la comunidad? Porque sé muy bien que el alma de esa niña no ha nacido para la aridez de un claustro; es dulce, es cariñosa, es expansiva, es un ser que Dios ha destinado para ser un modelo entre las madres de familia.

-Pues yo b consagraré a Dios, y a Dios sólo servirá. En aquel momento no sé qué pasó por mí; me sentí crecer, me sentí revestido de cierto poder espiritual, me creí en aquellos instantes un enviado de Dios, no sé qué ángel me inspiró; pero una fuerza extraña, una

Librodot

potencia desconocida transfiguró mi ser, dejé de ser en aquellos instantes el paciente y sufrido pastor que sonreía siempre al ver las travesuras de sus ovejas; sentí latir mis sienes con violencia inusitada; parecía que una mano de fuego se apoyaba en mi tente; en mis oídos zumbaban mil palabras confusas e incoherentes. Extendí mi diestra, me levanté poseído de un terror y un espanto inexplicables; me pareció ver sombras de novicias que huían a la desbandada; me acerqué a la baronesa, apoyé mi mano en su hombro, y con una voz hueca que parecía el eco del sepulcro, le dije:

-Escuchad a un ministro de Dios y ¡ay de vos si os atrevéis a mentir!

Ella me miró y no sé qué leería en mis ojos que tuvo que bajar los suyos, diciendo con voz turbada:

- ¿Qué queréis? ¡Me causáis miedo!... Y la infeliz pecadora comenzó a temblar.

-No temáis -le dije-. Yo no quiero más que vuestro bien, o mejor dicho, no sé quién lo quiere; porque alguien murmura a mi oído lo que os voy a decir. Vuestra devoción, vuestro misticismo, vuestro fervor religioso, tiene una base. ¿Sabéis cuál es?

- ¿Cuál? -dijo ella con voz ahogada.

¡El remordimiento!

- ¿Qué decís? -balbuceó temblando.

-Lo repito -repliqué con voz profundamente intencionada-, La causa de vuestro fanatismo religioso es el remordimiento. Hace veinte años recibí la última confesión de vuestro esposo, y vuestro esposo, moribundo -escuchadme bien señora, no perdáis ni un acento de mis palabras- me confió el nombre de un asesino. ¿Me entendéis? ¡Lo sabía todo...! ¡Todo! ¡Hasta el menor detalle!

Ella me miró, leyó en mis ojos su nombre y perdió el sentido, pero mi diestra tocó su frente y mi voz profética (en aquellos instantes) le dijo con vigorosa entonación: “Despierta!”, y aquella desgraciada abrió los ojos con espanto y quiso postrarse a mis pies, pero yo la detuve diciendo:

-Escuchad. Sé vuestra historia, y he seguido paso a paso la espinosa senda de vuestra vida. Os casasteis más tarde con el cómplice de vuestro crimen. Raquel, como fruto de la primera falta os ha recordado constantemente una parte de los desaciertos. Vuestros otros hijos nacidos en legítimo matrimonio no os han causado remordimiento, pero esa pobre niña que lleva un apellido que no es el vuestro os atormenta sin duda; quizá veáis la sombra del muerto que os persigue dondequiera, y pensáis aplacar su ira mandando celebrar misas a su memoria, y ahora queréis levantar un convento con la dote usurpada de Raquel, y encerrar lejos de vos a esa niña inocente, para no ver constantemente el fruto de la primera falta; ¿y creéis que con esos actos de falsa devoción Dios os perdonará? No; podréis engañar a los hombres de la tierra, podrán los ilusos teneros por santa, pero para Dios no sirven las comedias religiosas. No cometáis un nuevo sacrilegio, no sacrifiquéis a Raquel; ama y es amada, dejadla ser la esposa de un hombre, que Dios ya tiene por esposa a la Creación.

“No os sinceréis, todo es inútil, pues leo vuestra vida pasada en el libro de vuestros ojos. No hay más que veros para sentir una profunda compasión, y aunque aparentéis ser dichosa, pues una vejez prematura afea vuestro cuerpo; y siempre que os he visto arrodillada en el templo os he compadecido, porque por un momento de extravío llevaréis una vida de martirio. Cada día queréis ser más devota, sin duda porque cada día os reconocéis más culpable. Haced lo que Dios os ordena: acceded al casamiento de Raquel y su pingüe fortuna empleadla para levantar un hospital y en socorrer a un centenar de familias pobres. Ella os la cederá gustosamente, y así haréis dos obras buenas: emplearéis en obras benéficas lo que no os pertenece, y no sacrificaréis a un ser inocente que no tiene más delito que recordaros vuestra primera caída.

Ella me miró y no supo qué contestar; se levantó y volvió a caer en su asiento queriendo ahogar sus sollozos, pero yo le dije:

- ¡Llorad, pobre mujer, llorad, que con lágrimas rezan los que como vos olvidaron el quinto mandamiento!

Entonces aquella mujer dio rienda suelta a su llanto, y yo la dejé llorar libremente, diciéndole al fin:

-Juradme que haréis lo que os he pedido.

-Juradme que vos rogaréis por mí-respondió ella con abatimiento.

-Vuestras buenas obras serán la mejor oración, señora; pero hablad, no temáis; habéis callado veinte años y vuestro silencio es vuestro verdugo. ¿No es verdad que sufrís? ¿No es verdad que vuestras oraciones no consiguen llevar la calma a vuestro corazón?

-No, Padre, no; cuanto habéis dicho me sucede. Él vive conmigo. Raquel me asesina; ella, cuando nació, me inspiró lo que no quiero recordar. Cuando él la acariciaba, y de pronto la apartaba de sí, no sé lo que yo entonces sufría, y cuando él la miraba con íntima ternura, entonces... sufría más todavía; y cuan cierto es que la mujer caída sólo se levanta para caer de nuevo; y caí al abismo del crimen... Después, cuando la bendición del sacerdote me unió a mi nuevo esposo, creí que descansaría, pero he esperado en vano, y si he de seros franca, en nada creo, porque la religión no me consuela; pero tengo miedo, y me pierdo en el caos de la duda.

-Y pasáis por ser la dama más devota de esa comarca. ¡Lo que es juzgar por las apariencias! Os repito, no consuméis vuestra inicua obra sacrificando a un ser inocente.

-Pensad, Padre, que Raquel es hija del pecado.

-Si a esto vamos, todos vuestros hijos lo son, señora. ¿Pensáis que vuestro matrimonio es válido ante Dios? Si habéis recibido por pura fórmula la bendición de hombre, las uniones sacrílegas nunca las bendice Dios.

-Los libros sagrados dicen que las faltas de los padres caerán sobre los hijos hasta la cuarta y quinta generación.

-Y la razón natural también comprende que el ser inocente está libre de la herencia del pecado. Dejad a vuestros pobres hijos que cada uno escriba su historia y no aumentéis vuestra culpa sacrificando a Raquel.

Ella me prometió que cumpliría mi deseo y lo cumplió; con la condición de que Raquel cediera su fortuna en beneficio de los pobres en caso de no querer profesar. Raquel, aconsejada por mí, accedió contentísima, y sonriendo de felicidad me presentó su amado de su alma, diciéndome dulcemente:

- ¡Bendecidnos, señor!

Yo les bendije con toda mi fe, con todo mi amor, y estreche contra mi corazón a la joven pareja que por un milagro pude salvar de una desgracia cierta.

La baronesa repartió la dote de su hija entre levantar un pequeño hospital y auxiliar a cien familias; este rasgo la santificó a los ojos del mundo. Todos dicen que es una santa, pasa más tiempo en la iglesia que en su casa, y como las palabras vuelan en aire que dicen que yo la hice desistir del plan de levantar la abadía, y que yo apadriné la unión de Raquel con el amado de su corazón; y que por lo tanto yo le he quitado a la iglesia una casa de salvación, y si ayer me odiaban algunos de mis compañeros, hoy... si lo pudieran hacer impunemente, me harían emprender viaje a la eternidad; y las recriminaciones llueven sobre mí, y me dicen que soy un mal sacerdote, que pienso más en las cosas de la tierra que en los intereses del cielo; que soy un pastor descuidado, que dejo que se descarríen mis ovejas; y yo. Señor, hay momentos que dudo de mi mismo, pero luego reflexiono y digo: ¿Qué hubiera sido mejor, levantar el convento y hacer entrar en él a una pobre niña que ha vivido muriendo, y en el momento de sonreír, en el bendito instante de ser dichosa, arrebatarle violentamente su felicidad y enterrarla en un claustro donde hubiera acabado de morir maldiciendo una, religión que la había condenado al martirio, y le había dicho: muere porque ésta es mi voluntad? ¿Qué será mejor, repito, destruir las creencias de un alma joven y conada o cooperar a su dicha uniéndola al hombre que la adora y creando una familia feliz?

¡Bastantes casas hay de reclusión! ¡Muchas, innumerables son las víctimas de las tiranías religiosas! ¡Feliz yo si he podido arrebatar una mártir del lugar del sacrificio!

No me importa que me señalen con el dedo y que digan que mis consejos apartan de la buena senda a los siervos del Señor. Si en Dios todo es verdad, no le debemos ofrecer mentidas adoraciones.

Conságrese a la penitencia el alma lacerada que verdaderamente necesite del aislamiento para pensar en Dios; pero la mujer joven, la que ama y es amada, forme el sagrado altar de la familia, y enseñe a sus tiernos hijos a bendecir a Dios.

¡Señor! ¡Señor!, dicen que he quitado una casa a tu iglesia, pero yo creo que he aumentado tu propiedad, porque ha entrado tu gracia en las chozas de los infelices que han recibido una cuantiosa limosna en tu nombre; y los enfermos, los cansados caminantes, y los pobres niños que se encuentran rendidos de fatiga, al llegar a esta aldea hallen piadosa hospitalidad en el benéfico asilo de los desamparados. ¿No es ésta tu verdadera casa, Señor? Tu casa es donde el hambriento y el sediento calman su hambre y su sed.

Donde el desnudo encuentra abrigo. Donde el atribulado halla consuelo.

Donde el espíritu errante recibe útil consejo; ésta es la verdadera casa del Señor. Donde se haga el bien por el bien mismo, no hace falta levantar casas para rezar rutinariamente; que para rezar con el alma todos los parajes son buenos, siempre que el Hombre eleve su pensamiento a Dios.

-Perdóname Señor! Tú lees en mi mente. ¡Todos me acusan! en el tribunal de la tierra soy juzgado como un mal sacerdote, mas Tú eres la verdad misma, y yo quiero que los hombres te adoren en espíritu y en verdad.

LA FUENTE DE LA SALUD

¡Siempre lo pasado fue mejor! Por regla general el ayer perdido hace sonreír misteriosamente a nuestro corazón, aun cuando la miseria nos haya oprimido y torturado; hay una secreta alegría al recordar las horas confundidas en las sombras de lo que fue.

¿Por qué será esto, Señor? ¡Ay!, es fácil de adivinar; porque mientras menos años contamos, menos responsabilidades tenemos; por esto el tiempo pasado nos parece mejor, porque en cada hora que transcurre, o cometemos una falta o presenciamos un crimen, o lamentamos un atropello, o deploramos una punible mentira; y estuvo en lo cierto aquel que dijo: larga vida, larga cuenta. ¡Ay! ¡Señor! ¡Mi jornada ha sido larguísima, y he visto tanto!... ¡he sondeado tan a fondo en el corazón humano...! ¡He mirado tan atentamente el vuelo de las inteligencias, que si hubiera dado cien vueltas alrededor del mundo, no hubiera podido haber visto tanta variedad de ideas y tanto desorden en todos sentidos como he observado en los muchos años que he pasado en el rincón de mi querida aldea!

¡Qué afán tienen los hombres por parecer buenos! ¡Luego no pecan por ignorancia! ¡Luego conocen que es malo, ser malo! y si como Adán se ocultó del Señor después de haber pecado avergonzado de su desnudez, del mismo modo los demás hombres cubren la desnudez de sus vicios con el manto de hipócritas virtudes; y nada se amolda mejor a esta prestidigitación de las almas que las tradiciones religiosas.

La religión no admite más que la verdad; pero las religiones ¡oh!, las religiones son el manto que cubre las miserias humanas; y yo he aceptado el cumplimiento de mi sacerdocio con la firme voluntad de ser un mártir, si es preciso, pero no un pecador. Es decir, pecar todos pecamos, pero hay desaciertos premeditados, y hay faltas que obedecen a nuestra debilidad moral y física; y obligación es del hombre pecar lo menos posible, ya que la perfección en absoluto sólo la posee Dios.

Fuerza grande se necesita en el mundo para ser intolerante con los hipócritas, porque se convierte uno en el blanco de todos los odios; y es el caso que reconocen mi rectitud, que

saben que yo no condeno, porque recuerdo lo que hizo Jesús con la mujer pecadora; saben que transijo con el pecador, pero nunca con la iniquidad. Yo estrecharé en mis brazos al que ingenuamente me diga:

"¡Padre! ¡Soy un miserable, soy un malhechor...!" Pero rechazaré, y abominaré, y arrojaré de mi presencia al que me venga ponderando su amor a Dios, y su desprendimiento de las cosas terrenas, cuando lo veo enlazado a las vanidades humanas como la ostra a la concha.

¿Por qué, pues, me persiguen para ponerme en el caso de quitarles el antifaz y decirles cara a cara lo que más le ofende al hombre, que es enumerarle sus defectos? ¡Señor! ¡Señor! Ten misericordia de mí; recuerda que soy débil, que yo he sentido, que yo he amado, que yo he luchado conmigo mismo toda la vida. ¿Por qué, pues, me han de exigir virtudes que no poseo? ¿Por qué me he de ver mezclado en historias ajenas, cuando me abruma el peso de la mía?

¡Oh, Señor!, cada día que pasa, me convenzo más de que yo habré vivido ayer y debo vivir mañana para realizar el sueño de mi mente. Yo conozco que mis fuerzas están gastadas y necesito re posar en una nueva existencia, en la cual viva olvidado de todos, menos de la compañera de mi alma, porque sin amarse dos en uno, no comprendo la vida.

¡Ah, Señor!, ¡cuánto deseo acabar mi jornada.., tan llena de contrariedades, teniendo que luchar abiertamente, creándome poderosas enemistades... Sí, yo Quiero vivir en un rincón de la tierra; quiero tener mi cabaña rodeada de palmeras; quiero amar a una mujer de rostro pálido con rizos negros; quiero estrechar junto a mi corazón hermosos niños que me llamen padre!; ¡quiero bendecir a Dios cuando los pájaros le saluden!; ¡quiero extasiarme en la meditación cuando la esposa del Sol acaricie la tierra!; ¡quiero, en fin, recobrar fuerzas!, ¡adquirir vida!; ¡quiero que mi espíritu sonría!, ¡quiero que durante algún tiempo no lleguen hasta mí los lamentos de los hombres!, ¡quiero ignorar las historias de la humanidad! ¡No me llames egoísta, Señor! porque llevo muchos años de lucha. La carrera del sacerdote es de las más penosas si quiere cumplir con su deber.

¡Se le exige tanto al sacerdote...!

Sin duda por expiación acepté yo el sacerdocio, porque al ver tantas infamias, tantos crímenes ocultos, todo mi ser se estremece, y me encuentro pequeño, muy pequeño para reprimir tantos abusos; y cuando quiero cortar alguno, mis superiores me amenazan, y me dicen que el fin justifica los medios, y yo entonces... ¡cuánto sufro, Señor! porque no admito buenos fines sin justos medios; y les digo a aquellas eminencias: ¡Señores: o se cree en Dios o no se cree! Si reconocemos una inteligencia suprema, si consideramos que una mirada infinita está fija constantemente en la Creación, debemos comprender que para esos ojos eternos no hay medio de ocultarle lo que sentimos; así, pues, la falsa devoción de nada sirve; ¿qué importa que la acepten los hombres si no tiene valor para Dios? ¿Son las religiones convenios especiales para crearse privilegios en el mundo? No; las religiones deben servir para acercar a hombre a Dios, porque las religiones son un freno que contiene el galope de las pasiones; y si no se consigue mejorarnos íntimamente, tan ateo es el que dice que no cree en nada, como el que levanta una capilla para encubrir un crimen.

¡Señor! ¡Señor! Yo te confieso, me faltan las fuerzas para luchar con los hombres, y... o quítame este amor a la verdad para que pueda tolerar la hipocresía, o revísteme de más energías para que en los momentos supremos de la lucha mí pobre cuerpo conserve la fuerza necesaria, y no sea vencido, teniendo tanta entereza como mi espíritu. Ahora mismo me encuentro rendido, he llevado unos cuantos días crueles, porque yo cuando estoy en contacto con el mundo soy profundamente desgraciado. ¡Oh! ¡La humanidad!, ¡La humanidad todo lo envenena!

¡Quién me había de decir que una tranquila fuente (que los aldeanos llaman de la Salud) me había de proporcionar serios disgustos, amargas contrariedades y al mismo tiempo hacer una buena obra: he salvado una rosa rodeada de punzantes espinas! ¡Manuscrito querido!, cuando yo mañana deje la tierra, sabe Dios adonde irás a parar; pero, cualquiera que sea tu

Librodot

dueño, deseo que aprenda en estas confesiones de mi alma y reflexione sobre los extravíos a que nos conducen las pasiones desordenadas; y vea que la hipocresía y el fingimiento han sido casi siempre los móviles de las fundaciones religiosas.

Al pie de una montaña, entre dos peñas, un caudal de agua cristalina calmaba la sed de los niños de mi aldea; y en aquellas felices tardes que yo pasaba rodeado de pequeñuelos, cuando aún no conocía las miserias del mundo, me gustaba sentarme junto al rústico manantial, y allí contemplaba a mi infantil familia que corría gozosa y terminaba su frugal, merienda, bebiendo alegremente aquel néctar de la naturaleza, tan necesario para vivir; y al ver aquellas caritas sonrosadas, aquellos ojos brillantes, aquellas bocas sonrientes que recogían el agua con alborozado afán, yo les decía:

-Bebed, bebed, hijos míos, que ésta es el agua de la salud. Y desde entonces todos los habitantes de la aldea llamaron al humilde manantial “la fuente de la Salud”.

Agua salutífera era, en verdad, para los inocentes chicuelos que me seguían afanosos para que les dejara jugar con Sultán y les contara historias de aparecidos. ¡Para las almas puras todas las aguas son buenas! Además, cuando vine a la aldea, noté mucho descuido en el aseo de los pequeñuelos, y lentamente les fui imponiendo la limpieza como un deber de buen cristiano, y para que mejor obedeciesen les decía a los niños: -Si todos los días os laváis dos veces los ojos con el agua de la Salud, nunca los tendréis malos.

Y aquellos inocentes (que me querían mucho) cumplían religiosamente el mandato del señor cura, creyendo que el agua tenía una virtud milagrosa, y la virtud consistía en la limpieza que ellos y sus madres fueron adquiriendo paulatinamente. Éste fue el origen de la fuente de la Salud. Qué sencillos principios tienen casi siempre todas las cosas; pero como no se hacía ninguna especulación, les dejaba creer que el agua de aquella fuente tenía la virtud de conservar la vista, con tal que mis fieles tuvieran la buena costumbre del aseo higiénico.

Un día vino uno de mis superiores y me indicó que sería conveniente ver si podía levantarse una capilla junto a la fuente de la Salud, porque así, cuando las mujeres fuesen por agua, podrían rezar; que era necesario que el pecador encontrase por doquier pequeños templos donde orar para arrepentirse de sus culpas, y al mismo tiempo, aquella agua podía ser propiedad de la capilla, y expendiéndola a un precio módico, era una renta segura para la nueva ermita.

Yo miré a mi superior de hito en hito, y le dije fríamente:

-Comprendo muy bien vuestra sana intención, pero... dispensadme, no estoy conforme con ella. Templos no hacen falta, demasiados hay. Y en cuanto a ponerle un precio al agua, no puede hacerse, porque esa agua no tiene virtud ninguna, que químicamente la he reconocido, y no tiene ninguna sustancia que la recomiende especialmente.

-Pues bien le llaman “la fuente de la Salud”.

-Ese nombre se lo puse yo para darle más aliciente a la costumbre del aseo, que quería establecer en favor de mis feligreses. La limpieza es la salud, y yo deseaba que estos pobres seres desposeídos hasta de lo más necesario, tuvieran una riqueza positiva en una salud inalterable, y sabido es que la limpieza robustece el cuerpo, y al par que lo vigoriza lo embellece. Levante usted donde quiera la capilla que desea (que yo creo innecesaria), pero deje libre el manantial de la Salud, que yo no quiero especulaciones a la sombra de la religión.

-Sois un mal sacerdote -me dijo mi interlocutor-, no sabéis despertar la fe religiosa.

-Del modo que vos queréis nunca la despertaré. Si Dios es la verdad, sólo la verdad se le debe ofrecer.

-Pues tendréis que dejar hacer, porque una opulenta familia vendrá aquí dentro de poco, atraída por la nombradía que tiene la fuente de la Salud. La primogénita de esta noble casa está enferma; su madre (devotísima señora) espera que aquí se pondrá buena su hija, y tiene hecha la promesa de que si aquélla recobra la salud levantará una capilla junto a la fuente bendita; y os lo repito, no vengáis a estorbar que se levante una nueva casa de oración.

Yo le iba a contestar, pero parece que alguien me dijo al oído:

-Calla y espera.

Y nada contesté. Mi superior creyó que me había convencido con sus razones, y se despidió de mí más afectuosamente que de costumbre.

A los pocos días llegó a la aldea la familia que me había anunciado, es decir, parte de ella, pues no venía más que la madre y la mayor de las hijas, con varios criados que, después de dejar instalados a sus señores, volvieron a la ciudad, no quedando más que un viejo escudero y la nodriza de la joven enferma... Fui inmediatamente a ofrecerles mis respetos, pues recibí una orden terminante para que así lo hiciera, y aun cuando no la hubiese recibido yo hubiera ido, pues presentía que aquella familia traería misterio; y a pesar de que huyo de la gente, cuando presiento que se va a cometer un crimen, venzo mi carácter y hago cuanto me es posible para evitarlo, porque creo que ésta es mi única obligación: evitar el mal y practicar el bien.

Efectivamente, en cuanto las vi, comprendí que no me había engañado; la madre era una mujer de buen fondo, temía verdaderamente a Dios; pero engreidísima con su noble alcurnia, hubiera muerto cien veces antes de admitir en su familia un plebeyo y su hija era tan orgullosa como su madre, supersticiosa y dominada en absoluto por el fanatismo religioso y por el orgullo de su nobilísima cuna. Se conocía que estaba enferma por su extremada palidez; y la expresión de su semblante denotaba tan profundo fastidio, que se conocía que todo le molestaba, empezando por ella misma.

Por primera vez en mi vida fui diplomático, y las dejé hablar, encontrándolas muy dispuestas a levantar una capilla junto a la fuente de la Salud, siempre que la joven Clarisa se curara con dicha agua, que estaban seguras que se curaría. Yo las miraba y pedía fuerza de voluntad para enmudecer, pues comprendí que Clarisa estaba enferma, pero que su enfermedad tendría remedio. Traté de estudiar el carácter de aquella mujer, y vi que tenía un corazón de mármol, una inteligencia viciada por un orgullo excesivo, y tenía formada una idea de Dios tan absurda y tan inadmisible, que no se podían escuchar con calma sus desdeñosos razonamientos.

Todos los días iba a la fuente de la Salud a beber agua, pero su palidez aumentaba, y su impaciencia crecía, y su carácter se agriaba. Yo traté de hacerme dueño de aquella alma rebelde por medio de la dulzura, pero comprendí que de aquel espíritu sólo por el terror religioso se conseguiría alguna obediencia; así es que para ella fui el sacerdote severo, nombrándole de continuo un infierno (en el cual nunca he podido creer). En cambio, su madre tenía mejores condiciones; era de carácter más dulce, e intimó mucho más conmigo, hasta el punto que, pasado algún tiempo, me dijo en confesión lo siguiente:

-Ay, Padre! Tengo un peso en mi conciencia que me abruma, y he resistido a comunicárselo a mi esposo; se lo dije a mi confesor, y aunque él aprobó mi plan, desde que le oigo hablar a usted no sé qué me pasa; me confundo, me aturdo, me pierdo entre mil ideas distintas, y hay circunstancias tan agravantes que se necesita de una voluntad poderosa para salir de ellas.

-Hace tiempo que comprendo que sufrís.

-Ay, Padre! y mucho; mi hija Clarisa desgraciadamente va a ser madre del modo más fatal que podéis imaginaros. Baste saber que lo que lleva en su seno es fruto de un amor incestuoso. Ella y su hermano (un hijo clandestino de mi esposo), un infeliz bastardo, han sido víctimas de satánica tentación. El honor de la familia ante todo. Yo descubrí esta horrible locura, pero ya no era tiempo de remediar el daño; y apelamos a medios violentos, a ver si podía deshacerse el ser en mal hora concebido, pero todo ha sido en vano; al llegar aquí apelamos a nuevos remedios, pero inútilmente, y es preciso. Padre, que vos me ayudéis en este trance fatal.

-¿Y en qué puedo yo seros útil, señora? Hablad, que estoy dispuesto a serviros.

-Gracias, Padre mío; no esperaba menos de vos y creed que recompensaré vuestros servicios. Cuando el hijo del delito, cuando el fruto del incesto venga al mundo, es necesario ahogar el llanto, y para desagravio del Eterno, levantaremos en el lugar que le sirva de ignorada sepultura, una ermita que tomará el nombre del manantial cercano, y se llamará

Capilla de la Salud. Mi hija, libre de la carga del pecado, volverá buena, y creerán que ha sido curada con agua de la fuente bendita. El santuario adquirirá renombre, y con la fundación de esta obra se engrandecerá la iglesia de Dios, que si los medios no son tan laudables como yo quisiera, el fin no puede ser mejor: conservar sin mancha el honor de una noble familia, y levantar un templo que con el tiempo será grandioso y al que acudirán los fieles a implorar la misericordia de Dios.

-De ésa necesitáis vos, señora; de la misericordia del Eterno, para que os perdone un infanticidio.

-¿Un infanticidio. Padre?...

-No tiene otro nombre el asesinato de un niño. ¡Queréis levantar un templo sobre una tumba!; ¡queréis que la sangre de un ser inocente sirva de argamasa para unir las piedras de una nueva iglesia levantada para encubrir un crimen! ¿Y creéis, pobre pecadora, que esa casa de oración será grata al Divino Jehová? No blasfeméis más, señora. Porque ¡ay! de los blasfemadores. ¿Creéis que los incestuosos serán menos culpables si después de cometer un asesinato ponen las primeras piedras de una Catedral? ¡Ah, señora! Dios no quiere templos de piedra, porque Él se los ha formado múltiples en la conciencia de cada hombre.

-Pues entonces, ¿cómo desarmaremos su justa cólera?

-¿Y creéis que Dios se encoleriza como un débil mortal? ¿Creéis que las pobres historias de la tierra pueden llegar hasta su trono excelso? ¿Cuándo el negro fango pudo manchar el arco iris?... ¿Cuándo el reptil que se arrastra por el lodo pudo mecerse en las ondulaciones del éter?

-¿Y qué haré, entonces, para hacer algo meritorio? Porque os lo confieso. Padre, tengo miedo.

-¿Qué haréis? Escuchadme, y ¡ay de vos si no me obedecéis! Lo que teníais obligación de hacer, es buscar secretamente quien se encargue de ese pobre ser que va a venir al mundo, que cuando llegue, algo tendrá que hacer aquí; si queréis, yo me encargaré de todo; y la cantidad que ibais a gastar en levantar una capilla, empleadla en crearle un patrimonio a ese pobre huérfano, que harta desgracia tendrá de haber nacido sin recibir un beso de su madre; y ya que el orgullo de familia y la fatalidad le arrebatan el pan del alma, no le neguéis el pan del cuerpo, que vuestra sangre corre por sus venas.

-Ay, Padre!, lo que vos me proponéis es muy comprometido, y hombre muerto no habla.

-¿Que no habla? ¿Qué decís? ¡Si un muerto habla más que una generación entera! ¿Sabéis lo que es ser perseguido por la sombra de una víctima? Yo lo sé, no por experiencia propia (gracias a Dios), pero muchos criminales me han contado sus cuitas y sé que el remordimiento es el potro del tormento donde se tritura el hombre. Y yo, en nombre de Dios, y por amor al prójimo, os prohíbo terminantemente que llevéis a cabo vuestro cínico plan: dejadme hacer a mí, yo buscaré una familia en un pueblo cercano que se haga cargo del hijo de la locura, y vos cumplid con la ley de Dios, si no queréis que el sacerdote se convierta en implacable juez.

No sé qué metamorfosis se opera en mí cuando evito un desacierto; pero me siento crecer; no soy el tímido pastor de las almas que huye del peligro, soy el juez severo que tomaría declaración en aquellos momentos a los primeros potentados de la tierra; no me deslumbraría el resplandor de las coronas; me creo tan fuerte, y me veo investido de un poder tan especial, que si no cumplieran mi mandato no respetaría miras sociales, diría la verdad a la faz del mundo entero y antes de consentir en una felonía, creo que atentaría contra mi vida; y ejerzo en aquellos instantes una subyugación tan poderosa sobre los que me rodean, que me obedecen si no de grado, por fuerza; y cuando corre peligro la vida de un inocente tomo todas las providencias para salvado. Durante un mes no he vivido, hasta que encontré una familia a propósito que se encargara del “huérfano, y le aseguré una crecidísima suma con la cual tiene un buen porvenir y hasta el momento que Clarisa, moribunda, dio a luz un niño, he sido su sombra, predicándole constantemente el amor al prójimo. La joven me escuchaba con

profundo asombro, y parecía humanizarse su sentimiento, pero yo no estuve tranquilo hasta que vi al niño en brazos de una nodriza durmiendo dulcemente. ¡Pobre ser, condenado a morir antes de haber nacido! Yo te he salvado de una muerte cierta. ¿Cuál será tu misión en la tierra? ¡Dios únicamente lo sabe!

Cuando Clarisa marchó a la Corte estrechó mi mano con efusión, diciéndome:

-Gracias, Padre, llegué a vuestro lado desesperada, y gracias a vos, me voy tranquila: velad por él. Padre mío; y cuando pueda rezar, enseñadle a rezar por su madre.

Al oír estas palabras, al ver que había conseguido romper el hielo de aquel corazón, sentí una satisfacción tan inmensa, que aquel momento de prístina alegría me recompensó de mis grandes amarguras, y con sólo recordarlo adquiero fuerzas para resistir el embate que me espera, porque mis superiores me llamarán, y me pedirán estrecha cuenta de no haber dejado levantar la capilla de la Salud, y no haber utilizado el manantial del cual tomaba el nombre.

Mucho sufriré, gravísimas reconvenciones caerán sobre mí; pero... mi conciencia está tranquila. Señor, he salvado a un ser inocente de una muerte cierta y he asegurado su porvenir; no he tomado parte en el piadoso fraude de convertir un agua natural en agua milagrosa, y evitado que se cometiera un engaño y que dos desgraciados fueran infanticidas. ¿No es mejor esto? ¿No es esto más justo, que haber dejado levantar un templo sobre la tumba de un inocente? ¡Quién sabe lo que ese niño podrá ser!...

¡Señor! creo que he cumplido estrictamente con mi deber y estoy tranquilo; pero al mismo tiempo las recriminaciones injustas me fatigan, y van viciando el aire de mi vida hasta el punto que no encuentro un paraje donde respirar libremente.

Muchos me llaman hereje y falso ministro de Dios. ¡Señor! dadme fuerzas de voluntad para enmudecer, porque los secretos de confesión no los puedo revelar; mas yo te amo. Señor; yo creo que te debemos adorar con el culto de nuestras buenas obras; y no es buena obra cometer fraudes en tu nombre. Si en ti todo es verdad no debemos adorarte con hipocresía.

EL MEJOR VOTO

¿A qué viene el hombre a la tierra. Señor? Viendo las leyes que rigen la naturaleza se comprende que la raza humana, señora de todo lo creado, viene a dominar todo lo existente.

Viene a tomar posesión de sus vastos dominios.

Viene a colonizar los dilatados continentes.

Viene a poblar los mares de casas flotantes, o sean veleros y buques.

Viene a estudiar en la gran biblioteca de la Creación, y viene, en fin, a trabajar incesantemente, porque la ley del trabajo es la ley de la vida. Ahora bien; si la ocupación continua es la síntesis de la existencia, ¿emplean la ley impuesta las comunidades religiosas? No; porque el trabajo ha de ser productivo, ha de proporcionar beneficios, ha de servir para el engrandecimiento del hombre moral e intelectualmente considerado, y el trabajo a que más se dedican los religiosos es completamente improductivo; porque el rezo sujeto a horas fijas es una tarea penosa, es el rutinarismo en acción, es una plegaria que se asemeja a un pájaro sin alas que en vez de elevarse por el aire cae al suelo.

Las preces elevadas al son del llamamiento de una campana no traspasan las rejas del coro, es como un manantial perdido entre riscos, resbala entre las piedras sin dejar la menor huella de su paso.

¿Qué es la oración? ¡Es el gemido del alma, y es la sonrisa del espíritu! ¡Es la queja del afligido y el suspiro del que espera! ¡Es el idioma universal el cual hablan todas las humanidades para dirigirse a Dios! Y el hombre, ser impresionable por excelencia, sujeto a

variadísimas sensaciones, ¿a una hora dada ha de fijar su pensamiento en Dios? Imposible, completamente imposible: el hombre que reza cuando se lo mandan es un cadáver galvanizado, pero no es el alma que siente. El éxtasis del espíritu no se produce cuando se quiere; libre como las águilas, no hay clausura, no hay voto que detenga su vuelo; por esto creo que las comunidades religiosas hacen un trabajo estéril; son labradores que aran una montaña de granito, y en los surcos que ellos hagan no podrá esconderse ni una sola hormiga.

En las épocas del terror, cuando el mundo era un campamento, cuando el derecho de conquista era el que fijaba los linderos de los pueblos, bueno era entonces que las almas tímidas se refugiaran en apartado asilo; pero cuando los códigos razonados han dado a los hombres derechos y deberes, los conventos son un contrasentido, son una paralición de la vida, son un lugar de estacionamiento para los espíritus, y son por último un infierno para las pobres mujeres. Yo antes no lo creía así; pero cuando he oído la confesión de muchas monjas, cuando aquellas desgraciadas me han abierto su corazón, ¡cuántos ríos de lágrimas! ¡Cuántos tormentos! ¡Cuántas horas de inexplicable agonía he visto pasar delante de mí!

Muchas mujeres, fanatizadas, han pronunciado el voto cuando aún no sabían lo que era vivir; pero luego, cuando han despertado de su sueño, cuando imposiciones horribles las han obligado a conocer los accidentes de la vida, cuando a veces han tenido que triturar a pequeños seres que hubieran amado con todo su corazón, y sin fe y sin esperanza, sin ninguna creencia, han tenido que sucumbir a la más odiosa de las servidumbres. ¡Ah! ¡Cuántas historias guardan los claustros! y si en algunos conventos viven verdaderamente entregadas a la oración, lo repito, aquella oración es nula. La oración verdadera es aquella que pronuncia el hombre cuando sufre mucho, o cuando le sonríe la felicidad. La oración no es la palabra, es el sentimiento. Una mirada del alma fija en el cielo vale más que mil rosarios rezados por rutina.

Quizá porque yo no he tenido familia he sido y soy tan amante de los lazos que estrechan a los hombres, y cuando he visto a las mujeres desprenderse de todas sus afecciones, desoyendo los sollozos de sus padres, desdeñando las caricias de sus hermanos, huyendo del único placer verdadero de la vida para encerrarse en una celda, dentro del más frío egoísmo, donde todo está negado, donde las leyes naturales se truncan, donde el hombre renuncia a los derechos de su legítima soberanía, porque pierde su voluntad, ¡ah!, cuánto he sufrido cuando he visto la consumación de tales sacrificios. Pero quédame el consuelo de que algunas víctimas he salvado. Esto me ha valido ser el blanco de grandes odios; pero el bien se debe hacer, y la verdad se debe difundir, sin considerar ni medir los abismos donde uno puede caer. Hágase el bien, y tarde o temprano recogeremos sanos frutos.

¿Los ciegos no llevan un guía? Pues si los sacerdotes son los ungidos del Señor, deben conducir por buen camino a los innumerables ciegos que tropiezan en las pasiones y caen en los vicios. ¡Oh, sí, sí!, ésta es la misión de los que nos llamamos ministros de Dios. ¡Inspírame, Señor, para que pueda cumplir el divino mandato de tu sagrada ley!

Y Dios me oye, sí; Dios me atiende, porque a pesar de estar aquí escondido, muchos me buscan para pedirme consejo en las tribulaciones de su vida; y muchas familias llegan al puerto del reposo obedeciendo mis indicaciones.

¡Inspírame siempre, Señor!

Hace pocos meses he vuelto a la calma a un pobre anciano que había llegado al último grado de desesperación, a pesar de ser de un carácter apacible. Padre de una numerosa familia, quedó viudo hace algún tiempo, y no sólo perdió la fiel compañera de su vida, sino la mayor parte de su fortuna, y casi toda la luz de sus ojos. Siete hijos le pedían pan, y su hija mayor, joven de gran inteligencia en música y pintura, utilizaba sus conocimientos con éxito brillante, y ayudaba con el producto de sus buenos cuadros al sostenimiento de su familia.

Magdalena era el consuelo y alegría de su padre, que se extasiaba oyéndola cantar.

Algunas veces me gustaba ir a la ciudad cercana, a ver a mi pobre amigo, que es librepensador, y admiraba su claro raciocinio, su paciencia evangélica, su cristiana resignación, y envidiaba su desgracia porque le veía amado, rodeado de sus hijos que todos a porfía le acariciaban.

Un día le vi entrar en mi casa apoyado en uno de sus hijos, corrí a su encuentro y se echó en mis brazos llorando como un niño.

-¿Qué tienes? -le pregunté asustado.

-¡Que me roban a la hija de mi alma...!

-¿Qué me dices? No te entiendo, explícate.

-¿No te digo, que me roban a mi Magdalena?

-¿Quién...?

-¿Quién? Esos que se llaman ministros de Dios.

-¿Qué dices? Tú sin duda estás enfermo.

-No deliro, no. ¿No recuerdas la voz de mi hija que cuando canta parece que ha bajado a la tierra un serafín del paraíso? Pues bien, esa voz la quieren ellos para sí, y se la llevan.

-Pero ¿cómo se la llevan?

-¿Cómo? Haciéndola entrar en un convento, porque dicen que a mi lado no aprende nada bueno porque soy de los reformistas; y una familia muy poderosa ha tomado cartas en el asunto, y mi hija, aturdida y alucinada con los consejos de un misionero, dice que quiere pensar en la salvación de su alma, porque entre todos la han vuelto loca; y nuestra casa, que antes era un cielo, ahora es un infierno. Tú me conoces, Germán; tú sabes que mi hija es mi vida, que yo soñaba con verla casada con un hombre digno de ella; que no es que yo la quiera por egoísmo, que a mí no me importa; si necesario fuera pasaría el día a la puerta de una iglesia pidiendo una limosna, siempre que a la noche pudiera oír su voz de ángel; pero perderla para siempre, saber que vive, y que no vive para mí, ¡ay!, Germán, eso me vuelve loco.

Y aquel padre infeliz lloraba con el horrible llanto de la desesperación.

-Cálmate -le dije-, cálmate; aún no se ha perdido todo. Yo hablaré a Magdalena, que me respeta mucho.

-Es la única esperanza que me queda, ¡tú! Si tú no consigues hacerla desistir de su plan, ya sé lo que he de hacer.

-¿Y qué harás?

-¿Qué haré? ¿Dices qué haré? ¡Morir!

Sin pérdida de tiempo me fui con mi pobre amigo pidiendo a Dios que me inspirara para salvar dos víctimas a la vez, al padre y a la hija; porque esta última es demasiado inteligente para vivir feliz dentro de un convento.

Cuando llegamos a la casa de mi amigo, dos de mis superiores estaban haciendo compañía a Magdalena, que daba lección de solfeo a dos de sus hermanas, y al mismo tiempo ensayaba el Canto llano. Magdalena, al yerme, palideció, porque sin duda comprendió a lo que yo iba: mis compañeros me miraron y se dispusieron a marchar, diciéndome antes uno de ellos:

-Cuidado con lo que hacéis, que os siguen la pista muy de cerca.

-Pueden seguirla cuanto quieran -le contesté-; pero tened entendido que la persecución no me arredra, porque sé que Dios está conmigo, y el que con Dios navega a puerto llega.

En aquellos momentos me sentí poseído de esa fuerza portentosa que se apodera de mí en los trances extremos. Parece que hay en mí dos naturalezas. En el fondo de mi aldea soy un pobre hombre de carácter sencillo, que se contenta con ver transcurrir los días monótonos y acompasados, haciendo hoy lo que hizo ayer, sonriendo con los niños, preguntando a los labriegos por sus cosechas, encargando a las mujeres que lleven limpios a sus hijos, mirando el cielo cuando el pintor del infinito prueba sus colores en la paleta del horizonte; y nadie, al yerme con mi hábito harapiento, con mi semblante triste y resignado, podrá creer que me transformo como por encanto, y que mis ojos apagados adquieren un brillo extraordinario; pues aunque nunca me he visto, lo comprendo perfectamente, porque nadie puede resistir mi ardiente mirada; y así le sucedió a Magdalena, que, al quedarse sola conmigo, se cubrió el rostro con las manos y cayó en su sillón sollozando. Yo me senté junto a ella, cogí una de sus manos y le dije:

-Mírame.

-No puedo.

-¿Por qué?

-No lo sé; me dais miedo.

-¡Miedo! Miedo tienes tú de misma, no de mí.

-Creo que tiene usted razón.

-Ya lo creo que la tengo. Mírame bien. Magdalena. ¿Crees tú que cumplo con mi deber como ministro de Dios?

-Yo sí lo creo; pero le acusan a usted como a mi padre de seguir secretamente la reforma de Lulero; y me dicen que me pierdo, y que me salve entrando en un convento, que es preciso salvar el alma, y yo veo a mi padre que sufre, y su llanto quema mi corazón, pero entre Dios y mi padre, yo creo que Dios es primero.

-Desde luego. ¿Pero crees tú que vas a Dios, asesinando a tu padre? Porque el día que éste pierda toda esperanza, el día que tú pronuncies tus votos, ese día tu padre se matará. ¿Me oyes bien. Magdalena? Tu padre se suicidará, y ¡buen modo de ir a Dios, regando el camino con la sangre de un ser inocente, a quien le debes la vida!

-¿Pero no le quedan mis hermanas? Que me deje seguir por la buena senda.

-Pero si no vas por la buena senda. Magdalena; si la clausura es contraria a la ley natural; si la mujer no ha venido a la tierra para encerrarse en un convento. Si para eso hubiese venido, Dios no hubiese formado el paraíso que describen las santas escrituras, antes hubiese levantado una fortaleza y en ella hubiese encerrado a la mujer; pero muy al contrario, pues las primeras parejas de las distintas razas humanas vinieron a la tierra y se posesionaron de los bosques y de los collados, de los valles y de las montañas, de las orillas de los ríos, y de las playas de los mares, y los acordes de la vida resonaron en todos los confines del mundo; y el hombre y la mujer se unieron para crear nuevas generaciones que glorificaran al Señor. El buen camino, Magdalena, no es abandonar al autor de tus días en los últimos años de su vida, cuando ha perdido su esposa, su fortuna y la hermosa luz de sus ojos. ¿Sabes cuál es la buena senda? Que le sirvas de báculo en su vejez, que alegres su triste noche con tu amor filial, que aceptes el amor de un hombre de bien, que te cases y le proporciones a tu padre un nuevo sostén. Ésa es tu obligación. Magdalena: consagrarte a tu familia; y éste es el mejor voto que puedes pronunciar.

¿Dónde está tu inteligencia? ¿Dónde está tu comprensión? ¿Cómo crees buena una religión que ordena, el olvido de los primeros afectos de la vida? Te dicen que tu padre es reformista y que a su lado perderás tu alma, y esto... ¿quién mejor que tú lo sabe?

"¿Qué consejos te da tu padre? Que seas buena, honrada y laboriosa; que respetes la memoria de tu madre; que quieras a tus hermanos; que si amas, ames a un hombre digno de ti, que pueda hacerte tu esposa; que ames a los pobres; que seas muy indulgente con los pecadores; que al llegar la noche hagas examen de conciencia, y te confieses con Dios. Esto te dice tu padre, ¿y esto te puede servir para tu perdición, Magdalena? Contéstame en sana lógica."

-En todo tiene usted razón, Padre mío; sí, crea usted que les temo, porque cuando vienen me vuelven loca; y como la duquesa de C. es mi protectora, es la más empeñada en mi profesión, y me dice que ella no abandonará a mi padre, y aun más, que hará felices a mis hermanas si yo consiento entrar en el convento, porque ve que entre mi padre y usted y mi carácter un poco independiente me perderé en el mundo, y que no habrá salvación para mí.

-Nadie se pierde, Magdalena, cuando no se quiere perder y, además, que ni tu padre ni yo te aconsejamos mal, y es preciso que si quieres salvar la vida de tu pobre padre desistas de entrar en el convento. Reflexiónalo bien, y ten en cuenta que al día siguiente de pronunciar tus votos estarás arrepentida, y la sombra de tu padre te seguirá por doquiera, y cuando te postres para orar tropezarás con su cuerpo, y cuando quieras entregarte al sueño, su espíritu te pedirá estrecha cuenta de su suicidio, y créeme, Magdalena, no desates los lazos que Dios formó. ¡Perderte tú en el mundo cuando tu posición es tan digna de respeto y de consideración! ¡Qué

Librodot

voto más santo puedes pronunciar que prometerle a Dios que le servirás de madre a tu padre enfermo y a tus hermanos pequeñuelos! ¡Qué ocupación más noble puedes tener que sostener los pasos del anciano que te enseñó a rezar y a bendecir a Dios! Sé razonable, hija mía; cumple la verdadera ley de Dios, y haz que tu padre, en su triste noche, sonría agradecido al sentirse acariciado por los rayos de la luz de tu amor.

-Ya es tarde, Padre Germán, pues les he dado mi palabra.

-¿Y por el cumplimiento de tu palabra sacrificarás a tu padre? Vamos, Magdalena, yo quiero la vida de tu padre, y tú no me la puedes negar.

En aquel momento entró mi pobre amigo. Venía solo y su paso era inseguro, como el de un niño que comienza a andar. Magdalena corrió a su encuentro, los dos se unieron en estrecho abrazo, sus lágrimas se confundieron por algunos instantes y yo los miraba extasiado, diciendo para mí mismo:

¡He aquí la verdadera religión! ¡El amor de la familia! ¡La protección mutua!

¡La devolución de los tiernos cuidados! ¡El padre enseña a andar a hijo y e hijo luego sostiene los pasos vacilantes de su padre, y le presenta tiernos pequeñuelos que alegran los últimos días de su ancianidad! ¡Oh, la familia! ¡Idilio eterno del mundo! ¡Tabernáculo de los siglos donde se guarda la historia consagrada por el aliento divino de Dios! La religión que no te respete y no te considere sobre todas las instituciones de la tierra tendrá un poder que será más frágil que el castillo de espuma que levantan las olas del mar.

Magdalena rompió el silencio diciendo:

-Perdóname, padre mío. Comprendo mi locura, y al padre Germán le debo la razón; no me separaré de ti, y hago ante Dios solemne voto de ser tu guía y tu amparo, y creo que Dios nos protegerá.

-Sí, hija mía -asentí yo-, Jehová velará por ti. Créeme, Magdalena, al consagrarte al cuidado de la familia has pronunciado EL MEJOR VOTO.

El mejor voto, sí; porque la paz y la alegría han vuelto a reinar en la casa de mi amigo. Los niños han recobrado su joven madre, el anciano ciego su entendida compañera y todos sonríen, y todos viven, y nada más risueño y más hermoso que cuando vienen todos juntos a yerme en un día festivo. Mi vieja casa se alegra. Al caer la tarde Magdalena y sus hermanos cantan en el huerto la oración del Ángelus y los pájaros alborozados repiten ¡Gloria! Su padre la escucha conmovido y me dice en voz baja:

-Ay, Germán! ¡Cuánto te debo...! ¡Qué hubiera sido de mí sin ella...!

¡Gracias, Señor! Me persiguen muy de cerca, y me acusan de quitarte tus ovejas, pero mientras yo aumente el rebaño de los buenos cristianos, creo, Señor, que cumplo con mi deber.

EL PATRIMONIO DEL HOMBRE

Señor, cada día que pasa, cada hora que transcurre, cada minuto que huye para perderse en la eternidad, me convence más de tu grandeza y tu misericordia, Señor, bendito, ¡bendito seas!

¡Cuanto quieres al hombre, y cuan mal hemos comprendido tu inmenso amor!

¡El tiempo, esa demostración eterna de tu sabiduría! ¡Esa prueba inmensa de tu poder! ¡Ésa descifración continua de los grandes problemas! ¿Cómo ha sido mirado en todas las edades? ¿Como? Con cierto temor supersticioso; y el tiempo ha sido simbolizado por un viejo escuálido devorando a sus hijos, destruyéndolo todo, agostando la belleza y la juventud del

hombre, extinguiendo sus afectos, caducando sus leyes, derrumbando sus imperios; para el hombre el tiempo y la nada han sido sinónimos; y, sin embargo, la naturaleza ha demostrado siempre que el tiempo es la renovación suprema de la vida; y si se estudia la existencia del hombre, se ve que el tiempo es la redención de la humanidad; es, en una palabra, el único patrimonio del hombre. Si todos los tesoros de un planeta los llegase a poseer un solo individuo, este no sería poderoso si no tuviera a su disposición tiempo de que disponer. Yo que he estudiado profundamente en esos libros inéditos, en esos volúmenes palpitantes que se llaman hombres, he tenido ocasión de apreciar el valor de las horas, y por esto considero al tiempo como la apoteosis de Dios.

¡Cuántos seres culpables se han redimido con el transcurso de los años! ¡Cuántas almas rebeldes han entrado en los caminos del Señor! Por esto yo creo que el hombre vive siempre, porque si no viviera ¡qué corto es el plazo de una existencia para el que cae y se quiere levantar!

¡Las campanas tocan a muerto! Nubes plomizas cubren el horizonte, los pájaros asustados se refugian en las copas de los árboles y el viento mece su cuna de follaje, los perros aúllan lastimeramente, la tempestad se acerca, y con los recuerdos siguen en mi mente... el tiempo ha pasado... y sin embargo vive en mi memoria la tarde aquélla.

¿Por qué extraño misterio, manuscrito querido, no he trazado en tus amarillentas hojas las impresiones de un suceso que ha formado época en mi vida? ¿Por qué alguna vez, al tomar la pluma y al pensar en aquel desventurado, mi mano ha temblado y no he podido formar una sola letra? ¿Por qué he tenido miedo como si hubiera sido un criminal? ¿Por qué en mis oraciones al pronunciar su nombre la voz se ha ahogado en mi garganta, y he enmudecido temiendo que las paredes del templo repitieran mis palabras...? Por la primera vez de mi vida he sido débil, y quiero vencer mi debilidad, quiero añadir una página al libro de mis confesiones, y de mis recuerdos; quiera que los hombres sepan la desgraciada historia de un espíritu rebelde cuyo nombre verdadero ni aun a ti, manuscrito querido, debo confiar; pero quiero dejar consignado el hecho para demostrar que el tiempo no es el dios Saturno devorando ansiosamente a sus hijos, sino que es el aliento de Dios, fecundando los universos del infinito.

Ya llueve, el agua golpea los verdosos vidrios de mi ventana y parece que esas gotas me dicen: “¿Te acuerdas?”.

Sí, me acuerdo, sí. Era una tarde de primavera, y la estación de las flores (como mujer caprichosa) se había envuelto en el manto del invierno. Llovía a torrentes; las nubes, cargadas de electricidad, dejaban caer sobre la tierra rayos de fuego; el huracán arrancaba de raíz los árboles centenarios que volaban por el espacio con la rapidez del pensamiento, las casas de la aldea temblaban como si tuvieran fiebre, sus techos, al hundirse, lanzaban un gemido, y el viento, como insaciable monstruo, las devoraba en su veloz carrera. La iglesia estaba llena de fieles que rezaban acongojados pidiendo a Dios misericordia, y yo estaba en mi oratorio entregado a la más triste meditación, pidiendo al Eterno que si algún ser de aquella aldea debía morir en aquellos terribles momentos, que fuese yo el elegido, árbol seco que a nadie daba sombra, y dejase a otros ancianos que eran árboles frondosos a cuya sombra benéfica se cobijaban dos generaciones. Pensaba en los marinos que luchaban con las embravecidas olas, contaba y recontaba y no podía sumar los gemidos de agonía que en aquellos críticos instantes debían exhalar centenares de familias arruinadas por la violencia de la tempestad, y lloraba, considerando tantos otros infortunios, tantas esperanzas perdidas..., tantas horas de ímprobo trabajo. ¡Pobres, pobres labradores! De pronto entró Miguel, mi viejo compañero que llevaba a Sultán cogido de una oreja, diciéndome muy azorado:

-Ay, señor! Sultán se ha vuelto loco sin remedio, yo no se lo que tiene este animal. Ha entrado en la iglesia y ha comenzado a tirar a las mujeres de los vestidos, y a arañar los capotes de los hombres, corriendo de una parte a otra. Ladrando desaforadamente, se ha tirado encima de mí, y por poco me derriba al suelo, y gracias que a duras penas lo he podido traer aquí.

Yo miré a Sultán, que venía chorreando agua y lodo, le cogí por la cabeza y examiné sus grandes ojos, y vi que los tenía llenos de lágrimas. El pobre animal, como si comprendiera la relación de Miguel, se estaba quieto, mirándome lastimeramente. Yo, que quería a Sultán como a un amigo íntimo de mi vida, le acaricié diciendo:

-¿Por qué asustas a la gente? ¿Por qué impacientas a Miguel, que parte contigo su alimento? Vamos, pídele perdón.

Miguel se echó a reír y dio varios golpecitos en la caben de Sultán, el cual, al verse acariciado, tomó nuevos bríos y comenzó a gruñir, a lanzar fuertes aullidos, saltando sobre los dos; nos tiraba del hábito, escarbaba en el suelo con ademán impaciente, corría a la puerta, se ponía de pie, apoyándose contra la ventana, golpeaba los vidrios como si quisiera romperlos, volvía de nuevo hacia mí, me cogía por la manga, y me hacía andar a pesar mío; al ver este empeño inusitado le dije a Miguel:

-Lo que tiene Sultán es que ha visto a algún desgraciado, y nos dice que vayamos a salvarlo.

Al oír esto Sultán comenzó a ladrar de nuevo. Yo me puse mi capa y me calé la capucha, y Miguel me miró asombrado, diciéndome:

-Pero, señor, usted se ha vuelto loco. ¿Adonde va lloviendo de esa manera?

-Voy a donde mi deber me llama; que no hemos de ser los hombres menos generosos que los perros.

Miguel, por toda contestación, se fue a buscar su viejo capote, y se ofreció para que me apoyara en él. Salimos y seguimos a Sultán, que pronto se perdió entre las escabrosidades de un barranco; con mil apuros le seguimos, trepamos a una montaña; a la mitad de la subida Sultán se detuvo y miró un nuevo barranco, ladrando desaforadamente. Nos detuvimos, y Miguel me dijo, después de escuchar algunos momentos:

-Creo que en el fondo hay alguien que se queja. Mas el viento que silbaba entre aquellas hendiduras no nos dejaba oír nada; pero Sultán, para convencernos, miró el terreno, dio varios rodeos y comenzó a bajar, y nosotros le seguimos, guiados y sostenidos por algún ángel del Señor, pues de otro modo no se concibe que pudiéramos vencer tantas dificultades. Llegamos a un rellano que formaban las piedras, y allí encontramos a un hombre que se quejaba angustiosamente. Entre Miguel y yo lo levantamos, y como si aquel pobre ser nos hubiera estado esperando, al sentirse sostenido por nosotros, dijo con voz ahogada:

-¡Gracias a Dios!

Y quedó sin sentido. Después de una marcha penosísima llegamos a a iglesia, y tendimos a aquel infeliz en un banco de la sacristía, le prestamos los auxilios convenientes y pronto abrió los ojos mirando a todos lados.

Miró a los campesinos que le rodeaban y se incorporó con viveza, diciendo:

-¡Idos de aquí! No sé si estoy muerto o si estoy vivo; pero quiero estar solo. ¿Me habéis oído? ¡Marchad!

Hice despejar la estancia, y me quedé solo con el viejo y Sultán, que, como si comprendiera que su trabajo estaba ya concluido, se tendió a reposar de su fatiga. Yo me senté al lado del enfermo y le dije:

-Con la entereza que habláis se conoce que no estáis herido, gracias a Dios.

-No hay nadie en la tierra que pueda herir mi cuerpo, pero en cambio tengo herida el alma; ahora decidme: ¿estoy muerto o estoy vivo? Noto gran confusión en mis ideas.

-Estáis vivo, gracias a Dios.

-No deis muchas gracias, Padre, que sin duda alguna sería mejor que hubiese muerto. ¿Sabéis para lo que yo quiero la vida?

-¿Para qué la queréis?

-Para vengarme, para lavar con sangre la mancha de una ofensa.

-¡Buen modo de lavarla, cometiendo, sin duda, un asesinato!

-¿Qué queréis, padre? lo primero es lo primero, y las manchas de la honra sólo con sangre se lavan. Yo contaré mi historia, que para eso he venido. No creáis que fue la

Librodot

casualidad la que me llevó a aquel barranco. Yo quise acortar el camino, y en mi carrera caí, y creed que allí he sufrido todos los tormentos del infierno. Pugnaba por trepar y me resbalaba, y mientras más quería adelantar, más terreno perdía. Las fuerzas me faltaban, mi cabeza no quería levantarse de su almohada de rocas y pensé que iba a morir sin confesión, cuando sólo por confesarme he venido aquí. Hace mucho tiempo que os conozco y no quería irme del mundo sin confesarme con vos. La carga de mis culpas es muy pesada, y sólo un hombre como vos puede ayudar a llevarla. Dos únicos objetos tengo en mi vida: confesarme hoy y vengarme mañana.

-Pues ni os confesaréis hoy, ni os vengaréis mañana: estáis enfermo, vuestros ojos tienen el brillo de la calentura, vuestra mirada extraviada me dice que deliráis; ahora os dejaré mi lecho, descansaréis, reposaréis, y cuando hayáis recobrado la salud, seguiréis vuestro viaje. Os advierto que no quiero recibir vuestra confesión, me horrorizan los secretos de os hombres; cuando entro en esta iglesia me da miedo, porque los ecos me repiten las quejas de la mujer adúltera, los lamentos de la madre infanticida, las imprecaciones de los asesinos, y no puedo guardar en mi mente más recuerdos de horror, porque temo volverme loco.

El enfermo paseó la mirada en derredor suyo, y dijo amargamente:

-Tenéis razón. ¡Cuántos secretos guardarán las paredes de esta iglesia! ¡Es bien triste la historia de la humanidad!

-Seguidme -le dije con afán-. Necesitáis descanso, estáis enfermo, creedme.

-Bien, os seguiré, pero mañana me escucharéis, si no de grado, por fuerza.

Le conduje a mi cuarto, le hice tomar alimento, le ayudé a desnudarse, y se acostó en mi lecho; a poco se durmió con un sueño agitado y yo entonces le contemplé detenidamente. Era un hombre de unos cincuenta años, de arrogante figura y hasta dormido revelaba su semblante orgullosa altivez Me retiré a mi oratorio, y allí me entregué a pensar, y como el reo que está en capilla, temía que amaneciera y llegara la hora de mi suplicio; y me preguntaba: ¿Quien será este hombre, Señor? ¿Qué nuevos crímenes sabré mañana? tQue nuevos enemigos me crearé? Porque yo no transigiré nunca con la hipocresía, ni entregaré ningún criminal a la justicia porque sé que destruyo un cuerpo y entrego un espíritu a la turbación, y prefiero trabajar en su regeneración con todas las fuerzas de mi alma. Yo quiero la corrección para el criminal, pero no quiero los tormentos horribles, los trabajos forzados; quiero hacerles pensar, y hacerles sentir; esto no lo encuentro en las leyes de la tierra, y por eso me resisto a entregarle nuevas víctimas; pero esto me ocasiona grandes responsabilidades, porque si bien hasta ahora cuantos seres culpables he arrebatado a los tribunales de este mundo se han regenerado, podría haber alguno que por mi tolerancia cometiera nuevos crímenes. ¡Ah, Señor! las fuerzas me faltan, ten misericordia de mi debilidad. Yo, si escucho una confesión, si veo una existencia llena de horrores, me identifico con aquel pobre ser y sufro con sus remordimientos, y padezco con la agonía de sus víctimas y turban mi sueño sombras aterradoras y no sé lo que pasa por mí.

Las horas pasaron, el alba cubrió con su manto de púrpura el velado horizonte, los pájaros llamaron al Padre del día y éste les contestó enviándoles sus rayos luminosos, y el enfermo se incorporó en su lecho, diciéndome con acento satisfecho: -Qué bien he dormido, padre! Me encuentro perfectamente, y lo que casi nunca me sucede, he soñado con mi madre y, ¡lo que son los sueños...!, la he visto como ella era...

Saltó del lecho, y prosiguió diciendo:

-Preparémonos para salir, que no quiero que sus paredes guarden el eco de mi voz. Vámonos al campo que, según decía mi madre, es el lugar donde el hombre está más cerca de Dios.

Yo miraba a mi interlocutor como el reo mira al verdugo; en la mirada de aquel hombre había una fiereza extraordinaria, pero no era un ser repulsivo, antes al contrario, interesaba la expresión de su rostro, su porte era distinguido, y se conocía que pertenecía a la más alta sociedad.

Le hice tomar algún alimento, que comió maquinalmente, y me dijo con acento seco:

-Padre, vámonos de aquí, que me persiguen muy de cerca. Yo nunca he sido traidor, y no quiero premiar vuestra generosa hospitalidad con el trastorno de una prisión. No sabéis aún a quién tenéis en vuestra casa.

-Y os dejaría marchar muy contento sin saberlo; recomendándoos únicamente que hicierais con los demás hombres lo que ayer en esta aldea hicimos con vos.

Por toda contestación salió del aposento, acarició al paso a Sultán, que marchó a su lado muy satisfecho, y salimos al campo sin pronunciar una palabra. Al vernos fuera de la aldea, me miró y me dijo:

-Conozco estos sitios mejor que vos, y os llevaré a un paraje donde nadie podrá interrumpirnos. Así fue: nos sentamos en una hondonada, y Sultán, como centinela de avanzada, se sentó a larga distancia de nosotros. Yo pedí a Dios inspiración, y como siempre sentí en todo mí ser un fuerte sacudimiento, sentí sobre mi cráneo una mano de fuego, mis ideas adquirieron lucidez, y el viejo cura de la aldea se sintió fuerte y rejuvenecido. Miré a mi compañero, que estaba sumido en honda meditación y le dije:

-Cúmplase el sacrificio, comenzad; pero sobre todo, decidme en absoluto la verdad.

-Los hombres de mi raza no mienten nunca. Miradme bien. ¿No calculáis quién soy? Mi nombre debe de haber llegado muchas veces a vuestros oídos. Soy el gran duque Constantino de Hus.

Efectivamente, me era bastante conocido por su fatal nombradía, y por un instante sentí miedo, sentí horror, sentí un espanto inconcebible; pero fue una cosa instantánea, porque se apoderó de mi alma un deseo vehementísimo de saber la historia de aquel hombre, que para mí era un náufrago perdido en el océano embravecido de las pasiones, y del fondo del mar de los vicios me propuse sacarle a todo trance: entonces me sentí fuerte, animoso, dispuesto a convertir al mundo entero; me acerqué más a él, cogí una de sus manos, le miré fijamente y le dije:

-¡Habla! Te conozco y te compadezco hace mucho tiempo.

-¡Me compadecéis! -exclamó con asombro.

-Sí, te compadecía. ¡No te había de compadecer, si eres más pobre que el último mendigo de la creación!

-¡Pobre yo! -contestó con ironía-; sin duda ignoráis que en mis dominios nunca se pone el sol.

-No tiene que ocultarse el sol en el lugar donde nunca ha brillado; pero comienza tu relación.

El duque me miró, y comenzó diciendo:

-No conocí a mi padre, murió en una acción antes de nacer yo, y cuando se celebraban sus funerales, mi madre me dio a luz, y, según cuentan, me colocaron sobre el túmulo de mi padre y me aclamaron mis súbditos como el único jefe de mi ilustre familia. No quedaba más varón que yo, pues todos habían perecido en la guerra. Mi madre era una santa mujer, ahora lo conozco, y recuerdo que muchas veces me decía: “Quisiera, al morirme, llevarte conmigo, y que se perdiera tu nombre en las sombras del sepulcro”.

-Tu pobre madre se conoce que veía muy claro tu fatal porvenir; prosigue.

-Cuando murió me alegré de su muerte, porque era el único ser que contrariaba mis deseos, y a los catorce años quedé libre de toda tutela, con derecho de vida y hacienda sobre mis vasallos. No conocí a mis antojos valla, mi voluntad soberana se cumplió siempre y ¡ay del osado que no la hubiera cumplido!... Para tener un heredero de mi nombre me uní a una joven de estirpe real para perpetuar mi raza. Por esto he utilizado siempre a las mujeres, aunque a ninguna he querido. Sólo a mis hijas he mirado con respeto, porque al fin llevaban mi apellido. Mi primera esposa dio a luz una niña, y me indigné de tal manera que desapareció rápidamente de la tierra, porque comprendió mi médico que yo quería que desapareciera. Me casé por segunda vez, y me sucedió b mismo, y me casé la tercera y se repitió la misma historia, y ese hijo nunca vino.

-¡Y cómo querías que viniera, desgraciado! ¡Para el árbol de la iniquidad no hay retoños en la naturaleza!

-Ya podéis decirlo. Padre. A treinta y seis jóvenes hijas de mis vasallos he obligado a que cedieran a mis deseos. La mayor parte fueron estériles, otras murieron de pena, algunas conservaron un recuerdo de mí, que se extinguió al nacer; porque ninguna de las hijas que he tenido de origen bastardo ha sobrevivido a su nacimiento, y he envidiado al último de mis pecheros, al verlo jugar con sus hijos; todos tenían un heredero de su nombre; sólo el mío estaba llamado a extinguirse.

-Porque es necesario que se extinga, porque eres hijo de una familia execrable, porque donde tú y los tuyos habéis llegado, no habéis dejado más que un rastro de sangre y lágrimas, por eso es preciso borrar tu nombre del libro de la historia, para que no se avergüencen los pueblos; pero prosigue, que aún no debes de haber concluido.

-Me queda algo que contaros todavía; tres hijas me quedaron de mis tres matrimonios, a las cuales si no las he querido mucho, las he respetado, y para que con sus debilidades o liviandades (porque todas las mujeres son lo mismo) no manchasen mi nombre, a dos de ellas las hice entrar en un convento, y la mayor se quedó a mi lado, para hacerme cometer un nuevo crimen. Un hombre más poderoso que yo por su posición social, la sedujo, y después de seducirla, como él es casado, la abandonó, y conociendo que al enterarme yo de lo ocurrido me vengaría me alejó de su lado acusándome de ser el jefe de una sedición, y me despojó de la mayor parte de mis bienes. Yo ya sabía mi deshonra. Reuní a mis parciales y reté al ladrón que había osado llegar a mi hija, y le dije que viniera a mi residencia habitual para probarme que yo era un traidor, y le mandé mi guante que él recogió, y vino a mis Estados, porque a tales llamamientos no hay hombre que se niegue, pero vino con fuerzas más poderosas, muy superiores en número a las huestes que defendían mis territorios. Comprendí que sería pronto dueño de mi castillo, y le mandé un heraldo con un pliego en el cual le decía que yo mismo le tiraría las llaves de la fortaleza a la puerta de su tienda, y no tardé en cumplir mi palabra. Él puso su tienda a orillas del río, y yo subí a la torre más alta de mi castillo, acompañado de mi hija, próxima a dar a luz el fruto de su deshonra y la mía, y con un brazo fuerte la levanté en el aire y la lancé al espacio. Su cuerpo se perdió entre las ondas del río mientras yo grité tres veces: 'Ahí tienes las llaves de la fortaleza de Hus!" Sin pérdida de tiempo, seguido del más bravo de mis capitanes, huí por un camino subterráneo, mientras que mis soldados defendían, palmo a palmo, la morada de su señor. ¿Y sabéis por qué huí? Porque quería que aquel hombre sintiera el mismo dolor que sentí yo, quería que mi venganza se cumpliera ojo por ojo y diente por diente; quería que una de sus hijas fuese deshonrada como lo fue la mía, y conseguí mi intento, y se lo hice saber, y le reté a un combate a solas en las cercanías de esta aldea, pero él temió mi brazo, y no vino, pero vinieron en mi seguimiento emisarios suyos, que he sabido burlar con destreza. El que no quiere morir como un noble, morirá como mueren los cobardes y los traidores, heridos por la espalda; voy en su busca, le mataré, y después vendré aquí y concluiré de una vez con la vida que me abruma, y entonces, Padre, vos seréis el único que rogará por mí, y no le negaréis tierra sagrada al cadáver del suicida. Se habla mucho de vos, y por esto he venido, porque necesito al morir alguien que me prepare para ese viaje que no sé dónde acaba; dicen que hay un infierno, y si le hay de seguro que yo iré a él, y si he de ser maldecido en la tierra, quiero recibir mi excomunión de un hombre verdaderamente grande, como cuentan las gentes que sois vos.

Yo estaba absorto; miraba a aquel hombre y veía pasar ante mí pálidas sombras en forma de mujeres jóvenes y bellas. Las unas extendían su diestra amenazando la cabeza del noble, otras lloraban y le enviaban un ósculo de paz, y yo maravillado, atónito, subyugado, comprendí que estaba rodeado de seres espirituales. Una sombra enlutada se acercó al duque. Lloraba con el mayor desconsuelo, y reclinaba su frente en la cabeza del pecador. Ésta es el alma de su pobre madre, pensé entre mí; sólo una madre puede perdonar la iniquidad del hombre. La sombra respondió a mi pensamiento porque redobló sus caricias, y estrechó mis manos con ademán suplicante. Yo entonces sentí lo que nunca había sentido, pensé en mi

madre a quien nunca había visto, y mi corazón sollozó dentro de mi pecho, y casi envidié la suerte de aquel desgraciado, porque aún era amado de su madre.

El duque me miraba y extrañando sin duda mi silencio me dijo con impaciencia:

-Y bien. Padre, ¿qué decís?

Al oírle volví a la vida real y sólo quedé viendo a su madre que se apoyaba en el hombro de Hus.

-¿Te acuerdas alguna vez de tu madre?

-Sí, muchas veces; ¿por qué me lo preguntáis?

-¿Mientras ahora me mirabas pensabas en ella?

-Sí; hace algunos días que no me deja su recuerdo. Como pienso dejar este mundo, no es extraño que recuerde a la que me trajo a él. ¡Pobre mujer! Casi razón tenía. Si no había de dejar un heredero de mi ilustre nombre, hubiera sido mejor el haberme ido con ella; pero en fin, lo hecho, hecho está; ahora sólo espero de vos dos cosas.

-¿Cuáles son?

-Vuestra excomunión, porque vuestra bendición es imposible, y la formal promesa de que me enterraréis en tierra santa y pondréis en mi huesa una Cruz.

-Lo último concedido, desde luego; y de paso te advierto que para mí, toda la tierra es sagrada, porque toda ella recibe el reflejo divino de la mirada de Dios; y en cuanto a tu primera petición, no puedo acceder a ella porque no hay en la tierra ningún hombre que tenga suficiente poder para bendecir a otro en nombre de Dios, ni para lanzarle el anatema cumpliendo una orden del Eterno.

-¿Pues entonces, para qué sirven los sacerdotes?

-Sirven, si son buenos, para consolar y para instruir a la humanidad, para iniciar al hombre en el progreso eterno de la vida, para conducirle por el camino más corto a la tierra prometida. Día llegará que no serán necesarios los sacerdotes, porque cada hombre cumplirá con su deber, y éste es el verdadero sacerdocio; pero mientras no llega ese hermoso día, cierto número de hombres, dedicados al estudio y a prácticas piadosas, serán un freno para los pueblos, y a veces un motivo de escándalo; que en nuestra mal organizada sociedad se tocan casi siempre los extremos.

-Y si no queréis ni absolverme ni excomulgarme, ¿qué me diréis entonces? ¿Qué os parece mi vida?

-¿Qué quieres que me parezca, desdichado? ¡Un tejido de iniquidades! ¡Una serie de crímenes horribles! Pero no todos son hijos de ti, muchos de ellos han obedecido a los vicios de esta época; dentro de algunos siglos no habrá criminales como tú. Los nobles no tendrán tan fatal poderío, los siervos serán rescatados por el progreso, las mujeres reconocerán sus deberes y reclamarán sus derechos, y no serán como son hoy, el pobre juguete del libertinaje del hombre. Viniste a la tierra en muy mal tiempo; desgraciado, y tu espíritu dispuesto a cometer toda clase de desaciertos, y todos los atropellos inconcebibles han satisfecho tus inicuos deseos porque cuanto te ha rodeado cooperó a tu perdición.

-¿Y qué hay después de esto, Padre?

-¿Qué ha de haber? El progreso eterno, porque la razón natural lo dicta. Tú y yo hemos nacido en la misma época, si bien de distinta clase, pero no es la raza sacerdotal la menos privilegiada, y bien sabes que muchos son los sacerdotes que cometen abusos. ¿Por qué naciste tú inclinado al mal, y yo al bien? ¿Por qué tú morirás maldecido de todos sin que nadie derrame una lágrima en tu sepultura, y yo seré enterrado por un pueblo entero que llorará mi memoria? ¿Por qué tú te has entregado al torbellino de las pasiones, y yo he sabido contener las mías? ¿Por qué este privilegio para mí, si tú y yo vinimos al mundo en las mismas condiciones? Si los dos nacimos de mujer, ¿por qué para ti todos los incentivos del placer y del poderío (que no son otra cosa que elementos de perdición), para mí toda la cordura, toda la reflexión y todos los medios para seguir por el verdadero camino? ¿Por qué si no tenemos otra vida tú has de ser tan desventurado y yo he de ser dichoso? ¿Cabe en Dios semejante justicia? No; no puede caber, y nuestra vida debe continuar, porque si no

continuara, yo negaría a Dios, y Dios es innegable, porque la Creación demuestra su existencia.

"Me dices ¿qué hay después de esto? Hay la vida eterna y el progreso indefinido del espíritu. Tú no puedes dejar de ser la execración universal, mientras yo, hermano tuyo, hijo de un mismo, padre, porque los dos somos hijos de Dios, sucumbiré rodeado de los niños de mi aldea, y muchos hombres honrados llorarán mi memoria."

"Tú tienes que engrandecer tu espíritu, porque el mal no es eterno en la Creación."

"Dios crea y no destruye; de consiguiente, el espíritu tiene que armonizar con lo creado, porque como ser pensante, como entidad inteligente, es el complemento de la divina obra."

"Tú vivirás, tú pagarás una a una todas las deudas que has contraído, y llegará un día que serás dueño de ti mismo; hoy has sido esclavo de tus pasiones, mañana... serán ellas tus esclavas, y las dominarás a tu antojo como yo he dominado las mías."

-¿Que viviré, decís? ¿Que viviré...? ¿Conservaré la memoria de mi existencia? ¡de esta vida que tanto me abruma...! Escucharé siempre esas voces lejanas que me dicen de continuo...

"¡Maldito! ¡Maldito!"

-No, no las escucharás, Dios es misericordioso con los arrepentidos: y si tú quieres, desde hoy mismo, puedes empezar tu nueva vida. Renuncia a ese nombre que tantos crímenes te ha hecho cometer, y que te ha dado tan odiosa celebridad; deja que se extinga el nombre de tu raza, renace de nuevo, y si ayer fuiste el azote de la humanidad, mañana tal vez algunos pobres agradecidos siembren flores en tu tumba.

-¿Queréis que entre en un claustro?

-No, quiero que trabajes, que seas útil a los desgraciados: que el trabajo es la oración de la naturaleza.

-Pero hablando con vos, me olvidaba que tengo que hacer algo todavía.

-Nada tienes ya que hacer, yo no tengo poder ni para perdonarte, ni para escarnecerte; pero sí lo tengo para impedirte el cometer un doble crimen. Piensa en mañana, el alma de tu madre te ha conducido aquí para tu regeneración, demos principio a ella. ¿Te quedan algunos bienes?

-Sí, sí, algo me queda.

-Pues bien, hoy mismo te irás de aquí, y del mejor modo posible realizarás tu fortuna, harás correr la voz (que con dinero todo se consigue) que has muerto a manos de unos forajidos que se llevaron hasta tu cadáver, y las guerras y turbulencias actuales favorecen nuestro plan; desfigurarás tu rostro con un tinte cobrizo que yo te daré, vendrás aquí donde hay fértiles campos que sólo esperan buenos labradores para producir ciento por uno, y ocuparás en las faenas agrícolas a muchos de mis pobres Campesinos, que sólo desean trabajar. Tú también trabajarás la tierra, que bueno es que la riegue con su sudor el que tantas veces la ha regado con lágrimas y sangre de sus víctimas. Confío en tu palabra, que volverás; y si no vuelves, no seré yo el perjudicado, que lo serás tú. Si matas a ese hombre y te suicidas después, tu espíritu sufrirá horrorosamente y sentirás todas las agonías que tú has hecho sentir a las pobres jóvenes que han sucumbido de vergüenza y de dolor. Si vuelves, prepararás tu alma para una muerte mucho más tranquila. Eres libre en la elección.

El duque se levantó y me dijo:

-Volveré; porque si he de vivir siempre, ya estoy harto de sufrir.

Y embozándose en su capa se fue a paso ligero, y la sombra de su madre desapareció con él.

Cuando me quedé solo, lloré con ese llanto del alma que, como lluvia bendita, fertiliza nuestro sentimiento. Vi en lontananza nuevas persecuciones para mí porque era un reo de la alta nobleza que arrebataba a la justicia del Estado; pero ¿qué me importaba si evitaba dos crímenes y hacía pensar en su curación a un pobre loco de nacimiento?

Pasaron muchos días, algunos meses, cuando una tarde un aldeano me trajo un pliego. Era una carta del duque, en la cual me anunciaba su próxima llegada y me advertía que, siguiendo mi consejo, había dejado de pertenecer a la raza blanca.

Un mes después llegó el de Hus a pedirme hospitalidad acompañado de su siervo más fiel, que como su dueño, parecía un etíope.

El duque no parecía el mismo. Con sus cabellos tonsurados, sus manos ennegrecidas, su aire vulgar, su continente humilde, había muerto, efectivamente, el último vástago de la casa de Hus.

Cuando me vio se arrojó en mis brazos y me dijo al oído:

-Os confieso que más de una vez he titubeado en venir, pero al fin habéis vencido, única voluntad que ha dominado la mía.

-Demos gracias a Dios, maese Juan; si te parece, llevarás este nombre.

-Convenido; ahora todos los nombres me son iguales; decidme cuanto debo hacer.

-Ya te indiqué mi plan, sígueme si te place, pero yo no te he llamado a mi lado para que vivas oprimido, sino para salvarte de un doble crimen, para labrar la tierra, y tal vez halles los surcos en el cielo.

Cuatro años después, en una hermosa tarde de primavera, vinieron algunos campesinos a decirme, muy desolados, que maese Juan se moría; me fui con ellos y me dirigí a la Abadía de Santa Isabel, convertida en granja modelo. El trabajo había embellecido aquel vetusto y arruinado edificio, donde multitud de familias habían encontrado medios de subsistencia.

Una completa revolución reinaba en la granja. Los hombres hablaban con misterio, las mujeres algunas lloraban y retenían a sus hijos para que no hicieran ruido y respetasen el reposo de maese Juan. Cuando entré en el cuarto del enfermo, éste se despertó y cogiéndome una mano me dijo con voz solemne:

-Padre; va a cumplirse vuestra profecía: voy a morir, pero seré llorado; veo el trastorno de esas buenas gentes, algunos gemidos llegan hasta mí... ¡qué ¡que hermoso es ser amado! En mi mesa encontraréis mi testamento. Mis colonos son mis herederos. ¿Por qué no os habré conocido en el momento de nacer, padre Germán? ¡Qué bueno es ser bueno, Padre mío!

Y reclinando su cabeza en mis brazos, expiró.

Se cumplió mi profecía; en hombros de los campesinos fue llevado el último duque de Hus a su humilde sepultura, y seres agradecidos la cubrieron de flores. Unas cuantas familias bendicen su memoria, y un espíritu extraviado habrá comenzado a conocer sus errores.

Escondí a un reo, arrebaté a la justicia humana un criminal, porque no le quise despojar de su legítimo patrimonio, de esa riqueza inapreciable que se llama

¡TIEMPO!

¡Perdóname, Señor! Me acusan que quebranto las leyes de la tierra, pero creo firmemente que no violo las tuyas...

LAS HUELLAS DEL CRIMINAL

Estoy triste. Señor, muy triste. ¡Me he quedado tan solo...! Sultán, mi fiel Sultán, el compañero de una gran parte de mi vida, a pesar de haber alcanzado una longevidad extraordinaria, al fin se ha ido, y me ha dejado solo. Yo fui el primero que le acarició al nacer, y yo he sido el que al morir [e sostenido su inteligente cabe sobre mis rodillas. ¡Noble animal! Triste es decirlo, pero es muy cierto: he hallado en un perro lo que no he podido encontrar en un hombre. ¡Cuánta lealtad! ¡Cuánto cuidado! ¡Cuánta solicitud!

Él dormía de día, rara vez le vi dormir de noche, y sólo estando enfermo. Cuánto me complacía, si alguna mañana nos quedábamos dormidos Miguel y yo, ver con qué suavidad

nos despertaba Sultán tirando de las mantas que respectivamente nos cubrían; si alguna tarde, paseando por el bosque, me sentaba para meditar mejor, y por último me rendía el sueño, antes de anochecer del todo, él me despertaba, y ¡siempre adivinaba mis deseos!

Nunca había entrado en el cementerio, antes al contrario, se paraba a la puerta, y ladraba con impaciencia cuando veía al sepulturero; pero desde que murió ella, la joven pálida de los rizos negros, entró conmigo cuando la llevé a enterrar; y cuando no aparecía Sultán por ninguna parte, decía Miguel sonriendo:

"estará allá"; aquel "allá" era la tumba de ella, y efectivamente iba a buscarle y le encontraba sentado junto a la huesa detrás de la cruz. Al yerme corría hacia mí, y los dos nos dirigíamos nuevamente a la fosa que encerraba todos los amores y felicidades de mi vida. ¡Ah, Sultán, Sultán, qué inteligencia tan maravillosa poseías! ¡Cuánto interés te tomabas por mí! Al perderte he perdido a mi mejor amigo.

Antes, cuando volvía a mi retiro, cuando en el fondo de mi oratorio rezaba con mi llanto, cuando lamentaba las persecuciones que sufría, le veía a él, que me escuchaba inmóvil. Nunca se cansaba de estar junto a mí, siempre su mirada buscaba la mía, y en el último sueño él mismo ha reclinado su cabeza sobre mis rodillas buscando el calor de mi cuerpo hasta el postrer instante que se apagó en él esa llama misteriosa que arde en todos los seres de la creación.

Ahora sí que estoy solo, pues el pobre Miguel es una máquina que funciona si la hago funcionar; pero en Sultán había iniciativa, acción incesante, y si algunas obras buenas he podido hacer durante mi existencia, él ha sido el primero que me ha impulsado a ellas, porque me decía con sus caricias y con sus miradas llenas de intención: Corre, que es preciso salvar a un hombre, y yo corría afanoso, alentado por el deseo de hacer un bien.

Ahora nadie me ama, cuando me despierto nadie se alegra, y tengo frío en el alma, pero un frío intenso; cuando entro en mi pobre casa todo permanece mudo. El viejo Miguel, ocupado en el huerto, acude si le llamo, si no, ni oye mis pasos, y él sigue en su ocupación favorita, y yo me siento a mi ventana, miro al cielo, y mirando la inmensidad, los recuerdos afluyen a mi mente, y si bien veo en lontananza a algunos seres que me dirigen una mirada de gratitud, cerca de mí contemplo enemigos implacables que me persiguen y me acusan de apóstata, de traidor a la Iglesia y al Estado; y si no fuera porque es cometer un crimen, yo les diría: Matadme, saciad vuestra cólera en este pobre viejo, a quien ya le faltan las fuerzas para luchar con la humanidad; pero esto no puede ser; la vida es un depósito sagrado, y no podemos disponer de bienes que no nos pertenecen; ellos serían criminales y yo homicida, y el hombre no viene a la tierra para matar, que el quinto mandamiento de la ley de Dios dice: "No matarás". Por esto yo, siguiendo su mandato, he hecho cuanto he podido para evitar los grandes homicidios sociales, y por esto me acusan, y hasta me llaman avaro. Esto es lo que más deploro, ¡Señor!, que me acusen de avaricia creyendo que he sido heredero del último duque Constantino de Hus.

¡El tiempo!, ese mago misterioso, ese gran aritmético que suma todas las cuentas, ese matemático de los siglos que descifra y resuelve todos los problemas, ese agente del pasado ha dicho a los hombres que el duque de Hus no murió a manos de encubiertos asesinos, sino que, muy al contrario, murió tranquilamente en su lecho, y su cuerpo descansa en humilde sepultura sombreada por los sauces y embalsamada por las flores, que en su huesa sembraron seres agradecidos. Esto se sabe; también que los colonos de maese Juan han heredado a su señor, pero no se concibe que su salvador no herede nada, y coligen que la mayor parte de sus bienes me fue entregada antes de morir Hus.

¡Pobre humanidad!, no cree en el sacrificio sin el beneficio inmediato; no pueden conformarse con que yo me expusiera a una prisión cierta, y a una muerte segura, por hacer entrar en la senda de la virtud a un desgraciado criminal.

La razón terrena ¡qué atrasadísima está todavía!, hundida en el envilecimiento, sumergida en el egoísmo; encadenada por la más completa ignorancia, todo lo ve pequeño y mezquino; para ella no hay más que el comercio, el negocio, la usura, prestar uno y cobrar

Librodot

ciento. El hombre ignora que el alma vive a través del sepulcro; cree que en la tierra comienza y acaba todo, y por eso se afana comprando goces efímeros para una sola existencia.

Yo veo más lejos, por eso el oro no me seduce; no soy virtuoso, no; lo que soy es razonable, esencialmente racionalista, no busco la santidad, busco el progreso, porque en último resultado, ¿qué es la santidad en la tierra según la consideran las religiones? Es la intolerancia de un hombre, es la aniquilación de un cuerpo, es truncar todas las leyes naturales. ¡He aquí la santidad de los hombres! ¿Será grata esa santidad ante los ojos de Dios? ¿Le complacerá ver a sus hijos luchando como fieras hambrientas?

No; si Dios es amor, si Dios es justicia, ¿cómo ha de querer que le adoren con cruentos sacrificios? A Dios, verdad esencial, con actos de verdad debemos adorarle; pero esto no lo quieren comprender, y como la generalidad de los seres que se llaman racionales no ven más que la tierra que pisan, no quieren convencerse de que haya otros hombres que miren y descubran la vida universal, vida que yo presiento; vida que yo veo, que yo toco, que yo siento germinar en mí cual generosa savia que reanima mi abatido cuerpo y alimenta mi desfallecido espíritu. Sí, cuando las circunstancias apremiantes me arrojan a la corriente impetuosa del mundo, cuando la persecución de los hombres acerca a mis labios la copa de la amargura, cuando apuro hasta las heces la amarga hiel de la vida, contemplo la naturaleza, veo la renovación en todo, y la muerte en mí mismo, entonces... reflexiono y digo: Yo también, átomo integrante de la Creación, estoy sujeto a la ley de la reproducción eterna. ¡Yo viviré porque todo vive! ¡Yo progresaré porque todo progresa! ¡Yo, Señor, creo en ti, y te adoro en tu inmensa obra, y sigo cuanto me es posible tu hermosa ley, para poder entrar algún día en tu reino! Pero ¡ah! ¡Cuántas angustias...! ¡Cuántas agonías me cuesta esta existencia, tan breve para el placer... y tan interminable para el dolor! Nunca acabo de sufrir.., siempre una buena obra me deja una herencia de lágrimas. Yo hice que el duque de Hus muriera tranquilo en su lecho, pero yo... no sé aún cómo moriré. Dame fuerzas, Señor; estoy en poder de un hombre que sabe toda esa historia, y desgraciadamente, él sabe que yo soy la voz de su conciencia.

En su mano tiene él ahora mi vida; ejerzo sobre él una fascinación especial, quisiera matarme y no ser él el autor de mi muerte, ¿qué hará conmigo? Dios lo sabe, Rodolfo es temible.

Hace tiempo, mucho tiempo, que un noble viejo puso secretamente fin a sus días, y fui su confesor; el veneno que tomó no fue activo como él deseaba y me mandó llamar para que le ayudase a morir, y en aquel último trance, en esa hora suprema, en esos instantes sagrados en los cuales los hombres más degradados no se atreven a mentir, me dijo el anciano: “Padre, he atentado contra mi vida para evitar el crimen; he preferido ser yo criminal a que mi hijo lo fuera. En la mirada de mi hijo Rodolfo he visto mi sentencia de muerte, y para evitar un parricidio he preferido dejar la tierra. Mi hijo me odia, porque yo soy el único que le puede decir frente a frente: ¡eres un miserable! ¡Padre! a vos lo recomiendo. Velad por él, sed su segundo padre, ya que el primero tiene que huir de su lado para evitarle un horrendo crimen. ¡Dios me tenga en cuenta la fatal causa de mi muerte!” Expiró el anciano y unos ojos de fuego se clavaron en mí, Rodolfo, escondido tras las pesadas cortinas que envolvían el lecho, se conoce había oído la confesión del moribundo y se abalanzó sobre mí rugiendo como el león herido. Yo sujeté su brazo y le dije: “1Desgraciado! Huye de aquí, y no profanes el cadáver de tu pobre padre”; y aunque él era vigoroso y yo era débil, sujeté entre mis manos las Suyas de hierro, le obligué a salir del aposento mortuorio, y entonces le dije, dejándole libre: “Hiere si quieres”. Él me miró y levantó su diestra, pero yo fijé mis ojos en él, que cayó como herido por un rayo, profiriendo una horrible maldición.

Poco tiempo después el conde de A... me llamó para hacerme su última confesión, y me dijo: “Padre, sólo una hija tengo, y ésta ha sido deshonrada por Rodolfo. Queriendo lavar con sangre la mancha de mi honra, al ver que se negaba a darle su nombre a Berta, le reté a un duelo, y él me contestó que no se batía con ancianos; mas éste fue un pretexto. No se ha batido conmigo por miedo de que yo le matara, pues el brazo del ofendido recibe la fuerza de

Dios. Mi plan era matarle y hacer entrar a mi hija Berta en un convento; pero Rodolfo, más astuto que yo, me ha herido por la espalda, y aunque iba encubierto lo he reconocido. Este asesinato de nadie es sabido, porque yo he ocultado a todos el nombre del matador: la pobre Berta lo ignora; mi nombre quedará deshonrado si mi hija no se casa con su seductor. En vos confío, Padre, y moriré tranquilo si vos me juráis obligar a Rodolfo a que dé su nombre a mi hija".

Le prometí a aquel mártir de su honra cumplir su noble deseo, y acto seguido fui a ver a Rodolfo. Y le dije que en mi mano estaba su vida porque sabía sus horribles secretos. Subyugado por mi voluntad, accedió a mi mandato, y antes de darle sepultura al cadáver del conde A... bendije la unión de Berta y Rodolfo, y cosa extraña, si me hubieran exigido juramento, hubiera jurado que el alma del conde de A... había servido de testigo en la sagrada ceremonia, tan claro le vi al lado de su hija. ¡Quién sabe!

Berta se marchó al campo a pasar el luto y a dar a luz un niño dé figura contrahecha y de una fealdad espantosa, que yo bauticé secretamente, pues por salvar la honra de la madre se convino ocultar el nacimiento de aquel niño que nació con mala estrea, pues a su madre le daba horror el mirarlo y Rodolfo repetía que no podría llevar su nombre un monstruo semejante.

Yo me hice cargo del niño, que quedó en poder de una nodriza en una alquería cerca de mi aldea. Sus padres se fueron a viajar y durante ocho meses nada se supo de ellos. El niño, entretanto, jorobado y escuálido, vivía gracias a los cuidados que se le prodigaban. Era un ser repulsivo, de carácter violento, pero conmigo se sonreía y yo, sin explicarme la causa, cuando le besaba se me oprimía el corazón.

Una mañana vino su nodriza llorando y me dijo que se habían llevado al niño.

-¿Quién? - pregunté temblando.

-Su mismo padre, señor; hace tres días que vino, me dejó mucho dinero, y por más que yo le supliqué que me lo dejara, "su madre ha de verlo", me contestó y se lo llevó.

Se fue la pobre mujer, y yo sin perder tiempo me puse en camino y llegué a la casa señorial de Rodolfo, y los criados me dijeron que los señores habían estado allí quince minutos, pero nada me hablaron del niño. Yo enmudecí, y cuando estuve solo, sin saber por qué, lloré; lloré con ese llanto cuyas gotas de fuego tuercen su curso, y en vez de resbalar por las mejillas, caen perpendiculares sobre el corazón.

Siempre aquel niño me inspiró profundísima compasión, porque su madre no lo quería, por ser él la prueba de su debilidad, y su padre porque el heredero de su nombre era un ser marcado por la cólera de Dios, que la ignorancia atribuye a Dios enojos y venganzas que no tienen razón de ser; pero de absurdos se compone el mundo. Aquella noche no dormí, y alguien decía a mi oído que el pobre niño había sido asesinado. Estas sospechas vivieron conmigo y a Sultán le estaba reservado encontrar el cadáver de aquel inocente. Una tarde, paseando con él en lo más agreste de la montaña, al pie de un cedro centenario, observé que Sultán escarbaba con furor. Le ayudé, y pronto encontré, envuelto en una manta, el cadáver del hijo de Rodolfo en perfecto estado de conservación. El muerto delataba a su matador, porque sólo su padre y su madre eran enemigos de aquel pobre ser, y no me quedó ninguna duda de que él, y tal vez en connivencia con Berta, había dado muerte a aquel infeliz.

Enterré nuevamente el cadáver, regué con mi llanto la tierra de su sepultura, y volví a mi casa para sufrir una aguda enfermedad, porque la infamia de los hombres es el veneno más activo para las almas sensibles.

A nadie dije nada de mi triste hallazgo, porque en los crímenes de los grandes siempre son las víctimas los pequeños. Únicamente se lo escribí a Rodolfo y obtuve el silencio por respuesta, y más tarde una persecución espantosa por parte suya. Los años pasaron, Rodolfo en la Corte adquirió renombre y gran influencia, y en todos los sucesos de mi vida él ha tomado parte directa o indirectamente. La verdad es que siempre que nos hemos encontrado, su mirada se ha fijado en mí con odio feroz; porque no puede perdonarme que yo sepa sus

crímenes. Él para mí es un miserable, y esto lo exaspera, porque se empeña en parecer impecable, pues nadie es más avaro de virtudes que aquel que no tiene ninguna.

Entre Rodolfo y yo hay un misterio; él me odia, al mirarme conozco en su mirada que siente no haberme estrangulado ante el cadáver de su padre, y al mismo tiempo cuando le miro cierra los ojos como deslumbrado y huye de mí con desesperación. Yo, en cambio, le amo. ¿Por qué? Lo ignoro. ¿Nos ha unido algún lazo en otras existencias? ¡Quién sabe! Yo sólo puedo explicarme que a pesar de reconocer en él a un gran criminal, le quiero, sí, le quiero con toda mi alma, y en el fondo de mi corazón hay un mundo de ternura para él y para el pobre niño que duerme al pie del cedro de la montaña.

Muchas, muchas veces, el pequeño asesinado despierta mis recuerdos, y en su ignorada tumba elevo una oración a su memoria.

Al descubrirse últimamente el secreto y el misterio de cómo pasó los últimos años de su vida Constantino de Hus, Rodolfo es el que más interés ha tomado en este asunto, porque ha encontrado una ocasión propicia para perderme, y la quiere aprovechar. Yo me encuentro en los brazos de Dios, y dejo hacer a los hombres, pero Dios me protege, indudablemente vela por mí, no me cabe duda.

Hace algunos meses vino Rodolfo con una orden expresa de llevarme con él, para comparecer ante mis superiores y ser juzgado por el tribunal de la Iglesia y por el tribunal del Estado. ¿Por qué no me obligó a ir con él? ¿Por qué después de escucharme y de cumplir la penitencia que le impuse me dejó libre y nada he vuelto a saber de él? ¿Por qué es esto? Porque sobre todos los odios de los hombres, está la inmutable justicia de Dios. ¡Oh, sí. Dios es justo!

Estaba una noche solo en mi cuarto cuando entró Rodolfo en el, diciéndome con punzante ironía:

-¿Sabéis lo que se hace con los encubridores de los criminales?

-¿Qué se hace con ellos? -le pregunté fríamente.

-Se les ata con una cadena muy corta.

-Entonces hace mucho tiempo que yo debía estar atado.

-Al fin confesáis vuestro delito.

-¡No he de confesarlo...! si tú eres mi cómplice.

-¡Yo...! ¿Qué decís?

-La verdad, quizá fuiste tú el primer asesino de quien yo tuve misericordia.

-Mirad bien cómo habláis.

-Estamos solos, Rodolfo; por eso hablo así. ¿Te acuerdas? -y cogí su mano entre las mías mirándole fijamente-. ¿Te acuerdas? Hace veinticinco años que murió tu padre, y tú... escuchaste su confesión, y... el confesor te causó estorbo, pero... vivió para sufrimiento tuyo; después... pasaron cinco años y murió el conde de A... Tú y yo sabemos quién lo asesinó... Te uniste a la hija del" asesinado, y al poco tiempo nació un heredero de tu nombre. Ocho meses vivió en el mundo, y al cumplirse tan breve plazo, un ser sin corazón, un padre sin entrañas, un monstruo de iniquidad, le arrebató de su cuna, porque aquel ser deforme estorbaba a una madre sin alma. Aquel pobre niño por su espantosa fealdad os parecía un castigo de Dios, y para huir del ridículo, ¿qué mejor cosa que hacerle desaparecer? ¿Qué te parece, Rodolfo, no es verdad que el padre de aquella inocente criatura es verdaderamente un miserable? ¡Matar a un ser indefenso por el solo delito de ser un desgraciado...!

-¡Callad! ¡Callad! ¡Voto al infierno! ¡No sé por qué vivís todavía, sois la sombra maldita de mi vida! Lo que me pasa a vuestro lado no lo comprendo, ante vos no sé negar. Me decís los horribles secretos de mi fatal existencia, y os escucho sin entregaros al mutismo eterno. No me miréis, dejadme libre de esa especie de fascinación que ejercéis sobre mí; no estrechéis mi mano, que a vuestro contacto parece que plomo derretido circula por mis venas.

Solté su mano y me senté en mi sillón, y él se quedó de pie mirándome con furor reconcentrado, diciéndome al fin:

-¡Bien me decía ella!

-¿Quién es ella?

-Quién ha de ser, Berta, mi esposa, la que al saber que venía a veros se vino conmigo diciéndome: “Aquel hombre es un brujo, un hechicero, y con sus malas artes te subyuga y no conseguiremos nuestros deseos”.

-Yo te dejaré hacer cuanto quieras; pregúntame, y te diré cuanto deseas saber.

-¿Qué queréis que os pregunte, si ya todo lo sé? Estoy muy bien enterado de la historia de Hus, ¿no es verdad que es cierta?

- Certísima.

-¿Y por qué apadrináis a los malvados?

-Por la misma causa que te apadriné a ti; porque siempre confío conseguir más con la persuasión que con el castigo rudo, y afortunadamente siempre obtuve buenos resultados; sólo tú, criminal impenitente, sigues descendiendo al fondo del abismo, pero siempre tengo esperanzas de que te detendrás en la resbaladiza pendiente de tus vicios. Y ya ves si te detienes, que me odias, que soy para ti el tormento de tu vida, que si quieres no te faltarían asesinos para en menos de un segundo triturar mi débil cuerpo, y sin embargo, si bien lo piensas muchas veces, te detienes y no lo haces. Tú sabes que tus tres grandes crímenes nadie los sabe más que yo, pues te escribí en seguida que encontré a tu hijo, llamándote inicuo infanticida.

“Nada me contestaste porque nada me podías contestar, tú que a mí no me sabes mentir. A tu esposa también le pesa mi vida, porque comprende perfectamente que yo sé la parte que tomó en tu último crimen. Sois ricos, poderosos, vuestra delación puede perderme, puede hundirme en un calabozo donde no vea nunca más la hermosa luz del sol. ¿Por qué no lo hacéis? ¿Por qué no me acusáis de encubridor de los grandes pecadores? ¿Sabes por qué no lo haces?”

-¿Por qué? Decídmelo.

-Porque te domino moralmente; porque la piedad es el arma más poderosa de la tierra, por esto te sientes pequeño ante mí. ¡Tú, el noble! ¡el favorito de un rey! ¡el que dispone a su antojo de los poderes del Estado! ¿Cómo es que abdicas tus derechos ante un pobre viejo que tiene la monomanía de amar a sus semejantes? Corre, ve, cuenta y dile al mismo rey que Constantino de Hus murió en mis brazos, envía fuerzas para prenderme ya que no tienes valor para hacerlo. ¿Qué te importa un crimen más o menos? El que ha sido dos veces parricida, y una vez infanticida, bien puede denunciar a un bienhechor de la humanidad que ha pedido a Dios en todas sus oraciones por el progreso de su espíritu.

-Callad, Padre, callad!

-¿Desgraciado! Mi voz es la única que en la tierra te dice la Verdad. ¿No estás cansado de crímenes? ¿Piensas que no te veo? ¿Crees que no sé todas las intrigas en las cuales tomas parte, desventurado? ¿Hasta cuándo vas a vivir así? ¿No comprendes que no hay culpa sin castigo? Tú mataste a tu hijo porque era un ser de una fealdad espantosa; querías un hijo más bello, pero tu mujer ha sido estéril; porque se tiene que extinguir la vida donde el crimen deja sus huellas. Piensa en mañana, Rodolfo, piensa en mañana.

Rodolfo me miró fijamente. Me levanté, acerqué una silla, le hice sentar y me senté junto a él. Cogí sus manos, y a poco, al sentirse dominado, suavizó algo la dura expresión de su semblante, y me dijo:

-No sé, no sé qué me pasa con vos. De lejos os odio, bien lo sabéis; odio que sólo sería satisfecho con vuestra muerte. Mi pasado me pesa algunas veces, y lo que más me hiere es que otro hombre sepa todos mis secretos. Tengo medios seguros para perderos, porque vos desafiáis a los tribunales, y cuando voy a firmar la orden de vuestra prisión, la pluma se desprende de mi mano, siento un dolor agudísimo en el corazón, y me levanto huyendo de mí mismo.

-Y yo me alegro que así te suceda, hijo mío; no por mí, sino por ti; porque tu espíritu comienza a sentir algo. Yo, con perder la vida, ¿qué pierdo? Una existencia solitaria, llena de miserias y de contrariedades. En el mundo tengo frío, mucho, mucho frío; y dentro de un

sepulcro, en el seno de la madre tierra, estaría más abrigado; pero si me haces morir, es un nuevo remordimiento para ti. ¿Te he ofendido yo? No; he sido para ti lo que he sido para los demás: un ministro de Dios que cree ser intérprete de su misericordia perdonando y amando al delincuente; he aquí todo mi crimen. Alguien te conduce aquí, porque ya es hora que comience tu regeneración; tus cabellos se cubren de matices de plata, has llegado a la cumbre del poder en la tierra; pero... hay algo más allá, Rodolfo, y yo no quiero morirme sin dejarte en buen camino.

-¿Y qué de hacer para comenzar? ¿Dejaros libre?

-Esa cuestión me es del todo indiferente. Dondequiera que me encuentre, procuraré ir a Dios; lo que te pido es otra cosa.

-¿Cuál? Decid.

-Quiero que mañana, cuando el sol dé los buenos días a la tierra, vayas en compañía de tu esposa a rezar a la tumba de tu hijo, y créeme, más vale que la visites en vida que no que la visites después de muerto y permanezcas junto a ella siglos y siglos. Da el primer paso, Rodolfo, que nunca es tarde para Dios.

Rodolfo temblaba, me miraba, y yo, conociendo el gran poder que tenía sobre él, pedí a Dios voluntad bastante para dominarle, y lo conseguí. Toda la noche rogué, toda la noche pedí que no faltara a la cita, y no faltó.

Al día siguiente, muy de mañana, fui a rezar bajo el árbol que daba sombra a las cenizas del niño, y a poco vi subir a Rodolfo y a Berta por la falda de la montaña; y, entonces, me postré de hinojos y exclamé: “Señor! ¡Tú que me ves! ¡Tú que lees en el fondo de mi corazón! ¡Tú que sabes lo que yo deseo, inspírame en estos instantes supremos, para que estos dos seres sientan el dardo del remordimiento en su mente atribulada y te pidan misericordia con el más sincero arrepentimiento!”.

Rodolfo y Berta llegaron y se prosternaron sin decirme una sola palabra. Los dos estaban pálidos, agitados, convulsos; miraban a todos lados con recelo. Ella se postró y rezó, y él se recostó en el tronco del árbol, quedando semioculto entre sus ramas. Me acerqué a Berta y le dije: “Mírame, no tengas miedo. No soy ni hechicero, ni mago, ni brujo: no soy más que un ministro de Dios que ha llorado tu crimen”.

Berta, al oír estas palabras, se conmovió hasta derramar algunas lágrimas, y yo le dije: “No trates de retener tu llanto, ¡llora, desgraciada! ¡Llora en la tumba de tu pobre lijo, que sus cenizas fecundadas por tu llanto producirán flores! ¡Llora, que el llanto es el Jordán bendito donde se purifica de las manchas del pecado la fratricida humanidad!

“Llora... mujer ingrata, llora...! ¡Tú que despreciaste la fecundidad que te concedió el Señor! Considera tu larga esterilidad. Arrojaste de tu seno al ser inocente que te podía amar y se secaron en ti las fuentes de la vida. Mira, contempla la vereda por donde has subido, todo el monte está cubierto de una verde alfombra. Sólo en la senda que vosotros habéis recorrido la hierba se ha tornado amarillenta, porque las huellas del criminal sólo dejan rastro de la muerte”.

Rodolfo y Berta miraron la senda que yo les indicaba, y tal poder tenía mi voz sobre ellos, tan potente era mi voluntad de impresionar a aquellos espíritus rebeldes, tan decidida estaba mi alma a hacerles sentir, tan ferviente era la plegaria que yo dirigí a Dios, tan profunda era la fe que yo sentía, tan inmenso mi deseo, tan puro mi sentimiento, tan grande mi inspiración, tan poderoso me encontré, tan rodeado me vi de figuras luminosas, tan claro resonó en mi oído:

“Habla, que Dios te escucha”, que les dije con entonación profética: “1Mirad! ¡Mirad! ¿Veis vuestro camino? ¡Lleváis la muerte con vosotros, porque todo lo aniquila la huella del criminal!” Y yo también veía aquella hierba marchita, de un color amarillento, y no cesaba de decir: “¡Mirad! ¡Tierra estéril encontraréis siempre! ¡Llanuras endurecidas recorreréis sin descanso! ¡Pediréis agua y pan, y se secarán las fuentes, y las espigas del trigo serán arrancadas por el vendaval!, porque la Creación no tiene frutos para los hijos ingratos. Volved ahora a vuestra cárcel dorada; embriagaos con vuestros festines, engalanaos con vuestros

trajes de púrpura, engañaos a vosotros mismos; pero recordad siempre que las huellas del criminal dejan rastro de muerte".

Berta lloró, y Rodolfo me miró con una mirada inexplicable. Todas las pasiones estaban retratadas en ella; me cogió la mano y me dijo con voz temblorosa:

-Me voy, porque aquí... me volveré loco; pero... volveré. Descendió rápidamente. Berta se apoyó en mi brazo y bajó lentamente. De vez en cuando miraba hacia atrás y yo decía entre mí: "1Dios mío!, que para sus ojos la hierba esté marchita". Y lo estaba, porque mi anhelo era tan grande, que creo que sólo con mi aliento de fuego hubiera marchitado al mundo entero. La infeliz pecadora temblaba de espanto y me decía:

-Padre! ¡La hierba se seca...!

-Sí; está seca como ha estado tu corazón; pero Dios, si tú quieres, te dará una eterna primavera. Ama a los pobres, acoge a los huérfanos y a los ancianos desvalidos, practica la verdadera, la sublime caridad. ¡Ama, porque tú no has amado! ¡Siente, porque tú no has sentido! ¡Arrepiéntete, pobre pecadora! Para el Padre de todos nunca es tarde, confía y espera en él, y en tu senda hoy marchita verás brotar las más hermosas flores.

Antes de llegar a la aldea nos separamos, y Rodolfo me repitió: "Volveré". Algunos meses han transcurrido, y aún no ha vuelto. Lejos de mi presencia su odio habrá renacido; pero estoy seguro de que cuando yo elevo mi espíritu, cuando pienso en la regeneración de aquellos dos seres, cuando digo: "¡Señor! Que vean en su sueño la senda de la montaña con la hierba marchita", ellos escucharán mi voz diciéndoles: "Las huellas del criminal sólo dejan rastro de muerte, ¡arrepentíos!" Esto lo pido a Dios con la profunda fe que se anida en mi alma, y Dios debe de escuchar mi súplica ferviente.

¿Qué será de ellos? ¿Qué será de mí? A ti me entrego, Señor, cúmplase tu suprema voluntad, porque tú eres el sabio de los sabios, el grande de los grandes. Tú eres ¡Dios! y la sabiduría infinita sólo la posees tú.

EL PRIMER PASO

¡Todo llega en tu eterno día, Señor!

¡Todo tiene su plazo fijo para cumplirse!

Todas sus horas traen sus distintos acontecimientos; pero el hombre impaciente no está conforme con la marcha lenta de los sucesos, que para existencias de minutos nos parecen que deben ser los plazos de segundos.

Me dijo Rodolfo: "Dentro de quince días volveré", y los quince días pasaron, y Rodolfo no venía, y mi corazón apresuraba sus latidos, queriendo con esto apresurar las horas en el reloj de la eternidad.

Al fin, una tarde, al salir del cementerio, vi a Rodolfo sentado junto a la fuente de la Salud, mirando fijamente a una joven que llenaba el cántaro de agua. Al verle sentí frío y calor a la vez, porque con una sola ojeada me bastó para comprender que una nueva era de dolor empezaba para mí. Me acerqué a Rodolfo y le toqué en el hombro. Se volvió, y al yerme se coloreó su frente y me dijo, levantándose:

-Ya estoy aquí.

-Ya era tiempo que vinieras, que demasiado has tardado en comenzar el trabajo más importante de tu vida.

Seguimos andando y nos sentamos en un lugar más apartado, y durante el camino observé que Rodolfo miraba de vez en cuando hacia atrás a ver si venía sin duda la niña de la fuente.

Diez meses han pasado... Todas las noches esperaba, rogando a Dios que tuviera misericordia de él y de mí. Ayer vino, ayer sentí los pasos de su caballo desde muy lejos y corrí con la ligereza de un niño para salir a su encuentro, y al verle todo mi ser se estremeció. Saltó de su alazán y me dijo:

-Padre, habéis hecho bien en salir de vuestro cuarto. Dentro de las casas me ahogo y necesito mucho aire para respirar.

-¿Adonde quieres ir?

-Donde nadie nos oiga, porque tenemos que hablar.

-¿Qué haremos del caballo?

-Está bien enseñado y aquí me esperará.

-Entonces nos iremos detrás del cementerio.

-No, no; no quiero nada con los muertos.

-Pues vamos a la fuente de la Salud.

-Vamos -respondió Rodolfo. Y emprendimos nuestro camino. Todo estaba en ca'ma; los habitantes de la aldea dormían tranquilamente, la luna velaba su sueño, la brisa enmudecía, nada interrumpía el profundo silencio de la noche, la naturaleza estaba preparada para escuchar la confesión de un hombre. Llegamos a la fuente y nos sentamos sobre las peñas. Miré a Rodolfo y me horrorizó su mirada; se conocía que miraba sin ver, su boca estaba contraída por una amarga sonrisa, su frente plegada por hondas arrugas, su respiración era fatigosa, aun cuando habíamos andado pausadamente.

-¿Qué tienes? -le pregunté.

-¿Que qué tengo? El infierno dentro de mí mismo.

-¿Cómo has tardado tanto en venir?

-Porque he luchado. Cuando llegué a la Corte estaba decidido a acabar con vos: fui a palacio y al estar delante del rey no sé qué sentí, no lo puedo explicar; pero al preguntarme aquél:

"¿Qué sabes de la historia de Hus?", le contesté: "Todo es mentira señor; la tumba del duque no existe, su cadáver no se sabe dónde está"; y al decir esto parecía que con hierros candentes cauterizaban mi garganta; pero... lo dije y por esta vez estáis salvado.

-No esperaba menos de ti.

-Ah! no creáis que lo he dicho por cariño, ni por temor de cometer un nuevo crimen, sino que noto un cambio extraño en mí. Toda mi vida he deseado vuestra muerte, y ahora, me horroriza la idea de que podáis morir. Creo que al faltar vos del mundo me va a faltar todo para vivir. No os quiero, no, pero os necesito.

Al oír estas palabras creo que el cielo se abrió para mí, porque veía que aquella alma rebelde necesitaba y quería mi consuelo, y esto ya es algo, ya es dar un paso en el camino del progreso.

-¿Y qué piensas hacer? -le pregunté con afán-. ¿Estás decidido a venir a vivir a tu castillo?

-Aún no; tengo sed de vida, sed de mando, sed de gloria... pero... desde que subí a la montaña no sé qué demonios pasa por mí, que la hierba seca la veo por todas partes, en todos los parajes siempre la misma visión, y a Berta le sucede lo mismo, y se pasa el día en la capilla -rezando, y cuando nos vemos me dice con espanto: "Aquel hombre es un brujo, y se le debe matar porque nos ha hechizado". "Tienes razón", le digo yo; pero al momento retrocedo horrorizado, la cojo de un brazo y le digo con voz amenazadora: "Ay de ti, si aquel hombre desaparece de la tierra! ¡Ay de ti, si alguien arranca uno de sus cabellos!". Y pienso en vos de una manera que no he pensado nunca, y cuando recibo nuevos desengaños en seguida digo: "Irás a contarle lo que te pasa", y no vengo a menudo porque múltiples atenciones ocupan mi vida. Hoy he venido dejándolo todo, a ver si a vuestro lado deja de resonar en mis oídos una maldita carcajada que hace un mes que escucho y no me deja vivir. Despachando con el rey, en los momentos que estoy solo en mi cámara, en medio del festín, en todos los lugares donde me encuentro, oigo la carcajada de la pobre loca.

Librodot

-¿De la pobre loca? ¿Quién es esa mujer? ¿Quién es esa desventurada que por ti sin duda perdió la razón?

-¿Quién es? Una mujer muy bella. Padre; una mujer que he amado, que he deseado, que he soñado mucho tiempo y que al fin he odiado con todo mi corazón.

Y Rodolfo se quedó pensativo, diciendo al fin:

-Hasta aquí me persigue su risa, ¡risa maldita! y gracias que ahora la escucho más lejana, aperas se oye. ¿Qís, Padre?

-No; yo no oigo nada, pero habla, cuéntame esa nueva historia, por más que al escucharla llore mi corazón.

-En pocas palabras está dicho todo: mi montero mayor tenía una hija que ahora tendría veinte años; de pequeña, cuando me veo, huía espantada, llorando desaforadamente. Era muy bonita. El día que cumplió quince años la encontré por la tarde en mis jardines, y observé que al yerme trató de alejarse. Entonces le di orden de que se detuviera y le dije: “,Por qué huyes?”, y ella contestó temblando:

“Porque me dais miedo”. No supe qué decirle, y Elísea, aprovechando mi silencio, se fue. Un año después, su padre me pidió permiso para casar a su hija; se lo concedí, y quise honrar su boda con mi presencia. Aquel día a Elísea no le inspiré miedo porque sólo miraba a su joven esposo.

Desde aquel día la quise y deseé que me quisiera ella, pero cuantos esfuerzos hice, todos fueron vanos. Siempre que la hablaba me decía: “Ayer me inspirabais miedo y hoy me causáis horror, pero un horror invencible” y me miraba de un modo que me dejaba helado.

Así hemos seguido hasta que mi amor se trocó en odio feroz, y le dije: “He esperado mucho tiempo pero te devolveré día por día las humillaciones que me has hecho sufrir”. Y mandé a su marido llevar unos pliegos de interés; y en el camino.., se cayó del caballo.., para no levantarse más. Acudí al aciago lugar y la hice conducir a ella al mismo sitio. Saliéndole al encuentro le dije: “Ven a ver tu obra. Tú me has despreciado durante cinco años, y he estado en mi derecho vengándome de tus desdenes. Ve a encontrar a tu marido”. Ella corrió anhelante, y al ver el cadáver de su compañero, se abrazó a él y me miró lanzando horrible carcajada; y con una fuerza incomprensible para mí, cogió el cadáver por la cabeza, y con la rapidez del rayo, lo arrastró hasta un despeñadero cercano y se lanzó al abismo, sin dejar de reírse con aquella risa que hacía estremecer las montañas, y los dos cuerpos fueron rodando hasta perderse en el fondo sin que Elísea acabase de morir, porque no cesaba de reírse con aquella risa desgarradora que es necesario oírla para comprender todo el horror que encierra. Y desde entonces aquella risa maldita resuena en mis oídos; y no puedo vivir; y de noche veo la senda de la montaña con la hierba seca; y rozando por ella contemplo los cadáveres de Elísea y su marido, y ella parece que no se ha, muerto, porque de vez en cuando se detiene para lanzar su horrible carcajada. Y yo no puedo vivir así, no puedo, porque me parece que yo también me voy a volver loco. Decidme, Padre, ¿qué haré? -y dicho esto Rodolfo se quedó sumido en profunda meditación.

Yo también me quedé mirando al cielo porque me horrorizaba mirar a la tierra, y durante un largo rato permanecí en silencio. Al fin me levanté, y apoyando mi diestra en su hombro, le dije con voz solemne:

-Rodolfo! ¡Hijo mío! Ha llegado el momento decisivo: es necesario que te decidas a venir junto a mí, es preciso que escuches mi acento de día y de noche, porque si ahora no lo haces, ya no sé lo que sé de ti. ¡Eres un monstruo de iniquidad! Has hecho derramar ríos de lágrimas, y esas lágrimas son el agua que tú beberás mañana en la amarga copa del dolor. ¡Tu porvenir es horrible! Tu expiación parece que no tendrá término, pero principio quieren las cosas. Basta ya de crímenes. ¡Vuelve en ti, Rodolfo, vuelve en ti! Prepárate para tu viaje; ven a mi lado, y aquí dejará de sonar en tu oído la carcajada de la pobre loca.

-Tenéis razón; aquí no la oigo tan cercana -dijo Rodolfo con acento apagado-; a vuestro lado late mi corazón con menos violencia. ¡Misterio extraño! Yo que os he odiado toda la vida, he de venir a morir junto a vos.

-No, yo seré el que moriré junto a ti.

-¿Qué decís, Padre? ¿Qué decís? Yo no me quiero quedar en el mundo sin vos; si posible fuera que matando a toda la humanidad vos pudierais vivir, creo que tendría fuerza bastante para destruirlo todo, si con ello conservara vuestra existencia. No quiero quedarme solo, no quiero.

-No temas, Rodolfo, no temas. Yo velaré eternamente por ti.

-Después de muerto, ¿qué podréis hacer?

-Quizá mucho más que ahora, porque mi espíritu tendrá más lucidez en el espacio que tiene en la tierra, leeré mejor en el fondo de tu alma, me pondré en relación, más directa con el ángel de tu guarda. Yo sé, en fin, que he de vivir, y viviendo todos mis afanes serán para ti. Pero ahora ven pronto, te lo repito; no nos queda tiempo que perder. Has de venir pronto, muy pronto, mi vida terrena se acaba y necesito aprovechar mis últimos días para ti. A muchos criminales [e conducido a buen camino, y Dios me hará la gracia de que también pueda conducirte a ti.

Rodolfo se levantó y me dijo:

-Os juro que dentro de quince días me tendréis aquí, y aun cuando me ofrecieran un trono no me separaré de vos.

-Así sea.

Pausadamente regresamos a la aldea. El fiel caballo esperaba en el mismo sitio que le dejamos. Rodolfo saltó sobre él, y me dijo con voz grave:

-Lo dicho, dicho está: dentro de quince días volveré aquí; y ahora que voy a dejaros, me parece que resuena mucho más cerca aquella maldita carcajada -y espoleando al caballo, se lanzó al galope y huyó como fantástica visión. Nada quedó de él, más que un recuerdo en mi mente. Subí a mi oratorio y me entregué a pensar en aquel desventurado.

¡Qué espíritu, Señor! ¡Qué espíritu! ¡Cuántos siglos tendrá que sufrir! ¡Cuántas existencias penosas le harán padecer indecibles tormentos! No puede ser de otra manera.

Yo podré inclinar su alma a la piedad. Yo podré dulcificar su sentimiento. Yo podré hacerle llorar con lágrimas del corazón. Yo le haré rezar con esa oración ardiente que resuena de mundo en mundo, y que repiten alborozados los espíritus de la luz, pero eso no obstante, es necesario saldar las cuentas, es indispensable pagar las deudas.

El arrepentimiento predispone al espíritu para pedir fuerzas en las rudas pruebas de la vida, prepara el ánimo para sufrir resignado todos los dolores, humilla nuestro orgullo y nos reconocemos culpables y pedimos a Dios misericordia. Todo esto hace el arrepentimiento; pero no basta para conseguir la rehabilitación de nuestra alma que sintamos un momento de dolor indescriptible; que no tiene igual peso en la balanza divina una vida de crímenes y una hora de verdadera contrición; sería muy cómodo pecar entonces; y Dios debe de ser más justo que todo eso. El culpable no puede sonreír hasta que ha sufrido uno por uno los tormentos que ha hecho padecer. El criminal no tiene derecho a ser feliz; y como en la creación todo es lógico, por eso me asusta el porvenir de los verdaderos criminales.

Hay muchos desgraciados que castiga la justicia humana que son en el fondo más ignorantes que culpables, y éstos ante Dios no son responsables; porque el pecado principal consiste en conocer el mal que se hace, y Rodolfo, desgraciadamente, lo conoce; sabe bien que abusa de su poder y py de los abusadores! ¡Señor, ten misericordia de él y de mí! Yo comprendo que el sol de mi vida llega a su ocaso. Yo conozco que mis fuerzas físicas se acaban. Yo siento que mis ideas se turban; y cuando estoy entre los muertos, me cuesta trabajo salir del cementerio; la tierra ya reclama mi abatido cuerpo. Mi cabeza se inclina, mis pasos vacilantes atestiguan que llego al fin de mi penosa jornada; y no quisiera morir sin haberme asegurado que Rodolfo llorará sus crímenes y consagrará el resto de sus días a practicar obras de misericordia. Yo sé que es muy culpable, Señor, pero para ti nunca se acude tarde. Yo te imploro por él, por ese hijo de mi alma, pues una voz secreta me asegura que alguna vez ha llevado mi nombre ese desheredado de la tierra.

¡Dame inspiración, Señor, ilumíname en mis días postreros con la elocuencia de los profetas, con la abnegación de los mártires, con la fe suprema de los redentores; que todos los doñea del cielo me hacen falta para salvar a un alma del abismo!

Esto te pido. Señor; éste es mi único deseo: que Rodolfo venga a mi lado; que escuche en lontananza la carcajada de la pobre loca, para que se horrorice, para que comience a sentir, para que aprenda a llorar. Quiero ganar horas, momentos, seguidos; ¡quiero darle luz, porque está ciego!

En confío, Señor; comencé a vivir amándote, y quiero morir practicando el bien en tu nombre. ¡No me abandones, Señor! Déjame terminar mi existencia cumpliendo el deber que me impuse al consagrarme a ti.

LA CARCAJADA

¡Cuánto tiempo le he esperado, Señor...! Al fin ha vuelto... Y para qué ha venido? Para dejar clavada una nueva flecha en mi corazón. ¡Pobre Rodolfo! ¡Cuánto me asusta su porvenir!

Tengo el íntimo convencimiento de que el hombre vive siempre. Hay momentos que sin podérmelo explicar parece que me transporto a otra época, y me veo joven, lleno de lozanía y vigor; una mujer y un niño me siguen como si fueran cosa mía; al niño nunca le puedo ver la cara, pero alguien me dice: "Ése es Rodolfo", y corro tras él para estrecharle en mis brazos y el niño huye, burlando mi amoroso deseo; vuelvo en mí, y me pregunto:

"¿Por qué quiero tanto a Rodolfo si en él no he conocido más qué crímenes? ¿Por qué siempre sigo anhelante las huellas de su vida, cuando sé positivamente que mi muerte sería quizás el, único placer que él pudiera sentir en la tierra? Y a pesar de esto, le quiero y daría por el rápido progreso de ese espíritu ¡cien siglos de amor!, ¡cien siglos de felicidad, unido a la niña de los rizos negros!"

Esto debe tener una causa; ayer sin duda debimos vivir, y viviendo tendremos que vivir mañana; y mañana Rodolfo será muy desgraciado.

¡Inspírame, Señor!, dales entonación profética a mis palabras, imprime en mis ojos una atracción tan poderosa como mi voluntad. Yo quiero que Rodolfo venga a vivir cerca de mí; yo quiero que sea bueno, porque le amo con toda mi alma.

-¿Y qué propósitos traes -le pregunté- al instalarte en esta aldea?

-No lo sé -me contestó-. Me habéis atemorizado con vuestras profecías; me encuentro mal en todas partes, y a vuestro lado es donde estoy menos mal.

-¿Sigues oyendo aquella carcajada?

-Sí, a intervalos; hace poco al llegar a la fuente la escuché tan cercana como el día en que la pobre loca rodó por los abismos huyendo de mí.

-¿Y no sabes por qué en aquel momento la oías más clara mente?

-No, no lo adivino.

-Pues resonó el eco en tus oídos porque dabas comienzo a un nuevo desacierto pensando en añadir al largo catálogo de tus atropellos uno más.

-Deliráis, Padre, deliráis, sin duda -contestó Rodolfo, tratando de sonreír, pero su sonrisa era forzada.

-No deliro, Rodolfo, no deliro; hace más de cuarenta años que no estudio en más libro que en os ojos de os hombres; he leído en los tuyos el torpe deseo de la concupiscencia. Eras un espíritu dominado por el vértigo de las pasiones; no has amado; únicamente has deseado; y como el deseo es insaciable, por eso siempre has mirado a la mujer con el sensual apetito de la carne. En tu mente no hay un recuerdo, no hay un sentimiento a que rendir culto; por esto

tras de un afán renace un deseo. ¡Ay del hombre que sólo quiere a la mujer, a la Venus impersonal, y feliz de aquel que sólo con la ternura de una mujer es dichoso!

"El amor a una mujer puede ser nuestra redención.

"El constante deseo de la posesión de la mujer confunde al hombre con el bruto.

"Mira, sin hacerme santo, porque no hay en este mundo, he conseguido que mi espíritu adquiera gran fuerza moral que me ha servido para refrenar los vicios de los hombres, comenzando por los míos".

-Desengañaos, Padre; de vos a mí no existe punto de comparación. Vos gozáis en la abnegación y en el sacrificio; y yo si he venido aquí no es por virtud ni arrepentimiento, sino únicamente por egoísmo, porque me encuentro mal en todas partes; porque los días me abruman y las noches me aterran; porque parece que el infierno se ha desencadenado contra mí; y cuando escucho vuestra voz, mi ser se tranquiliza, mi cuerpo deja de sufrir esa dolorosa sensación que me hace padecer un dolor desconocido; pero esto es todo, no me pidáis más. Yo no puedo amar el bien como le amáis vos, y a vuestro lado, si dejo de pecar, será por miedo, pero nunca por virtud.

-Estoy conforme en lo que dices, y no creas que en esta existencia te pediré más, convencido de que sólo esto me puedes conceder. Al que ha vivido como tú, al que no ha respetado ni a Dios ni a los hombres, no le exijas más que la tortura del remordimiento. ¡El miedo...! ¡Ese sentimiento indefinible que no tiene explicación en el lenguaje humano!

"1Este terror sin nombre! ¡Ese espanto indescriptible que detiene al culpable en el momento de cometer un nuevo crimen! Pero este medio ya es un adelanto, porque has vivido muchísimos años sin sentir. Las sombras de tus víctimas pasaban ante sin causarte la menor impresión; sus gemidos resonaban en el espacio, pero el eco no los repetía en tu corazón; y hoy esas sombras te aterran, hoy escuchas la carcajada de la pobre loca; y en el momento de fijar tus ojos en la joven que estaba en la fuente, tú mismo confiesas que sentías más cercana aquella horrible risa del dolor".

-Es verdad cuanto decís; la sentía, sí al llegar a la aldea, lo primero que vi fue a esa mujer. ¿Qué sentí al mirarla? No lo se, pero plomo derretido circuló por mis venas; le pregunté por vos, y me dijo que estabais en el cementerio, y que luego reposabais en la fuente de la Salud; le pedí que me sirviera de guía, y durante el camino he admirado su belleza, y me he dicho a mí mismo: "Ya tengo en qué pasar el tiempo." Pero al ir a decirle algo, he pensado en vos, y he visto la montaña con la hierba seca, y subiendo por la senda maldita he visto a Elísea y a su marido, y una voz lejana repetía: "¡infeliz! ¡Una víctima más!" Al llegar vos, una llamarada quemó mi frente; comprendo que hago mal, pero me vence la tentación; y si vos no me detenéis, habré cambiado de lugar, pero no de costumbres.

-Tarea penosa me impones, pero confío en el Señor que tendré inspiración bastante para inclinarte al bien; ya hemos dado el primer paso: sientes el remordimiento, te confiesas culpable y te entregas a mi dirección. Días de angustia me esperan, pero obtendré la victoria, y tu primera acción buena será proteger a la joven que te sirvió de guía. Es una humilde violeta de los prados, y un lirio de estos valles le ofreció el perfume de su amor; los dos son pobres, y tú los puedes hacer ricos con el importe de uno de tus menores caprichos; puedes asegurar su felicidad; y cuando mañana la joven pareja te presente agradecida el fruto de su amor, ama al tierno niño para que tengas al dejar la tierra quien cierre tus ojos. Tú no has amado y de nadie eres querido; tu esposa te odia y te desprecia; tus parciales y tus cortesanos te adulan porque te temen; los pobres te abominan porque nunca te has ocupado en enjugar sus lágrimas, y el único ser que te ha querido en el mundo he sido yo; pero yo dejaré la tierra antes que tú, y quiero que en tu lecho de muerte no te encuentres solo, quiero que seres amigos te rodeen y que niños inocentes te bendigan.

-Gracias, Padre; pero creo que pedís un imposible.

-No, Rodolfo, Dios da ciento por uno; ama y serás amado; espiritualiza tu sentimiento, comienza a sembrar la semilla del bien, y recogerás algún día las doradas espigas del amor.

Librodot

***

¡Mi profecía se ha cumplido! ¡Tres años han pasado! Y los hechos han venido a demostrar que nunca marca la última hora el reloj de la eternidad. Hoy Rodolfo es otro hombre, aunque a decir verdad, mucho me ha costado, porque los seres brutalmente sensuales no conocen afección ninguna, no encuentran goce más que en la saciedad de su deseo, y Rodolfo es un pobre loco que reconoce su locura, que a veces se avergüenza de su pasado, que e aterra de continuo su porvenir, pero que es impotente por sí solo para su regeneración, y lo que ha sido peor aún, que para mi tormento la joven campesina, la inocente Luisa, le inspiró una ciega pasión, la llegó a amar... única mujer que él había amado en el mundo. ¡Con cuánto placer le hubiera dado su nombre! ¡Con cuánta envidia veía pasar a la joven con su prometido! ¡y cuántas razones y cuántas reflexiones he tenido que emplear para convencerle y hacerle desistir de sus funestos planes! ¡Y cuántas angustias, y cuántos temores, y cuántas agonías he sufrido, temiendo la realización de un nuevo crimen, porque nada es más difícil que dar luz a los ciegos de entendimiento! Es un trabajo superior al hombre; es luchar con todas las contrariedades el querer espiritualizar un alma hundida en el caos del más grosero sensualismo.

No me cabe duda, Rodolfo habrá sido mi lijo en otras existencias, y no una vez sola, porque el amor que yo siento por él, la energía que despliega mi voluntad, el trabajo titánico que lleva a cabo mi inteligencia, el esfuerzo que hacen todas mis facultades intelectuales haciendo funcionar mi pensamiento sin descansar un segundo ni en el sueño ni en la vigilia, todo esto es el resultado de un amor inmenso, de un amor acumulado en el transcurso de innumerables existencias, porque el espíritu del hombre terrenal ama muy poco, y en una sola vida no siente el alma lo que por Rodolfo siente la mía.

¡Le quiero tanto...! Reconozco sus innumerables defectos, lamento sus fatales extravíos, pero todo mi afán, todo mi anhelo, toda mi ambición, es despertar su sentimiento, hacerle amar, porque hasta las fieras son buenas subyugadas por el amor.

¡Le quiero tanto...! que tengo la completa seguridad de que después de muerto, seré su sombra, seré su guía, seré el ángel de su guarda; pero yo no concibo más ángeles que espíritus amorosos velando por los seres amados que dejaron en la tierra y en los otros mundos del espacio; y yo velaré por él, y yo le seguiré siempre, y aunque los mundos de la luz me abran sus puertas, yo no entraré, no, yo no entraré en tan hermosos parajes si Rodolfo no viene conmigo, aunque me espere en ellos la niña pálida con su corona de jazmines y sus rizos negros.

¡Ella es mi amor, es mi vida, es mi felicidad! ¡Pero él... es mi deber!

¡Ella es mi redención!, pero yo tengo que ser el redentor de Rodolfo.

Y lo seré, si; tres años hace que estoy cerca de él, y es otro hombre; el casamiento de Luisa es la prueba más convincente.

Él la deseaba, llegó a amarla, a creerse feliz sólo con verla pasar por delante de su castillo. Él ha llegado a tener todas las puerilidades del adolescente. Yo he despertado en él la juventud del alma, porque el amor es la juventud de la Creación. Todos los seres, cuando aman, adquieren la candidez de los niños. Nada tan puro, nada tan confiado, nada tan noble y tan sencillo a la vez como las aspiraciones del amor; él es la igualdad; él es la fraternidad; él es el progreso; él es la unión de las razas enemigas; él es la ley del universo, porque él es la atracción; y Rodolfo ha sentido el imperio de esa ley; y el galanteador irresistible, el señor acostumbrado a fáciles y vergonzosas victorias, ha temblado ante la sencilla mirada de una mujer del pueblo, y de un seductor se ha convertido en protector del débil.

Aún me parece verle la última tarde que fuimos a visitar la casita de Luisa, casita que al día siguiente debía la joven habitar con su marido.

Cuando Rodolfo entró en aquella humilde morada, se sentó y me dijo:

-Cuántos siglos de gloria y honores daría por vivir un año en este pobre rincón!

-Ya vivirás, ya te harás digno de gozar en la tierra algunas horas de paz y de amor; ya volverás arrepentido y encontrarás, ¡quién sabe!, a esta misma Luisa, y a su lado pasarás los días ganando el pan para ella y para sus hijos.

"Todos los deseos se cumplen, todas las esperanzas se realizan, Dios crea al hombre para que sea dichoso, y tú, hijo mío, lo serás también".

-Pero yo quisiera serlo ahora -exclamó Rodolfo con dolorosa impaciencia.

-¿Has visto alguna vez que el fruto engalane al árbol antes de que éste se vista de hojas y se cubra de flores? No pidas nada extemporáneo. Tú serás feliz cuando seas digno de la felicidad; cuando ames mucho encontrarás un alma en la tierra que todo su amor será para Ii. Hoy resígnate con la soledad que tú mismo te has impuesto; pero no temas, que hasta en los páramos del dolor encuentra flores el que sabe amar.

Salimos de la casita, y al día siguiente bendije la unión de Luisa con el amado de su corazón; el pueblo en masa acudió a presenciar la ceremonia, y la primera ovación de cariño la recibió Rodolfo aquel día. Todos sabían que había legado a la joven pareja una pequeña fortuna que aseguraba su modesto porvenir, que aquella dichosa unión era obra suya, y todos le miraban y se decían unos a otros: "¡Es un señor muy bueno!".

Al salir de la iglesia, Rodolfo me apretó la mano diciéndome con acento conmovido:

-Decís bien; el que amor siembra, amor recoge. Un año después. Luisa dio a luz una niña que Rodolfo sostuvo en sus brazos mientras yo derramaba sobre su cabeza el agua del bautismo. Este ángel de inocencia ha venido a despertar en su alma un nuevo sentimiento. La Providencia, sabia en todo, ha negado a Luisa el néctar de la vida. Débil y enferma, ha tenido que entregar su hija a una nodriza, y de este modo yo he podido realizar mi sueño, que era poner en contacto continuo a la pequeña Delfina con el hijo de mi alma, con Rodolfo, el cual no conocía el sentimiento de la paternidad, puesto que fue infanticida; y hoy se pasa horas y horas con Delfina en los brazos, y se cree dichoso cuando la niña, al verle, hace ademán de querer ir con él.

¡Cuánto gozo mirándole cuando muchas tardes, al salir del cementerio, le encuentro que me espera y me dice: ",Vamos a ver a la niña?". Nos dirigimos a casa de la nodriza, y Delfina, al verle, tiende los brazos, y yo digo entre mí al verle a él extasiado contemplando a la niña: "Aprende, alma rebelde! ¡Aprende a querer a los pequeñitos! ¡Ensáyate en el sacerdocio de la familia ¡Que sienta tu espíritu el suave calor de la ternura para que mañana, al volver a la tierra, después de muchas encarnaciones de sufrimiento, sea feliz, en una humilde cabaña, donde te sonrían una mujer amante, y te pidan un beso hermosos niños".

Ya ha dado el primer paso. ¡Loado sea Dios!

PARA DIOS NUNCA ES TARDE

Para ti, Señor, nunca es tarde. ¡Gloria a ti, fundador de los siglos! gloria a ti...! ¡El tiempo es tu apoteosis! ¡Gloria a ti, Suprema Sabiduría, que mides el fondo de la conciencia con la sonda de tu tolerancia!

¡Cuánto te amo, Señor! ¡cuánto te admiro! ¡Tú todo lo precaves! ¡tú todo lo previenes! ¡tú todo lo presientes! ¡tú todo lo ves! ¡porque tú eres la luz! ¡tú nunca dejas el vacb entre los hombres; cuando un árbol seco se derrumba bajo el hacha cortante de la muerte, nuevos retoños florecen en torno del anciano de los bosques!

Lo estoy viendo en torno mío. Yo que durante muchos años he sido la sombra protectora de algunos seres atribulados, desde el apartado rincón de esta aldea conozco que pronto comenzará la tribulación para mí; porque dentro de poco o habré dejado la tierra o seré un pobre viejo sin vigor ni energía, con la imaginación conturbada entre los recuerdos del pasado y los presentimientos del porvenir.

Seré otra vez niño y como en mis primeros años, buscaré los rayos del sol porque siempre he creído que viéndome cubierto de luz estaba más cerca de Dios. ¡Oh, la luz! ¡la luz es tan hermosa...!

Yo deseaba la muerte y la temía, porque miraba en torno mío, y al ver a tantos hombres dominados por el vértigo de la tentación, veía que mis consejos les eran necesarios, y pedía a Dios pusiese en lugar mío alguien que siguiera mi trabajo en mi querida aldea; y como Dios concede cuanto se le pide para el progreso de la humanidad, ha puesto a María, a esta sacerdotisa del pueblo, a esta mujer singular que por sus condiciones especiales está llamada a regenerar un planeta...!

¡Gracias, Dios mío! ¡ya no estoy solo, ya puedo dormir el sueño de las tumbas! ¡ella queda en lugar mío! ¡Ella! ¡llena de vida, de juventud y de amor! Ya no pecaré de egoísta si alguna vez deseo apresurar el momento de mi partida. ¡Hace tanto tiempo que no he visto a la niña de los rizos negros...!

¡Perdóname, Señor, si pienso en mí cuando aún no me pertenezco! Tengo aún que hacer en la tierra: Rodolfo me necesita; tiene tisis en el alma; la consunción se apodera de su espíritu, y la inacción consume su cuerpo. ¡Pobre, pobre hijo mío...! Hijo mío, sí; bien seguro estoy que ha llevado mi nombre y he mecido su cuna. ¡Qué malo es ser malo! ¡Cuánto le compadezco! ¡Ya está despierto, ya conoce que no ha vivido! y tiene sed de vida. ¡Pobre desgraciado!

Anoche mismo, ¡cómo se lamentaba hablando con María de la soledad de su existencia...! ¡Y cuan bien ella le consoló! ¡Él la ama, él siente por María un amor desconocido, él ve en ella no a la mujer, a la madre; él la admira como la admiramos todos, y parece que se tranquiliza cuando habla con ella! Otras veces se aterra porque parece que escucha una terrible profecía. ¡Qué inspirada estuvo anoche María! Sin duda alguna, sirve de intermediaria a espíritus superiores, porque el bullo de sus ojos, su entonación profética, algo que resplandece en torno suyo, todo me inclina a creer que se comunican con ella los Espíritus del Señor. ¡Qué elocuencia! ¡Qué sentimiento! ¡Qué convicción!

Yo disfruto cuando la oigo hablar. Anoche en particular estuvo inspiradísima. Llegó Rodolfo antes que ella y se sentó sombrío y meditabundo; yo me acerqué a él y le dije:

-¿Qué tienes? Te encuentro más triste que de costumbre.

-No digáis que estoy triste; lo que estoy es desesperado.

-¿Qué te pasa de nuevo?

-De nuevo, nada; todo en mí es viejo. Es que ya no puedo resistir el enorme peso de la vida. Si no fuera por esa maldita influencia que ejercéis sobre mí, os aseguro que volvería a la Corte, y de intriga en intriga, y de crimen en crimen al menos viviría, porque aquí no vivo.

-No vives porque no quieres.

-Porque no quiero... me hacéis feliz. ¿Y qué diablos queréis que haga si en todas partes me encuentro mal? Lo único que disipa un poco las nubes que oscurecen mi pensamiento es la hija de Luisa; cuando esa niña sonríe y me cuenta muchas cosas, entonces me parece que no estoy en este maldito mundo; pero de pronto me asalta un recuerdo y pienso en su madre, que es de otro hombre, que aquella misma niña que me encanta es fruto de su amor, y la envidia corroe mi alma, y creo que es más feliz que yo el pordiosero si en medio de su miseria se ve amado.

-Sin duda alguna que es más dichoso que tú.

-Y después de ese convencimiento, después de comprender que estoy maldito de Dios, ¿cómo demonios queréis que viva? ¡Necio, necio de mí, que os he escuchado pero aún no es tarde, y creo que aún me volveré a la Corte; porque la vida contemplativa es buena para los

santos, padre Germán, para vos, por ejemplo, que miráis vuestra vida pasada y no tenéis de qué avergonzaros, pero para los réprobos no se han hecho las meditaciones.

-Pues éstos son los que necesitan meditar -exclamó María, que había escuchado las últimas palabras de Rodolfo.

Éste, al oír su voz, se estremeció, y el rubor de la vergüenza coloreó su rostro. Tratando de sonreír, le alargó la mano, que María estrechó entre las suyas con efusión, y fijando en él su mirada magnética, le dijo con acento dulcísimo:

- ¡Ingrato!

Rodolfo la miró fijamente con esa mirada que cuenta toda una historia y que pide todo un mundo, y ella, apoyando su mano en la frente de él, le dijo con maternal ternura:

-¡Serenaos, pobre loco!

Rodolfo, dócil como un niño, exhaló un profundo suspiro, con el cual se dilató su pecho, y levantándose se acercó a m í y me dijo sonriéndome:

-No temáis, padre Germán, no me separaré de vos; pero hay momentos...

-En que os volvéis completamente loco -dijo María, sentándose junto a mí-; porque sólo un loco dice que está maldito de Dios.

-Pues si no estoy maldito, al menos estaré olvidado -replicó Rodolfo con impaciencia-; porque en mi vida he hecho otra cosa que desaciertos. Así es que vivir me asusta y morir me aterra, porque si hay algo después... yo lo he de pasar muy mal.

-¿Que si hay algo después, decís? -exclamó María-. No hay algo, no; lo que nos espera es el todo. Esa existencia que lleváis no es más que una millonésima parte de un segundo en el reloj de la eternidad.

-Decís lo mismo que el padre Germán; y quiero, quiero creer a los dos... Pero, a veces..., os lo confieso, creo que los dos deliráis.

-Escuchadme -dijo María-, ¿Reconocéis en el padre Germán una gran superioridad moral sobre vos?

-Sí que la reconozco. ¿No la he de reconocer?

-,Y por qué si él y vos habéis nacido del mismo modo, si habéis pasado por la infancia, por la juventud, y habéis llegado a la edad madura, él ha podido refrenar sus pasiones, y a vos las vuestras os han dominado, y os han vencido hundiéndoos en la degradación? ¿Por qué para él desde niño la luz y para vos desde el nacer la sombra? ¿No dice algo a vuestros sentidos esta notabilísima diferencia? ¿No os denuncia un progreso anterior? ¿Una vida comenzada antes, continuada ahora, y que se continuará después? ¿Pensáis que la existencia del hombre se reducirá a unos cuantos años de locura, y, tras de un breve plazo, la nada y el olvido, o el juicio final y el último fallo sin apelación? ¿No veis que esto es imposible...?

-¿Imposible, decís? -replicó Rodolfo-. ¿Qué sé yo... qué sé yo...? Pero es lo cierto que los que se van no vuelven. Al decir esto, una violenta sacudida agitó todo su ser, su rostro se contrajo, apoyó el índice en sus labios como si nos recomendara silencio, y escuchó aterrado algo que para él resonó; se levantó, corrió por la estancia en todas direcciones, como el que huye de una sombra; y María y yo pudimos retenerle. Le hice sentar, apoyé su cabeza sobre mi pecho, y María se puso delante de él, diciéndole:

-¡Rodolfo! ¡Rodolfo! ¿Qué tenéis? Volved en vos.

-Los muertos vuelven... ¡qué horror! -acentuó Rodolfo con espanto, y se abrazó a mí como si huyera de un fantasma.

María le puso las manos en la cabeza, y parecía que de sus dedos salían hilos luminosos, desprendiéndose partículas de luz; mi pobre hijo se fue calmando poco a poco, y al fin dijo con voz apagada:

-¡No me abandonéis! ¡Soy muy desgraciado!

-¡Cómo te he de abandonar -le dije-, si sabes bien que te quiero con toda mi alma, que te he dicho muchas veces que si pudiera ir a la gloria, no entraría en ella mientras tú no pudieses venir conmigo! ¡Aunque allí me esperara la niña pálida, la de los rizos negros...! Porque si ella es mi amor, tú eres mi deber. Escucha, Rodolfo, escucha; oye bien lo que voy a

Librodot

decirte, mírame fijamente y graba en tu memoria mi imagen. ¿Me ves? En estos instantes estoy seguro de que en mis ojos brilla un fuego extraño, porque yo siento que la sangre hierve en mis venas, mis ideas adquieren lucidez: miro al espacio y veo la tierra. Mira, una voz me dice que han pasado algunos siglos y veo un nuevo cuadro, te veo a ti, joven y vigoroso, vestido con el humilde traje del obrero, sonríes con tristeza, y vagamente piensas en mí, y no es extraño, porque voy muy cerca de ti. No llevo el harapiento hábito que visto ahora, no; me cubre una túnica blanca, no te abandono ni un momento, voy siempre tras de ti. Yo te hablo, yo te inspiro, yo te envío el alimento de mi voluntad, yo trabajo en tu progreso, yo infiltro en tu pensamiento el pensamiento mío, en tu ser vive mi alma, tú vives entregado inconscientemente a mi recuerdo, y esto sucede después de transcurridos muchos siglos. Ya ves, hijo mío, si por largo tiempo estaré junto a ti... ¿Cómo quieres, pues, que te abandone ahora? Pero dime: ¿qué has visto, que corrías como un desesperado?

-Ha visto a su hijo -contestó María-; también le he visto yo. ¿Es verdad, Rodolfo?

-Sí que es verdad, sí; ¡oh! y si hubiera sido él solo... He visto a mi padre, al de Berta, a Elísea... a su marido... y he escuchado aquella carcajada tan cerca de mí... que aún, aún resuena en mis oídos.

-Calmaos -dijo María-, calmaos, sed razonable; vos mismo os atormentáis sin necesidad alguna. Cierto que sois desgraciado, pero no aumentéis vuestra desgracia con la ingratitud. Decís que no sois amado, que los réprobos están malditos de Dios. ¡Ingrato! ¡Ingrato! ¿Y el amor inmenso del padre Germán en nada le tenéis? ¿Y mi leal cariño tampoco os satisface? Decid...

-¿Que si no me satisface, decís? Cierto, no me satisface, no; porque yo os amo, sois la primera mujer a quien he mirado con religioso respeto; siento por vos lo que creo que hubiera sentido por mi madre; y al mismo tiempo quisiera que me amarais... De otra manera, yo no sé cómo explicarme de vos lo que quisiera, no sé lo qué quisiera, me avergüenzo de mí mismo, y...

-Comprendo lo que sentís -dijo María con acento melancólico-. Tenéis que confundir necesariamente los purísimos afectos del alma con los torpes deseos de la materia. No sabéis más, no habéis bebido en las puras aguas del espiritualismo; os amamantó el acíbar del materialismo, y no conocéis de la vida sus múltiples sensaciones. En la sensualidad lo encerráis todo; y el apetito de la carne es un agente de la naturaleza que hace un trabajo limitadísimo; el gran trabajo es el del espíritu, y esa tarea es la que yo quiero que comencéis. Quiero que améis, sí, y que os contentéis con ese amor del alma que purifica cuanto toca. Dios, que es tan grande; Dios, que es tan bueno; Dios, que es tan justo, viendo que vos, como piedra desprendida de altísima montaña, vais rodando, rodando sin encontrar nunca el fondo del precipicio; Dios, queriendo que no os eternicéis en el mal, porque ya lleváis muchos siglos cayendo de abismo en abismo, haciendo uso de vuestra malhadada voluntad; Dios os detiene hoy poniendo a vuestro lado dos espíritus de lucha, al padre Germán y a mí. Dos espíritus que ya sabemos cómo se cae, cómo se muere y cómo se resucita. También hemos caído como vos, también nos ha hecho morir el remordimiento, también como vos hemos vivido solos, y si no... Reflexionad, mirad cómo vivimos aún solos..., íntimamente solos... vivimos para los demás, sin guardar para nosotros ni un átomo de vida... ¿Sabéis por qué? Porque, sin duda, aún no somos dignos de ser dichosos.

-Pues si vosotros no merecéis la dicha, ¿qué mereceré yo? -preguntó Rodolfo con abatimiento.

-Hoy merecéis compasión; mañana sufriréis el castigo a que os habéis hecho acreedor. Lloraréis porque habéis hecho llorar a otros; tendréis hambre porque el pan que no querían vuestros perros de caza se lo habéis negado muchas veces a vuestros siervos hambrientos; os abrasaréis de sed porque habéis rehusado el agua que bebían vuestros caballos a los peregrinos sedientos; os veréis sin hogar porque os habéis complacido en arrancar de sus nidos a los pobres pajarillos y habéis negado hospitalidad a los caminantes enfermos; os veréis humillado porque habéis tiranizado a los pueblos; seréis engañado, porque a muchos

habéis vendido; durante algunos siglos pareceréis el desheredado de la Creación, porque la excomunión de vuestros crímenes pesará sobre vos. Pero como la vida de los espíritus tiene su principio, como no habéis vivido de toda eternidad como le sucede a Dios, el pago de vuestras deudas será cumplido, y como durante ese tiempo vuestro guía no os abandonará, como los genios protectores os darán aliento, como probablemente ya no haréis el mal, sino que únicamente sufriréis las consecuencias de vuestro pasado con más o menos paciencia, con más o menos resignación; como no aumentaréis en mucho vuestra culpa porque el viejo soldado acribillado de heridas, aunque quisiera, no puede ser tan guerrillero, llagará un día (lejano aún) que, rendido de tanto sufrir, de tanto luchar, se sentirá postrado, reposará un momento, coordinará sus recuerdos, verá que vivió ayer, comprenderá que vivirá mañana y exclamará con noble ardimiento:

¡Dios! ¡Providencia! ¡Destino! ¡Fatalidad! ¡Fuerza bruta! ¡Poder misterioso! ¡Lo que quiera que seas...! Si viví ayer, si vivo hoy, si he de vivir mañana... ¡quiero ser grande! ¡Quiero ser bueno! ¡Quiero ser luz de Verdad y antorcha de razón! ¡Yo he saciado mi sed con negro cieno, y quiero el agua pura de la Vida! ¡Yo tengo frío, mucho frío en el alma! y quiero cubrirme con el manto divino del amor. Y entonces... como Dios da ciento por uno y contesta a cuantos le llaman, y da a cuantos le piden; entonces... ¡ah, Rodolfo! ¡Entonces la Creación lucirá sus galas para vos!, entonces seréis un hombre honrado, una mujer amante esperará sonriendo en el hogar; los hijos os llamarán, alborozados, diciéndoos: ¡Padre! ¡Padre! Ven con nosotros, que sin ñ no sabemos estar. Los amigos se honrarán con vuestro cariño, y cuando dejéis la tierra, una familia desolada rezará sobre vuestra tumba; y sentiréis un placer tan inmenso al contemplar vuestra primera existencia de regeneración que volveréis a la tierra con doble aliento, con triple ardor; querréis no sólo ser bueno, sino ser grande: soñaréis con ser una de las lumbreras de la Ciencia en las civilizaciones futuras. Y lo seréis, porque el hombre, para convertirse en redentor de un pueblo, no necesita de más privilegio que de su potente voluntad. Así pues, Rodolfo, animaos; no fijéis la mirada en la tierra, porque vuestro porvenir está escrito en el cielo.

Y al hablar así, María estaba completamente transfigurada, sus grandes ojos brillaban con el fuego sagrado de a inspiración, parecía la profetisa de los tiempos, que arrancaba sus secretos a la eternidad.

Rodolfo sentía su benéfica influencia, la miraba extasiado y al fin dijo con noble exaltación:

-¡Bendita seáis, María! ¡Bendita seáis! Vuestra voz resuena en mi corazón y reanima mi ser; no me importa el sufrimiento si me queda tiempo para mi regeneración. Yo creía todo perdido; creía que ya era tarde para mí, y esta convicción me asesinaba.

-No, Rodolfo, no; los hombres somos los que medimos el tiempo, pero Dios mide la eternidad. Para él no hay ni ayer ni mañana; su hoy es eterno, su presente ni tuvo principio ni tendrá fin. Él no ha visto la aurora de su día ni nunca verá su ocaso; Que el sol del progreso ha brillado siempre en el cenit de la eternidad.

Rodolfo, al escuchar tan consoladoras afirmaciones, sonrió gozoso y exclamó:

-¿Y qué debo hacer para comenzar mi trabajo?

-Mirad -dijo María-, hoy mismo me ha asaltado una idea. Ha venido una pobre mujer rendida de cansancio, extenuada de fatigas; tres pequeñuelos la acompañan, y ella se conoce que pronto cumplirá su penosa misión en la tierra; ¿y qué será de esos pobres niños si la caridad no los acoge ni les brinda generosa hospitalidad? Levantemos, pues, una casa para albergar a los pobres huérfanos; la más pequeña de vuestras joyas, el broche más sencillo de vuestra capa, valdrá mucho más de lo que pueda valer el terreno que necesitamos; ayudadme en mi obra, compremos un solar a propósito, y edifiquemos una casa risueña y alegre para que en ella sonrían los niños.

-Sí, sí, contad conmigo; vuestros son mis cuantiosos tesoros -exclamó Rodolfo con entusiasmo-. Yo haré todo cuanto queráis, porque tengo, como decís, frío en el alma, y quiero cubrirme con el manto del divino amor.

***

¡Hermosa noche! ¡Nunca la olvidaré! Cuando me dejaron solo, aún escuchaba la profecía de María, aún resonaba en mis oídos la voz de Rodolfo, y un placer inefable se hizo dueño de mí ser.

Es verdad: para Dios nunca es tarde. ¡Gloria a ti, fundador de los siglos! ¡Gloria a ti, principio increado! ¡Gloria a ti, Sabiduría Suprema! ¡Todo ante ti es pequeño! ¡Sólo tú eres grande!

¡El tiempo es tu apoteosis, porque con el tiempo y el trabajo consigue el hombre su rehabilitación!

¡Para ti nunca es tarde! ¡Bendito sea el tiempo, Señor, porque el tiempo es tu esencia!

LA ORACIÓN DE LOS NIÑOS

Vengan a mí los niños, vengan a mí con sus inocentes travesuras, con sus alegres carcajadas, con su bulliciosa animación, con la exuberancia de su vida.

Quiero vivir entre ellos, quiero tomar parte en su alegría, aturdirme con su aturdimiento y olvidarme de todo, menos de mi infantil familia.

Siempre he querido a los niños, siempre he preferido su risueña compañía a la de los sabios y a la de los demás hombres, porque en los niños he hallado en todas ocasiones la Verdad.

Decía un filósofo que nada hay más olvidadizo ni ingrato que los niños, y yo digo en absoluto, que para mí es errónea su opinión. Lo que tiene el niño es que no es hipócrita: dice y hace lo que siente sin reserva ni disimulo de ninguna especie; mientras que el hombre finge sonrisas y hace halagos aunque en su corazón fermente el odio hacia aquel que acaricia y agasaja.

Yo daría algunos siglos de felicidad por vivir toda una existencia rodeado de niños, porque de ese modo ni sabría los crímenes de los hombres ni viviría engañado. ¡Oh! sí: vengan a mí los niños, con la espontaneidad de su sentimiento, con su encantadora e inimitable franqueza y con su ingénita lealtad.

Los hombres me asustan; los niños me atraen; me espantan las confesiones de los primeros, y me encantan las confidencias de los segundos, porque en éstos encuentro la sencillez y la Verdad, ¡y es tan hermosa la Verdad!...

¡Cuántas veces rodeado de mis pequeños amigos me he visto pequeño, muy pequeño al lado de aquellas almas tan grandes!

Lo que le falta a la generalidad de las criaturas es una esmerada y sólida educación, un mentor que guíe sus pasos en las escabrosidades de la tierra: que un niño bien instruido y bien enseñado es un héroe cuando llega la ocasión oportuna. Yo lo sé, o lo he visto, y por mí mismo me he convencido de que no hay nada más fácil que despertar el generoso entusiasmo de los niños, cultivando su sentimiento hasta llegar a la sublimidad. Una tarde salí del cementerio más triste que de costumbre; había pensado demasiado en ella, había visto junto a su tumba a la niña de los rizos negros, y al ver que me sonreía con tristeza, lloró mi corazón amargamente su malograda felicidad.

¡Es tan triste tener en nuestra mano la hermosa copa de la Vida llena del néctar del placer... y apartarla de nuestros labios, sedientos de amor y de ventura, para entregarnos a un

suicidio lento, a un sacrificio estéril, a una desesperación muda! ¡Oh, el sacerdocio católico es el sacerdocio de la Muerte!

Mis hijos adoptivos, al yerme, comprendieron que estaba preocupado, y como todos me quieren, me rodearon solícitos, y uno de los más pequeñitos se agarró a mis hábitos y me dijo con voz temblorosa:

-Padre, ¿es verdad que los judíos se comen a los niños?

-A los malos se los comerán; pero a los buenos, no -replicó otro chicuelo-. ¿Verdad, Padre?

-Ni a los unos ni a los otros -le contesté sonriendo-, porque los judíos no son antropófagos.

-Pues mi madre dice que sí -objetó el primero-; y hoy ha venido muy asustada, porque dicen que le han dicho que hay un hombre que de noche entra en la aldea y se lleva a los niños.

-Sí -añadió otro-, a mi padre también le han dicho que ese hombre entró en una casa, y cogió un pan, y el perro lo sintió, y comenzó a ladrar, y el ladrón se fue huyendo, y dicen que echaba fuego por los ojos, y mi abuela afirmó que sería un judío.

La conversación de los chicuelos me distrajo de mis tristes pensamientos, y comencé a inquietarme por la suerte de aquel desventurado de quien me hablaban. No era la primera vez que oía hablar de aquel hombre a quien llamaban el judío, y del cual contaban mil patrañas y absurdas mentiras, y yo calculaba que tal vez sería un desgraciado cuya borrascosa existencia tendría una historia de lágrimas, y tratando de cerciorarme, pregunté con interés a uno de los niños:

-¿Y cuándo han visto en esa casa al judío que cogió un pan?

-Anoche; dice mi padre que anoche -contestó el niño, mirando con recelo en todas direcciones. Seguimos andando; llegamos a la fuente de la Salud, y al llegar los niños lanzaron un grito de espanto, y todos me rodearon gritando angustiosamente: ¡Padre! ¡Padre! Dígale usted que somos buenos. ¡Ése será! ¡Ése...!, y las inocentes criaturas se guarecían debajo de mi capa, otras se parapetaban detrás de mí, y todas temblaban convulsivamente.

Entre aquella barahúnda no me dejaron tiempo de contemplar la causa de aquel trastorno; al fin miré, y vi junto a la fuente a un anciano que contaría setenta inviernos; era alto y delgado e iba cubierto de harapos; una luenga barba de un blanco amarillento descansaba sobre su pecho desnudo. Su mirada era triste, ¡muy triste! -¡gemía con los ojos!-, y parecía el símbolo de la tribulación y la miseria. Llevaba la cabeza vendada, y el vendaje estaba empapado de sangre. Al verle en aquel estado tan deplorable, corrí hacia él rompiendo el círculo que me rodeaba, y el anciano al yerme se quedó indeciso. Quería huir y al mismo tiempo me miraba como si quisiera reconocerme, y yo me apresuré a detenerle, diciéndole:

-No temáis.

El pobre viejo detuvo y contempló con profunda tristeza al grupo de niños que, a corta distancia, decía en todos los tonos:

-¡Ése será! ¡Ése...!

Comprendí su pensamiento y le dije:

-No temáis, no os harán ningún mal -y rodeando su cintura con mí mano me volví a los niños, y les dije con acento de autoridad:

-Silencio y escuchadme. Quien os haya dicho que este anciano os quiere hacer daño, miente miserablemente; y en vez de gritar sin concierto, lo que debéis hacer es darle cada uno la mitad de su merienda, que la ley de Dios nos manda dar de comer al hambriento.

Los niños enmudecieron, se arrimaron unos a otros, y aquella masa compacta se adelantó temerosa y se colocó junto a mí. Algunos de ellos me alargaron tímidamente un pedazo de pan, y yo les dije:

-No es a mí a quien debéis darlo, sino a este desgraciado. No tengáis miedo; dádselo en su misma mano y pedidle que os bendiga, que los ancianos son los primeros sacerdotes del mundo.

Uno de los más pequeños, fijando en mí su hermosa mirada como para tomar aliento, alargó su pedazo de pan al pobre viejo, y éste lo cogió con mano temblorosa, y extendiendo su diestra sobre la cabeza del pequeñito, exclamó con voz conmovida:

-¡Bendito seas tú, que me das el pan de la hospitalidad! -Y doblegando su cuerpo se inclinó y besó frente del pequeñuelo, y al besarle el mendigo lloraba, y sus lágrimas cayeron sobre la cabeza del niño, que quedó bautizado con el agua bendita de la gratitud. Los demás niños siguieron el ejemplo del primero y nunca olvidaré aquella escena verdaderamente conmovedora.

El cielo ostentaba toda la esplendidez de sus galas, porque estaba cubierto con un velo de purpúreas nubes. Las montañas, revestidas con su manto de esmeralda, terminaban su tocado envolviendo su cima con flotantes y ligeras brumas; y en el fondo de un valle florido, un anciano harapiento, rodeado de más de treinta niños, los bendecía con sus ojos y con sus lágrimas, porque la emoción no le permitía hablar. Yo miraba aquel cuadro y decía entre mí: ¡Qué risueño es el comienzo de la vida y qué triste es el fin! ¡Pobre anciano! En tu frente hay escrita una historia. ¿Qué papel te habrá tocado representar en ella? ¿Habrá sido el de víctima o el de verdugo? Veamos: y acercándome más a él, le dije con dulzura:

-Sentaos, reposad; no tengáis miedo alguno.

-De vos no lo tengo, ni de estas criaturas tampoco, pero me siguen muy de cerca mis numerosos enemigos. Hace muchos días que estoy vagando por estos contornos: quería veros, y no encontraba ocasión propicia de hablar con vos. Hoy la sed me devoraba, tengo fiebre porque estoy herido, pues unos muchachos, incitados por sus madres, me apedrearon y vine a esta fuente a calmar mi ardiente sed. Cuando me iba a ir, llegasteis vos; tengo que hablaros, pero no me atrevo a entrar en la aldea, porque no sé a qué distancia están mis perseguidores.

-Entonces esperadme detrás del cementerio. Yo me iré con los niños y cuando anochezca del todo iré a buscaros. Hasta luego.

Mis pequeños amigos se separaron del anciano diciéndole muchos de ellos: “Mañana te traeremos más pan”. Y durante nuestro camino cada cual hizo el proyecto de traer doble merienda. ¡Lo que es el ejemplo y el buen consejo! ¡Unos pobres muchachos, aconsejados por mujeres salvajes, persiguieron al mendigo como se persigue a una fiera, en tanto que otros niños le dieron la mitad de su alimento y anhelaban que llegase el día siguiente para darle mayor cantidad! ¡Los niños son la esperanza del mundo, la encarnación del progreso, si encuentran quien los guíe en la espinosa senda de la vida!

Cuando entramos en la aldea, me despedí de los niños hasta el día siguiente, subí a mi oratorio y esperé que la noche extendiera su sombra por una parte de la tierra, y entonces me dirigí detrás del cementerio. El anciano me esperaba y salió a mi encuentro, y los dos nos sentamos en las ruinas de la capilla. Mi compañero me miró fijamente y me dijo en voz baja:

-Gracias a Dios que los días se suceden y no se parecen; ¡qué distinto ha sido el día de hoy del día de ayer! Ayer me apedrearon como si yo fuera un miserable forajido y hoy me escuchan y me atienden y me ofrecen pan bendito para que sostenga mi abatido cuerpo. ¡Gracias, Padre; no en vano dijeron que erais un santo!

-¡Callad, callad! No confundáis el deber con la santidad. En la tierra no hay santos, no hay más que hombres que en algunas ocasiones cumplen con su obligación. Al prestaros mi débil auxilio, cumplí con dos deberes muy sagrados: el primero, consolando al afligido, y el segundo, enseñando a los pequeñuelos a poner en práctica los mandamientos de la ley de Dios.

-¡Ay, Padre! ¡Esos mandamientos, cuan olvidados están por los hombres! Lo sé por experiencia: toda la desgracia de mi vida la debo al olvido de la ley de Dios.

-Explicaos: ¿en qué olvidasteis la ley promulgada en el SINAB?

-No fui yo quien la olvidó. Padre. Yo he seguido fielmente la religión de mis mayores, y sentado en la Sinagoga he jurado a Dios obediencia leyendo las tablas de la santa fe; fueron otros los que olvidaron los preceptos divinos.

-Compadeced a los que supieron olvidar, porque, ¡ay de los pecadores!

-¡Ah señor! el castigo de los culpables no me devuelve lo que para siempre he perdido. Yo tenía en mi hogar numerosa familia, y mis hijos y mis nietos me sonreían con amor; pero resonó una voz maldita y los sayones de la intolerancia religiosa, gritaron una noche: ¡Mueran los judíos! ¡Quememos sus casas! ¡Violemos sus hijas! ¡Saqueemos sus arcas! ¡Destruyamos la raza de Judá!", y nuestras pacíficas moradas fueron el teatro de horrendos crímenes. Algunos pudimos escapar de la general matanza y huimos de nuestras casas, sin nuestras hijas, sin los ahorros de nuestro trabajo... todo perdido ¡todo! ¿Y por qué...? Por seguir estricta mente la primitiva ley de Dios... y sin alientos para mendigar, por temor de ser conocidos, huimos a la desbandada, sin saber dónde detenernos. Algunos de mis compañeros más jóvenes que yo han podido llegar a puerto de salvación. Yo caí enfermo y no pude seguirles, y unos pobres campesinos me han tenido en su cabaña siete meses, y ellos me hablaron de 'os, diciéndome que erais la providencia de los desgraciados, que viniera a veros. Uno de los hijos de dicha familia quería acompañarme, pero se supo que la persecución a los judíos dispersos se reanimaba, y no consentí de manera alguna exponer a aquel noble joven a una muerte casi cierta; y solo, emprendí la marcha huyendo de los caminos transitados, pasando días y días sin más alimento que las hojas de los árboles, que éstos siquiera me ofrecían sus verdes ramas, siendo menos ingratos que los hombres. Ya sabéis quién soy. En el Condado de Ars me esperan algunos de mis hermanos, y todo mi afán es llegar allá a reunirme con ellos y rezar juntos a la memoria de nuestras hijas deshonradas en nombre de una falsa religión. El anciano reclinó su cabeza entre sus manos, sollozando como un niño.

Yo le dejé llorar libremente, que los grandes infortunios piden muchas lágrimas, y cuando le vi más calmado, le atraje hacia mí y le dije con la mayor dulzura:

-Perdona a tus verdugos, no te pido más que perdón para ellos; compadécelos; su presente es el crimen, su porvenir es la expiación. Tranquilízate, yo te llevaré conmigo, yo abrigaré tu cuerpo desfallecido, yo te haré acompañar por dos hombres honrados, que guiarán tus pasos vacilantes y llegarás al punto que deseas y te reunirás con tus hermanos, y elevarás tu plegaria pidiendo a Dios misericordia para aquellos obcecados que profanaron tu tranquilo hogar. Ven conmigo, apóyate en mí, no tangas ningún recelo, porque soy sacerdote de la religión universal.

El anciano se apoyó en mí, y llegamos a la Rectoría, subimos a mi oratorio, que es el lugar de descanso de los desgraciados que encuentro en mi camino, y durante ocho días reposó en mi hogar el viajero del dolor.

Los niños, entretanto, me decían pesarosos: "Padre, aquel pobre no vuelve ahora que traemos tanto pan para dárselo a él". Yo, valiéndome de mi influencia, conseguí de mis feligreses que dos de ellos, de los más acomodados, consintieran en acompañar en su largo viaje al anciano judío; éste fue vestido decorosamente y le entregué una regular cantidad de dinero, exigiéndole que al llegar al final de su jornada me enviase con sus guías una carta dándome cuenta de su feliz arribo. El mismo día que él se marchó, convoqué una reunión de niños en la iglesia, asistiendo casi todos los fieles que moraban en la aldea, pero mi objeto principal fue reunir a los niños, a quienes hice colocar delante del altar y, dirigiéndome a ellos, les dije:

-¡Hijos míos! único lazo que me une a este mundo. Vosotros sois la sonrisa de mi vida. En vosotros derramo toda la savia de mi profunda experiencia y trato de haceros buenos, para que seáis gratos a los ojos, del Señor. Hace algunos días os pedí vuestro pan para un pobre anciano que llegó a las puertas de vuestros hogares herido y hambriento, y hoy voy a pediros otra cosa. Concedédmela, hijos míos, ¡hijos muy amados de mi corazón! ¡Aquel anciano ha dejado vuestras montañas, y va a buscar en lejanos valles un asilo para pedir a Dios que tenga misericordia con los opresores de la humanidad! Y yo os pido, mis queridos pequeñitos, que roguéis por el pobre caminante que, sin hogar ni patria, no crecerán las flores en su tumba regadas por el llanto de sus hijos, sino que como árbol mutilado, le doblará el huracán, y en sus muertas raíces se extinguirá la savia de la vida. ¡Rogad por él, pedid al cielo que llegue al

Librodot

puerto de salvación el errante proscrito, que las oraciones de los niños atraen la bendición de Dios!

¡Rezad, hijos míos, rezad! Decid conmigo así: "¡Padre misericordioso, guía los pasos del venerable anciano que ha vivido respetando tu ley; sálvale de todo peligro, para que pueda vivir el resto de sus días amándote en espíritu y en verdad!" Y los niños rezaron, y sus voces purísimas sin duda resonaron en las bóvedas del cielo, y atrajeron al humilde templo de la tierra espíritus de luz, porque, a semejanza de los rayos del sol, ráfagas luminosas y esplendentes se cruzaron delante de los altares, y los niños repetían con voz vibrante: "1Padre misericordioso, guía los pasos del anciano, que ha vivido respetando tu ley; sálvale de todo peligro para que pueda vivir el resto de sus días amándote en espíritu y en verdad!"

En aquellos momentos no sé qué pasó por mí: parecía que incensarios invisibles perfumaban las bóvedas del templo, y astros de mil colores lanzaban sus efluvios luminosos de prismáticos resplandores sobre los pequeñitos de mi aldea.

Los niños rezaron, sí; rezaron con esa fe divina que inflama y eleva a las almas puras, y su oración ferviente debieron repetirla los ecos de mundo a mundo. ¡Es la oración más conmovedora que he escuchado en la cárcel de la tierra!

Hay sensaciones indescriptibles, y la que yo experimenté en aquellos instantes es una de ellas. Estaba en lo cierto cuando dije que las oraciones de los niños atraen las bendiciones de Dios.

¡Hermosa mañana de mi vida! ¡Rayos de luz purísima! Su recuerdo bendito me hará sonreír en mi lecho de muerte. ¡Mucho he llorado...! ¡Mucho he sufrido! Pero, en cambio, me ha sido concedido el escuchar el canto de los ángeles en el humilde templo de mi aldea.

¡Bendita sea la oración de los niños! ¡Bendita sea en todas las edades! ¡Bendita sea!

Las mujeres lloraban al oír la plegaria de sus hijos, y éstos sonreían, elevando su cántico hasta Dios.

¡Todo pasa en la vida! y aquellas breves horas también pasaron, dejando en mi alma una paz que nunca había sentido.

Todas las tardes, al reunirse los niños a mí, a la puerta del cementerio, me decían: "Padre, ¿quiere usted que recemos por el pobrecito que se fue?""Sí, hijos míos -les decía yo-, consagremos un recuerdo a un mártir de la tierra", y durante algunos momentos todos orábamos por el pobre judío.

Tres meses después volvieron los dos guías que le acompañaron trayéndome una carta concebida en estos términos:

"¡Padre mío! He terminado felizmente mi largo viaje, y hoy me encuentro en brazos de mis hermanos bendiciendo vuestra memoria.

"En las últimas horas de la tarde nos reunimos todos al pie de un roble centenario; y cumpliendo vuestro mandato, ruego por los homicidas que sacrificaron a mi esposa y a mis hijos; y cuando deje este mundo, mi último pensamiento será para vos".

¡Gracias, Dios mío! ¡Una víctima menos de las persecuciones religiosas! ¡Descansa, pobre judío, y bendice a tu Creador en tu hora postrera! ¡Ah religiones, religiones! ¡Cuánta sangre habéis derramado! ¡Qué larga cuenta tenéis que dar a Dios por vuestros inicuos actos! Sólo me queda un consuelo en medio de tantas amarguras; sólo una esperanza me sonríe: el advenimiento de la religión universal. Ésa destruirá los odios colectivos y las asechanzas personales; ésa constituirá un solo rebaño y un solo pastor; ésa unirá a todos los mortales con el lazo sagrado de la fraternidad. Para amarse fueron creados los hombres y tiene que cumplirse el gran pensamiento de Dios.

¡EL AMOR EN LA TIERRA!

¿Qué es el amor en la tierra? ¡Es un misterio indescifrable, Señor! Es, o nube de humo que en espirales se esfuma, o charco cenagoso cuyas miasmas inficionan la atmósfera o

terrible tormenta que todo lo arrasa, dejando tras de sí la desolación y la muerte. ¡Oh! si, sí; el amor en la tierra o tiene la vida de las rosas, que únicamente sonríen dos crepúsculos, el matutino y el vespertino, o es causa de pasión nefanda que hace ruborizar al que la siente, o una horrible tragedia cuyo desenlace es la muerte.

¡Y aún dudan los impíos, Señor! ¡Y niegan con tenaz empeño que tú guardas para tus hijos otros mundos, donde las almas pueden saciar la sed ardiente de tu inmenso amor!

¡Yo te amo, Señor, yo que espero y creo en tu infinita misericordia, yo que sé que tú escucharás mi ruego, y que mañana sonreiré dichoso amando con delirio a una mujer!

¡Era tan bella! ¡Aún la veo, con su frente pálida coronada de blancos jazmines, con sus negros rizos, y con sus ojos irradiando amor! ¡Y sólo la vitres veces, Señor! ¡Y en ninguna de ellas le pude decir que mi alma era suya...! ¡Mis labios enmudecieron, pero no sé si mis ojos hablaron...!

¡Triste planeta tierra! Y este episodio de amor es el más santo, es el más puro; eran afecciones sacrificadas en aras de la religión y de la verdad. Nunca podré olvidar a la niña de los rizos negros, pues era una criatura de las que dejan tras sí un perfume, una fragancia que nunca se evapora: el placer del dolor deja impreso en nuestro ser una sonrisa inmortal. Estoy contento de mi sacrificio, estoy gozoso de no haber gozado, porque el goce de la tierra no deja más herencia que luto y lágrimas. Ahora lo he visto, ahora lo he tocado, ahora me he convencido que el placer en este mundo es la fuente abundante del dolor.

Hace algún tiempo que sentía una especie de dulce envidia contemplando a dos seres dichosos. Al verlos sonreír yo decía: ¡Señor! ¿Por qué yo no he podido sonreír así? ¿Por qué he tenido que vivir tan solo...? Mas ¡aj! ¡cuan breves días tuve que envidiar!

-¡Pobre Lina! ¡Infeliz Gustavo! ¡Aún me parece que soy víctima de una horrible pesadilla! pero no, es verdad, ¡es una horrible verdad! ¡Yo los he visto crecer!... ¡quién me dijera que los había de ver morir...! ¡Y hoy duermen junto a ella, al lado de la niña de los rizos negros...! ¡Mi familia del alma está en el cementerio!... ¡Perdóname, Señor! En mi dolor soy egoísta y olvido que la familia del hombre es toda la humanidad. Todos los desgraciados son mis hijos, todos los desvalidos mis hermanos, todos los hombres mis amigos, pero... estoy muy lejos de la perfección y aún tengo la debilidad de tener mis preferidos.

¡Hijos míos! ¡Gustavo! ¡Lina! ¡Aún os veo cuando erais pequeñitos!

Hace veinte años, en una mañana de abril, vino a buscarme un niño que tendría siete primaveras; era hermoso y risueño como la primera ilusión del hombre. “A la hermana de mi madre le han traído una niña, ¡es tan bonita! Ya la verá usted. Padre, queremos que se llame Lina. Venga usted, que ya la traen”. Y el niño me hizo correr para salir al encuentro del ángel que venía a pedirme con su llanto el agua del bautismo. Durante la ceremonia Gustavo miraba a la niña y me decía con sus hermosos ojos: “¡Qué bonita es!” Y el niño no mentía, porque la recién nacida era una criatura preciosa, que crecía entre flores y santas alegrías. Todos los habitantes de la aldea queríamos a Lina, todos nos disputábamos sus caricias y éramos dichosos cuando la niña se sonreía, porque había en aquella sonrisa un destello celeste.

Nada más dulce y más conmovedor que ver a aquella infantil pareja. Como Gustavo era mayor, cuidó de ella mientras era pequeñita; él la dormía en sus brazos; él le enseñó a andar y a pronunciar mi nombre, pues Gustavo, como todos los niños de la aldea, me quería mucho, y su mayor placer era traerme a Lina y sentarla sobre mis rodillas, y él se recostaba en mi hombro y me decía con tierna admiración: “¡Qué bonita es Lina! ¡Tengo unos deseos de que se haga mujer...!”“¿Para qué?”, le decía yo. “Para casarme con ella-contestaba Gustavo gravemente-; y cuando estemos casados viviremos con usted. ¡Ya verá usted, Padre, ya verá usted qué contentos estaremos!” Y yo me complacía en hacer hablar al niño, porque me extasiaban sus planes de felicidad. Lina escuchaba silenciosa, porque fue un ser que habló muy poco y sintió mucho. Al final de nuestras conversaciones yo salía airioso, porque los dos niños me abrazaban con la más tierna efusión. ¡Horas de sol! ¡Momentos de júbilo! ¡Cuan breves fueron...!

¡Con qué placer eduqué a Lina! ¡Era tan buena! ¡Tan humilde! ¡Tan cariñosa! No sé qué lazo misterioso la unía a mí que sus horas de fiesta siempre las pasaba en mi huerto; y su familia, como la adoraba, venía tras ella. Como cuidaba de los pájaros que anidaban en el viejo ciprés y cultivaba mis flores predilectas, Gustavo a veces le decía, para hacerla hablar: "Mira que tengo celos; creo que quieres al padre Germán más que a mí". Lina, al oírle, sonreía dulcemente y murmuraba: "Tú me has enseñado a quererle". Y en estos tiernos diálogos pasábamos las tardes de los domingos. Otras veces me sentaba a leer y le decía a Lina y a Gustavo: "Pasead, hijos míos, pero a corta distancia, para que yo os vea; vuestra felicidad me hace dichoso; no me privéis de ella". Y los dos jóvenes paseaban; él hablaba siempre, ella sonreía con una sonrisa celestial; y yo en aquellos instantes veía a la niña de los rizos negros y decía entre mí: "Yo también le hubiera hablado así, yo también hubiera sabido expresar mi inmenso amor. ¡Gustavo vive...! ¡Yo no he vivido!... Todos tienen su asiento en el festín eterno de la vida, pero mi sitial ha quedado vacío..."; mas esta ráfaga de egoísmo pasaba pronto, y exclamaba: "Perdóname, Señor! Yo confío en ti; yo también viviré, porque al dejar la tierra encontraré a la niña de los rizos negros".

Los días pasaron. Lina iba a cumplir 17 años, y en el día de su natalicio yo debía bendecir su unión con Gustavo y constituir una familia, pues los jóvenes esposos debían habitar en una casita que habían hecho junto a mi huerto. Mi viejo Miguel estaba contentísimo: yo ya me veía rodeado de dulces cuidados, y todos hacíamos planes para las largas noches de invierno, que estaríamos reunidos en torno del hogar; y nuestro corazón latía de gozo, cuando una mañana los habitantes de la aldea se despertaron sobresaltados, porque en todas las casas resonaron fuertes golpes dados con las alabardas en las puertas; más lejos se oía el relinchar de los caballos que repetían los ecos de las montañas, y mil voces gritaban a la vez: "A las armas! ¡A las armas! ¡Guerra al extranjero! ¡Guerra!"

Lina fue la primera que entró en la iglesia gritando: "¡ Padre mío! ¿Qué quieren esos hombres? Han entrado en todas las casas... las mujeres lloran.., los soldados blasfeman... los jóvenes corren, los ancianos hablan entre sí... ¡Venid, venid conmigo! Parece que ha llegado el día del juicio para esta aldea". Salí con ella y pronto me hice cargo de lo que pasaba. ¡ La guerra! ese dragón de voracidad insaciable, pedía carne humana, y los capitanes venían por ella a nuestra aldea.

En menos de dos horas aquella risueña población quedó como si hubiese pasado la peste por ella: los bueyes mugían en los establos extrañando su forzoso reposo, las ovejas lanzaban lastimeros balidos dentro del aprisco, las mujeres lloraban sin consuelo, los ancianos hablaban entre sí y lanzaban tristes miradas al camino en el cual densa nube de polvo denunciaba que algunos pelotones habían pasado por allí.

Todos los jóvenes, todos los hombres fuertes para sostener un arma fratricida, fueron arrebatados de la aldea para que regaran con su sangre generosa los infecundos campos de batalla. Gustavo también se fue, sólo tuvo tiempo para dejar a Lina en mis brazos y decirme: "Padre, a vos os entrego la vida de mi vida! ¡Velad por ella y velaréis por mí!" Con doloroso frenesí, acerqué la cabeza del noble joven a mi corazón y cubrí de lágrimas sus cabellos, en tanto que Lina, sin voz, sin lágrimas, con la mirada extraviada, perdió el sentido con la violencia del dolor. Cuando volvió en sí, sus padres y los de Gustavo lloraron con ella su inmensa desventura.

¡Qué días tan tristes se sucedieron! La aldea parecía un cementerio: los trabajos del campo, única industria de aquel lugar puramente agrícola, quedaron poco menos que paralizados; la miseria tendió sus negras alas, el desaliento se fue apoderando de todos los corazones, y más de una joven venía a confesarme sus pecados, diciendo con angustia:

"¡Padre!, ¿me castigará Dios porque quiero morir?'

Lina, en la que el inmenso dolor había despertado la energía del alma, me decía con vehemencia: "Padre! ¿Es verdad que si no viene, nosotros iremos a buscarle? Yo no quiero que se muera solo; creería que lo he olvidado y no podría dormir tranquilo en su sepultura.

Librodot

¿Es verdad que iremos? Y al decir esto me miraba de una manera que me hacía llorar como un niño.

Pasaron tres años, y en ese tiempo Lina perdió a sus padres, y los de Gustavo se hicieron cargo de ella; pero la joven siempre estaba en mi huerto hablándome de él; parecía un alma en pena. De aquella preciosa criatura no quedaba vida más que en los ojos, que siempre tenía fijos en mí. ¡Cuánto me decía con aquellas miradas! Había momentos que no las podía resistir, porque sus negras pupilas se convertían en agudas flechas que atravesaban mi corazón. ¡Quién no se angustiaba viendo el mudo dolor de Lina!, porque no hablaba desesperada, no; su palabra era tranquila, pero su mirada era desganadora.

Una tarde vino a buscarme al cementerio, y con el delicado instinto y fina perspicacia que distingue a la mujer, aunque yo no le hubiera contado la historia de mi vida, ella comprendió que en aquella tumba estaba mi felicidad, y por eso vino a buscarme a ella convencida de que en aquel lugar sagrado yo no le negaría nada de cuanto me pidiera. Me miró de un modo que me hizo temblar y me dijo: “Padre! Gustavo me llama, yo lo he oído, y en nombre de la muerta que aquí duerme, yo os mego que vertáis conmigo, ella os bendecirá y Gustavo también”. No sé qué pasó por mí, no sé qué visión luminosa me pareció ver que se alzaba del fondo de la tumba. Miré a Lina como fascinado y le dije:

¡ Iremos!” En los ojos de la joven brilló una lágrima de gratitud, y a la mañana siguiente salimos de la aldea acompañados hasta larga distancia por lo s ancianos padres de Gustavo.

Después de mil azares llegamos al lugar donde se había librado la última batalla, y entre montones de cadáveres y de heridos buscamos a Gustavo, pero inútilmente; al fin entramos en el campamento, donde se había improvisado un hospital, y Lina con una mirada abarcó aquel horrible conjunto, y con la rapidez del deseo la vi dirigirse a un extremo de aquel anchuroso recinto y caer de hinojos ante un herido. Cuando pude llegar junto a ella, me costó gran trabajo reconocer a Gustavo, el cual, al yerme, me alargó su diestra buscando la mía; los tres nos unimos en estrecho abrazo y ninguno pronunció una palabra: sólo Lina hablaba con los ojos. Gustavo quería hablar, pero la emoción le ahogaba, y los tres permanecimos largo rato en una situación muy difícil de explicar. Las tropas enemigas, que habían ganado la batalla, vinieron a incautarse de los vencidos y a recoger en canos los heridos. Lina, al ver aquel movimiento, se apoderó de una mano de Gustavo y me miró, diciéndome con su ademán: “Yo no le dejo”. Comprendiendo su heroica resolución, me incliné hacia ella y le dije: “Tranquilízate; no le dejaremos”. Le tocó por fin el turno a Gustavo, y cuando ya le iban a levantar, el oficial que dirigía aquella tristísima maniobra, miró fijamente a Lina y a mí, que tratábamos de incorporar a nuestro herido; se acercó más, me miró y exclamó con asombro:

¡Vos aquí, padre Germán! ¿Cómo habéis dejado vuestra aldea?

En breves palabras le expliqué la causa que motivaba mi presencia en aquel paraje, y él, entonces, me dijo:

-Hace algunos años que os debí la vida; vos, sin duda, ni me conocéis ni me recordáis, pero yo nunca os he olvidado, y quiero de algún modo pagar la deuda que con voz tengo contraída. ¿Qué queréis de mí?

-Que me deis ese herido, que en breves días será un cadáver, para que al menos ella pueda cenarle los ojos.

Sin dilación accedió a mis deseos, y convenientemente acompañados regresamos después de mil penalidades a nuestra aldea. El pobre Miguel, que diariamente salía al camino para ver si veníamos, al divisarnos corrió a mi encuentro y me dijo que el padre de Gustavo había muerto impresionado por una noticia falsa que corrió de la muerte de su hijo, y de su madre se ignoraba el paradero. Ante aquel nuevo trastorno, hice conducir al herido a mi pobre casa y lo colocaron en mi oratorio; y desde que quedó instalado, comenzaron para mí unos días verdaderamente horribles.

Librodot

¡ Qué cuadro, Señor, qué cuadro! Yo lo comparaba con los primeros años de Lina, cuando Gustavo la dejaba sobre mis rodillas y me decía: “Padre! ¡Mírela usted! ¡Qué bonita es...!” ¡Qué diferencia con el cuadro que tenía ante mis ojos! ¡Qué metamorfosis!

Lina no parecía ella. Hasta había encanecido. De Gustavo no hay que hablar; delgado, ennegrecido, con los ojos casi siempre cenados, con la boca contraída para ahogar gemidos; pero si conseguía contener gritos, no podía en cambio ocultar la sangre que brotaba a intervalos de su boca; la cabeza envuelta en sangrientos vendajes, los cuales, por orden facultativa el médico, no podíamos tocar; sin poderle dar alimento porque la fiebre lo devoraba; y Lina, junto a él, muda, sombría, con la mirada siempre fija en el rostro del herido, diciéndome a intervalos con voz apagada:

-Cuánto le estamos molestando, Padre! pero... poco tiempo le queda de sufrir, porque Gustavo se irá... y yo me iré con él, porque en la tumba tendría miedo sin mí. Sí, sí, yo me debo ir con él, yo sin él no quiero quedarme aquí.

Yo no sabía qué contestar; la miraba, veía en sus ojos una calma espantosa, un no sé qué que me horrorizaba; lo miraba a él y murmuraba por lo bajo: “Señor! ¡Señor!, ten misericordia de nosotros; aparta de mis labios este cáliz, y si he de apurar hasta la última gota, dame fuerza. Señor, dame aliento para soportar el enorme peso de mi cruz”.

Gustavo, de vez en cuando, tenía momentos de lucidez: abría los ojos, miraba a su amada con santa adoración, después se fijaba en mí y decía con amargura: “Pobre! ¡Pobre Lina...! ¡Padre, padre! ¿Es verdad que no hay Dios...?” Y el infeliz enfermo comenzaba de nuevo a delirar, y Lina me decía: “Padre! ¡Padre! roguemos por él...”

¡Qué días, Señor, qué días! Me horroriza su recuerdo: ni un momento de reposo... ni un segundo de esperanza, sin dr más que quejas e imprecaciones, y ver morir a Lina poco a poco. Así pasaron tres meses, cuando una mañana que yo estaba en la iglesia cumpliendo con mi obligación, y Lina en el huerto cogía hierbas medicinales para hacer una tisana, Gustavo hubo de levantarse en un momento de fiebre y buscar en su uniforme una pequeña daga, la cual se clavó certeramente en el corazón, sin proferir ni un grito, pues Lina nada oyó. A poco entramos en la habitación Lina y yo; al acercarnos a la cama, ¡qué triste espectáculo, Dios mío! No lo podré olvidar jamás: Gustavo estaba con los ojos desmesuradamente abiertos, la boca contraída por amarga sonrisa; en su mano izquierda tenía vendajes que se había arrancado de la cabeza y la daga la tenía clavada en el corazón. Lina, sin proferir una queja, cerró piadosamente sus ojos, y al querer arrancarle la daga experimentó una violenta sacudida y lanzó una estridente carcajada, que siempre resonará en mis oídos. Después se levantó, se abrazó a mí, y durante cuarenta y ocho horas no hizo más que reír, presa de terribles convulsiones. En aquellas cuarenta y ocho horas agotó cuarenta y ocho siglos de sufrimiento. ¡Qué agonía! ¡Qué angustia! ¡Qué suplicio! ¡No hay frases que puedan describir mi horrible tormento! Al fin resonó la carcajada postrera; por un momento sus ojos iluminaron con un rayo de inteligencia, estrechó mis manos tiernamente y reclinó su cabeza en mi hombro, del mismo modo que lo hacía cuando niña; y yo, aterrorizado, permanecí no sé cuánto tiempo inmóvil, petrificado ante tan inmensa desventura...

En h tarde de aquel día los habitantes de la aldea acompañamos al cementerio los cadáveres de Lina y de Gustavo, regando la tierra de su fosa con lágrimas de amor. Los enterré junto a ella, al lado del ídolo de mi alma, y todos los días visito las dos tumbas, experimentando encontradas sensaciones.

Cuando me postro en la huesa de la niña de los rizos negros mi alma sonríe; parece que mi ser adquiere vida, y una dulcísima tranquilidad se apodera de mi mente; mis ideas en ebullición continua, en vértigo constante, pierden su dolorosa actividad y algo puro, suave y risueño viene a acariciar mis sentidos; mis ojos se cierran, pero si mi cuerpo se siente dominado por el sueño, mi espíritu vela y se lanza al espacio, y la veo a ella, siempre hermosa, hermosa y sonriente, que me dice con ternura: “Termina tu jornada sin impaciencia, sin fatiga; calma tu íntimo afán, que yo te espero y a los dos nos espera la eternidad...!” y me despierto ágil y ligero, fuerte, lleno de vida. Me levanto, beso las flores que crecen lozanas

sobre los restos de su envoltura, y exclamo alborozado: “Señor! ¡Tú eres grande! ¡Tú eres bueno! ¡Tú eres omnipotente porque es eterna la vida de las almas, como eterna es tu divina voluntad!”

Después me detengo en la tumba de Lina y Gustavo, y me siento poseído de un malestar inexplicable; le veo a él, frenético, delirante, rebelándose contra su destino, rompiendo violentamente los lazos de la vida, negando a Dios en su fatal locura, y a ella poseída del mismo frenesí, riéndose con terrible sarcasmo de la muerte de su felicidad, y en este drama espantoso, en esta horrible tragedia, hay la fiebre de la pasión llegada al grado máximo de la locura; hay el fatal egoísmo del hombre, porque Gustavo se mató para no sufrir más, convencido, por el exceso de su dolor, de que su herida era incurable; dudó de la misericordia de Dios, para el cual nada hay imposible, porque ¡quién sabe si al fin se habría curado...! No tuvo en cuenta el dolor inmenso de Lina, jugó el todo por el todo, quiso en su insensatez poner fin a lo que fin no tiene... y la desgraciada Lina, herida en la fibra más sensible, también se olvidó de Dios y de mí; en nada tuvo ni su fe cristiana ni mis cuidados, ni mis enseñanzas, ni mi amor. Sólo en su última mirada parecía que me pedía perdón por la honda herida que dejaba en mi alma, herida tan profunda que no podrá cicatrizarse en la tierra.

Ella y él se entregaron en brazos de la desesperación; por eso en su tumba yo no puedo sonreír; porque sus sombras atribuladas deben buscarse la una a h otra; y durante algún tiempo no se verán, porque es delito grave quebrantar el cumplimiento de la ley. Todos los dolores son merecidos, todas las agonías justificadas, y el que violentamente rompe los lazos de la vida, despertará entre sombras. ¡Feliz el espíritu que sufre resignado todos los dolores, porque al dejar la tierra, cuan hermoso será su despertar...!

¡Seres queridos! ¡Jóvenes que soñasteis con un porvenir de amor! ¡Almas enamoradas que yo tanto he amado! ¿Dónde estáis? ¿Por qué habéis dejado vuestra blanca casita? ¿Por qué habéis abandonado a los pobres pajarillos que recibían el pan de vuestra mano? ¿Por qué habéis olvidado al solitario anciano que a vuestro lado sentía el dulce calor de la vida? ¿Por qué os habéis ido...?

¡Ay! se fueron porque la guerra, esa hidra de cien cabezas, esa hiena furiosa, tenía sed de sangre y hambre de juventud.., y hombres fuertes que sostenían el paso vacilante de sus ancianos padres, corrieron a hundir en la tumba el progreso del porvenir, la esperanza de muchas almas enamoradas. ¡Oh, la guerra, la guerra! ¡Tiranía odiosa de la ignorancia!, tú conquistas un palmo de tierra con la muerte de millones de hombres.

¡Derechos de raza! ¡Feudos de linaje! ¡Poder de la fuerza! ¡Vosotros desapareceréis porque el progreso os hará desaparecer! ¡La tierra no tendrá fronteras porque será una sola nación! Este derecho brutal, ese odio al extranjero, tendrá que extinguirse. ¿Qué quiere decir extranjero? ¿No es hombre? ¿No es hijo de Dios? ¿No es nuestro hermano? ¡Oh, leyes y antagonismos terrenales! ¡Oh, bíblico Caín! ¡Cuantos Caínes has dejado en la humanidad! Señor, perdóname si algunas veces me hace feliz la idea de abandonar este fatal destierro. Perdóname si cuando mi cuerpo fatigado cae desfallecido te pregunto con melancólica alegría:

“¡Señor! ¿Llegó mi hora?” Los hombres de este mundo, con sus ambiciones, con sus leyes tiránicas, me aterran. La flor de la felicidad no se abre en la tierra y yo deseo aspirar su perfume embriagador: yo deseo una familia dulce, amorosa, y en este planeta tengo mi hogar en un cementerio.

¡Lina! ¡Gustavo! ¡Y tú, alma de mi alma! ¡La niña pálida dé los rizos negros...! ¡Espíritus queridos! ¡No me abandonéis! dadme aliento, acompañadme en el último tercio de mi jornada. Los ancianos somos como los niños, ¡nos asusta la soledad...!

EL BIEN ES LA SEMILLA DE DIOS

¡Qué hermosa estaba la tarde! Ni una nube empañaba el firmamento, engalanado con su manto azul; ni la más ligera niebla velaba las cimas de las montañas, y éstas se destacaban en el límpido horizonte coronadas de abetos seculares. En el fondo del valle pastaban tranquilamente mansas ovejas; por los matorrales de las colinas saltaban y corrían ágiles y retozones cabriíllos, disputándose la victoria en sus ascensiones un enjambre de alegres chicuelos que jugaban con ellos. Reinaba en la naturaleza la calma más apacible, y el espíritu se entregaba a esa dulce quietud; a esa grata soñolencia en la cual el alma sueña despierta; la mía soñó también. Llegué a la fuente de la Salud y me senté junto al manantial; Sultán se echó a mis plantas, poniendo la cabeza sobre mis pies, y yo me entregué a pensar en la soledad de mi vida, en el aislamiento íntimo de mi ser; pero lo agradable del paisaje absorbía mi atención y borraba de mi mente el tinte de amargura que dejan siempre mis reflexiones. Miraba al cielo, aspiraba el ambiente embalsamado, escuchaba el rumor de las hojas agitadas por un viento suave y decía entre mí: “,,Quién dirá que bajo este cielo se pueden albergar dolores? ¡Cuando todo sonríe! ¡Cuando todo parece que murmura una bendición! ¡Pasiones humanas! ¡Huid con vuestros odios! ¡Con vuestras mezquinas ambiciones! ¡Con vuestros placeres fugaces! ¡Con vuestro remordimiento, y con vuestro intenso dolor! ¡Repose ni alma en la contemplación! ¡Alégrese mi espíritu en la quietud de la naturaleza! ¡Y bendigo a Dios que me ha concedido disfrutar de este bien inapreciable!”, y me quedé embebecido en místico recogimiento.

No sé cuánto tiempo permanecí entregado al reposo; sólo sé que de pronto Sultán se levantó, dio algunos pasos, retrocedió y se quedó parado delante de mí en actitud amenazadora, con la boca entreabierta.

Sultán, ¿estás loco? ¿Qué arranque te ha dado? le dije apoyando mi diestra en su cabeza. Sultán m me hizo caso, siguió escuchando y de pronto echó a correr. Seguí con mi vista su dirección y vi aparecer un hombre que al ver a mi compañero en actitud tan hostil le amenazó con su bastón. “Sultán! -grité-, ¡ven aquí!” El noble animal desando el camino andado, pero de muy mala gana, volviendo la cabeza y gruñendo sordamente. El desconocido se acercó, y entonces reconocí en él a un alto dignatario de la iglesia que me había hecho todo el daño que había podio; él me confinó en la aldea, y aun allí le hacía sombra, y más de una vez había intrigado para que me prendieran acusándome de conspirador y de brujo. Al yerme, me dijo con acritud:

-Tenéis muy mal enseñado a vuestro peno, y creo que yo vengo muy a tiempo para educarle mejor.

-Tiene Sultán el olfato muy fino, y sin duda ha conocido quién sois vos. Así, pues, dejad en paz a mi peno, que no os hará daño alguno, porque yo se lo impediré; pero no le amenacéis, porque yo entonces no respondo de él, que si a mi voz se vuelve manso como un cordero, sólo con que vos le miréis con desagrado se pondrá más fiero que un león herido, que algo más leal que los hombres, no tiene costumbre de tolerar injusticias.

-,Sabéis que esto es gracioso? ¡Que para hablaros haya antes que capitular con vuestro peno!

¡Y creed que vale más tenerlo por amigo que por enemigo; pero dejemos a Sultán, y decidme en qué puedo serviros.

-En nada, sino que cansado de la Corte, abrumado de negocios y de asuntos enojosos, se me ocurrió venir a esta aldea a reposar algunos días. He aquí el objeto principal de mi venida.

Y al decir esto, se sentó el recién venido sobre una piedra, mirando en todas direcciones con visible inquietud: sorprendí esta mirada y le dije a Sultán, dándole un golpecito en la cabeza:

-Vigila a ver quién llega y avísanos de cualquier rumor que oigas, por lejano que sea. -Sultán me miró fijamente, después miró al forastero, se volvió a mí y se lanzó en vertiginosa carrera, perdiéndose en los recodos del camino.

-¡Teméis la llegada de algimo? -me preguntó el recién ve nido, a quien llamaré Lulio.

-La temo por vos, no por mí. He leído en vuestros ojos que venís huyendo, no de asuntos enojosos, sino de una prisión cierta; pero no temáis, que mucho antes que lleguen los guardias del rey. Sultán nos anunciará su llegada y podréis huir, o esconderos en la cueva de la ermita.

-¿Qué estáis diciendo? Deliráis sin duda. Yo no tengo que huir de nadie; vengo de incógnito porque quiero estar tranquilo y quiero ser por algunos días el cura de esta aldea.

-La iglesia y la pobre casa h tenéis a vuestra disposición, pero no el confesionario, no la intimidad con mis feligreses, porque bien sabéis, padre Lulio, que vos y yo nos conocemos muy bien. Juntas pasaron vuestra infancia y mi juventud; sé los vicios que tenéis, conozco vuestra historia lo mismo que la mía; y no permitiré que en esta pobre aldea dejéis el germen de la intranquilidad. Si no venís más que por capricho, casi me atrevería a suplicaros que desistierais de vuestro empeño y tomarais otro rumbo; pero si, como creo, venís por necesidad, contad conmigo, con mi viejo Miguel y con mi fiel Sultán. Ya sé que comenzáis a estar en desgracia; ya sé que mi noble anciano os maldice y una pobre mujer adúltera gime en un convento recordando aterrada su fatal extravío; ya sé que el rey quiere hacer con vos un castigo ejemplar, y comienza por confiscaros parte de vuestros bienes; y por mucho que lo queráis negar, sé que sois perseguido.

-Os han informado mal.

-Plegué a Dios que así sea.

-Lo que sí es cierto es que estoy muy cansado de h Corte y quiero ver si este género de vida que vos lleváis me agrada, para el caso de gustarme retirarme del gran mundo.

¡Y cuánto bien podríais hacer! Vos sois rico, de noble linaje; tenéis parientes poderosos dispuestos a hacer el bien. ¡Cuántas lágrimas podríais enjugar! ¡Cuántas miserias podríais socorrer! Para arrepentirse nunca es tarde. Dios siempre acoge a todos sus hijos; y creedme, Lulio, en la carrera del sacerdocio no vais por buen camino. El sacerdote debe ser humilde sin bajeza, caritativo sin alardes humanitarios; debe desprenderse de todo interés mundano, debe consagrarse a Dios practicando su santa ley, debe ser un modelo de virtudes, debe desconocer todos los vicios, que para llamarse ungido del Señor hay que ser verdaderamente un espíritu amante del progreso, ávido de luz, de espiritualidad y de amor. Aun estáis a tiempo: sois joven todavía, estáis en lo mejor de la vida; no habéis sufrido, y por ley natural podréis trabajar veinte años aún; podéis dejar sembrada la semilla del bien, que es la semilla de Dios.

Lulio, que me miraba fijamente, se levantó azorado, diciendo:

-Algo sucede, o vuestro Sultán se ha vuelto loco. Miré, y, efectivamente, Sultán venía corriendo por un atajo, pero con una carrera tan veloz que parecía impulsado por el huracán. Instintivamente Lulio y yo salimos a su encuentro, y el noble animal al yerme se incorporó, apoyando sus patas en mis hombros; después escarbó en el suelo, ladrando fuertemente, corriendo en todas direcciones, y volviendo a escarbar.

-No hay momento que perder -le dije a Lulio-; Sultán nos dice que se acercan muchos caballos, y éstos, sin duda, vienen en vuestro seguimiento.

-No creí que llegaran tan pronto -dijo Lulio palideciendo-; pensé que me darían tiempo para reunirme con los míos. ¿Qué haremos? Si me cogen estoy perdido, porque mi cabeza está pregonada.

-No temáis; seguidme. -Y a buen paso nos dirigimos a la ermita, descendimos por el barranco y desaparecimos entre los recodos de un largo camino que conducía a la Cueva del Diablo. Llegamos hasta el fondo, que era el sitio más a propósito para estar, pues con el desprendimiento de una peña había quedado una abertura por la cual penetraba el aire.

Librodot

-Quedaos aquí -le dije-; esta noche Miguel o Sultán os traerán alimento, y no temáis; pedir a Dios que os ampare y creed que no os desamparará. Haré por vos cuanto haría por un hijo.

Lulio estrechó mis manos con efusión. Y le dije:

-Me voy para no despertar sospechas en los que lleguen. Seguido de Sultán, salí de la cueva muy conmovido, porque sentía el peso de una nueva calamidad, pero terrible, porque Lulio en la Corte se había hecho odioso por su astucia, por su taimada sagacidad, por su desenfrenada ambición, la que le hacía mezclarse en conspiraciones atrevidísimas. Como era muy rico, tenía gran poder, era una sombra temible, era la cabeza de un partido formidable; pero yo que le conocía desde niño sabía que aún había algo bueno en aquel corazón endurecido. Yo me decía: "Si le prenden, su furor no tendrá límites, y se convertirá en tigre sanguinario; si llegan a matarle, sus parciales tomarán una venganza horrorosa; mientras que si yo logro convencerle, ¡ quién sabe si se arrepentirá de sus desaciertos, y aun será útil a la humanidad...!" Y abismado en estas reflexiones llegué a la Rectoría, llamé a Miguel y en breves palabras le enteré de cuanto ocurría, para que si yo no podía moverme, para no inspirar sospechas, que pudiera él atender al fugitivo. ¡Cuan cierto es que en la culpa está el castigo! ¡Un hombre de noble cuna, un príncipe de la Iglesia, un magnate dueño de cuantiosos bienes se veía reducido a vivir encarcelado por su mal proceder, ya bajo mi protección o en poder de sus perseguidores! ¡Desgraciado! ¡Cuánto pesa la cruz de nuestros vicios!

Estas reflexiones las hacía asomado a mi ventana. Las sombras de la noche se habían extendido por una parte de la tierra; todo descansaba en calma; sólo en el corazón de algunos hombres aneciaba la tempestad.

Pronto llegó a mis oídos el rumor del galope de muchos caballos, y en breve la plaza de la iglesia no pudo contener a toda la caballería que invadió la aldea. Subió el capitán de la fuerza a mi cuarto y me dijo que venía en seguimiento del obispo Lulio. Yo me encogí de hombros, diciendo que ignoraba su paradero, y súplicas y amenazas, y ofrecimientos, hasta el punto de ofrecerme el capelo en nombre del rey, todo fue inútil.

-Mirad -me dijo el capitán- que hace cinco años vine en seguimiento de un criminal que ocultasteis vos; pero ahora tengo orden de que si el obispo no aparece, vos, que sois el brujo de esta aldea, ocupéis su lugar. Yo estaré aquí ocho días, removeré piedra por piedra, y os lo repito, si el obispo no aparece, os llevaré en rehenes. Escoged.

Al oír estas palabras sentí frío; involuntariamente miré a mi ventana desde la cual veía los cipreses del cementerio, se me oprimió el corazón y hubiera llorado como un niño, porque separarme de aquella tumba era arrebatarme la vida; pero reflexioné y dije: "„Quién puede ser más útil en este mundo, Lulio o yo? Él, porque es más joven, es rico, es poderoso, puede hacer mucho bien; su arrepentimiento puede ser un manantial de prosperidad y un gran progreso para su espíritu. En la vida no debe ser uno exclusivista; el hombre no debe ser más que el instrumento del bien universal. Nada importa el Sufrimiento de un alma si redunda en el adelanto colectivo de la humanidad. Seamos uno para todos, y todos para uno".

El capitán me miraba y no pudo menos que decirme:

-Me dais lástima; yo siento sacaros de vuestra aldea, pero traigo órdenes terminantes.

-Que debéis cumplirlas, capitán. -Y durante ocho días buscaron a Lulio inútilmente; porque la entrada de la Cueva del Diablo sólo la sabían en la aldea Miguel, Sultán y yo; así es que no apareciendo el perseguido, yo fui en lugar suyo; y cuando todos los habitantes de la aldea estaban entregados al sueño, me despedí de Miguel y Sultán, de aquel animal admirable, cuya inteligencia maravillosa nunca podré olvidar; él, que no se separaba nunca de mí; él, que velaba siempre mientras yo dormía, comprendió que me prestaba un gran servicio quedándose con Miguel, y aullando dolorosamente, regando con sus lágrimas mis manos, no dio ni un paso para seguirme, se quedó inmóvil en medio de mi cuarto, mientras mi viejo Miguel lloraba como un niño. ¡Pobre anciano!

Cuando me vi lejos de mi aldea, sentí un frío tan intenso, sentí un dolor tan fuerte y tan agudo en el corazón, que creí morir. Pensé en ella, le pedí aliento, le pedí fe, esperanza y valor

para no sucumbir en la prueba; y como si fuese un ángel de mi guarda, instantáneamente me sentí más animado, y me pareció dr una voz lejana que me decía:

"Devuelve bien por mal; cumple con tu deber". Y lo cumplí. Llegué a la Corte, conferencié con el rey repetidas veces y en todas nuestras entrevistas parecía que se trocaban los papeles: él parecía el súbdito y yo el soberano. ¡Con tanta energía le hablaba y con tanto imperio le decía! "Si queréis ser grande, sed bueno; las coronas las rompen los pueblos; las virtudes son más fuertes que los siglos: el mal rey de hoy será el esclavo de mañana; el espíritu vive siempre, no lo olvidéis".

Dos meses permanecí prisionero como reo de Estado, pero muy atendido y muy visitado por el rey, alma enferma, espíritu turbado que vivía muy solo. Hice cuanto pude por regenerar aquella alma, y en parte lo conseguí.

Una mañana recibí la orden de abandonar mi encierro para reunirme con el rey, que iba de caza a los montes que sirven de muralla a mi aldea; mi corazón latió de gozo: me hicieron subir a una litera, y rodeado de numerosa escolta seguí a la comitiva que iba con el rey, el cual, al llegar a mi amado pueblecito, se vio rodeado de todos sus habitantes, que le aclamaron con verdadero entusiasmo: y yo desde el fondo de mi carruaje veía a aquellos seres queridos, aquellos niños, mis inseparables compañeros, que postrándose a los pies del monarca le decían: ",Nos traes a nuestro Padre?", y se oía un clamoreo indescriptible; los unos suplicaban, los otros vitoreaban. Yo, a corta distancia, sin ser visto, veía aquella escena verdaderamente conmovedora. El rey había echado pie a tierra, y los niños y las mujeres le rodeaban, cuando se abrió paso entre la apiñada multitud una joven aldeana, espíritu que está en misión en la tierra, tan hermosa como discreta; según me contó después el rey, se acercó al soberano, y le dijo:

-Señor! los reyes son la imagen de la Providencia cuando le proporcionan a sus pueblos los gérmenes del bien. El cura de esta aldea es nuestro padre, nuestro padre amantísimo, y un pueblo huérfano os pide un acto de clemencia; nuestro padre ya es anciano, dejadle venir entre nosotros para que podamos cerrarle los ojos cuando muera.

El rey me dijo que se conmovió de tal manera al oír la voz de la joven, que por recibir su mirada de gratitud se volvió y le dijo al montero mayor: "Traed al padre Germán". Al oír estas palabras, la joven exclamó: "Bendito seáis!", y antes que el montero llegó ella al pie de mi litera. Lo que yo sentí al verla no lo puedo expresar, porque mi salvadora no iba sola; iba con ella la niña pálida de los rizos negros: la vi como el día que me preguntó:

",Querer es malo?"

¡La vi con su corona de jazmines, con su blanco velo, con su triste sonrisa y con sus ojos irradiando amor!

Tan embebecido estaba en mi contemplación, que me dejé llevar como un niño, sin darme cuenta de lo que me pasaba, y sólo salí de mi estado extático cuando mi fiel Sultán, derribando todo lo que encontraba a su paso, llegó hasta mí.

¡Qué júbilo tan inmenso! ¡ Qué alegría tan imponderable! Mucho había sufrido, pero en aquellos momentos fui espléndidamente recompensado. Hay sensaciones indescriptibles, hay emociones inexplicables, hay segundos en la vida que cada uno vale cien siglos. ¡Tanto y tanto se vive en ellos...!

El rey permaneció en la aldea más de tres semanas; fue herido durante la cacería, y hasta estar convaleciente no pudo volver a su palacio; y al separarse de mí comprendí que aquella alma había comenzado a sentir, y amaba por la primera vez en su vida. Entonces bendije mi sufrimiento. ¡Benditas, sí, benditas mis horas de agonía si en ellas pude despertar el sentimiento en un grande de la tierra!

Cuando me vi solo, cuando me vi libre de los cortesanos, separado de sus tenebrosas intrigas, entonces respiré mejor, y llamando a Miguel le pregunté cuándo se había marchado Lulio, y supe con asombro que aún permanecía en la cueva, porque no había querido irse sin tomar mis consejos. Miguel, de noche, le había llevado el alimento, y otras veces Sultán había cogido entre sus dientes el cesto y había ido en su lugar. Esperé la noche para que nadie me

Librodot

observara, y entonces fui con Sultán a ver a Lulio, que al verme se arrojó en mis brazos y permanecimos abrazados largo rato en tanto que Sultán nos acariciaba a los dos.

Salgamos de aquí le dije, y enlazando mi brazo a su cintura caminamos hasta salir de la cueva y nos sentamos en las ruinas de la ermita.

-Cuánto os debo, padre Germán! -me dijo Lulio con acento conmovido-; ¡cuánto he aprendido en estos tres meses que he permanecido oculto a las miradas de los hombres! Casi todas las noches he venido a este sitio a esperar a Miguel. Sultán ya me quiere, durante el día pasaba largos ratos a mi lado, y lo mismo que una persona me miraba y se le caían las lágrimas, diciéndome con ellas: "Tú tienes la culpa". Durante mi enfermedad, que he estado enfermo más de un mes, no le faltaba más que hablar; depuso su enojo y ha sido mi fiel guardián. Por Miguel he sabio cuánto habéis sufrido, y aunque él me decía "Idos!" y me ofrecía un hábito para disfrazarme, yo no he querido luchar hasta veros, porque quiero seguir estrictamente vuestro consejo.

-Lulio, seguid antes que todo los impulsos de vuestro corazón.

-Pues bien; el impulso de mi corazón es seguir por la senda que me tracéis.

-Entonces escuchadme. Con vuestra conducta pasada sólo habéis conseguido que pregonen vuestra cabeza y le pongan distintos precios; a mí me ofrecieron el capelo si os entregaba, y si a tal precio hubiera alcanzado a ponerme el sombrero rojo, hubiera abrasado mi cabeza todo el hierro candente que encierra el universo. Preferí morir si hubiese sido necesario porque mi muerte hubiera sido llorada por los pobres de mi aldea; pero la vuestra hubiera sido vengada de una manera cruel; y siempre en el mundo para obrar debemos reflexionar y hacer aquello que sea más ventajoso a la humanidad. Si os vais y os ponéis al frente de, los vuestros, sólo conseguiréis ser objeto de una persecución sin tregua, y moriréis maldiciendo o maldecido; si, por el contrario, dejáis el país, os vais a otra nación y ejercéis el sagrado ministerio en un apartado pueblecito; si os creáis una familia entre los ancianos y los niños, si conseguís que deseen vuestra presencia cuantos os rodean, al cabo de algún tiempo viviréis dichoso, que también se encuentra la dicha cuando sabemos buscarla.

-¿Vos sois feliz aquí?

-Como sacerdote, sí.

¿Y como hombre?

-No; porque el sacerdote católico, apostólico y romano, si ha de cumplir con su deber, ha de vivir sacrificado, ha de truncar las leyes de la naturaleza, ha de romper esos lazos divinos que unen al hombre con una esposa querida, con unos hijos amados. Yo no he querido el amancebamiento de una banagana, yo no he querido dejar hijos espurios, y me he sacrificado en aras de una religión que mortifica y esclaviza al hombre sin engrandecer su espíritu. He envidiado a los reformadores, pero no he tenido valor para seguir su reforma, y he vivido para los demás pero no he vivido para mí; así es que como hombre no he disfrutado de las afecciones de la vida; pero como pudre de almas he enjugado muchas lágrimas, y tengo la íntima satisfacción de haber evitado algunas catástrofes. Dos caminos tenéis ante vos: la iglesia reformista y nuestra iglesia. En ambas podéis profesar si sabéis amar y sufrir.

-Estoy cansado de luchas, padre Germán; trataré de vivir como vivís vos; mi espíritu necesita de reposo y de olvido. En estos tres meses he aprendido mucho; he tenido, no sé si alucinaciones o revelaciones, pero yo he oído distintas voces de almas enantes que me decían: ¡Despierta! ¡aprende! ¡tu víctima te sirve de maestro! Tú le has hecho cuanto daño has podido, y él te salva exponiendo su cabeza". Y estos avisos, padre Germán, me han hecho pensar y meditar con madurez.

-Ya os lo he dicho, Lulio; al sacrificarme por vos, no pensé más que evitar derramamiento de sangre y ensañamiento de partidos; yo no trato más que de esparcir la semilla del bien, porque el bien es la semilla de Dios.

-Yo la esparciré también, yo trataré de borrar con mis buenas obras las iniquidades de mi pasado.

Librodot

Algunos días después se fue Lulio disfrazado de fraile, y un año después me envió un emisario con una carta que decía así:

"Cuánto tengo que agradeceros! ¡Cuan feliz soy en este rincón de la tierra! ¡Ya los niños me buscan como os buscan a vos, ya los ancianos me piden consejos, ya los pobres me bendicen! Porque los bienes que pude salvar de la confiscación los he empleado en mejorar la triste suerte de estos infelices; que no se alimentaban más que de pan negro; y hoy, gracias a mi solicitud, disfrutan de una alimentación abundante y saludable. Pienso tanto en los demás que no me acuerdo de mí. ¡Cuánto os debo, padre Germán! ¡Bendito seáis! ¡Bendito sea el hombre que me hizo comprender que el bien es la semilla de Dios!"

Esta carta me llenó de satisfacción, de esa satisfacción profunda que experimenta el alma cuando ve florecer el árbol de la virtud; y más gocé cuando recibí una larga epístola de mi soberano, en la cual me pedía consejo para algunos asuntos de Estado, y terminaba diciendo:

"Pronto iré a hacerte una visita, pero de incógnito; tengo que hablar contigo; tengo que confesarte lo que hoy siente mi corazón. Tú me hablaste del amor del alma, y hoy mi alma se agita entre recuerdos y esperanzas, entre reminiscencias y presentimientos de un inmenso amor; y o mucho me engaño o ya soy maestro en amar".

Estas dos cartas me hicieron reflexionar mucho. Me fui a la tumba de ella y allí las volví a leer y allí bendije a la Providencia por haber tenido abnegación bastante para olvidar grandes agravios y entregarme al sacrificio; pues cuando dejé mi aldea pensé no volverla a ver, creía que mi cabeza caería en lugar de la de Lulio, y con mi resolución di luz a dos almas, dos espíritus rebeldes fueron dominados por mi amor, por mi voluntad y mi fe.

Grande fue mi angustia, cruel mi incertidumbre; pero benditas, sí, benditas mis horas de agonía si con ellas rescaté a dos hombres de la esclavitud del pecado.

¡LA MUJER SIEMPRE ES MADRE!

¡Cómo pasan los años! ¡Me parece que fuera ayer! Yo dormía tranquilamente en un rincón de la Rectoría cuando me despertaron los ladridos de Sultán y las alegres carcajadas de un hombre de bien que jugaba con mi peno como un chiquillo: las almas buenas siempre son risueñas y expansivas. El más rico hacendado de mi aldea se abrazó a mí diciendo: "Padre, Padre, ¡qué contento estoy...! ¡ya tengo una hija...! ¡es hermosa...! ¡tiene unos ojos tan grandes... que parecen dos luceros! Vengo por usted para que la vea, que bautizarla no podrá ser hasta mañana, que llegará mi hermano, que es el padrino".

Salí con el buen Antonio; llegamos a su casa, y me presentó una niña hermosísima, con unos ojos admirables. Tomé en mis brazos a la recién nacida, y sentí en todo mi ser una sensación dulcísima, mejor dicho, inexplicable; miré fijamente a la niña y les dije: "Podéis estar contentos de vuestra suerte, porque o mucho me engaño o vuestra hija será un ángel en la tierra". María, indudablemente, ha sido y es un ser celestial. ¡Es tan buena!...

Al día siguiente mi vieja iglesia se vistió de gala, sus vetustos altares se cubrieron de flores, sus ennegrecidos muros de verde follaje; todos los niños invadieron el templo llevando en su diestra ramas de olivo; y la hija de Antonio entró en la casa del Señor bajo los auspicios más hermosos. Todo respiraba alegría, inocencia y amor; cuantos pobres llegaron aquel día al pueblo, todos fueron generosamente socorridos; y el bautismo de María fue uno de los sucesos más célebres de la sencilla historia de mi aldea.

Bien hicieron sus padres en celebrar su venida, porque María trajo una gran misión a este mundo, trajo la misión de querer incondicionalmente. María es de los pocos seres a quienes le he visto cumplir las leyes del Evangelio.

La mujer, dotada generalmente de gran inteligencia, la que demuestra en un gran sentimiento, se puede decir que siempre es madre, porque siempre ampara a los desvalidos e intercede por los culpables, y María es y ha sido siempre la caridad en acción.

¡Qué alma tan hermosa! Ella ha endulzado con su filial cariño las grandes amarguras de mi vida; ella ha cuidado con el mayor esmero las flores de mi tumba adorada; y ella no hace muchos días que me dio la noticia más grata que yo pueda recibir en este mundo, comprendiendo ella perfectamente el inmenso bien que me hacía.

Estando una tarde ella y yo en el cementerio, me dijo con triste y significativa sonrisa:

-Padre Germán: os vais "volviendo egoísta; vuestro cuerpo se inclina hacia adelante, miráis mucho a la tierra. ¿Es que os queréis ir de este mundo?

-Si he de serte franco, hija mía, aguardo esa hora con íntima alegría y a veces hasta con febril impaciencia.

¿Y no sabéis que cuando os vayáis, yo tendré mucho más trabajo, que en vez de una tumba que cuidar tendré dos. Pero yo lo arreglaré de modo que de un tiro mate dos pájaros, porque os enterraré aquí juntos -y me señaló la tumba de ella-, y de ese modo cuidaré todas las flores sin fatigarme.

Al oír esta promesa, al ver que cumpliría mi oculto deseo, deseo vehementísimo que yo no me hubiera atrevido a manifestar, sentí un placer tan profundo y una admiración tan intensa por María, que con tanta delicadeza me hacía saber dónde me enterraría para que descansara en paz, que no pude menos que extender mi diestra sobre su cabeza diciendo, con acento conmovido:

-La mujer siempre es madre, y tú eres madre para mí. Tú has comprendido toda mi historia; tú me das la certidumbre de la única felicidad posible para mí, que es dormir mi último sueño junto a los restos de un ser amado. ¡Cuan feliz soy, María! ¡Cuánto te debo!

-Mucho más os debo yo.

-No, María; nunca, nunca te he hablado de lo que vales porque conozco tu carácter, y como nunca en la tierra estamos en el justo medio, tanta modestia raya en exageración, casi en una especie de fanatismo; pero hoy, hoy que estoy preparado para emprender un largo viaje, hoy que me despido de ti, sabe Dios hasta cuándo, justo es, María, que hablemos largamente, que quizás en los días que me quedan de estar entre vosotros no tengamos tan buena ocasión como ahora.

-Pero qué, ¿os sentís enfermo? -me preguntó ella con visible angustia.

-Enfermo precisamente, no; pero muy débil, sí, y conozco que al paso que voy no tardaré mucho en postrarme, y al caer yo enfermo, rara vez estaremos solos, o mejor dicho, nunca. Ya que los que se van se confiesan, yo me confesaré contigo; y tú me dirás tus cuitas, quizá por última vez. Vámonos a la fuente de la Salud y allí nos sentaremos, que la tarde convida. -Y juntos salimos del cementerio.

¡Qué hermosa estaba la tarde! María y yo nos sentamos y permanecimos en silencio mirando las cumbres de las lejanas montunas coronadas de abetos seculares. Después miré a mi compañera y le dije:

-Hija mía, estoy satisfecho de tu proceder; de niña fuiste humilde, sencilla y cariñosa; de joven fuiste amable, pudorosa y discreta; y hoy que vas a entrar en la edad madura, eres digna, reflexiva y entusiasta del progreso.

"En la profunda soledad de mi vida, tú has sido verdaderamente mi ángel tutelar:

cuando lloraba, cuando había momentos que mi espíritu desfallecía, y mi templo me parecía una tumba, te veía entrar en él, y entonces pedía a Dios que perdonase a mi rebelde espíritu; y en tu luminosa mirada leía una frase que decía ¡espera!

"Dos amores he sentido en mi vida; a ti te he querido como yo hubiera querido a mí madre y a mi hija; y a ella, a la niña de los rizos negros, la he amado como se ama en la ilusión primera, le he rendido culto a mi memoria y me halaga la idea de morir, sólo por encontrarla; aunque al mismo tiempo siento dejarte y apartarme de los pobrecitos de mi aldea, si bien confío que les quedas tú. Pero tu género de vida no me satisface, hija mía, pues vives

Librodot

muy sola; tus padres, por ley natural, dejarán la tierra antes que tú; y yo quisiera dejarte enlazada a un hombre, que más de uno conozco yo que te quiere y respeta, y ese mismo respeto les ha impedido dirigirse a ti; y ya que de mí recibiste el agua del bautismo, quisiera dejarte unida con un hombre de bien; quisiera, en nombre de Dios, bendecir tu matrimonio.

María me miró fijamente, se sonrió con tristeza y me dijo con dulcísimo acento:

¡Padre Germán, vos me habéis dicho muchas veces que la mujer siempre es madre cuando sabe sentir y perdonar, cuando sabe rogar por el culpable, cuando mece la cuna de los niños huérfanos. Yo amo mucho a la humanidad, muchísimo; me interesan todos los dolores, me conmueven todos los infortunios, me atraen todos los gemidos, y encontrándome tan dispuesta al amor universal, creo que sería egoísta de mi parte si me consagrara únicamente a hacer la felicidad de un hombre.

-Pero, ¿tú vives feliz? No sé. Créeme, María, yo también amo a la humanidad; bien sabes tú que más de una vez he jugado mi cabeza por salvar la vida de un desgraciado; pero después de amar a todos los hombres en general, el alma necesita (al menos en este planeta) un algo singular; sin un amor íntimo no se puede vivir; y tú ese amor no lo tienes, María.

-Sí lo tengo, Padre, sí lo tengo.

¡Ah! ¿También has tenido secretos para mí?

-Lo mismo que vos. Nunca me habéis dicho hasta ahora que amabais a la niña de los rizos negros. Yo ya lo sabía y os compadecía con toda mi alma, y para no aumentar vuestras penas no he querido contaros las mías; pero, confesión por confesión, os diré que yo he soñado como sueñan todas las mujeres, y encontré la realidad de mi sueño; pero me es tan imposible el unirme al amado de mi alma, como os fue a vos el uniros con la niña pálida, la de la corona de los blancos jazmines.

¿Tiene otros lazos?

-Sí, tiene otros lazos que aprisionan el cuerpo, pero que dejan libre el alma, así es que me ama aunque no me lo ha dicho, pero su pensamiento siempre está fijo en mí; y yo le amo con ese amor del espíritu, desprendido del egoísmo y exclusivamente terrenal; ese amor que acepta el sacrificio y se halla dispuesto a hacer progresar al ser amado: y sabré cumplir con mi deber como vos habéis cumplido el vuestro; de vos he aprendido. Por eso cuando me decíais en el cementerio que me debíais mucho, os dije que más os debía yo, porque os he debido la tranquilidad de mi conciencia, y os deberé el progreso de un espíritu muy enfermo. Creedme, el cura de una aldea es el padre espiritual de una gran familia, y en su buen ejemplo aprenden sus hijos; por mi parte he aprendido de vos.

-No, María, no; tú trajiste ya bonísimos instintos. Recuerdo, cuando no tenías más que cinco años, y estando una noche en la Rectoría, llamaron atribuladamente, y entró un pobre hombre con un niño cubierto de harapos. Tú, al verle, le acariciaste, te lo llevaste contigo, y cuando nadie se fijaba en ti, le desnudaste y le pusiste tu vestido al niño y tú te envolviste con sus harapos. Un año después vinieron unos pobres titiriteros, y a los niños que traían les diste toda tu ropa.

-Concedo que yo trajera buen instinto, pero mi sentimiento se despertó observando vuestras acciones; y como yo os veía dar vuestra ropa, decía: cuando él lo hace, todos le debemos imitar. El niño, por lo general, no tiene gran iniciativa, ejecuta lo que ve hacer a otro; por esto es tan necesario tratar de ser bueno, no sólo por nosotros, sino muy principalmente por los demás; el hombre es un espejo en el cual se miran los niños.

-Pues por lo mismo que tan bien comprendes la misión del hombre en la tierra, yo quisiera que tú formaras familia, porque tus hijos serían un modelo de virtud.

-Desistid de vuestro empeño, padre Germán; no puede ser; además que en los planes que yo tengo, si logro realizarlos, no tendré hijos de mi cuerpo, pero tendré hijos de mi alma; porque fundaré hospitales para ancianos, casas de salud para los niños, colegios de corrección para las pobres jóvenes abandonadas en el fango del vicio, asilos para los ciegos; y cuando deje la tierra iré a buscaros para preguntaros si estáis contento de mí.

Librodot

-Hija mía, tu misión es muy grande, y, verdaderamente, los que vienen como tú, no vienen para ser íntimamente felices, porque la felicidad terrena tiene mucho de egoísta.

-Yo no sé a qué he venido, padre Germán; pero sí os diré que siempre he soñado en hacer bien; que os he querido porque siempre os he visto dispuesto a sacrificaros por los demás; y me he propuesto secundar vuestra gran obra. Alguna vez, como si soñara, veía unos ojos grandes fijos en mí. Un día, este pueblo lloraba vuestra ausencia, llegó un hombre y corrí a su encuentro, para pedirle vuestra libertad. Le miré y me miró, y vi que los ojos de aquel hombre eran los que yo veía en mi sueño, y desde aquel instante me di palabra de ser madre sin hijos del cuerpo, y que todos los niños huérfanos que yo conociera serían los hijos de mi alma.

"Vos me lo habéis dicho muchas veces: que el hombre no tiene más goces que aquellos que ha conquistado en existencias anteriores. Vos y yo, sin duda, ayer miramos con criminal indiferencia al santuario del hogar doméstico; y por esto, hoy, vos habéis consumido vuestra vida, y yo consumiré la mía soñando con esa existencia divina, con esa mirada embriagadora de unos ojos amantes que prometen una eterna felicidad."

-Tienes razón, María; nos queda el mañana. -Y sintiéndome fatigado, volví a la Rectoría, dándome mucho en qué pensar la confesión de María, pues si bien yo había comprendido que el rey la amaba, ignoraba que él fuera la realidad de sus sueños, y veo en este amor mutuo un algo providencial; este amor no es de hoy. El alma de María es grande, muy grande, y la del rey pequeña, muy pequeña; y no pueden fundirse estos dos espíritus en uno puramente por la atracción actual. ¿Cómo, si son dos fuerzas que se repelen en la actualidad? El amor de ella no puede ser al hombre imposible; será más bien su compasión al espíritu. Es que en este mundo, como no se ve más que la parte infinitesimal de las cosas, a todo se le da el nombre de amor; y cuántas veces las pasiones de aquí no son más que expiaciones dolorosas, saldos de cuentas y obsesiones terribles en las cuales el espíritu casi siempre es vencido en la prueba, siendo la mujer la que más sufre, porque es un ser sensible, apasionado, compadece pronto y olvida muy tarde. Por eso no dudo en afirmar que la mujer siempre es madre, porque la mujer siempre quiere. De pequeñita es madre de sus muñecas; de jovencita es madre de las flores y de las aves que cuida amorosamente; y cuando ama es madre del hombre, porque, por ingrato que éste sea, ella siempre le disculpa, y cuando reconoce su falta le compadece y le perdona. ¡Conozco tanto a la mujer!... ¡En el confesionario se saben tantas y tantas historias! ... Y, a pesar mío, he sido el confidente de tan íntimos dolo res, y he visto mujeres tan buenas, que no es extraño que a veces el sacerdote sea débil.

¡Qué contrasentido! ¡Qué anomalía! ¡Qué sinrazón! Se nos dice: ¡huye de la mujer! y al mismo tiempo apodérate de su alma; dirige sus pasos, despierta sus sentimientos; lee en su corazón como en un libro abierto, y abstente de quererla, porque es pecado. Y como lo imposible no puede formar ley, por esto ha existido y existirá el abuso; y mientras las mujeres se confiesen con los hombres, mientras exista esa intimidad, será dificilísimo el progreso de las unas y el adelanto de los otros.

No pidamos a los hombres que dejen de sentir desarrollando el sentimiento, que nada son los hábitos ni los votos ante la dulce confidencia de una mujer.

- ¡Leyes absurdas! ¡Vosotras habéis creado el escándalo porque habéis querido truncar las leyes inamovibles de la naturaleza!

¡Cuánto se ha escandalizado con la teoría de las tentaciones! ¡Y cuántas existencias se han agotado en aras de un sacrificio estéril...!

¡Desunir al hombre y a la mujer, cuando son dos seres que deben amarse y regenerarse con su amor!

¡Oh!, ¡la mujer... la mujer siempre es madre; porque la mujer... la mujer siempre es buena!

EL MEJOR TEMPLO

¡Señor, Señor, cuánto se abusa de tu santo nombre! ¡El nombre de Dios es una mina que todos los sacerdotes del mundo han explotado a su placer!

Desde la noche de los tiempos más remotos sirve el nombre de Dios para atemorizar a los crédulos, para atraer a los incautos al yugo sacerdotal, para dominar, a los ignorantes y casi nunca para demostrar la verdad.

¿Qué es la historia religiosa? Una colección de fábulas. ¿Qué son las religiones? Al principio todo son lagos de aguas cristalinas, que después se convierten en charco cenagoso, porque entra la explotación de las miserias humanas y la idea más grande queda reducida a una leyenda milagrosa, a una historia de aparecidos, y una imagen que pide un templo casi siempre cerca de un manantial. Esto es el resumen de todas las religiones, y esta suma total representa un guarismo sin valor alguno, todos son ceros sin una unidad que forme cantidad, ¡nada de nada!

¡Oh, Señor! si yo no te adorara en tu inmensa obra, si yo al contemplar el espacio no sintiera latir mi corazón, y en mi mente no germinaran los presentimientos de la inmortalidad de mi espíritu; si yo al admirar la espléndida naturaleza no te sirviera irradiando en la Creación como irradian los soles en los espacios infinitos; si yo no sintiera tu hálito divino en el torrente que se derrumba, y en el suave perfume de la florecilla silvestre; si yo no comprendiera que si existo es porque tú me has creado, yo perdería la fe que me alienta cuando recibo instrucciones de mis superiores.

La última carta que recibí heló la sangre en mis venas. Entre otras cosas, se me decía lo siguiente:

“Estamos muy disgustados de vos, porque la iglesia militante nada os debe, sois un soldado inútil para el sostenimiento de la gran causa. Lo único que habéis hecho es hacer entrar en el redil a algunas ovejas descarriadas, pero también es lo cierto que esa aldea nada os debe. Cuando entrasteis en ella su vieja iglesia se caía, y vos habéis ayudado a su total derrumbamiento; por lo cual sois un mal sacerdote, porque lo primero que debe procurar un vicario de Cristo es hermosear la casa de Dios; si la iglesia es de ladrillos, procurar que se haga de piedra, y si es posible, que se empleen en su construcción mármoles de los más finos, columnas de jaspe y estatuas de alabastro embellezcan sus capillas, y a estas casas de oración se les procura una renta, que en nada mejor pueden emplear los fieles sus ahorros que en el culto y servicio de Dios. Y, os lo repetimos, estamos muy descontentos de vos, porque no escucháis ni las voces de los hombres ni los avisos del Altísimo.

“Un manantial milagroso tenéis cerca de la iglesia, y esas aguas salutíferas son un llamamiento que Dios os hace para que reedifiquéis su casa, que la indiferencia cb los hombres (incluso la vuestra) deja caer, y convierte en ruinas el lugar sacrosanto de la oración, el asilo sagrado de los pecadores, el refugio bendito de los atribulados, el único puerto de los afligidos.

“Vuestra iglesia se cae, sus viejas paredes amenazan ruina, y vos la dejáis porque no amáis a Dios; pero en consideración a que pecáis quizá sin conocerlo, si queréis volver a nuestra gracia, haced un llamamiento a vuestros feligreses, decidles (y no mentiréis) que los inspiradores de Dios os ordenan reedificar la casa del Altísimo, y decidles también (que es conveniente) que vos habéis tenido una revelación, y que en ella os han hecho una promesa:

que el manantial de la Salud dará alivio a todos los enfermos de esa aldea y a cuantos acudan en peregrinación al santuario que reedificaréis, porque Dios a sus hijos da ciento por uno cuando de él se acuerdan...

“De ese modo serviréis a Dios y al mundo, porque daréis vida a esta aldea, que en lugar de peregrinación se convierta en sitio de recreo, y a k sombra protectora de la religión los desiertos se transforman en vergeles, en oasis los eriales, porque la gracia de Dios ablanda las piedras, y la peña dura se trueca en tierra esponjosa.

“Hacedlo tal como os lo mandamos, pues de lo contrario nos veremos obligados a declararos mal siervo de Dios, nombre que en realidad merecéis, porque nada hacéis en provecho de la Santa Causa”.

Que nada hago en provecho de tu Santa Causa, Señor, me dicen mis superiores, ¿pero acaso tú necesitas el auxilio de los hombres, o los hombres no pueden vivir sin el tuyo?

¿Al Autor de todo lo creado le hace falta que el hombre le glorifique, o le glorifique su misma obra?

Toda carta exige contestación, y yo contesté a mis superiores lo que transcribo a continuación:

“Señores: Me acusáis de ser mal siervo de Dios, y sentáis un principio falso, pues sólo los tiranos tienen siervo, y como Dios ama a todos sus hijos sin excepción alguna, no puede tener siervos el que nunca ha sido tirano. ¡Dios no quiere a los hombres de rodillas en inacción beatífica, los quiere de pie, mirando al infinito!

“Decís que dejo que la vieja iglesia de mi aldea comience a sentir la enfermedad de la decrepitud y sus negros muros tiemblen con el frió de centenares de inviernos.

“Me decís que no cuido la casa del Señor...! ¿Y acaso el Señor necesita de estas oscuras cabañas cuando él tiene por casa el Universo?

“,Qué mejor templo queréis que la Creación?

“Por lámparas tiene soles.

“Por altares tiene mundos.

‘Las aves entonan el himno de alabanza.

“Las flores son los hermosos incensarios que le ofrecen su arrobador perfume.

“El verde musgo la más bella alfombra.

“Las orillas de los mares los mejores lugares de oración.

“El océano el mejor monasterio, porque los navegantes son los monjes que más se acercan a Dios.

“,De qué le sirven las casas de ladrillo al que tiene su casa en los innumerables mundos que ruedan eternamente en los espacios infinitos?

“Templos de la tierra, deleznables como todo lo terreno! No daré un paso para reedificaros, porque bajo vuestras bóvedas el hombre siente frío.

“Cristo escogió las cumbres de los montes y los frágiles barquichuelos para sus predicaciones, y con esto nos quiso probar que la cátedra del espíritu santo no necesitaba levantarse en ningún lugar privilegiado; que para anunciarles a los hombres el reinado de la verdad en la época de la justicia, bastaba con que hubiera apóstoles del Evangelio: no hacen falta casas de piedra ni lugares de oración, lo que hacen falta son hombres de fe, que tengan fuego en el corazón y destellos de amor en su mente; pero estos espíritus son útiles a sí mismos, pero no a Dios.

“Dios nada necesita de los hombres.

“,Cuándo la luz ha reclamado el apoyo de la sombra?

“,Cuándo el Océano ha pedido a las nubes una gota de rocío?

“,Cuándo los mundos han necesitado el sostén de un grano de arena?

“,,Cómo, pues, Dios, que es más grande que todo lo creado, ha de necesitar que el hombre de la tierra le dé su adoración forzada?

“Al que lo es todo, no le hace falta de nadie nada. No pidáis casas para Dios, que os parecéis al loco que quería guardar en un gran cesto los rayos vivificadores del sol.

“No esperéis que dé un paso para reedificar mi vieja iglesia; me ocupo en levantar otros templos más duraderos. ¿Sabéis cuáles don? Son los espíritus de mis feligreses, las almas de

estos sencillos aldeanos que han de volver a la tierra tantas veces cuantas lo necesite el progreso de su espíritu.

“Les enseño a amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ellos mismos; les preparo para la vida espiritual, les hablo de ese más allá, no el que suponen que dice la Iglesia, sino el que nos dicta la razón.

“Les inicio en los misterios de la inmortalidad, les hablo de la vida del espíritu, de esa hermosa realidad.

“Les enseño a rezar en los valles, en las colinas, m el fondo de los abismos; cuando se reúnen en tomo del hogar, cuando alimentan su cuerpo, cuando se entregan al reposo, cuando se despiertan para el trabajo, les hago pensar constantemente en Dios, y mi pequeña grey no reza con los labios, ora con el pensamiento siempre fijo en el bien; por esto mis feligreses no necesitan ir a la iglesia para rezar, porque tiene cada uno un templo dentro de su corazón.

“Creedme, señores; la misión del sacerdote es educar al hombre para el porvenir, no para el presente. Nosotros lo sabemos, somos los iniciados, porque nuestra vida contemplativa y estudiosa nos ha permitido escuchar las voces de los que se fueron, y sabemos que las almas viven, y que los templos de piedra no son los lugares predilectos del Señor.

“Dios no tiene preferencia, crea a la humanidad para el progreso, y la deja libre para progresar.

“Los tiempos llegan! Los Espíritus de la luz encarnarán en la tierra, y nosotros, los vicarios de Cristo, somos los encargados de preparar a los hombres para la Era nueva. Nosotros tenemos la luz, no la escondamos debajo del celemín, que mañana nos pedían cuenta del mal uso que hemos hecho de nuestros conocimientos.

“Queréis que haga pasar por milagroso el humilde manantial que surte mi aldea; me proponéis una torpe impostura, y yo no sirvo a tan noble causa con medios tan ruines!

“Yo dejaré a mi aldea pobre, muy pobre; pero sus moradores me bendecirán cuando dejen este lugar de tinieblas, y se encuentren serenos y tranquilos ante la eternidad.

“Yo, si puedo, antes de irme de este valle de lágrimas, levantaré una casa, no para Dios, porque éste no la necesita; la quiero para los pobres, para los mendigos atribulados, para los niños huérfanos, para los ancianos enfermos, para todos aquellos que tengan frío en el alma y decaimiento en el cuerpo.

“Creedme, señores; no vais por buen camino: el verdadero sacerdote debe instruir al pueblo, debe iniciarle en los misterios de la vida, debe presentarle la eternidad tal como es. Yo estoy decidido a cumplir mi misión, y ni el ruego ni la amenaza me harán desistir de mi noble empeño.

“Haced lo que queráis, destruid mi cuerpo, que es todo lo que podéis hacer; pero quedará mi espíritu, y no me faltará con quién comunicarme en la tierra para seguir diciendo lo que os digo hoy: que el mejor templo de Dios es la Creación.”

Esto les he dicho. ¿Qué harán de mí? No lo sé. Si me quitan la vida casi me harán un bien. Así la veré más pronto a ella... ¡a la niña pálida, la de los rizos negros!

¡Perdóname, Señor; soy egoísta; me olvido de los pobres de mi aldea...! ¡Qué ingrato es el hombre! No quiere vivir más que para sí, cuando debe vivir para los demás.

¡UNA VÍCTIMA MENOS!

¡Gracias, Señor; gracias mil por haberme permitido salvar a una niña de una vida de suplicio...! ¡Inocente criatura! ¿Qué culpa tiene ella de los devaneos y de los desaciertos de su madre? No caen las faltas de los padres sobre la cuarta y quinta gene ración, no; Dios es más justo. Dios es más grande.

¡Manuscrito querido, amigo inseparable de toda mi vida, única herencia que dejaré al mundo! Si el contenido de tus hojas amarillentas sirve de alguna enseñanza, yo me daré por satisfecho de haber depositado en él todas las impresiones de mi alma.

¡Viejo libro, compañero mío! Tú eres mi confesor, a ti te cuento todo lo que hago, todo lo que pienso; tú eres el espejo de mi existencia, así es que debo confiarte la nueva historia a la cual le he dado desenlace.

Hoy hace ocho meses que estando yo en el cementerio vino el viejo Miguel a decirme que una señora y una joven me esperaban en la iglesia. Me dirigí al templo, y salió a mi encuentro la dama que aguardaba; la miré, y reconocí en ella a una antigua pecadora que venía de vez en cuando a confesarme sus pecados, que siempre hacía propósito de enmienda, y siempre reincidía, que lo que en la niñez se aprende ni en la vejez se olvida.

La miré y me dijo:

-Padre, hoy sí que vengo decidida a enmendar mis faltas; tengo que hablar con vos largamente.

-Me han dicho que vos no venís sola.

-No, me acompaña Angelina, y mientras nosotros hablamos no quisiera que estuviera ella en la iglesia. Pudiera oír lo que no es conveniente que sepa.

-Si os parece, iremos todos al huerto; vuestra compañera puede quedarse paseando, y nosotros subiremos a mi cuarto, donde estaremos tranquilos, sin temor de que nadie nos escuche.

-Muy bien pensado -dijo la condesa (que mi interlocutora pertenece a la más antigua nobleza) - Venid, Angelina.

-Ésta, que estaba prosternada ante el altar mayor, se levantó apresuradamente y vino a reunirse con nosotros. Se parecía tanto, tanto a la condesa, que el más topo hubiera conocido el íntimo parentesco que las unía. No había más diferencia que Angelina era un ángel que aún conservaba sus alas, y su madre era una Magdalena sin arrepentir, hundida en el cenagal del vicio.

Salimos los tres de la iglesia y entramos en el huerto. Llamé a Miguel, le encargué que no se separara de Angelina, y subí con la condesa a mi aposento, la hice sentar, me senté frente a ella y le dije:

-Hablemos.

-Comenzaré por pediros perdón de haber tardado tanto tiempo en venir.

-Ya os he dicho otras veces que no hay ningún hombre en el mundo que tenga derecho ni a perdonar ni a condenar. Dios no tiene en la tierra ningún delegado visible; el último que hubo, hace algunos siglos que se fue.

-Ya veo, Padre, que seguís siendo tan original como de costumbre, negando a los sacerdotes las atribuciones que Dios les ha concedido.

-Los sacerdotes tienen las mismas atribuciones que los demás hombres: tienen obligación de cumplir con su deber, esto es todo. Pueden aconsejar, y esto haré con vos. Siempre que vengáis os aconsejaré y os diré mi opinión, y luego vos, en uso de vuestra libre voluntad, seguiréis el sendero que mejor os acomode, que no otra cosa venís haciendo desde que os conozco, y por cierto que ya hace muchísimos años.

-Es verdad, Padre, es verdad, ¡y ojalá hubiera seguido vuestro consejo la primera vez que vine a veros!

-Es cierto, si me hubieseis obedecido no hubiera venido al mundo Angelina, al menos, siendo vos su madre. ¡Pobre niña!

¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Quién os ha dicho...?

¿Quién me lo había de decir? Si bien yo ya lo sabía, ella misma, en su precioso semblante lleva su fe de bautismo.

¡ Ay! tenéis razón, y creed que es una fatalidad, porque eso me obliga a separarme de ella y hacerle tomar el velo, por más que ese estado lo rechaza en absoluto lo atrevido de sus

Librodot

ideas y hasta su salud; pero qué remedio, las faltas de los padres caen sobre los hijos, y ella, al fin, como hija del pecado, es hasta justo que se ofrezca como víctima propiciatoria.

-No, en tal caso vos debéis ofreceros, que sois la que habéis pecado, que en la justicia de Dios no pagan justos por pecadores; pero dejemos ahora este asunto y decidme qué pensáis hacer.

-Ya sabéis que en mi juventud, caí, porque amé y puedo decir que el padre de Angelina ha sido mi único amor.

-No profanéis el amor, señora; el amor es más grande que un deseo satisfecho. En vos nunca ha existido más que el deseo; el marqués, sí os amó.

-Con locura, es verdad.

¿Y sigue en la Corte, como siempre?

-Sí, en la Corte está.

¿Se casó?

-No; permanece soltero.

¿Os habláis alguna vez?

-Cuando no hay otro remedio, pero me odia.

-No es extraño, habéis sido tan infiel... ¿Y no ha tratado de ver a Angelina?

-Cree que ha muerto.

¿Cómo?

-Me era conveniente separarlo por completo de mí; y esa niña era un arma muy poderosa si hubiera estado en su poder, que eso era lo que él quería, pero yo corté todo hilo de relación y la hice pasar por muerta, encerrando a Angelina en un convento, y hace un año que salió de la clausura, porque según pude observar, allí se hubiera muerto de consunción. De ninguna manera quiere volver al convento, me parte el corazón el escucharla; pero no hay otro remedio, monja tiene que ser; y he dicho: lo mejor es que se la lleve al padre Germán, él la convencerá y logrará con dulzura lo que yo no quiero conseguir por la violencia, porque me ha dicho que se mataría si vuelvo a encerrarla, y como ya otras sombras me persiguen... no quiero que me persiga el alma de Angelina; así es, padre Germán, que aquí os traigo una carta de donación en toda regla de mi castillo y aldea de San Laurencio, extendida a favor vuestro, que justo es que yo pague tan señalado servicio. Haced que Angelina profese, que si vos os empeñáis ella profesará; sois mi última esperanza; mi marido y mi hermano vuelven de su viaje a la Tierra Santa; Angelina me estorba y es preciso quitarla de en medio.

¿ Y decís que ella no quiere la vida monástica?

-No, no la quiere; pero qué queréis, el honor de mi nombre reclama un nuevo sacrificio. Aquí os dejo (y la puso sobre la' mesa) la carta de donación.

-Bien; desde hoy queda Angelina conmigo.

¡Ay, si! yo me iré sin decirle nada.

-Es lo mejor, y no volváis por aquí hasta que yo os avise. La condesa se levantó diciéndome: " Sois ni " y salió precipitadamente de mi aposento. Se fue muy a tiempo, porque ya mi paciencia y mi disimulo se iban acabando. ¡Cuánto sufro cuando hablo con malvados! Y la condesa es una mujer sin corazón: en su historia hay grandes crímenes, y el último que quiere cometer es enterrar en vida a una pobre niña que desea vivir y amar; que en sus ojos irradia el sentimiento, y en su rostro se adivina un alma apasionada.

Cuando entré en el huerto y me vio que iba sin la condesa, con la rapidez del rayo comprendió cuánto había ocurrido, y cogiendo mis manos, me dijo con acento suplicante:

¡Padre, Padre, vos tenéis cara de bueno! ¿Es verdad que no me obligaréis a profesar? ¡Tened piedad de mí! ¡Soy tan joven aún para morir...! -y Angelina rompió a llorar con tan profundo desconsuelo que me inspiró una viva compasión.

Me apresuré a tranquilizarla cuanto pude, pero la infeliz me miraba con cierto recelo; entonces sentí correr por mis venas ese algo desconocido que se infiltra en mí ser cuando tengo que convencer o que anonadar a algún pecador; corrientes de fuego envolvieron mi cabeza; mi cuerpo encorvado se irguió con majestad, cogí una mano de Angelina y le dije:

Librodot

-Niña, escúchame, mírame bien. Hace sesenta años que estoy en la tierra y la mentira nunca ha manchado mis labios. Yo te prometo velar por ti, yo te ofrezco hacerte dichosa, todo lo dichosa que puede ser una mujer en el mundo. ¡Yo te daré familia! ¡yo te daré días de gloria! ¡Días de libertad! Confía y espera, pobre alma enferma, que harto tiempo has sufrido en el mundo.

¡Ah, si supieras, Padre mío, cuánto he padecido...! -exclamó Angelina con voz vibrante-, que me parece un sueño oír una voz amiga. ¡He vivido siempre tan sola! y no sé cómo no he perdido la razón. De noche soñaba que estaba fuera del convento y era tan feliz.., iba a caballo, muchos caballeros me seguían, pero yo siempre corría más que todos y luego... ¡ah! ¡qué horrible era mi despertar...! Cuando me levantaba y me veía prisionera en aquella sombría fortaleza, viendo pasar ante mí aquellas mujeres con sus hábitos negros, con sus rostros cadavéricos, sin que una sonrisa se dibuje en aquellos labios secos... me daba un miedo tan horrible, que salía huyendo como una loca, gritando:

¡Dios mío, Dios mío, ten piedad de mi...! Y Dios se apiadó de mi sufrimiento: la condesa me sacó de allí y me llevó al castillo de San Laurencio, y allí he sido casi feliz seis meses; pasaba el día en el campo, trepando por los montes; otras veces recorriendo con mi caballo las inmensas llanuras que rodean el castillo. Yo tenía sed de vida.., y allí la sacié en parte, pero me duró poco la felicidad. La condesa comenzó a decirme que la fatalidad pesaba sobre mi destino, que los hijos espurios deben huir de contagiar la sociedad, que yo era la vergüenza de una noble familia, y yo le contestaba con mi llanto, y así he vivido otros seis meses, hasta que ayer me dijo: “Te voy a hacer conocer a un santo para que aprendas a amar a Dios”. Vos, sin duda, seréis el santo.

-No, hija mía, disto mucho de la santidad, pero te lo repito:

Dios te ha traído a esta pobre morada para que en ella encuentres el reposo que tanto necesita tu alma. Por lo pronto conocerás a una mujer muy buena que no viste hábitos negros y que te amará como una tierna hermana. Dentro de pocos minutos la conocerás, que todas las tardes viene a regar el huerto.

Así fue; llegó María, y en breves palabras la puse al corriente de lo que había, y la noble joven abrazó a Angelina con tanto cariño y le habló con tanta ternura que la pobre niña decía:

“¡Dios mío! Si estoy soñando yo no quiero despertar de mi sueño”. Pero al fin se convenció de que no soñaba cuando María se la llevó a su casa, que era donde debía permanecer Angelina hasta que yo realizara mi plan. Sin pérdida de tiempo marché inmediatamente, acompañado de Rodolfo, a la ciudad vecina y pedí hablar en secreto con el padre de Angelina, hombre noble y desgraciado, que había tenido la debilidad de amar a la condesa con ese amor que sólo una vez se siente en la vida, pero su pasión nunca tuvo correspondencia porque la condesa era una mujer sin alma y sin corazón: ramera con pergaminos, que son las peores rameras.

El marqués me conocía, porque es íntimo amigo de Rodolfo, y él fue, se puede decir, el que más le aconsejó que se viniese a la aldea para comenzar una nueva vida.

Cuando me vio el marqués se sorprendió algún tanto, mucho más cuando le dije:

-Necesito dé vos durante algún tiempo.

¿De mí?

-Sí, de vos; pedid licencia al soberano si es que estáis en activo servicio.

-No necesito pedirla; 1ce más de un año que por enfermo viajo a mi placer, si vos me necesitáis seguiré viajando.

-Sí, seguiréis viajando, y si puede ser fuera del reino, mejor; os voy a confiar la custodia de una joven que tiene poderosos enemigos, quieren que profese, ella prefiere la muerte a encerrarse en un convento; así es que su vida corre peligro, y es preciso que os consagréis a guardarla y a preservarla de toda tentativa infame.

¿Qué misterio encierran vuestras palabras? ¿Qué joven es esa que confiáis a mi cuidado? ¿Tan de fiar soy para vos?

-Tan de fiar sois. Qué ¿no os encontráis capaz de respetar a una niña pura como un ángel, a quien su padre cree muerta y su madre aleja de su lado...?

El marqués me miró y no sé qué leyó en mis ojos que asió mi brazo, diciendo con frenesí:

¿ Será posible? ¿Dónde está? ¿Decís que vive...?

-Venid conmigo, está en mi aldea.

¡Pobre hija mía! -murmuró el marques-. ¡Cuántas veces la he recordado y me he arrepentido de no habérsela robado a esa mujer sin entrañas que ni Satán la quiso en el infierno!

Nos pusimos en camino y le enteré circunstanciadamente de todo; procuramos entrar de noche en la aldea, y en mi aposento se vieron por vez primera el marqués y su hija.

¡Cuánto gocé en aquellos momentos! En particular cuando la noble niña, fijando en su padre sus hermosos ojos, le decía con dulcísimo acento:

-Vos me defenderéis, ¿no es verdad?, me quieren enterrar en vida... ¡y yo tengo un afán de vivir...!

-Y vivirás, hija mía -decía el marqués con voz apasionada-; saldremos de Francia, ms iremos a España, que allí siempre hay sol, y hay flores, y te haré tan dichosa que olvidarás tus años de martirio en medio de tu inmensa felicidad.

El marqués no perdió tiempo; en pocos días hizo sus preparativos de viaje. Angelina se disfrazó con un taje de paje, y los dos se fueron, acompañados por dos escuderos, dirigiéndose a España.

Pintar el júbilo de Angelina es imposible. Cuando ella se vio vestida de hombre, cuando se convenció de que había roto sus cadenas, cuando miró la noble figura de su padre, en cuyo rostro se pintaba la más pura satisfacción, se volvió a mí y me dijo:

-Me habéis cumplido vuestra palabra, me habéis hecho dichosa, me habéis dado una felicidad que nunca había soñado. ¡Bendito seáis! Ni un solo día de mi vida dejaré de bendeciros, y si llego a crearme una familia, el primer nombre que pronunciarán mis hijos será el vuestro.

Horas de sol, momentos sagrados de felicidad disfrutamos María y yo acompañando hasta larga distancia a Angelina y su padre. Cuando estreché en mis brazos por última vez a la noble niña, cuando el marqués me dijo profundamente conmovido:

“Nunca os olvidaré”, entonces me pareció ver una sombra blanca coronada de jazmines que me miraba sonriendo con una sonrisa celestial.

María y yo, fijos los ojos en el camino, estuvimos mirando a los viajeros hasta que se perdieron en lontananza. Después nos miramos y exclamamos a la vez: “Gracias a Dios, una víctima menos!”

Algunos días después avisé a la condesa que viniera, y no se hizo esperar; en cuanto llegó, la conduje a mi cuarto y le dije:

-Tenemos que hablar.

¿Y Angelina profesará?

-No quiere ser monja.

¡Ah! es preciso que lo sea.

-Pues no lo será.

¿Cómo? ¿Qué decís? ¿Pues no quedamos convenidos que yo os hacía donación del castillo de San Laurencio, con la condición de que Angelina tomaría el velo?

¿Es que queréis pagar con un caserón más o menos grande la vida y el porvenir de una mujer?...

¡Ah! si os parece poco, pedid, que yo os daré.

¡Qué me habéis de dar, si nada quiero de vos! Aquí está el título de donación, ¿lo veis? -y le enseñé el pergamino-; pues bien, mirad para qué lo quiero -y lo rompí en mil pedazos.

¿Qué hacéis? ¿Os habéis vuelto loco? ¿Pues no quedasteis conforme conmigo?

Librodot

-Yo nunca quedo conforme para cometer un crimen; y hacer pro1sar a vuestra hija era mil veces peor que asesinarla, porque era matarla poco a poco, y yo me quedé con ella, y acepté, al parecer, vuestra infame donación, porque era necesario salvar una víctima; por eso os hice creer que me habíais comprado; mas tened en cuenta que nunca me he vendido ni me venderé, porque no hay bastante oro en las minas de la tierra para comprar la conciencia de un hombre honrado.

¿Y qué habéis hecho de Angelina?

-Lo que debía hacer: darle protección y amparo.

¿De qué modo?

-No os importa; ¿qué derecho tenéis sobre ella? Ninguno.

¿Cómo?

-Lo dicho; reclamadla en nombre de la ley, decid que os habéis olvidado de lo que una mujer nunca debe olvidar. ¿No queríais alejarla de vuestro lado? ¿No os estorbaba? Pues bien, ya se ha ido, pero libre, dichosa; vos queríais asesinarla lentamente, vos queríais que perdiera la razón, y yo le he dado la felicidad, porque le he devuelto un padre que tantos años la lloraba muerta.

¿Está con él? ¿Qué habéis hecho? ¡Me habéis perdido!

-No temáis; el marqués nunca os molestará, es demasiado feliz para pensar en vos. Ni él ni Angelina os recordarán, que la venganza de las víctimas es olvidar a sus verdugos; como vuestro recuerdo les causa honor, para no sufrir os olvidarán. Él ha llorado como un niño al ver a su hija tan joven y tan hermosa. ¡Mujer sin corazón! ¡No os daba lástima que tanta juventud, tanta vida, tanto amor quedara sepultado en el fondo de un claustro, por el solo capricho de vuestra voluntad! ¡Pobre niña! ¡Cuánto la habéis martirizado! ¡Pero ya está libre! ¡Gracias a Dios, una víctima menos!

La condesa me miraba, y mil pasiones encontradas la hacían sufrir y palidecer. El odio animaba sus ojos. Yo me levanté, la miré de hito en hito y la hice temblar, diciéndole:

-Eres un reptil miserable; tu baba ponzoñosa estás pensando en arrojarla sobre mí. Haz lo que quieras, ya que tu hija está salvada. Pero ¡ay de ti si la persigues! Entonces el confesor se convertirá en juez, te delataré al rey; bien sabes que sé toda tu historia, que por cierto es horrible.

¡Oh! ¡piedad! ¡piedad! -exclamó la condesa, aterrada.

¡Tranquilízate, pobre mujer! Sigue tu vida de agonía, que eres bien digna de compasión, que no hay en la tierra un ser que te pueda bendecir. Sigue levantando casas de oración, pero n entendido que las oraciones que tú pagas no sirven para el descanso de tu alma. Tu alma tiene que gemir mucho, porque los que a hierro matan, a hierro mueren.

La condesa me miró espantada y salió precipitadamente del aposento, mientras yo recogía tranquilamente del suelo los pedazos del roto pergamino, que acabé de triturar, y como un niño los tiré al aire por la ventana. Los pedacitos de papel revolotearon como mariposas, y al fin se perdieron en el polvo del camino. Entonces no pude menos de sonreírme con melancólica satisfacción, al considerar que mi espíritu, desprendido de las miserias terrenales, entregaba las riquezas mal adquiridas en poder del viento, a merced de la brisa que, juguetona, mecía las partículas del pergamino, y me horrorizaba al pensar si aquel documento hubiera caído en otras manos. ¡Pobre Angelina! ¡Tan joven, tan bella, tan ávida de vivir y de gozar, la hubieran sepultado en el fondo de un claustro, y allí la infeliz se hubiera vuelto loca negando la existencia de Dios! Y ahora ¡qué diferencia!... El marqués me escribe y me dice que es el más feliz de los hombres, que su hija es un ángel, y Angelina me dice el final: “Padre Germán, ¡cuán dichosa soy! ¡cuánto os debo! Mi padre me adora, me rodea un lujo deslumbrador; un joven español diré que me ama, y si fuera posible iríamos a recibir vuestra bendición. ¡Qué hermoso es vivir! Yo presentía la vida, yo soñaba con la felicidad. A veces sueño que estoy en el convento, las mujeres de los hábitos negros me sujetan, y yo comienzo a dar gritos llamando a mi padre y a vos, y mis doncellas me despiertan, y al

Librodot

despertarme lloro de alegría porque me encuentro en brazos de mi padre. ¡Cuánto os debo, padre Germán! ¡La gratitud de toda una vida no alcanza a pagar un beneficio tan inmenso!".

¡Ah! no, estoy ampliamente recompensado; la satisfacción que siente mi alma, la tranquilidad del espíritu que ha cumplido con su deber, es el justo precio que Dios concede al que practica su ley. Al considerar que por obra mía hay una víctima menos, ¡cuan dichoso soy, Señor! ¡Cuánto te debo, porque me has dado tiempo para progresar, para reconocer tu grandeza y rendirle culto con mi razón a tu verdad suprema!

Tú diste luz a mi mente conturbada por los desaciertos de pasadas vidas. ¡Bendito tú, lumbrera de los siglos, tú que haces al espíritu inmortal!

EL VERDADERO SACERDOCIO

Veinticinco años cumplo hoy, ¡qué joven soy!; es decir, mi cuerpo es joven, pero mi alma, mi yo, mi ser deben de contar centenares de siglos; porque yo veo muy lejos en el horizonte de la vida, y he vivido muy poco, porque el tiempo que llevo de residencia en este mundo me ha tenido prisionero. ¿Qué he visto yo? Un gran sepulcro, porque un convento es una sepultura. Hombres negros me han rodeado mudos como el terror, sombríos como el remordimiento, y estos hombres de nieve me han iniciado en una religión de hielo, y yo siento en mí todo el fuego del amor sagrado.

Me entregaron varios libros y me dijeron: "Lee, pero lee como leen los niños: no mires más que la letra. ¡Ay de ti si te penetras del espíritu!" Y yo leí, leí con afán, y comprendí que aquellos libros no eran mas que el abecé de la religión, y pedí, imploré, supliqué a mis superiores que me dejasen leer cuantos volúmenes ellos guardaban. Me miraron de hito en hito y me dijeron con sequedad:

-Mucho quieres avanzar, mucho quieres subir; ten cuidado de caer.

Leí, estudié, analicé, y al poco tiempo los monjes me dijeron:

-Hemos conocido que nos puedes ser útil en medio del mundo y has de dejar esta casa. Talento tienes, adquiere audacia y dentro de un breve plazo haremos que te sientes en la silla de San Pedro; advierte que la tiara pesa mucho, pero tú tienes cabeza para sostenerla. Ya lo sabes: no te perteneces, eres un instrumento de la Orden. ¡Ay de ti si te olvidas de quién eres!

Nada les contesté; lo que yo quería en aquellos momentos era salir de mi encierro, y salí acompañado de mi joven y fiel compañero, de mi Sultán, cuya inteligencia de asombra.

Valiosas cartas de recomendación me sirvieron de salvoconducto para entrar en los viejos archivos, donde hallé libros antiquísimos que mis ojos han devorado con vertiginosa rapidez, y durante un año no hice otra cosa que leer, leer de noche y de día, y meditar al pie de las montañas en la hora del crepúsculo vespertino.

¿Dónde está Dios? he preguntado a las estrellas, y ellas me contestaron: ¿Estás ciego? ¿no ves el reflejo de su mirada en nuestro fulgor? Donde la luz irradia allí está Dios.

¿Dónde está el Omnipotente? pregunté a las aves; y ellas piando amorosísimamente me dijeron: ¡Aquí, aquí está Dios!

¿Dónde hallaré al Ser Supremo? pregunté a las nubes; y una menuda lluvia me contestó: En nosotras, que con nuestro rocío fecundizamos la tierra.

¿Dónde podré sentir el hálito del Creador? pregunté a las flores; y éstas me dijeroii En nuestro perfume, pues nuestra fragancia es el aliento de Dios. ¡Qué hermosa es la naturaleza! ¿No es verdad que cuando la primavera sonríe el corazón se dilata y la imaginación sueña en amor? Yo también sueño, yo también amo, ¡soy tan joven...! Y después que pronunciaba estas palabras, enmudecía, inclinaba mis ojos y los fijaba en mis negros hábitos que, cual fatal

barrera, me separaban de los goces íntimos de la vida.

Hoy tengo que resolverme, mis votos ya están pronunciados, soy un sacerdote. ¿Y qué es el sacerdote? Es el hombre dedicado y consagrado para hacer, celebrar y ofrecer los sacrificios a Dios, el ungido, el ordenado, el sabio en los misterios, el hombre ejemplar que, cual espejo custodio, ha de atraer a su centro los rayos luminosos de todas las virtudes.

¿Qué me han enseñado las religiones? Dos grandes principios, dos verdades eternas: No hay más que un Dios, como no hay más que un culto: hacer el bien por el bien mismo. Aunque tarde, conozco que la religión a que me he afiliado mortifica el cuerpo sin elevar el alma, porque pide el absurdo, el imposible, el truncamiento de las leyes naturales; pide un sacrificio superior a las débiles fuerzas del hombre, pide aislamiento, completa soledad, o sea el anonadamiento del ser. ¡Qué honor!

El hombre digno, el hombre libre, debiera protestar. Yo protestaría, pero... me asusta la lucha, y comprendo perfectamente que yo no he venido a la tierra para defender exclusivamente mis derechos; más bien creo que he venido para reclamar los derechos de los otros. Me miro a mí mismo y no veo en mí un hombre como los demás, no encuentro en mí esas condiciones de vida; mi espíritu, como si estuviera desprendido del cuerpo, mira a éste con una especie de compasión, contempla con tristeza los placeres de la tierra, y dice, mirando a su organismo: Eso... no es para mí; yo no he venido a gozar, yo no he nacido para vivir; mi trabajo, mi deber es otro, que por algo indudablemente nací en el misterio, crecí en la sombra, y sin conciencia de mí mismo me consagré al servicio de Dios.

Nada sucede por casualidad, ya que mi espíritu, libre como el pensamiento, amante de la luz como las mariposas, amoroso como las tórtolas, vino a este globo sin familia. En el seno de la comunidad, que no tiene la menor idea de la libertad individual, yo debo demostrar que el hombre en todas las esferas de la vida puede y debe ser libre, tan libre que nada le domine, comenzando por sus pasiones. Hay malos sacerdotes porque son víctima de sus deseos carnales y de sus ambiciones, y el hombre debe ser superior a todos sus vicios, que para eso Dios le ha dotado de inteligencia. La religión a que pertenezco, sublime en su teoría y pequeña y absurda en su práctica, necesita dignos representantes, verdaderos sacerdotes, y éstos... desgraciadamente, escasean, porque no se les puede pedir a los hombres imposibles. No todos los espíritus vienen a la tierra dispuestos a progresar, la mayor parte vienen a vivir, o sea a pasar el tiempo; no tienen prisa en adelantar porque la indiferencia es el estado habitual del espíritu mientras no ha sufrido mucho. Pero cuando el hombre cae y se hiere y vuelve a caer y se hace más honda su herida, cuando todo su ser es una llaga cancerosa, entonces no se viene a la tierra por pasatiempo. Se viene a trabajar, a instruir, a luchar, no precisamente con los hombres, sino con uno mismo; y yo comprendo que vengo para luchar conmigo. Yo sé que el espíritu vive siempre, no en los cielos, ni en los infiernos de las religiones positivas; debe vivir en los innumerables mundos que yo contemplo en la noche silenciosa, cuyos destellos luminosos me dicen que en esas apartadas regiones el raud al de la vida tiene su fuente. ¡Qué grande es la Creación! Es una gota de agua, y en un planeta, hay seres que se agitan, que viven y se aman

Yo ahora quiero luchar con mis imperfecciones para vivir mañana. ¿Viví ayer? Sí, y debí vivir muy mal; por esto hoy escogí una madre sin amor, una familia sin sentimiento, una religión absurda que se lo niega al hombre todo, que no le deja más que dos caminos: o la apostasía o el sacrificio, o caer en todos los vicios, o vivir en el aislamiento; el sacerdote de mi religión viene a este mundo a buscar dos coronas: la una es de flores, la otra es de espinas; se ciñe la primera todo aquel que satisface sus deseos, todos aquellos que consideran las religiones como medios útiles para vivir, y emplean su talento y su audacia en imponerse a los demás revistiéndose de púrpura y armiño, y viven, pero sólo viven aquí. En la tierra quedan los honores, sus bienes, si afectos impuros, todo queda aquí, y para la eterna vida del espíritu no han conseguido el adquirir nada, no han hecho más que perder algunos años en la molicie y en la hipocresía; y yo soy más avaro que todo eso, yo quiero al salir de la tierra llevarme

Librodot

algo, yo me ceñirá la corona de espinas, y las gotas de sangre que broten de mis heridas serán el bautismo sagrado que regenera mi ser. Yo pedí ser sacerdote, y es justo que cumpla con mi sacerdocio; pero... miro mi porvenir y siento frío en el alma, mucho frío. ¡Qué solo voy a vivir, Dios eterno! ¡Yo no tengo madre, yo no tengo hermanos, yo no tengo esposa, yo no tendré hijos!... ¡hijos!... ¡cuánto hubiera amado a mis hijos! ¡Yo hubiera velado por su sueño! ¡yo hubiera jugado con ellos! ¡yo me hubiera mirado en sus ojos! ¡yo hubiera escalado el cielo si ellos me hubiesen pedido una estrella!

¡Una mujer! Vivir al lado de una mujer amada será vivir en un paraíso. Yo algunas veces sueño con una mujer que nunca he visto. ¡Qué hermosa es! Blanca como la nieve, tiene los ojos negros como mi porvenir, y está triste, muy triste. ¡Y es tan hermosa! ¡qué bien viviría yo al lado de ella! pero... es imposible. El sacerdote de la religión o que yo pertenezco tiene que vivir solo, es una rama seca en el vergel de la vida. El voto que el hombre hace debe cumplirlo, y yo cumplirá el mío, yo viviré para los demás; el verdadero sacerdocio es cumplir cada cual con su deber. ¡Señor, Señor! dame fuerzas para cumplir fielmente los grandes deberes que me impuse. ¡Dame el ardor de la caridad, el delirio de la compasión, la fiebre del amor universal!

Yo te prometo. Señor, que no amaré nada para mí mismo; no me reservare ni un átomo de felicidad, que no le exigiré a ningún ser que me ame, para no convertirlo en ingrato. Yo para vivir quiero dar la luz como la da el sol; yo quiero dar el perfume del sentimiento como las flores dan su aroma; yo quiero fecundar algunos corazones con el rocío de mis lágrimas. Te pido, Señor; pero tú le das al que te pide, tú respondes al que te llama, tú eres Dios, tú eres la fuente de la eterna vida y vida te pido yo.

¡Qué solo estoy! Mis superiores se han encolerizado contra mí, ¿y todo por qué?

Porque les escribí clara y sencillamente diciéndoles que estaba decidido a progresar, y para dar principio a mi regeneración cumpliría en todo y por todo con el verdadero sacerdocio; que yo amaría a los pequeñitos, que yo serviría de báculo a los ancianos, que yo consolaría a los afligidos y aconsejaría a los atribulados, que no quería nada para mí, ni haría ningún esfuerzo para el engrandecimiento de la Orden; que quería ser un sacerdote de Cristo, pobre y humilde, pues a las ricas vestiduras la polilla se las come, y las virtudes son como el áloe en cuyo tronco no anidan los insectos roedores.

Dicen que tiemble, que me prepare a sufrir todo el rigor de sus iras. ¡Insensatos! Yo no temblaré jamás, yo sabré sufrir porque sé esperar. ¿Qué es para mí una existencia cuando sé que es mía la eternidad?

Ya sé que se me preparan grandes luchas, y he dado comienzo a ellas, principiando por sufrir los honores de la miseria. Mis superiores me sitian por hambre, ¡qué mal me conocen! Me han enviado un emisario para tentarme, un hombre opulento. Uno de los grandes magnates de la tierra me pidió poco menos que de rodillas que fuera el preceptor de sus hijos y el confesor de su esposa, y me obligó a que aceptara su espléndida hospitalidad, diciéndome que tendría una familia. Yo me senté a su mesa quince días, pero a sus ricos manjares no les hallé sabor alguno. Una mujer joven, pálida y triste se sentaba junto a mí, y cariñosamente me preguntaba: Padre Germán, ¿qué queréis, qué dulce, qué fruta os agrada más?, y con ese prestigio que tiene la religión, cuatro niños sumisos me decían: Pedid, Padre, pedid; y un hombre sin doble vista, dócil instrumento de su confesor, me repetía: Lo dicho. Padre, a vos os encargo la dirección de mi familia; y yo le dije un día:

-Hacéis muy mal; el hombre que está en su cabal juicio no debe abdicar sus derechos en hombre alguno.

-Es que vos sois un sacerdote -me dijo él-; y a los ungidos del Señor pertenece la dirección espiritual de la familia.

¿Y para qué estáis vos en el mundo? -repliqué yo-, ¿Acaso no es bastante un padre para guiar a sus hijos y un marido para aconsejar a su mujer? ¿Qué confesor puede tener la mujer mejor que su esposo? ¿Quién comprenderá a los niños mejor que su padre? ¿Qué pensáis que

Librodot

es un sacerdote? Es un hombre como los demás, y creedme: no le asociéis a vuestra familia, que el sacerdote es una rama seca, que si la injertáis en un árbol sano absorberá su savia.

La mujer pálida me miró fijamente, después miró a su esposo y su frente se enrojeció. Y continué diciendo: -Seré maestro de vuestros hijos, pero sin vivir en esta casa; mi permanencia en vuestra morada como jefe de la familia no me conviene; no quiero la jefatura, porque no quiero afectos que no me pertenecen; como simple preceptor de vuestros hijos mi estancia aquí se parece mucho a la servidumbre: y yo no he venido al mundo para servir a los ricos, sino para servir a los pobres. Dejadme libre como las palomas del cielo, dejadme que corra por la tierra buscando a los infortunados, que para ellos pedí yo a Dios ser sacerdote.

-Sois un desgraciado -me dijo el magnate con acento furibundo.

-Soy un hombre que no quiere goces que le están vedados; aquí viviría exclusivamente para mí, y el verdadero sacerdote debe vivir para los demás.

Aquella misma noche abandoné el palacio, y al cruzar una de sus galerías la mujer pálida salió a mi encuentro llorando silenciosamente, y me dijo:

-Padre Germán, no os vayáis sin oír mi confesión.

-Confesaos con vuestro esposo, señora.

-Él no me entiende.

-Decidle entonces vuestras cuitas a vuestros hijos.

¡Pobres ángeles! ¡son tan pequeños!

-Pues contádselas a Dios, señora; y creedme, amad a Dios sobre todas las cosas, y rendidle culto cumpliendo fielmente vuestros deberes como madre y como esposa.

La pobre joven ahogó un gemido, y me dio lástima, porque es un alma muy enferma: la infeliz vive sola, su esposo ni la comprende ni la quiere, y he huido de ella porque sé que tiene sed de amor y de felicidad, y los que tienen hambre de cariño no es conveniente que estén en relación y en contacto con los que están sedientos y hambrientos de ternura.

Cuando me encontré en la calle, seguido de mi fiel Sultán, respiré libremente, me vi en mi centro, en el seno de la pobreza, mejor dicho, de la miseria, pues mi protector, en venganza de mi rebelión (como él decía), me dijo:

-Bueno, os iréis, pero sin llevaros dinero alguno: los rebeldes no son dignos del pan de cada día.

-Muchos son los seres que no tienen más patrimonio que la Providencia, y ésta, tenedlo entendido, no desampara a ninguno de sus hijos.

Salí gozoso de un lugar donde me tendían triples lazos; y tranquilo y sereno me dirigí al campo para hablar con Dios. La luna me acompañaba. Me recliné en un ribazo y me abismé en mis pensamientos.

Largo rato estuve meditando, y como mi conciencia me decía “has hecho bien”, un sueño benéfico cenó mis párpados, y cuando me desperté, la pálida luz del alba teñía el horizonte de color de rosa y antes de coordinar mis ideas, me pareció oír gemidos ahogados. Me levanté, y al notar que un grupo de amigos y aldeanos escuchaban atentamente los gritos que una mujer lanzaba en una choza, me precipité adentro y vi el cuadro desgarrador:

una mujer joven, harapienta, con el sello de la muerte en su rostro, estaba en un penoso alumbramiento. Una anciana estaba sentada a sus pies. Cogí una mano de la enferma entre las mías, y la mendiga, al yerme, quedó asombrada. Yo la miré con profunda pena, porque recordé a mi madre, que nunca había visto, y pensé: ¡quién sabe si yo también entré en el mundo bajo tan tristes auspicios...!

Un grito hirió mis oídos, un niño lloró lamentando sin duda haber nacido; la anciana lo envolvió entre sus harapos, la madre me miró con esa mirada profunda de los moribundos, en la cual se lee toda una historia; después de algunos momentos articuló trabajosamente esta palabra: “¡Padre!”

-Padre seré para tu hijo le dije-. Muere tranquila, pues el verdadero sacerdote es el padre de los desgraciados. ¿Cómo te llamas?

-Magdalena.

-Llevas el nombre de una pecadora; que tu arrepentimiento sea sincero como el de la mujer que adoró a Jesús.

Cogiendo al niño, lo puse contra mi pecho, y el semblante de la moribunda se iluminó con una sonrisa divina.

¿Crees en Dios? -le pregunté.

-Él os envía -me contestó. Y envolviéndome con una amorosísima mirada, alargó su diestra hacia su hijo, como si quisiera bendecidle, y expiró.

La última mirada de aquella mujer no la olvidaré jamás. Salí de la choza y las mujeres me rodearon, tomándome el niño, pues todas querían criarle. Yo me fijé en un hombre joven que nada decía, pero por cuyas tostadas mejillas resbalaban las lágrimas silenciosamente.

¿Tienes familia? -le pregunté.

-Sí, señor, tengo a mi esposa y a dos hijos.

¿Quieres por ahora tener un hijo más, que yo, pasada su lactancia, recogeré? ¡Bendito seáis, señor! Ésos eran mis deseos; mi mujer haciendo el bien es

dichosa. -Y dos horas más tarde dejé al recién nacido en los brazos de su nueva familia. Cuando vi que aquel inocente estaba amparado, que seres cariñosos se disputaban el acariciarle, sentí una emoción agradabilísima, me encontré tan feliz, a pesar de no poseer ni dos sueldos, que dije en mi mente:

¡Gracias, Señor! La vida del sacerdote no es triste mientras puede practicar la caridad.

¡Cómo pasa el tiempo! ¡Ya tengo treinta anos! ¡Cuántas peripecias en cinco inviernos! ¡De cuántas calamidades he sido víctima, y cuántos dolores he sufrido en la expiación!; pero mis penas se calman cuando contemplo a mi pequeño Andrés. ¡Pobre niño! Cuando le hablo de su madre, llora, y Sultán, cuando le ve llorar, le distrae con sus caricias.

¡Qué bien se entienden los niños y los perros!

Hoy me encuentro muy conmovido. El magnate que quería confiarme la educación de sus hijos murió, dejándome tutor y curador de sus hijos, encargándome principalmente de que velara por su joven esposa; y como el mejor modo de velar los hombres por las mujeres es no tratarlas, por eso nunca he hablado a solas con ella, mucho más sabiendo que a ella debía el haber vuelto a mi patria; ella habló al rey, puso en juego grandes relaciones, y consiguió que su mismo esposo respondiera con su persona a mi lealtad. A tantos favores yo debía corresponder alejándome cuanto me era posible de ella, no permitiendo nunca que nos viéramos a solas, sino siempre acompañados de sus hijos. ¡Pobre alma! ¡qué sola ha vivido! Ayer me llamó, y como el corazón nunca engaña, no me cuidé de que nuestra conferencia tuviera algún testigo, que al condenado a muerte se le concede todo lo que desea en el último día de su existencia. Por eso le concedí a aquella mártir hablar a solas conmigo.

Cuando me vio se sonrió tristemente y me dijo con voz débil:

-Padre Germán, me voy.

-Ya lo sé.

-Me voy sin haber vivido...

-Estáis en un error; vive todo aquel que cumple con su deber y vos lo habéis cumplido como madre y como esposa.

-No, Padre, no; guardo un secreto y es necesario que os lo diga.

-Hablad, os escucho.

-Yo he amado a un hombre más que a mi vida, y le amo todavía.., y ese hombre... no es el padre de mis hijos.

¿Y ese amor ha sido correspondido?

-No, ha estado encerrado en mi pecho como la perla en la concha.

-Mejor para vos; el amor que no traspasa los límites del silencio, como es un sacrificio, purifica al espíritu.

¿Y creéis que no he sido culpable?

-Culpable es todo aquel que busca fuera de su hogar el bello ideal de su alma.

¿Entonces Dios no me perdonará?

Librodot

¿Dejaréis vos de perdonar a vuestros hijos?

-Gracias, Padre Germán. -Y la enferma me miró con una de esas miradas que encierran todo un poema de amor.

-Si comprendáis que os vais -le dije yo gravemente-, ¿qué encargos tenéis que hacerme?

-Que seáis un padre para mis hijos. ¡Pobrecitos! ¡qué solos se queda...! ¡Y también quisiera... que!... -Y su frente pálida se coloreó; cerró los ojos y exhaló un gemido.

¿Qué queréis? ¡Hablad! Ya no pertenecéis a este mundo. Vuestro espíritu se desenlaza de su envoltura, su expiación felizmente está cumplida.

-Quisiera -dijo la enferma- que le dijerais a ese hombre ¡cuánto... cuánto le he amado, para que por gratitud siquiera ruegue por mí! Acercaos, os diré su nombre al oído.

La miré fijamente, con una de esas miradas que son una verdadera revelación, y le dije con acento compasivo:

-No es necesario que lo pronunciéis, pues hace seis años que lo vi escrito en vuestros ojos; por eso abandoné vuestro palacio, por eso me alejé de vos, para que al menos si pecabais de pensamiento, que no pecarais en obra; pero como el cumplimiento de mi deber no me obliga a ser ingrato, he agradecido tu cariño, y me alegro que dejes tu envoltura porque así dejarás de padecer. Ámame en espíritu, ayúdame con tu amor a soportar las miserias y las pruebas de la vida. Y ahora, adiós, hasta luego; voy a llamar a tus hijos, porque tus últimas miradas deben ser exclusivamente para ellos.

La moribunda se incorporó con una fuerza ficticia, me alargó su mano helada, que por un segundo descansó entre las mías; llamé a sus hijos, y media hora después cuatro huérfanos me abrazaban llorando.., y yo también lloré, ya que también que daba huérfano como ellos.

Ahora vengo del cementerio, y tengo deseos de llorar, de llorar mucho, pues me ha impresionado mucho la vista de su cadáver. En aquella cabeza inerte, ayer bullían las ideas, ayer había un pensamiento, y ese pensamiento estaba fijo en mí.

No es ella la mujer de mis sueños. La mujer de mis sueños, a quien no he hallado todavía, es una niña pálida cuya frente está coronada de rizos negros; pero el alma agradece el afecto que inspira a otro ser, y siempre he agradecido profundamente el amor de este espíritu. Porque lo agradecía, huí de su lado, que no existen seducciones ante el cumplimiento sagrado de un deber.

¡Inspírame, Señor! Dame fuerza de voluntad para seguir por la senda de la virtud. En las tentaciones de la vida no quiero caer, no quiero ceder al influjo de ninguna pasión, no quiero ser un instrumento de la caridad. Hay muchos falsos sacerdotes, hay muchos ministros de Dios que profanan su credo religioso, y yo no quiero profanarlo, quiero practicar dignamente mi verdadero sacerdocio.

¡CLOTILDE!

¡Me parece un sueño... pero un sueño horrible...! Mi mano tiembla convulsivamente, mis sienes laten con violencia, mis ojos se nublan por el llanto; y lloro, sí; lloro como un niño; lloro como si hubiera perdido todas las ilusiones de mi vida; y bien considerado, en realidad, ¿qué me queda de ellas? ¡Nada...! Yo también tuve mis sueños; que cuando me consagré al Señor, creí firmemente que cumpliendo su santa ley sería grato a mis superiores, que me amarían y me protegerían y me impulsarían al bien. Yo creía entonces que la religión y las religiones formaban un solo cuerpo; para mí la religión era el tronco del árbol del progreso; y

las religiones las ramas frondosas a cuya sombra podía descansar tranquila la humanidad; pero aún no hacía un mes que había pronunciado mis votos, y ya me había convencido de mi error: la religión es la vida, pero las religiones producen la muerte. Sí, la muerte; y ya no tiene remedio, tengo que morir envuelto en mis hábitos, que es mi sudario, pues verdaderamente viste a un cuerpo muerto; yo no puedo vivir en este mundo, yo me asfixio entre tanta iniquidad. ¡Señor, Señor...! ¡Qué horrible es la vida en este planeta! Yo tiemblo cada vez que un desgraciado viene a pedirme que le escuche en confesión, y quisiera no saber nada, quisiera hasta huir de mí mismo, porque mi sombra me causa miedo.

Perdóname, Señor; yo deliro porque estoy loco de dolor. ¡Si será grande mi locura cuando rechazo mi progreso! ¡Pero sufro tanto, y el hombre es tan débil, que yo creo, gran Dios, que es perdonable mi abatimiento!

Tengo ante mí un trabajo inmenso, superior en mucho a mis gastadas fuerzas. ¿Cómo podrá vencer? ¡Imposible...! Pero no, imposible no hay nada ante la firme voluntad del hombre. En este momento siento que cone por mis venas una corriente de fuego, mi cabeza arde, mil ideas luminosas acuden a mi mente y veo crecer y agigantarse mi figura, y me contemplo grande y potente, y escucho que alguien me dice: vencerás; y mi razón responde: vencerá.

Esta mañana, una mujer de mediana edad se acercó a mí enla iglesia, y me dijo:

-Padre, tengo que hablaros sin pérdida de tiempo.

-Comenzad -le contesté.

-Aquí no -replicó la mujer con espanto-; monos muy lejos.

-Salimos de la iglesia y anduvimos largo trecho. Cuando a ella le pareció, se detuvo, y dejándose caer sobre una piedra, se cubrió el rostro con las manos y lloró amargamente, diciendo con voz entrecortada:

¡Hija mía! ¡Pobre hija mía!

¿Qué os sucede? - le pregunté.

-Que estoy loca, que no sé lo qué me pasa, y si vos no me amparáis, mi mal no tiene remedio -y la mujer lloraba con verdadera desesperación.

Apoyé mi diestra en su frente y le dije con voz imperativa:

-Cálmate, cese tu llanto, pues con sollozos no se salva a nadie, pero con explicaciones y razonamientos sí. -Y agregué sentándome a su lado-: Habla; habla firmemente convencida de que si está el remedio en mi mano cesará tu agonía.

-Lo sé. Padre, lo por eso vengo. Vos no me recordáis, de consiguiente no me conocéis.

-No; pero ¿qué importa? Todos los desgraciados son mis hijos.

-Lo sé. Padre, lo sé; os conozco hace más de veinte años; soy la nodriza de Clotilde, la hija de los duques de San Lázaro. Vos bautizasteis a esa niña a quien quiero más que a mi vida -y la mujer comenzó a sollozar de nuevo.

-Haces bien en quererla; es un ángel. -Y tuve miedo de seguir preguntando, porque presentía algo horrible. Ella prosiguió:

-Clotilde no debía haber nacido hija de tales padres. Ya sabréis que el duque de San Lázaro es capaz de todo; últimamente era el jefe de una conspiración que ha fracasado, porque Clotilde, indignada al ver las perversas intenciones de su padre, sin delatar al autor de sus días ni a ninguno de sus cómplices, dio aviso al rey para que estuviera en acecho, porque algunos descontentos querían atentar contra su vida. Con este motivó el rey mandó prender a algunos revoltosos, pero no sospechó del duque de San Lázaro, por ser éste más taimado ie los demás. Todo esto me lo contaba mi Clotilde, que yo he sido siempre su única confidente, porque su madre es tan infame como su padre. Éste, que había tenido grandes reyertas con su hija, sospechó que ésta pudiera ser la que hubiese avisado al rey; y una noche (no me quiero acordar) entró en el oratorio donde rezábamos Clotilde y yo, y cogiendo a su hija por el brazo la sacudió brutalmente, diciéndole: “Ya sé que tú eres quien ha dado aviso al rey”. “Yo he sido -dijo la niña-, porque quiero demasiado a mi padre y no puedo tolerar que sea un asesino”. Al oF estas palabras el duque se cegó y si no es por mí mata aquella noche a mi

Librodot

amada Clotilde; pero de nada me sirvió salvarla entonces si la perdí después, que pasados algunos días se la llevaron y volvieron sin ella. Yo me eché a los pies de la duquesa preguntándole por la niña de mis entrañas, y el duque dijo: “Puedes dar gracias a Dios que no has tenido su misma suerte, que tan culpables eres tú como ella. Ya sabrá mi hija quién es su padre, que no se me frustran los planes impunemente; ya le enseñarán los penitentes negros la obediencia que le debe a, mis mandatos”. No sé por qué me quedé muda, nada contesté, y maquinalmente me fui a mi cuarto, recogí cuanto dinero tenía, pensé en mi confesor y luego n acordé de vos, y dije: “Aquél es más bueno”. Salí del palacio y emprendí el camino, y aquí me tenéis para suplicaros en nombre de lo que más améis en este mundo que me averigüéis dónde está mi Clotilde. Unos dicen que sois brujo, otros que sois un santo. Yo creo que sois muy bueno, y que no dejaréis morir a una pobre niña; acordaos que vos la habéis bautizado. ¡Es un ángel! ¡Si supierais!... ¡Es tan buena!... -Y la infeliz lloraba de un modo que me hacía estremecer. Tan conmovido me puse que nada le contesté; apoyé mi frente entre las manos y me quedé Simido en tan pro fhnda meditación, que no sé cuántos minutos permanecí en aquel estado. Al fin desperté y me encontré bañado en sudor. Miré en tomo y vi a la pobre mujer que me miraba con ansiedad, diciéndome:

-¡Padre! ¿qué tenéis? Os habéis puesto pálido como un difunto. ¿Estáis enfermo?

-Sí, estoy enfermo, pero del alma; mas no te apures, tranquilízate, que o perderé el nombre o Clotilde volverá a tus brazos.

Y de pronto me levanté y me sentí fuerte; eperimenté esa extraña sensación que experimento siempre que tengo que entrar en lucha. Vi delante de mí sombras atenadoras y exclamé: “Ya sé quiénes sois, os conozco: sois las víctimas de los penitentes negros. Ya sé cómo habéis muerto. Vosotros me ayudaiéis, ¿es verdad? Os dará compasión aquella pobre niña... ¡es tan joven! ... Ain no ha visto la escarcha de veinte inviernos y ya gemirá en un oscuro calabozo. Ayudadme vosotros, ¿verdad que me ayudaréis?” Y las sombras se inclinaron en señal de asentimiento. “Padre -dijo la pobre mujer-, ¿qué estáis diciendo? Habláis no sé con quién y yo no veo a nadie”. Aquellas sencillas palabras me hicieron volver a la vida real, me dejé caer sobre la piedra y me puse a reflexionar; porque si existe el imposible es, sin duda, el anebatar una víctima a los penitentes negros, asociación poderosísima, apoyada por los soberanos, tenible en sus sentencias, misteriosa en sus procedimientos, cuyos agentes están en todas partes. ¡Ay del cuitado que cae en sus ganas! Más de una vez nos hemos visto frente a frente sus primeros jefes y yo. Les he dicho lo que creo que no les ha dicho nadie, y la última vez que me entendí con ellos me advirtieron: “si tienes otra vez la osadía de salir de tu aldea para espiar nuestras acciones, cuenta que será la última, no harás más excursiones, y no olvides que los penitentes negros cumplen lo que prometen”.

¿Qué hacer? ¿qué hacer? Luchar, y en la lucha morir o vencer. Y volviéndome a la mujer, que lloraba en silencio, le dije:

-No llores, espera en Dios, espera en su justa ley; lo que falta en este mundo son hombres de voluntad. Tú la tienes y yo también; trabajemos, pues, en bien de la humanidad. Hoy reflexio naré y mañana comenzaremos a trabajar.

Y aquí me tienes. Señor: la nodriza de Clotilde ya está en casa de María, donde debe permanecer esperando los acontecimientos, y yo a solas contigo, manuscrito querido, me pierdo en un mar de confusiones.

¡Cuánta iniquidad, Señor! ¡Cuánta iniquidad! Esa comunidad religiosa, esos penitentes negros a quienes la generalidad cree unos humildes siervos del Señor, que acuden a velar al enfermo, que lo mismo ayudan al labriego en sus rudas faenas que al gran político en sus combinaciones de Estado, que a estos capitanes en sus estratégicas operaciones; esos hombres que parece” los enviados de la Providencia son los verdugos invisibles de i humanidad. Donde la ambición decreta la muerte de un rey, ellos dirigen el brazo del asesino; donde se combina una venganza de familia, ellos encienden la tea de la discordia hasta que consiguen la consumación del hecho; donde hay oro allí acuden ellos para explotar la mina de la

credulidad, y mientras unos obligan a los moribundos a firmar la carta de donación de una cuantiosa fortuna en favor de la Orden, otros entierran a los muertos pobres, y ellos mismos cavan su sepultura, diciendo que así practican la fraternidad universal...

¡Cuánta hipocresía! ¡Cuánta falsedad! Esto los hace invencibles; no hay nadie que pueda creer que los penitentes negros son unos explotadores, que son los primeros egoístas de las religiones. ¿Cómo hacerle comprender su fraude al pueblo, si éste los ve en todas partes, acude a ellos para que les entienen sus muertos o les ayuden a labrar sus tierras? ¡Imposible! Sin embargo, es verdad. Y lo peor del caso es que para luchar con ellos no se puede combatir frente a frente, que es lo que más me apena: para hacer un bien tendré que trabajar cautelosamente, tendré que urdir mi trama en la sombra cuando yo soy tan amante de la Luz.

¡Pobre Clotilde! ¡Quién hubiera imaginado el trance por que pasas cuando te trajeron para que te bautizara, cuando en años sucesivos entrabas en la iglesia y te anojabas a mi cuello diciendo!:

"Padre, mi madre dice que no me quiere porque soy mala; dile tu que soy buena para que me quiera...!" ¡Pobre niña! Aún la veo, blanca, rubia y delicada, hermosa como la primera ilusión, sonriente con la felicidad, y hoy estará en un sombrío y hediondo calabozo. Conozco mucho al du4ue de San Lázaro, dócil instrumento de los penitentes negros. Ellos le habrán dicho: "Dadnos tu hija, que merece un ejemplar castigo por su delación". Él, ebrio de ira, les habrá entregado a Clotilde, sin saber que lii firmado su sentencia de muerte, porque veo claramente el plan de la Orden. ¡Conozco tanto a los penitentes...! Harán que el rey haga un escarmiento con toda la familia del noble rebelde; se apoderarán de la gran fortuna de Clotilde; diciendo que son los tutores de la huérfana, le harán firmar a ésta una donación en toda regla... y después... ¡pobre niña...! ¡qué honor! ¿y aún dudo? ¿y aún tiemblo...? ¿y aún no he pedido al Señor que me inspire para evitar un nuevo crimen? ¡Perdóname, gran Dios!; pero tú me ves, mi cuerpo decae. Vigorízale, que lo necesito. Adiós, manuscrito querido; pasarán algunos, días antes de que yo pueda comunicarte mis impresiones. Adiós, tranquila aldea, ¡tú guardas la tumba de la niña de los rizos negros! ¡Señor! concédeme volver a este lugar, donde quiero que mi cuerpo se disgregue a la sombra de los sauces que se inclinan sobre esa sepultura que enciena la felicidad de mi vida.

Tres meses han pasado... ¡Qué días tan horribles! ¡Cuánto he tenido que luchar! ¡Me parece mentira cuando considero todo lo que he conseguido! ¡Gracias, Señor! ¡Cuan bueno eres para mí! ¡Cuántos obstáculos me allanas! ¡Si no fuera por tu poder yo no podría vencer! ¡Tú permites que algunos seres no hayan olvidado los beneficios que les hice un día; y como la gratitud en acción es el primer motor del universo, yo he podido obtener, auxiliado por un hombre agradecido, lo que cien reyes con sus ejércitos no hubieran podido alcanzar!

Un noble, un magnate poderoso, me debió, hace muchos años, la vida, y nás que la vida la honra y la consideración social, que a mí me valió profundos disgustos producidos por infamantes calumnias. Yo todo lo calló para que él quedara libre. Compañero de mi niñez, le quería con toda mi alma, y le di pruebas de mi cariño cuando tuve ocasión propicia. Afortunadamente, él no ha sido ingrato, me lo acaba de demostrar. Yo llegué a la Corte sin saber a quién dirigirme, porque los penitentes negros en todas partes tienen espías y familias; se parecen al viento: no hay lugar en donde ellos no penetren. Me acordé de Cesar, y fui a verle. Me recibió con los brazos abiertos, y cuando se enteró de la causa que me obligaba a pedirle auxilio, no me ocultó su triste asombro diciéndome: "Pides poco menos que un imposible, y, sobre todo, pides tu sentencia de muerte y la mía; pero... tengo una gran deuda contraída contigo, y muy justo es que te la pague; así como así, hace muchos años que si vivo es por ti. Si ahora muero, siempre te habré debido más de veinte años de vida". Y durante dos meses César y yo hemos trabajado a la desesperada, hemos puesto en revolución el orbe entero, hasta conseguir el saber dónde estaba Clotilde encenada. Todo ha pasado como yo me figuraba: los duques de San Lázaro y su hijo han muerto en el cadalso para escarmiento de traidores, y no le lii cabido igual suerte a Clotilde porque el general de la Orden de los

Librodot

penitentes negros ha pedido gracia para ella, y el rey se la ha concedido por consideración al demandante.

¡Cuánta iniquidad! ¡Esto es horrible! El asesino ha pedido gracia para su víctima... ¡Cuánto he sufrido, Señor, cuánto he sufrido! Pero César me decía: "Ten paciencia; si nos impacientamos, lo perderemos todo; desengáñate: nos vence el número. Esa asociación es como la hidra de la fábula, que de nada sirve que se le cercene una cabeza, porque se reproducen otras mil. Lo que necesitamos, créeme, es mucho oro; de otra manera nada conseguiremos". Yo, pobre de mí, no tenía oro, pero lo tenía Rodolfo, que, gracias al cielo, ha entrado en la buena senda y puso a disposición de César sus cuantiosos tesoros, y al fin una noche pudimos penetrar en una sombría fortaleza, César, veinte hombres de armas y yo. Cada hombre de aquéllos había exigido una fortuna para su familia, porque entrar en una de las prisiones de los penitentes negros es jugarse la cabeza con todas las probabilidades de perderla.

Después de recorrer varios subtenáneos, debajo del depósito del agua, en un lugar cenagoso a causa de las continuas filtraciones, distinguimos un pequeño bulto contra la pared. Al inclinarnos, me costó gran trabajo reconocer en aquel esqueleto de una mujer a Clotilde. César fue el primero que la reconoció. Yo cogí una de sus manos, diciéndole: "Clotilde, hija mía, ven que tu nodriza te espera!" La infeliz me miró con espanto, miró mi traje, y al ver mi hábito negro, me rechazó con las pocas fuerzas que le quedaban, diciendo:

"Acaba de matarme, pero no conseguirás que me vaya contigo, monstruo execrable! ¡Te odio, te odio con todo mi corazón! ¿Quieres atormentarme como la otra noche? ¿Quieres que muera nuevamente de vergüenza y de dolor? ¡Te odio! ¿Me entiendes? ¡Te odio! ¡Maldito seas!", y la infeliz lloraba y reía al mismo tiempo, y no era posible convencerla.

César le hablaba, ella le escuchaba por un momento, pero luego me miraba y le decía: "¡Mientes! Si no mintieras no vendrías con ese hombre negro", y a viva tuerza, ahogando sus gritos, temiendo a cada momento que sus gemidos nos perdieran a todos, al fin salimos de la prisión y nos fuimos deslizando como sombras a lo largo del bosque hasta salir al valle, donde nos esperaban briosos caballos que a galope tendido ms condujeron a la casa de un guardabosque, fiel servidor de César. Allí colocamos a Clotilde sobre un lecho y la dejamos al cuidado de la mujer del guarda, que se encargó de volverla a la vida, porque la infeliz, dominada por el tenor, enmudeció, y si bien no perdió el sentido, se quedó sin movimiento. César y yo estábamos en una habitación contigua escuchando atentamente lo que pasaba en el cuarto de Clotilde. Al fin la oímos sollozar, después habló y por último pidió ver a sus libertadores. Entramos en su aposento César y yo, y la pobre niña, al yerme, juntó las manos diciendo:

"Perdón, yo estaba loca, perdonadme!".

¡Desgraciada criatura! Parece increíble que un cuerpo tan frágil como el suyo haya podido resistir tantos tormentos: sus revelaciones fueron horribles, la pluma se cae de la mano y no tengo valor para hacer un relato de ellas.

Estuvimos en aquel retiro algunos días para que Clotilde se reanimara un poco. Luego se disfrazó de aldeana y emprendimos el camino de mi aldea. Llegamos de intento a medianoche. Rodolfo, avisado de antemano, nos esperaba en la avenida de su castillo, acompañado de María y de la nodriza de Clotilde, que al ver a su amada niña sintió tal alegría que llegó al delirio, y hasta creí que se volvía loca. Clotilde, por su parte, se reclinó en sus brazos y se dejó conducir hasta el interior del palacio. Cuando quedamos tranquilos, convencidos de que nada malo podía sucederles, nos separamos de las tres mujeres, y llamando la atención de César y Rodolfo, le dijimos a este último lo siguiente:

-Rodolfo, gracias al cielo antes de morir comienzo a ver tu regeneración. Si no hubiera sido por tu generoso desprendimiento, Clotilde hubiese muerto en la más horrible agonía. Hoy ya está libre. ¿Pero de qué manera? Como ave sin nido. En mi casa no puede estar, porque los penitentes negros no me perdonarían la jugada que les he hecho. César vive en la Corte, y no

puede tenerte a su lado. El único que puede hacerse cargo de ella eres tú. Yo te la entrego, y tu conciencia me responde de su seguridad en todos sentidos.

-Os juro que le serviré de padre -dijo Rodolfo solemnemente-, y quedaréis contento de mí. Clotilde y su nodriza quedan bajo mi amparo, y como su cuantiosa fortuna está en poder de los penitentes y fuera locura hacer reclamaciois, pues yo creo que en este asunto lo mejor es echar tierra, yo dotaré a la huérfana. ¿Estáis contento de mí?

Mi contestación fue estrecharle contra mi corazón; veía realizado mi sueño, y en aquellos momentos fui feliz.

¡Con cuánto placer contemplo a Cbtilde reclinada en el hombro de su nodriza! ¡Pobre niña! Cuando recuerdo cómo la encontré... y la veo ahora, amparada, protegida por un hombre poderoso que me dice: “Padre, ¡ qué bueno es ser bueno!, ya no escucho aquella maldita carcajada, ya no veo la montaña con la senda de la hierba seca; Clotilde ha traído la paz a mi hogar, mi esposa la quiere hasta el punto de velar su sueño”, ¡todo sonríe en torno de mí!

Cuando escucho estas palabras mi alma también sonríe, y soy todo lo feliz que puedo ser en la tierra; pero turban mi contento las negras nubes que veo amontonarse en lontananza. El general de los penitentes estoy seguro que vendrá a yerme: no tardará, no, pues los latidos de mi corazón anuncian su llegada; siento ruido: alguien llega, veamos quién es.

Vuelvo a ti, manuscrito querido, después de haber tenido una entrevista con quien esperaba; el general de la Orden de los penitentes, acompañado de veinte familiares, entró en mi pobre iglesia, y Miguel, temblando como si ya me viera prisionero, se echó en mis brazos, diciendo: “Huid!”- “,Huir? -le repliqué-. Tú estás loco; los criminales son los que huyen”. Y bajé a encontrar a mi enemigo. Nos miramos y nos entendimos, y sin decimos una palabra subimos a mi aposento el general y yo. Le indiqué un sitial, y me senté en mi viejo sillón, diciéndole:

¿Qué queréis? ¿Cómo habéis dejado vuestro palacio para venir hasta aquí? El general me miró de hito en hito y me dijo con voz irritada:

-Ya hace tiempo que nos conocemos, inútil es el disimulo: sólo uno podía haber en el mundo histante osado para entrar en los santuarios de los penitentes. ¿Dónde está Clotilde? ¿No sabes que esa desgraciada debía ser severamente castigada por sus crímenes, y debía luego consagrarse a Dios?

¿ Y qué crimen cometió esa niña?

-Delató a su padre.

-Mientes, no fue ella quien le delató. Tú has recordado muy oportunamente que ya hace tiempo que nos conocemos: de consiguiente, es inútil el disimulo entre nosotros. Ella dio el aviso, el rey dispuso que se hicieran algunas prisiones, pero sobre el duque de San Lázaro no recayó la menor sospecha. ¿Cómo? si era su favorito; mas la Orden de los penitentes quería la inmensa fortuna del duque, y tú, tú fuiste el que lo delató al rey, al que aconsejaste que para escarmiento de traidores matara a los tres individuos de la familia rebelde, dejando a Clotilde en rehenes para que firmara la donación de su herencia; y después... se corona la obra deshonrando a su víctima.., que por último muere... porque los muertos no hablan.

-Ni tú hablarás tampoco, ¡miserable! -dijo el general, tratando de asirme por el cuello; pero yo entonces, con una fuerza hercúlea, impropia de mí, le cogí por los hombros y le hice sentar, quedándome de pie ante él y mirándole tan fijamente que tuvo que cerrar los ojos, murmurando-: ¡Siempre lo mismo! ¡siempre has de ejercer sobre mí un poder misterioso!

-No hay misterio que valga; te domino porque la luz domina a la sombra, porque aunque tú vas vestido de púrpura, te anastras por la tierra como los reptiles. Yo, en cambio, soy muy pobre, pero tengo la profunda convicción de que muchos hombres me llorarán cuando llenen mi fosa de tierra. ¿Te acuerdas? Desde niños nos conocemos, juntos emprendimos la carrera del sacerdocio; tú quisiste el poder y el crimen, yo la miseria yel cumplimiento de mi deber; y como la verdad no tiene más que un camino, hoy podrás ser dueño de un mundo, pero no eres dueño de ti mismo; tu conciencia te acusa; tú sabes que los muertos viven. ¿Y es verdad que tienes horas terribles? ¿Es cierto que miras con espanto más

allá de la tumba? Tú y yo tenemos doble vista, bien lo sabes; tú, como yo, verás en este momento sombras amenazadoras que señalándote con su diestra, todas te dicen:

¡Asesino...!

El general tembló convulsivamente y cerró los ojos.

-Inútil precaución -continué diciendo-. ¿Qué importa que cienes los ojos del cuerpo, si te quedan los ojos del alma? En vez de venir a pedirme cuentas preguntando qué he hecho de Clotilde, deberías bendecir a Dios porque no te he dejado acabar de consumar un nuevo crimen; hartas víctimas tiene esa asociación maldita, que para mengua de la verdadera religión sostiene la ignorancia de los pueblos; pero... caeréis, y no como las hojas secas en el otoño, que en la primavera vuelven a renacer, no; no caeréis como el árbol centenario que corta el leñador; vuestras profundas raíces se anancarán del seno de la tierra, se quemarán, y las cenizas las esparcirá el viento y nada quedará de vosotros ni en la superficie ni en la profundidad de la tierra.

¡Calla, calla! -dijo el general- Razón tienen en decir que eres brujo y que Satanás tiene tratos contigo, yo lo creo así.

-Mientes como un bellaco, bien sabes tú que Satanás no existe; lo que existe es la eterna relación entre los vivos y los muertos; bien sabes tú que el hombre nunca muere.

¡Quién sabe! -murmuró el general.

¡Impío...! ¿Serás capaz de negar a Dios?

-Y si Dios existe, ¿cómo permite tantos honores?

-Él no los permite en el pobre sentido que se le ha dado a esa palabra; Él crea al hombre y le deja duef de sí mismo: el progreso es la ley eterna y los espíritus progresarán cuando la experiencia les enseñe que el mal es la sombra, y el bien es la luz.

¿Y crees tú firmemente que hay un más allá? -me preguntó el general con voz apenas perceptible.

¿Que si lo creo? ¡Desgraciado! ¿Cómo has podido dudarlo ni un solo segundo? ¿No te acuerdas cuando juntos veíamos aquellos cuadros tan horribles, y escuchábamos aquellas voces lejanas?

¿Y si todo eso hubiera sido una alucinación?

-La alucinación puede tener una vez, pero no toda la vida; yo estoy firmemente convencido de que los muertos se relacionan con los vivos. El comienzo de todas las religiones ¿a qué es debido? A las revelaciones de las almas. ¿Qué son los grandes sacerdotes? ¿Que son los profetas? ¿Qué son los Mesías sino intermediarios entre los espíritus y los hombres?

¿Has dicho los espíritus, no has dicho Dios? Luego, poco más o menos, estás conforme en que Dios no existe -y el general se sonrió con amarga ironía.

-He dicho intermediarios entre los espíritus y los hombres, porque yo no personalizo a Dios; yo no creo que Dios, el alma de los mundos, pueda tener la forma que la ignorancia le ha querido dar; yo veo a Dios en la Creación, yo le siento en mi conciencia, yo le adivino en mi aspiraci5n a un más allá, yo vivo en él, y él vive en mí; pero no me habla; es como el sol: me da su luz, me da su calor, me da su vida; de este modo comprendo yo a Dios.

-Es decir, que tú no tienes la menor duda de que tras la tumba hay algo.

-Está en todo, créeme. ¿Sabes tú lo que es la vida, esa ema nación de la suprema sabiduría? ¡Quenías encenarla en los estrechos moldes de una existencia llena de crímenes...! ¿Crees tú que se puede nacer una sola vez para vivir como tú vives, y como viven millones de seres entregados al desenfreno de todos los vicios? Imposible, una sola existencia sería la negación de Dios. Renacer es vivir, porque renacer es progresar; y renaceremos. ¿Crees tú que la tierra será siempre una mansión de honores? No; las humanidades se sucederán como se suceden las olas, y llegará un día que la religión verdad hará desaparecer todas las religiones impostoras.

“Nosotros asistiremos a esa renovación, nosotros veremos amontonadas las piedras de los altares, y los ídolos rotos nos recordarán b que somos hoy, es decir, lo que sois vosotros.

Yo me he anticipado a ese renacimiento, yo os llevo algunos siglos de adelanto, y soy uno de los centinelas de avanzada. No creas que por esto me tenga ni por sabio, ni por virtuoso, no; pero he llorado mucho, tú lo sabes, pues desde niños nos conocemos, y he visto tal desequilibrio en mi vida, que no he podido menos que pensar y decir: Yo no he nacido ahora, yo vengo de muy lejos y quiero ir más allá; por eso, en lo que yo puedo, implanto en la tierra la religión de la verdad, y por eso os digo: "Penitentes negos!, os hundís en el caos; queréis oro, queréis poder, queréis ser los dueños del mundo, pero no podéis detener el paso de la muerte, y cuando vuestro cuerpo caiga en la fosa, ¿qué quedará de vosotros? Una memoria maldita, nada más. ¡Cuánto os compadezco, pobres ciegos! ¡Podíais hacer tanto bien!... ¡Sois tan poderosos!... Manejáis a vuestro antojo a los monarcas, las minas de oro os ofrecen sus veneros, mucho se os ha dado, y a pesar de todo seréis por mucho tiempo los mendigos de los siglos".

-No lo seré yo -exclamó el general, poniéndose de pie-; es preciso que nos sigamos viendo, necesito convencerme de lo que dices. ¿Qué horas tienes disponibles?

-Las noches son las mejores para mí.

-Convenido; te confieso que vine con muy distintas intencio nes de las que me llevo.

-Ya lo sé; son muchos los que desean mi muerte, pero son muchos más los que ruegan por mí, y estoy plenamente conveirido de que si ha sido mi vida un prolongado gemido, mi muerte será una inefable sonrisa, mi porvenir una era de paz.

-Dichoso tú si abrigas tal creencia.

¡No la he de abrigar!... ¡Dios da a cada uno según sus obras!... Yo he tratado de cumplir con mi deber: he amparado a los hiérfanos, he evitado la consumación de algunos crímenes, he difundido siempre la voz de la verdad. ¿Cómo quieres que yo espere vivir en tinieblas si las sombras no existen? Es el hombre el que las forma con sus iniquidades.

¿De manera que sí yo quiero podré decir un día lo que tú dices hoy?

¿Quién lo duda? Dios no hace a los redentores, todos los espíritus nacen iguales; únicamente el trabajo y la perseverancia en el bien le dan a algunos seres cierta superioridad moral, pero este privilegio no es alcanzado por gracia, sino obtenido por justic ja.

-Yo la obtendré algún día.

-Así sea.

El general me tendió su diestra y por un segundo nuestras manos estuvieron en contacto, y confieso: me estremecí de honor al considerar que aquella mano había firmado más de una sentencia de muerte.

Ya estoy solo. ¡Gracias, Señor! Los temores que me asaltaban han desaparecido de mi mente como desaparece la niebla ante los rayos del sol. Este hombre ha temblado, ha tenido miedo de su porvenir, su conversión es segura.

¡Cuánto tengo que agradecerte, Señor!, que me has concedido tiempo para progresar y he conseguido atraer hacia mí la protección espiritual; porque si yo no estuviera rodeado de espíritus fuertes, ¿cómo podría, pobre de mí, hacer lo que hago? He burlado la vigilancia de los sayones de los penitentes; he penetrado en sus prisiones, les he anebatado más de una víctima, y cuando el general de la Orden venía dispuesto a estrangularme le he dominado con mis ojos, he conseguido que me escuchara, y confio que este Caín no volverá a sacrificar a ninguno de sus hermanos.

Y Clotilde recobrará su perdida lozanía, pues le daré un esposo para que pueda formarse una familia. ¡Qué hermoso es el difundir el bien! Cuánto consuela dejar al pensamiento que como libre avecilla vuele de recuerdo en recuerdo, y allí vea una familia dichosa, más allá un pecador anepentido, a otro lado una casa de huérfanos donde los pequeñuelos sonríen entre flores; y de todo ese bien, de toda esa felicidad, haber sido uno el motor... ¡Oh!, considerada bajo este prisma, ¡qué hermosa es la vida! Quiero vivir, quiero progresar y progresaré.

Librodot

¡RECUERDOS!

¡Qué gran misterio es el hombre! Parece increíble que en la pequeña cavidad de un cráneo quepan tantas ideas, se alberguen tantos recuerdos que permanecen mudos años y años, y a veces el más pequeño incidente los despierta.

De mi primera edad guardaba un perfecto recuerdo; y sin explicarme el porqué, me he complacido siempre en echar tierra sobre los primeros años de mi vida; y en este manuscrito, única herencia que dejaré a la posteridad, h consignado que ignoraba quién fue mi madre, porque mi piedad filial no quería reconocerla en la pobre mujer que yo recordaba perfectamente; pero hoy, impresionado por una escena que he visto, cual si me hubiesen quitado una venda, mis ojos han wntemplado nuevos y dilatados horizontes. He visto claro, muy claro, y creo cumplir con un deber dejando transcritos todos los recuerdos que se agitan en mi mente.

Muchos son los pordioseros que acuden a esta aldea, porque saben que nunca les falta generosa hospitalidad; y ayer, entre los que vinieron, llegaron un hombre, una mujer y un niño como de cuatro años. No sé por qué, cuando los vi me impresioné; el niño especialmente me inspiró profunda compasión; es hermoso, muy hermoso, y en sus ojos azules hay escrita toda una historia. María, tan buena y tan compasiva como siempre, acarició al pequeñuelo y me lo presentó diciendo:

-Padre Germán, ¡qué lástima que este inocente tenga que ir rodando por el mundo! ¡Si viera usted qué entendido es...!

La madre del niño, al oír estas palabras, cambió con su compañero una mirada de inteligencia, y exclamó con voz helada:

-Si tanto le gusta mí hijo, puede quedárselo si quiere. Así como así, yo me tengo que desprender de él, porque se conoce que no ha nacido para pobre: si anda mucho se cansa, si no come está enfermo, así es que, como dice su padre, nos estorba: Dios hace mal en dar hijos a los pobres, porque siendo como éste de nada nos sirven.

María, llena de gozo, aceptó la proposición de aquella mujer, conociendo que el niño salía del infierno para entrar en la gloria; y sin denamar una lágrima, aquellos dos seres sin corazón han seguido hoy su camino sin dirigir a su hijo ni una sola mirada de despedida. No así el pequeñuelo, que ha conido tras de ellos, pero su padre se ha vuelto, levantando el grueso palo en que se apoyaba, y el niño, ante su actitud amenazadora, ha retrocedido y se ha refugiado entre mis hábitos llorando amargamente. Yo, contra mi costumbre, no he amonestado a aquellos padres desnaturalizados; me hacían el mismo efecto que los reptiles venenosos, de los cuales se huye a veces sin quererlos examinar, pues causan tal horror, producen tan invencible repugnancia, que se prefiere su propia desaparición a todo, hasta a la satisfacción de darles la muerte; y aquellos dos seres me han hecho tanto daño, me han herido con flecha tan certera, que la intensidad de mi dolor no me ha dejado fuerzas para exhortarles y aconsejarles que cambien de rumbo; los he dejado marchar sin dirigirles un solo reproche. IViaría me ha mirado con asombro, y por primera vez he huido de sus miradas, le he entregado al niño y le he dicho:

¿Crees tú que esos desgraciados son los padres de este inocente? ¿No lo habrán robado?

-No, señor -me contestó María-; si este pobrecito tiene la misma cara de su padre, es su fiel retrato, y ella me ha dicho cosas que no me dejan duda de que es su madre.

-Luego hay padres que, después de haber visto andar a su hijo, de haber recibido sus primeras sonrisas, de haber escuchado sus primeras palabras, de haber sentido el calor de sus besos y el contacto de sus brazos; después de haber vivido de su misma vida, los abandonan... ¡Oh!, entonces hay seres racionales inferiores a las fieras. Lanzar a un niño lejos de sí en el

momento que sale del claustro materno es cruel, pero es una crueldad más refinada después de haberle visto sonreír. ¡Ahí si el hombre de la tierra fuera la última obra de Dios, yo renegaría de mi Eterno padre! ¡Qué cruel es el hombre, María! -Y por miedo de delatar mi secreto, me separé de la noble joven y del inocente huérfano, pretextando una ocupación urgente, y me he encenado en mi cuarto, porque necesitaba estar solo, ¡solo con mi ayer perdido, solo con mis recuerdos, solo con mi dolor!

¡Todo me ha sido negado en la vida, todo...! He sido tan pobre que no he poseído ni el cariño de mi madre, a pesar de que ésta debió de escuchar mis primeras palabras, y debió de ver mis primeros pasos... ¡Me avergüenzo de mí mismo...! ¡Hasta los criminales suelen tener una madre que los llore cuando suben al patíbulo, y si yo hubiera subido... mi madre no me hubiera llorado... ¿Pero a qué seguir escribiendo? Más vale enmudecer. Soy tan viejo que ya nadie se acuerda de mi niñez y mi secreto morirá conmigo. Pero no: yo he venido a la tierra a enseñar la pura verdad; yo he venido a demostrar lo que aún tardarán los hombres algunos siglos en comprender; y es que cada ser se engrandece por sí mismo. No somos salvos por la gracia, no, Jesucristo no vino a salvarnos, vino únicamente a recordarnos nuestro deber. Murió para inmortalizar su recuerdo, para dejar grabadas en la mente de la humanidad las sentencias de su Evangelio. Y tal fue la magia de su doctrina que las generaciones que le siguieron le aclamaron como primogénito de Dios, y aun creyeron que en unión de su divino padre regía los destinos del mundo. Los hombres se juzgaron redimidos por haberse denamado la sangre de un inocente. ¡Ah! si por el denamamiento de sangre vertida injustamente se salvara la humanidad, los terrenales podrían estar seguros de habitar en el Paraíso; porque la justicia humana es ciega. Pero no, nadie se salva por el sacrificio de otro; cada uno tiene que comprar su manumisión pagando en buena moneda, en la moneda de las buenas obras, de los grandes sacrificios, olvidando las ofensas y amparando al débil. Cada cual se crea su patrimonio, y por ínfima que sea la clase del hombre, cuando éste quiere engrandecerse llega a ser grande, muy grande, si se compara relativamente con su nacimiento y usa todas las fuerzas de que ha podido disponer. En mí tengo la prueba, Señor; en mí he visto resplandecer su misericordia. ¿Quién más pequeño que yo? ¿Quién más despreciado? Sin embargo, los monarcas de la tierra han escuchado mi consejo, y los Sumos Pontífices han dicho que tengo pacto con Satanás porque les he descubierto todas sus tramas, y más de una vez he desbaratado sus inicuos planes. ¡Yo... yo, tan pobre, que son más los días que he padecido hambre que los que me he acostado harto...! Querer es poder. ¡La vida, la grandeza de la vida, no es un mito!

Lo que se necesita es voluntad. Yo he tenido esa voluntad, por eso he vivido libre, por eso me he hecho superior a todas las contrariedades que me han acosado; y ahora... dominando cierto rubor, quiero decir quién soy a esa humanidad que mañana leerá estas páginas, quiero hacerles ver a los hombres que un alma fuerte no se abate por las ingratitudes ni se vende a ningún precio.

Antes de vivir entre los hombres de los hábitos negros, recuerdo perfectamente que, siendo yo muy pequeño, vivía en un pueblo de escasos habitantes y habitaba en una casucha vieja y miserable, en compañía de una mujer joven que me reñía con frecuencia, a la cual nunca dije madre, si bien ella me hacía comprender que yo era su hijo; pero yo no estaba content de su proceder. Una noche entró un hombre en nuestra vivienda dando gritos y golpeando los pocos muebles que había. Mi madre me presentó a él diciéndome que abrazara a mi padre, pero yo me resistía a ello, y él, por su parte, me apartó con un ademán brusco. Permaneció con nosotros hasta el día siguiente, en que se marchó. Al poco tiempo volvió, y habló mucho y acaloradamente con mi madre, y por último me llamó:

“Mira, los hijos de los pobres tienen que ganarse el pan; ya has cumplido cinco años, así que búscate la vida”. Y él mismo me empujó hasta que salí a la calle; mi madre quiso detener su acción, pero él la apartó con violencia, cenando la puerta con estruendo, y aquel ruido me impresionó más que la acción villana de mi padre. Por más que parezca imposible, a la temprana edad de cinco años yo ya pensaba y reflexionaba, y miraba con pena a la mujer

que me llevó en su seno, cuando la veía embriagada, que era con frecuencia. Así es que al yerme fuera de aquella casucha negra y sombría, donde nunca había recibido una caricia, sino al contrario, malos tratos, especialmente en palabras, no experimenté pena alguna. Me alejé tranquilo y me fui a mi lugar favorito, a la orilla del mar, donde me pasaba largas horas. Aquel día miré al océano, que estaba en calma, sintiendo una sensación desconocida pero agradable; parecía como si examinara mis dominios, y hubo de satisfacerme mi contemplación porque recuerdo que me senté en la playa y me entregué a mi ocupación favorita, que era formar pirámides de arena. Al ano checer me metí en una de las barquillas viejas que había en la playa, durmiéndome tranquilamente. Cerca de dos años viví a la orilla del mar entre los pobres pescadores, que, sin pedirles yo nunca una limosna, partían conmigo su negro y escaso pan. Los autores de mis días abandonaron el pueblo y no sé en qué paraje descansan sus restos.

Los pescadores me llamaban el pequeño profeta, porque les auguraba cuándo había de haber tormenta, y nunca mi pronóstico fallaba, aunque se trataba de cosas que ni yo mismo entendía.

Un año después de encontrarme solo en el mundo, vinieron cien penitentes negros a establecerse en la vieja abadía que coronaba la montaña, gigantesca atalaya cuyas macizas tones siempre estaban envueltas en un manto de bruma. Algunas veces nt enviaban los pescadores al monasterio con los pescados que más agradaban a la Comunidad, y siempre que entraba en aquella mansión sombría sentía una especie de repulsión. Cuando salía, corría como si alguien me persiguiera, y eso que los padres de mi fiel Sultán, que eran dos hermosos penos de Tenanova, me acariciaban al entrar y al salir; pero a pesar de tan poderoso llamamiento podía más mi aversión a los hombres negros y huía de ellos. Mas un día (nunca lo olvidaré), equivoqué el camino, seguí un conedor por otro, y entré en un gran salón rodeado de estantes donde había muchos libros, muchos legajos de amarillentos pergaminos y bastantes rollos de papiro: dos monjes estaban leyendo, y yo, al verles leer, como si aquello fuera para mí una verdadera revelación, me acerqué al más anciano, le toqué en el hombro, y sin temor alguno le dije: “Yo quiero leer como vos leéis. ¿Me queréis enseñar? Yo pronto aprenderé. El anciano me miró, y su compañero le dijo:

-Éste es el niño abandonado por sus padres de quien ya os he hablado más de una vez.

-No hay abandonados en el mundo, porque la religión es la madre de todos

replicó el anciano-. Niño -añadió, mirándome fijamente-: Dios te ha guiado sin duda, haciéndote llegar hasta mí. La madre Iglesia te acoge en su seno. Desde hoy vivirás en la Abadía.

-Dejadme despedir de mis bienhechores -le dije.

-Ya irás -me contestó. Y desde aquel momento dejé de hacer mi voluntad.

Mis maestros estuvieron contentos de mí, aunque nunca me lo demostraron; jamás me acariciaron ni me castigaron; mi vida era triste, muy triste y de una monotonía insoportable. Tenía un frío en el alma que me moría, y sólo recobraba aliento cuando León y Zoa apoyaban su inteligente cabeza sobre mis rodillas. ¡Nobles animales! Ellos eran los únicos que me acariciaban y los que demostraban alegría al yerme; los demás moradores del convento jamás me dirigieron una palabra cariñosa. Más de una vez recordé a los pobres pescadores que en medio de su rudeza me querían y me escuchaban como a un oráculo; pero yo tenía sed de ciencia, yo quería ser un gran sabio, y en mi juventud el hombre no tenía más que dos caminos para engrandecerse: el campo de batalla o la religión; las artes estaban muertas. Ya vendrán tiempos mejores, en los cuales el hombre podrá escoger a su antojo. Mas entonces el saber estaba en los conventos, y yo quería ser sabio a costa de todo, así que devoré en silencio mi solitaria infancia y mi austera juventud. Todo mi afán era leer, leer siempre, y cuantos libros había en la biblioteca del convento todos los llegué a saber de memoria; y aun hice el juicio crítico de todos ellos, y a los dieciséis años pronuncié un discurso refutando todos los silogismos teológicos, lo que me valió una durísima reprimenda de mis superiores y la

Librodot

amenaza de honib les castigos si así me rebelaba contra la madre Iglesia que me había acogido en su seno cuando no tenía más que el pan de la caridad.

Al año siguiente, por reglamento de enseñanza, tuve que pronunciar un nuevo discurso que me valió un año de encieno, alimentarme durante seis semanas con pan y agua y privación temporal de subir a la Cátedra sagrada.

Pocos días antes de celebrar, por primera vez el sacrificio de la misa, el anciano a quien yo le pidiera, cuando niño, que me enseñara a leer, me llamó a su celda, y me dijo:

Germán, yo te quiero mucho, aunque nunca te lo he demostrado, porque la estrechez y la austeridad de la Orden a que pertenecemos no le deja expansiones al corazón, y hay que ahogar todos los sentimientos, y eso quiero que hagas tú. Tú eres un alma noble y generosa, extraviada por los dolores de la juventud. Acuérdate que si no refrenas tu carácter pocas auroras lucirán sobre ti; en cambio si sirves a la Iglesia que te ha servido de madre, no olvides que para ti está reservada la Silla de San Pedro; no te proclames libre, porque serás una hoja seca en el mundo, y sumiso a los mandatos de la Iglesia, todos los soberanos de la tierra, se postrarán ante ti.

-Yo seré fiel a la Iglesia sin hacer traición a mis sentimientos.

-Ten en cuenta que obrando de ese modo tu vida será el camino del calvario, siendo estéril tu sacrificio.

-Agradezco vuestros consejos; yo amo a la Iglesia, y porque la amo quiero sacarla del pantano en que vive.

-Eres un pobre visionario y me inspiras profundísima compasión. ¿Quién eres tú para reformar una institución que han res petado los siglos?

¿Quién soy, decís? Soy un espíritu amante de la luz, decidido partidario del progreso.

Trata de no promover un cisma.

-Yo no haré más que predicar la verdad, que es la esenc ia del Evangelio.

El anciano me miró fijamente y me dijo muy quedo:

-Germán, hijo mío, estás muy cerca del fuego. Cuidado, no te quemes.

Entraron otros monjes en la celda y yo me retiré a la mía para comenzar mi preparación, y algunos días después, con inusitada pompa, se adornó el templo de la Abadía. Los primeros magnates y las damas más nobles de la Corte acudieron a ofr mi primera misa, y cuando subí al pulpito me dijo el general de la Orden, al darme la bendición: “Subís por vuestros pies; procurad bajar del mismo modo”. Cuando ocupé la tribuna sagrada vi que en ella no estaba solo; un monje, puesto de hinojos y con las manos cruzadas, parecía entregado a profunda meditación. Al verle sentí frío, comprendí las instrucciones que tenía y me postré en tierra para que la multitud pensara que me entregaba a la oración, y lo que hice fue medir el hondo abismo donde había caído. Había pronunciado todos mis votos, estaba separado de la gran familia humana, consagrado a una iglesia cuyas bases se hundían bajo mis pies, porque de las piedras de sus cimientos brotaba un agua rojiza. Examiné su credo y vi que su voto de pobreza era mentido y que su humildad, era una máscara de hipocresía. Me levanté, miré en tomo mío y contemplé el templo, que preseitaba un aspecto verdaderamente deslumbrador. ¡Tonentes de luz, nubes de aromado incienso! Hombres y mujeres ataviados con sus mejores galas, altos dignatarios de la Iglesia, todos estaban allí reunidos para escuchar la palabra del ungido del Señor; y aquel hombre que la multitud creía sagrado, tenía a sus pies un asesino, el cual tenía orden de herirle en el momento que hablara algo que no estuviera conforme con las instrucciones que le habían dado sus superiores.

Aquella horrible farsa destrozó mi corazón; me habían dado por tema que describiera la misión del sacerdote, y la imperiosa necesidad que había de que la sociedad se sometiera a sus mandatos, puesto que los sacerdotes eran los elegidos del Señor.

Al mirar la apiñada multitud, parecía que lenguas de fuego caían sobre mi cabeza; un sudor helado entumeció mis miembros; después, una súbita reacción vigorizó mi ser, y sin darme cuenta de lo que hacía extendí mi diestra sobre la cabeza de mi mudo compañero, y éste se estremeció, me miró y, a pesar suyo, se dejó caer contra la pared, cenó los ojos y

Librodot

perdió la vida de relación: se quedó sin voluntad. Yo entonces me quedé más tranquilo y comencé mi plática, que duró más de tres horas. ¡Qué día aquél, jamás lo olvidaré! Pendientes de mi palabra, las mujeres de la Corte se levantaban de sus altos sitiales; los hombres hablaban entre sí, los monjes me enviaban con sus miradas todas las amenazas del infierno; y yo hablaba, hablaba sin interrupción, pues me sentía fuerte y animoso. Es la única vez en mi vida que he tenido a mis pies a todas las clases sociales. ¡Estaba verdaderamente inspirado! Hablé de la familia, del sacerdocio, de la mujer, y, por último, de lo qué eran los sacerdotes. ¡Oh! entonces todos los monjes se levantaron amenazadores; pero yo les miré, extend í sobre ellos mis manos, que parecían de fuego, porque de las puntas de mis dedos salían chispas luminosas, y exclamé con voz tonante:

-Humanidad, estás en un enor; tú crees que los sacerdotes son unos hombres distintos de los demás, que están iluminados por la gracia del Señor, y no hay tal gracia, ni tal predestinación. Un sacerdote es un hombre como otro cualquiera, y a veces con más vicios que la generalidad. ¿Sabéis quién soy? ¿Sabéis a quién estáis escuchando? Ya sé la fábula que ha circulado sobre mí, ya sé que dicen que he dormido en regio lecho, y que la revelación del espíritu santo cayó sobre mi cabeza, y abandoné mi alcázar opulento para vestir el sayal del penitente. Me creéis un elegido... y yo quiero que sepáis toda la verdad, toda la verdad.

¡He sido un mendigo! ¡He sido un desheredado que a los cinco años se encontró solo en el mundo, y durante dos años viví de la caridad! Después vi libros, vi hombres que los leían y quise ser sabio. Por eso entré en la Iglesia, sediento de sabiduría, no de santidad, porque la santidad no existe, la santidad es un mito del modo que la comprendéis vosotros. El hombre siempre sentirá las tentaciones de la carne, porque de carne es su cuerpo; por mucho que macere y destroce su organismo, siempre le quedará una fibra sensible a la cual cederán, en un momento dado, todos sus propósitos de enmienda; y no lo acuséis, no lo recriminéis. La naturaleza tiene sus leyes, sus leyes inmutables, y oponerse a su cumplimiento es oponerse a la marcha regular de la vida; y la vida es un río que desaguará siempre en los mares de la eternidad.

“El cuerpo sacerdotal de tal modo se encuentra constituido que ni se hace dichoso a sí mismo, ni labra la dicha de aquellos que todo lo esperan de los santos consejos del sacerdote, porque éste vive fuera de la ley natural, y sobre todas las leyes de los hombres está la ley de la vida. Contemplad todas las especies, ¿qué hacen? Unirse, completarse el uno en brazos del otro, recibir el polen fecundante que ofrece la naturaleza. Y el sacerdote ¿qué hace entretanto? Truncar con los cilicios y sus abenaciones la ley inviolable, o suscitar escándalos cediendo a los halagos de la más desenfrenada concupiscencia. ¿A qué pronunciar votos que no pueden cumplirse sino a costa de duros sacrificios? ¿Por qué el sacerdote no puede crearse una familia dentro de las leyes morales? ¡Ah, Iglesia, Iglesia! ¡Tú quieres ser la Señora del mundo y te rodeas de esclavos! ¡Tú no puedes ser la esposa de Jesucristo, porque Jesucristo amaba la libertad y tú quieres la esclavitud! Porque todos los tuyos viven oprimidos, los unos por las escandalosas violaciones de sus votos, los otros por entregarse al anonadamiento; aquéllos por ser dóciles instrumentos de bastardas ambiciones; ninguno de vosotros vive libre y gzando de esa libertad, de esa apacible calma qué nos brinda una vida sencilla dentro del estricto cumplimiento del deber.

“En vosotros todo es violento. Domináis, pero domináis por la fuerza. Sois dueños de todos los secretos; pero, ¡de qué manera! Penetrando cautelosamente en el hogar doméstico, sorprendiendo con vuestras preguntas a la niña crédula, a la joven confiada, a la anciana débil. ¡Ah! yo sueño con otro sacerdocio. Yo seré sacerdote, sí; pero no preguntaré a nadie sus secretos. Yo amo a la Iglesia que me tendió sus brazos, y en memoria de haberme educado seré fiel a su credo, por más que éste sea absurdo en muchos conceptos, por las adiciones y enmiendas que le han hecho los hombres. Yo demostraré que la religión es necesaria a la vida como el aire que respiramos, pero una religión lógica, sin misterios ni horribles sacrificios. Yo seré uno de los enviados de la religión nueva, porque, no lo dudéis, nuestra iglesia caerá, ¡caerá... bajo la inmensa pesadumbre de sus vicios! ¿Veis esos pequeñitos que ahora duermen

en los brazos de sus madres? Pues esos espíritus traen en sí el germen divino de la libertad de conciencia; yo seré sacerdote de esa generación que ahora comienza a sonreír. Sí, nada quiero de vuestras pompas; quedaos con vuestras mitras y vuestras tiaras, vuestros báculos de oro, vuestros capelos y vuestros mantos de púrpura. Yo iré a predicar el Evangelio entre los humildes de corazón; yo prefiero sentarme en una peña a ocupar la silla que le atribuís a San Pedro. Y ya que mi destino me negó una familia, ya que me afilié a una escuela que le niega a sus adeptos el placer de unirse a otro ser con el lazo del matrimonio, ya que si he de vivir honrado he de vivir solo, como quiero tener mi conciencia muy tranquila me rodearé de niños, porque los niños son la sonrisa del mundo. Yo siempre diré como dijo Jesús: ¡Vengan a mí los pequeñitos, que son los limpios de corazón!"

Al pronunciar yo estas palabras, algunos niños, que estaban en los brazos de sus madres, se incorporaron y se volvieron hacia mí; pero lo que más atrajo mi atención fue una niña de unos tres años que reposaba en los brazos de una dama de la nobleza, que se levantó y me tendió sus pequeños brazos. Yo enmudecí algunos momentos, fascinado por los ademanes de la niña, que hacía esfuerzos para venir hacia mí. Hablaba a su madre, gesticulaba, señalaba el lugar donde yo estaba, y en aquellos instantes me olvidé de todo, ¡de todo! Entre aquella compacta muchedumbre yo no veía más que a una mujer y a una niña. ¡Qué misterios gmrda la vida! Aquella misma niña fue la que diez años después me preguntó, antes de acercarse por vez primera a la mesa del Señor: "Padre, ¿querer es malo?" Aquella tierna criatura que en su inocencia quería acudir a mi llamamiento, fue la que diez años más tarde se postró ante mi confesionario, y el perfume de los blancos jazmines que coronaban su frente trastornó por un momento mí razón. Aquel ángel que me tendía sus brazos era la niña pálida, la de los rizos negros, en cuyo corazón, desde pequeñita, mi voz encontró el más dulce eco. ¡Cuan lejos estaba yo entonces de pensar que la tumba de aquella niña había de ser mi santuario!

Al ver que los niños respondían a mi llamamiento, sentí un placer inexplicable, y seguí diciendo: ¿Veis? ¿Veis cómo los pequeñitos ya escuchan mi voz? Es porque presienten que yo seré para ellos un enviado de paz. Sí, sí; los niños, los puros de corazón, serán los amados de mi alma, para ellos será el mundo del amor que guarda mi espíritu.

¡Religión, religión del Crucificado, religión de todos los tiempos, tú eres verdad cuando no te encierran en los monasterios ni en las iglesias pequeñas...! Y hablé tanto, tanto, y con tan íntimo sentimiento, que dominé por completo a mi auditorio, y hasta los penitentes negros dejaron de mirarme con encono.

Cuando dejé de hablar la multitud tomó por asalto la escalera del pulpito y me aplaudió frenética, delirante. Me aclamó como enviado del Eterno, porque la voz de la verdad siempre encuentra eco en el corazón del hombre.

¿Y quién era y)? Un pobre ser abandonado por sus mismos padres... ¿Quién más pobre que yo...? Pero en medio de mi extremada pobreza siempre he sido rico, muy rico, porque nunca me ha torturado el remordimiento, nunca el recuerdo de una mala acción ha cubierto de rubor ni frente, siempre he mirado dentro de mí mismo y he visto que no era culpable.

¡Gracias, Señor! Mis padres terrenales me abandonaron, pero no hay huérfanos, porque tú nunca abandonas a tus hijos; éstos si que se olvidan de ti, y viven en la orfandad de sus desaciertos.

¡Pobre niño!, tú has traído a mi memoria los recuerdos de mi primera edad, tú me has hecho consignar en este manuscrito los sucesos que durante muchos años he tratado de apartar de mi mente; y hoy, al contemplarte, al ver que otro ser entraba como yo en la vida por la senda del infortunio, me he sentido más fuerte y he dicho: "No sólo yo he sido el maldito de mis padres; este niño es hermoso, en sus ojos irradia el amor, y en su frente la inteligencia, y también para él ha sido negado el amor maternal. Ya no he sido yo solo; entonces, ¿por qué ocultar estos primeros episodios de mi existencia cuando encierran una útil enseñanza? pues en ellos queda demostrado que el hombre es grande sólo por sí mismo. Yo he podido sentarme en el primer sitial del mundo y a los cinco años me encontré solo en la tierra y solo del modo más triste, por la ingratitud de aquellos que me dieron el ser; pero, como yo, en

medio de mi abandono, al pensar, conocí que en mí había un destello de la divinidad; cuando vi cómo los hombres se hacían sabios, yo aspiré a serlo, y reflexioné: si nada posees, por la misma razón debes adquirir sabiduría...".

Quise vivir y he vivido, quise ser libre y lo he sido, porque no me han dominado mis pasiones. He creído siempre que la felicidad no es un sueño, y es certísimo que no lo es. Nadie ha tenido menos elementos que yo para ser dichoso, y sin embargo lo he sido. Al lado de una tumba he encontrado la felicidad; el hombre no es feliz porque no ve más que el tiempo presente; pero el que cree que el tiempo no tiene fin ni medidas que se llaman pasado o futuro, el que presiente el infinito de la vida, para ése no existen las sombras; por eso no han existido para mí, porque siempre he esperado en un día sin ocaso, porque siempre he oído voces lejanas; muy lejanas... que me han dicho: "La vida no se extingue nunca! ¡ tú vivirás.., porque todo vive en la Creación!" Y ante le certidumbre de la eternidad todos los recuerdos tristes se borran de mi mente, veo la luz del mañana y las sombras de mi pasado se esfuman ante el sol espléndido del porvenir.

EL AGUA DEL CUERPO Y EL AGUA DEL ALMA

¡Vosotras, mujeres felices, que habéis tenido la dicha de la fecundidad!; ¡vosotros, hombres afortunados que os habéis visto renacer en vuestros hijos!, nunca obliguéis a éstos a que sean sacerdotes, jamás se os ocurra decirles: ¡Conságrate a la Iglesia!, porque la Iglesia no es madre, únicamente es madrastra, y el sacerdote que quiere cumplir con su deber es profundamente desgraciado. Yo lo sé por mí.

El hombre o la mujer que se consagra a la iglesia romana comete un suicidio que aplaude la sociedad, porque la sociedad en masa se parece a la multitud del pueblo en día de revolución, que grita porque oye gritar, y pide porque oye pedir; pero no sabe por qué grita, no comprende lo que pide; del mismo modo cuando una mujer entra en el convento se dice: "Dichosa de ella! ¡Ya dejó las fatigas de este mundo! ¡Imbéciles! La fatiga, el anhelo, el afán, lo lleva el espíritu consigo, es su patrimonio; el espíritu tiene que vivir y lo mismo siente en medio de las multitudes que en el rincón oscuro de una celda; no hay ayuno, no hay penitencia, no hay cilicio que agote las fuerzas del alma; ésta es potente mientras conservan perfecto equilibrio sus facultades mentales. Si los muros de los conventos hablaran...! si sus piedras carcomidas pudieran acudir a un lugar donde las muchedumbres acudieran para escuchar lo que dijeran las piedras de los monasterios, parecería que había sonado la trompeta del juicio final, y que habían llegado los días del Apocalipsis! ¡Todo sería confusión y espanto! ¡qué revelaciones tan horribles! ¡qué relatos tan interesantes y tan patéticos! ¡qué episodios tan dramáticos, y qué desenlaces tan verdaderamente trágios...!

¡La mujer!, hermosa flor de la vida que crece lozana en el invernadero del hogar doméstico.

¡La mujer!, nacida para amamantar al niño, para rodearle de tiernos cuidados, para aconsejarle en su juventud, para consolarle en su vejez... ¡Un ser tan itil por voluntad de Dios... y tan inútil como se toma en el seno de algunas religiones.., condenando a la esterilidad a la que es la fuente de la reproducción!

Y el hombre... un ser tan fuerte y animoso que lleva consigo la emanación, de la vida, que atraviesa los mares, que cruza los desiertos, que sube a la cumbre de las montañas, que domina a las fieras, que con sus inventos y sus descubrimientos utiliza todo lo que le ofrece la naturaleza, ese ser tan grande que dice con legítimo orgullo: "Dios me hizo a su imagen y semejanza", ¿a qué ve reducido todo su poderío cuando se postra ante un altar y pone en sus labios la hostia consagrada, y bebe el vino que simboliza la sangre de Dios? ¿Qué es aquel hombre? Es un autómata, es un esclavo, no tiene voluntad propia; el último mendigo de la tierra tiene más derechos para ser dichoso. Él tiene que mirar a las mujeres, que son la mitad de su ser, como elementos de tentación; él tiene que oírse llamar padre sin poder estrechar a su hijo contra su corazón; sin poder decir: "Miradle, ¡qué hermoso es! ¡Ya me conoce! Cuando siente mis pasos levanta la cabeza y se vuelve para mirarme". Estos goces supremos, estas alegrías divinas, están negadas para el sacerdote. Si cede a la ley natural, tiene que ocultar sus hijos, como oculta el criminal el objeto robado, dejando caer sobre la frente de aquellos inocentes la mancha de un nacimiento espurio, pues la sociedad tiene sus leyes, y el que vive fuera de filas cumple mal. El goce ilícito no es goce, es la fiebre del alma, y la calentura languidece el cuerpo y fatiga el espíritu. El sacerdote, gozando de las expansiones de la vida, infringe la ley que juró, y nunca la infracción fue la base de esa felicidad, de esa felicidad noble, santa y pura que engrandece al espíritu que le crea una verdadera familia en el mundo espiritual.

¡Oh, el verdadero sacerdote es inmensamente desgraciado! ¡Iglesia, Iglesia, qué mal has comprendido tus intereses! Te has rodeado de árboles secos, tus comunidades religiosas se asemejan a bosques arrasados por el incendio, cuyas calcinadas raíces no tienen savia para alimentar a sus retoños.

Tú has infringido la ley natural, tú has martirizado a los hombres, tú has estacionado a los espíritus, tú te llamas la señora del mundo... pero tu pueblo no sirve para sostener tu trono. Tus vasallos se dividen en dos fracciones: los buenos, son autómatas, son hombres convertidos en dóciles instrumentos, son cosas; y los malos, son impostores, son hipócritas, son sepulcros blanqueados. ¡Ah! ¿por qué me afilié a ti? ¿por qué fui tan ciego? Porque la soledad es muy mala consejera; ¡y yo he vivido tan solo...! Abandonado de mi madre, busqué en la Iglesia el cariño maternal; pero esta segunda madre también me rechazó cuando le dije lo que sentía, cuando me proclamé apóstol de la verdad. Ella me llamó hijo espurio, me calificó de apóstata, y me arrojó de su seno como arroja la prostituta al hijo que la estorba. Sin duda en otras existencias yo habré sido un mal hijo cuando ahora me he visto condenado a vivir sin madi.

Y yo amo a la Iglesia; sí, la amo; porque la amo quisiera verla despojada de sus ricas y perecederas vestiduras. Y no quisiera ver a sus sacerdotes con trajes de púrpura y en marmóreos palacios; preferiría que habitasen en chozas; que fueran felices rodeados de una familia amorosísima, y que a la faz del mundo pudieran decir sus individuos: Ése es mi padre, y aquélla es mi madre. Y porque a mis superiores les dije mis deseos, porque el día de mi primera misa me presenté diciendo la verdad, al día siguiente de la ceremonia me dijo el general de los penitentes negros: ¡Vete, huye, porque tu palabra está inspirada por el enemigo de Dios! Tú recibes inspiraciones de Luzbel y no puedes estar entre los siervos del Altísimo; mas porque no se diga que tu madre la Iglesia te abandona, irás a ocupar la vacante de un curato en un pueblo.

Antes de ir a mi destino, sufrí el destierro, el hambre, la calumnia, y sin saber por qué, cuando llegó el momento de ir a tomar posesión de mi pequeña iglesia, sentí frío. Llegué al lugarejo, que estaba situado en un valle rodeado de altísimas montañas, y no se veía más que un pedazo de cielo siempre cubierto de espesa bruma; allí la naturaleza no hablaba al alma, no había hermosos paisajes que elevaran al espíritu y lo condujeran a la contemplación del infinito; pero, en cambio, había hermosísimas mujeres que guardaban en sus ojos todo el color azul que faltaba en su cielo.

Librodot

Me recibieron con palmas y olivos, y acudieron presurosas a confiarme sus secretos todas las jóvenes de aquellos valles, y al escucharlas, al ver cómo las dominaba el fanatismo, que le decían a un hombre joven que no conocían lo que les daba vergüenza de confiar a sus madres; al ver aquella profanación que autorizaba la costumbre; al yerme joven, depositario de tantas historias, sin más derecho para desempeñar tan delicado cargo que ser un hombre como los demás, lleno de pasiones y de deseos, que temblaba emocionado ante aquellas mujeres jóvenes y bellas, que me abrían el libro de su corazón y me decían: "Leed...! "; cuando yo calculaba todo lo absurdo, todo lo comprometido de aquellas confidencias, decía: "Señor, esto no lo manda tu ley, imposible! ¡Tú no puedes pedir que se convierta en piedra un corazón de carne !".

¿Por qué me has dado juventud? ¿Por qué n has dado sentimiento? ¿Por qué me has dado vida si me habías de condenar a muerte...? ¡Esto es insufrible...! esto es superior a las débiles fuerzas del hombre. La confesión, si existiera el demonio, diría que éste la inventó. Hablar con una mujer sin licencia alguna, saber uno por uno sus pensamientos, sin que le oculte su menor deseo; dominar su alma, reglamentar su método de vida.., y después... después quedarse solo.., o cometer un crimen abusando de la confianza, de la ignorancia de una mujer, o r pasar los goces y las alegrías como visión fantástica de un sueño.

Yo creo firmemente que la religión, para ser verdadera, debe proceder en todos sus actos en armonía con "la razón, y la confesión no lo está, especialmente en individuos de ambos sexos en cuya frente no hayan dejado los años copos de nieve.

En aquel reducido lugar me ahogaba; las costumbres dejaban mucho que desear, adoraban a un Dios de barro, les cegaba el fanatismo, y comprendí que yo no era a propósito para vivir entre ellos. Temía caer, dudaba de mis fuerzas, y en la duda me abstuve de luchar; quería engrandecer mi espíritu, quería purificar mi alma, y para esto necesitaba más soledad, menos incentivos; porque si bien nuestro ser siempre se agita, resultaba más fácil de dominar y vencer un deseo que resistir a una tentación continua. No quiero la soledad de los anacoretas, porque el aislamiento absoluto estaciona al hombre, pero tampoco quiero luchar con enemigos cuyo número pueda vencerme; para salir del riesgo es necesario dominar la situación, conservando con sumo cuidado el perfecto equilibrio de nuestros sentidos. Pedí a mis superiores que me trasladaran; mas por lo mismo que yo pedí me fue negado; y yo, entonces, como si algo me dijera "Vete!", decidí abandonar aquel paraje donde luchaban en toda su efervescencia las pasio nes, la ignorancia y la juventud.

Cuando mi grey supo que los dejaba, emplearon todos los me dios que puede sugerir el cariño para detenerme. Me amaban, especialmente algunas mujeres me amaban demasiado; me llamaban su salvador, ¡su ángel de la guarda!, pero yo allí no vivía, ¡necesitaba de más pureza, de más sencillez, de más cielo, de más luz, de más aire, de más vida!; aquellas montañas eran demasiado áridas; la vegetación de aquellos valles, en los cuales apenas llegaban los rayos del sol, y eso tras larguísimos intervalos, era débil y
enfermiza; y huí, porque estaba sediento, y en aquel pobre lugar no había encontrado ni agua para el cuerpo ni agua para el alma. Miguel y Sultán me siguieron, y ambos me miraron, diciéndome con sus ojos: ",Adonde iremos?". Y yo les decía: "Allí donde encuentre agua, porque me muero de sed".

Caminamos días y días, deteniéndonos en las aldeas, pero en ninguna parte me encontraba bien, y decía a mis compañeros: "Sigamos adelante; el hombre tiene obligación de vivir, y para vivir yo necesito aire, espacio y luz".

Una mañana subimos a una montaña, y al yerme en la cima lancé un grito de admiración: por una parte, el mar murmuraba a mis pies su eterno hosanna, el sol cubría la movible superficie de las ondas con una lluvia de deslumbradores diamantes, y por el otro lado valles floridos, verdes ribazos, alegres riachuelos que serpenteaban entre las colinas; mansos rebaños pastaban en sus orillas, y un enjambre de chicuelos, disputaalo su ligereza y su agilidad a los cabritillos, corrían unos en pos de otros, lanzando exclamaciones de júbilo a las cuales contestaban los innumerables pajarillos que anidaban entre el follaje.

Aquel paisaje encantador me impresionó tan profundamente, que durante largo rato permanecí sumergido i extática meditación. Sultán se echó a mis pies, Miguel se entregó al reposo; todo en torno respiraba amor y paz. Al fin exclamé, dirigiéndome a Dios:

"Señor, si tú lo permites, yo quisiera quedarme en este lugar, pues aquí encuentro ese algo inexplicable que me hace vivir. Una voz lejana me pareció que me dijo: ¡Te quedarás...!" Y yo, alborozado, les dije a mis compañeros; "Vamos, vamos a recorrer esa llanura. En aquellas casitas que yo distingo a lo lejos me parece que vivirán seres virtuosos", Y comenzamos a descender de la montaña. A la mitad de nuestro descenso, sentimos el agradable ruido que produce el agua de un abundantísimo manantial, que formaba una artística cascada, porque nada tan artístico como la Naturaleza. Nos quedamos agradablemente sorprendidos, y todos bebimos afanosos el mejor líquido que se conoce en el mundo, el agua, que brotaba de una peña coronada de helechos y de musgo; me senté al pie de aquella hermosa fuente formada por la mano de Dios, diciéndole a Miguel: "Bebe, ésta es la fuente de la salud. Desde que he bebido me encuentro mejor. Reposemos aquí". Sultán, mientras tanto, reconocía el teneno.

Media hora habría pasado entregado a mis pensamientos, cuanio vi llegar a un pobre hombre cubierto de harapos, que se apoyaba en un niño, cuyo rostro estaba desfigurado por los estragos que en él había hecho la lepra; al tenerlo cerca de mí, vi que el mendigo era ciego. ¡Infelices! ¡cuánta compasión me inspiraron! Llegaron al manantial y bebieron con avidez, volviendo a emprender su camino. Yo les seguí, y entablé conversación con el mendigo, que me dijo que iba a la vecina aldea, donde siempre le daban abundante limosna, tanto que a veces de lo que le sobraba daba a otros compañeros de infortunio, pues allí hasta los niños eran caritativos. Al oír tan consoladoras palabras, no pude menos que exclamar: "Bendito sea este rincón de tierra! ¡Aquí se encuentra agua para el cuerpo y agua para el alma!" Y como si algo providencial respondiera a mi pensamiento, un grupo de niños nos obstruyó el paso, y exclamó uno de ellos, dirigiéndose al ciego:

"Cómo has tardado tanto, buen Tobías? Hace más de dos horas que te aguardamos. Toma, toma, que te traemos muchas cosas bue nas". Y se apresuraron a echar en las alforjas del pordiosero graales panes, quesos y frutas, y lo que más me conmovió fue que el mayor de los niños le dijo al mendigo, con voz cariñosa: "Yo te llevaré la carga para que descanses, y apóyate en mí para que tu hijo quede libre y pueda jugar hasta que lleguemos a mi casa". El pequeño leproso no se hizo de rogar, se apartó de su padre y comenzó a jugar con los niños y con Sultán, que pronto se hizo amigo de todos; y en tan agradable compañía entré en la aldea donde he permanecido 37 inviernos, y Dios sólo sabe cuántos años estaré aún.

Cuando me vieron, sus habitantes me hablaron todos con el mayor afecto, como si me conocieran desde mucho tiempo; y un anciano me dijo: "En qué momento tan oportuno llegáis, señor...! El cura de esta aldea está muriendo, y cuando se muera, sabe Dios los meses y aun los años que estará este rebaño sin pastor. Somos tan pobres, que ningún abad quiere venir aquí.

Jesús amó a los humildes, pero sus ministros no quieren seguir sus huellas".

Aquella misma noche, el buen cura del lugar dejó la tierra. Yo recibí su última confesión, y a pocos seres he visto morir con tanta serenidad. ¡Nada más consolador que la muerte del justo!

¡Con qué tranquilidad deja este mundo! ¡qué sonrisa tan dulce anima su semblante!

Aquella muerte me hizo pensar mucho, porque parecía un sireso providencial. Yo miraba en torno de mí y veía seres cariñosos, expansivos, pero no fanáticos ni ignorantes, y me pareció como imposible que yo pudiera vivir en un paraje donde había encontrado agua para el cuerpo y agua para el alma. Yo pensaba, y decía: "Señor! ¿Seré egoísta si me quedo aquí?" Pero una voz lejana, muy lejana, repetía a mi oído:

-No, no eres egoísta. En cuanto a bienes terrenales, aquí vivirás tan pobre que serás enterrado de limosna; no es egoísmo querer practicar el bien, y es prudencia huir del peligro, huir del abismo donde se tiene la certeza de caer.

Librodot

El hombre debe procurar siempre vivir en una atmósfera que no le asfixie, sino que al contrario le brinde paz y alegría; el espíritu no viene a la tierra a sufrir, porque Dios no le ha creado para el sufrimiento. Viene para ensayar sus fuerzas, para progre sar, pero no para sostener esos pugilatos que exigen las absurdas religiones. Haz el bien, y en el bien vivirás. La tierra m es un desierto estéril; hay manantiales de agua cristalina para saciar la sed que siente el cuerpo, y también hay raudales de virtudes para saciar la sed que siente el alma.

No me queda la menor duda de que los espíritus del Señor ha blaban conmigo, porque yo siempre he dudado de mí, y siempre voces lejanas, muy lejanas, pero lo bastante perceptibles, me han fortalecido, me han aconsejado y han disipado todas mis dudas.

Mi única aspiración ha sido ser bueno. He renunciado a la felicidad que me ofrecen las pasiones terrenales porque mi credo me ha negado crearme una familia; pero en cambio, gracias al Señor, he podido vivir en un paraje donde he hallado el agua del cuerpo y el agua del alma.

Entré en un mundo sediento de amor, y el amor de los desgraciados calmó mi sed.

EN LA CULPA ESTÁ EL CASTIGO

Señor, si fuese posible que la humanidad viviese luengos años sin reproducirse, sin que se viese renacer en sus hijos, ¡qué triste sería vivir en el mundo si no hubiera niños, si no pudiesen fijarse nuestras miradas en esas caritas color de rosa animadas por unos ojos brillantes, coronadas por abundantes rizos e iluminadas por una sonrisa celestial...!

Nos olvidaríamos de la armonía celestial, si no escucháramos las voces argentinas de los niños. ¡ Qué agradable es la conversación de los pequeñuelos! Cuánto, cuánto nos instruye! Porque sus reiteradas preguntas nos ponen en la precisión de contestar a ellas y a veces nos hacen tan profundas observaciones que nos vemos obligados a pensar, porque decimos: “Este niño nos vence en penetración”; y como el amor propio nos domina, no queremos que se diga que un pequeñito sabe más que nosotros, y nos apresuramos a estudiar sobre el asunto que nos ha preguntado, para servirle de maestro.

Poderoso incentivo han sido para mí los niños, y a ellos debo mis más profundos estudios en Geología, en Mineralogía, en Astronomía, en Agricultura, en Horticultura y en Floricultura, porque sus incesantes preguntas me animaban a preguntarle a la Naturaleza.

¡Cuánto he amado y amo aún a los niños...! ¡Y este amor tiene su razón de ser! ¡Como que he vivido tan solo...! ¡Nunca fueron tan amargos los primeros años de mi vida...! Nunca su recuerdo se ha borrado de mi mente: ¡aun me veo sentado a la orilla del mar mirando el sol y el cielo, sin que una madre cariñosa viniera a buscarme, sino que yo era el que salía al encuentro de los pescadores, y les ofrecía mis servicios para que en cambio me dieran un pedazo de pan negro. Como sé con cuánta envidia miran los niños a los seres felices, por esto he procurado siempre ser el padre cariñoso de todos los pequeñuelos que han quedado huérfanos o que la rudeza de su familia no les ofrece esa ternura, ese cariño que hace la felicidad de aquellos que comienzan a vivir.

Junto a mí no he permitido que ningún niño sufra. Por eso siempre me han rodeado los pequeñitos: ellos han sido y aún son mi escolta. Los habitantes de los pueblos comarcanos, cuando ven muchos niños reunidos, dicen sonriéndose: “El padre Germán no debe de estar lejos”. Y no lo estoy, efectivamente; los mendigos y los chicuelos son mis mejores amigos. Así es que los pequeñitos, en cuanto ven a un pordiosero, corren a buscarme acompañados de Sultán, y al verlos no necesito preguntarles qué quieren, pues sé que un desgraciado reclama mi asistencia, y les digo: “Guiadme, hijos míos”. ¡Qué contentos se ponen cuando me dejo

conducir por ellos! El uno me coge del brazo, el otro se agarra a mi capa, y como si yo no conociera palmo a palmo todo el terreno que circuye la aldea, mis guías me dicen: “Por aquí es más cerca”. “Por allá es más lejos”, “Más adelante hay un mal paso”. Y aquellas infantiles y cariñosas precauciones me hacen sonreír. ¡Es tan grande verse amado, y especialmente verse querido por almas buenas!...Porque hay pocos niños que sean malvados!; la ambición, la pro funda avaricia no se despierta en los primeros años, y las demás pasiones que empequeñecen al hombre no se desarrollan sino en la juventud; la niñez es el símbolo de la pureza, exceptuando espíritus rebeldes; pero la generalidad de los niños son las hermosas flores de la vida; el delicado aroma de su alma purifica la atmósfera de este mundo, tan inficionada por los vicios y los crímenes de los hombres.

Los horas más tranquilas de mi existencia se las debo a los niños; la ternísima confianza que ellos tenían en mí me daba aliento para sacrificarme en bien de la humanidad. Yo decía: “Si ellos fijan sus ojos en mí, es preciso que yo les dé un buen ejemplo”, y luchaba para dominar mis pasiones, y al vencer, al dominarme, me presentaba a ellos tan contento porque así inoculaba en sus tiernos corazones la savia de la verdadera vida. La vida sin virtudes es un suicidio lento, y en cambio, ennoblecida por el cumplimiento del deber, santificada por el amor universal, es el instrumento más precioso que posee el espíritu para su perfeccionamiento indefinido.

Ocho años habían pasado desde mi llegada a la aldea, y durante ese tiempo había conseguido crearme una gran familia; los ancianos venían a pedirme consejo, los jóvenes me contaban sus cuitas y me confiaban la historia de sus amores; los niños, si yo no presenciaba sus juegos, no estaban contentos; de consiguiente, había realizado mi bello ideal, había formado las sólidas bases de la religión que yo enseñaba, había convertido mi vieja iglesia en un nido de amor y de esperanza.

Una tarde estaba yo estudiando cuando vi entrar en mi oratorio a Sultán, que vino, como de costumbre, a apoyar su inteligente cabeza sobre mis rodillas. Después me miró y lanzó un aullido lastimero, cenando los ojos. Dos niños venían con él, y al verle que abrió y cenó los ojos varias veces se echaron a reír, y el mayor me dijo: “Padre, ¿no entendéis lo que os dice Sultán? os dice que hemos encontrado una pobre ciega. ¡Venid, Padre, venid! Ésta sí que necesita de vos, porque está blasfemando, está diciendo a gritos que no hay Dios. ¡Qué mala debe de ser esa mujer! ¿Verdad, padre, que debe de ser mala?”

Sin saber por qué, las acusaciones de aquel niño me hicieron daño, y le dije:

-Mira, hijo mío, nadie tiene derecho a juzgar a otro.

-Pero sí dice que no hay Dios -replicó el niño-; ya veréis, ya veréis.

Salí con mis infantiles compañeros, y nos dirigimos a la fuente de la Salud, donde encontré el siguiente cuadro: Diez o doce pequeñuelos rodeaban a una mujer que estaba casi desnuda, con el cabello suelto, los ojos hundidos pero abiertos, rodeados de un círculo violáceo, más bien cárdeno, tenían una fijeza aterradora. A pesar de estar muy delgada (pues parecía un esqueleto), en el rostro de aquella infortunada se veían las huellas de su perdida hermosura; su perfil conservaba el sello de la perfección. La miré atentamente y parecía que una voz murmuraba a mi oído: “Mírala bien! ¿No te acuerdas? Vuelve la vista atrás”. Yo en mi mente iba evocando todos mis recuerdos, y la voz me decía: “Más lejos...! ¡más lejos aún...!” Y fui retrocediendo hasta la pobre casucha donde pasé los primeros años de mi existencia. “,Aquí? -pregunté--. ¿Aquí debo detenerme?” La voz misteriosa no contestó a mi pregunta; pero los apresurados latidos de mi corazón me dijeron que entre aquella mujer y yo había un íntimo parentesco; entre la infeliz blasfemadora y el padre de las almas existh un lazo, el lazo más fuerte que une a los seres entre sí: ¡Yo era carne de su carne! ¡yo era hueso de sus huesos! ¡Aquella desgraciada era mi madre...! No me quedaba la menor duda. ¡Era ella!, sí; y por si alguna duda hubiera podido quedarme, comenzó a maldecir de un modo tan horrible que me hizo estremecer, porque se me presentó mi primera edad. Sin poder dominarme, un temblor convulsivo se apoderó de mi ser, y las lágrimas de fuego afluyeron a

Librodot

mis ojos para después torcer su curso y caer como hirviente lava sobre mi corazón. Lloraba de pena y de vergüenza a la vez, pues me avergonzaba de que aquella mujer fuera mi madre.

Hay momentos en la vida en los cuales se sienten tan diversas emociones, que es del todo imposible conocer y precisar cuál es el sentimiento que más nos domina; pero la pregunta de un niño me hizo volver en mí. Entre los que me acompañaban había uno que tendría de cuatro a cinco años, de gran inteligencia, que más de una vez me había dejado sorprendido con sus inesperadas observaciones. Se acercó a mí, y mirándome fijamente, me dijo:

-Padre, ¿qué haríais si vuestra madre fuera como esta mujer?

-Amarla, hijo mío le contesté-; a la mujer que nos llevó en su seno siempre se la debe mirar como un ser sagrado.

¿Y si blasfemara como ésta?

-Del mismo modo debemos amarla; y más aún, porque los enfermos son los que necesitan del médico.

El niño, al oír mi contestación, me miró dulcemente, dibujándose en sus labios una sonrisa divina, y siempre he creído que, en aquella ocasión, el pequeñito fue intérprete de un espíritu del Señor, que teniendo piedad de mi desvarío, me envió uno de sus ángeles para recordarme mi deber.

Me acerqué a mi madre, que lanzaba gritos feroces; apoyé mis manos en su cabeza y a su contacto se estremeció. Quiso huir, pero no pudo: sus piernas flaquearon, y estaba a punto de caer cuando la sostuve y la senté en una piedra.

¿Quién me toca? -preguntó con acento iracundo.

-Un ser que os compadece y que desea seros útil.

-Pues mira -me dijo, dulcificando la voz-, llévame a un de siento donde se pueda morir de hambre y de sed, porque yo quiero morirme, y no lo puedo conseguir.

¿Y por qué queréis morir?

-Para no padecer y para no cometer más crímenes. Las palabras de mi madre parecían agudas flechas envenenadas que se clavaban en mi corazón, y yo hubiera querido que ni los árboles la hubiesen escuchado; por esto me apresuré a decirle:

¿ Tendréis fuerzas para andar?

¿Porqué?

-Para llevaros a un lugar donde podáis descansar.

-Pero si yo no quiero descansar, yo quiero morir, porque me atormentan mis hijos.

¿Que te atormentan tus hijos?

Sí, sí ¡ aquí están, aquí... llévame, llévame a donde yo no los vea! -Y la infeliz mujer se levantó espantada, pero sin duda la debilidad producida por un ayuno prolongado le impidió dar un solo paso. Yo la sostuve entre mis brazos y ordené a los niños que corrieran a la aldea a buscar hombres que trajeran una parihuela para colocar en ella a la pobre ciega. Todos corrieron, pero como la fuente de la Salud dista mucho trecho de la aldea, tardaron largo rato en volver y yo tuve tiempo de torturar mi mente con los más horribles pensamientos. Mi madre quedó sumergida en un letargo profundo. Recliné su cabeza sobre mis rodillas, cubrí su cuerpo con mi capa, y me decía: “He aquí las consecuencias de un crimen. Si esta mujer hubiera sido buena, si me hubiera amado, ¡yo h hubiera querido tanto... tanto!... ¡Madre mía! Y aprendiendo un arte o un oficio, la hubiera mantenido con el producto de mi trabajo, y creándome una familia, mis hijos hubieran sido la alegría y el alivio de su vejez. En cambio, con su abandono, yo me condené a vivir muriendo; y ella... ¡cuánto debe de haber sufrido...! ¡Cuántos desaciertos habrán atraído sobre su cabeza enormes responsabilidades! ¡Cuan bien se comprende que en la culpa está el castigo! Más desamparado quedé yo en el mundo que ella y, sin embargo, a costa de sacrificios me he rodeado de una numerosa familia, soy ministro de una religión y difundo la moral de Cristo. ¡Y ella...! No hay que preguntar cómo ha vivido, pues su tristísimo estado lo demuestra. ¡Ah, Señor, Señor, inspírame! ¡Yo quiero

Librodot

perdonar como tú perdonaste, yo quiero amar a esta desgraciada para devolver bien por mal, pues sólo practicaré tu ley!".

¡Qué hora tan solemne es la del crepúsculo vespertino! La Naturaleza le dice al hombre: "Ora!", y el alma más rebelde siente una emoción inexplicable, y si no piensa en Dios, piensa en sus muertos y ruega por su eterno descanso.

Al fin volvieron los niños, acompañados de varios hombres que transportaron a mi madre a la aldea, y la llevaron a una casa que servía como de hospedería a los mendigos y de hospital para los enfermos, en particular para las mujeres, pues los hombres solían hospedarse en la Rectoría y en mi oratorio, porque nunca permití que se quedase en él ninguna mujer.

Mi pobre madre, a los quince días, estaba desconocida: su cuerpo, perfectamente limpio, estaba bien abrigado; sus enmarañados cabellos estaban cuidadosamente peinados y recogidos dentro de una cofia más blanca que la nieve; muy bien alimentada, reposaba tranquila, aunque a intervalos se exasperaba y decía que la llevasen a un desierto para morir de hambre y de sed.

Las buenas mujeres que cuidaban de las enfermas sin duda le debieron de hablar muy bien de mí, y hubieron de aconsejarle que hiciese una confesión general para descargar su conciencia, porque una mañana la vi entrar en la iglesia guiada por un niño. Salí a su encuentro y me pidió que la escuchara. La llevé a mi aposento, la hice sentar en mi sillón y le dije:

-Ya podéis comenzar.

-Tengo miedo de hablar.

¿Porqué?

-Porque he sido muy mala, y cuando sepáis quién soy, me echaréis de aquí, y aunque a veces quiero morir, ahora me encuentro tan bien... que temo perder este abrigo. ¡Hacía tanto tiempo que no dormía bajo techado...!

¡Cuanto sufría al escuchar sus palabras!; pero me repuse y le dije:

-No temáis de perder la franca hospitalidad que aquí habéis encontrado. Yo, como sacerdote, tengo una obligación sagrada de amparar a los desvalidos, y nadie más desamparado que un ciego si reúne, como vos, la ceguera del cuerpo y la ceguera del alma. Yo os juro que ningún día, mientras estéis en la tierra, padeceréis ni hambre ni sed. Hablad pues, sin temor.

Entonces mi madre habló... y su relación fue tan horrible, que aunque ha pasado mucho tiempo, tanta impresión me causa el recordar su relato, que no tengo valor para trasladarlo al papel. Sólo diré que tuve diez hermanos, y todos fueron abandonados, los unos al nacer, los otros cuando aún no podían andar. Yo fui el más afortunado de todos. Al saber que otros seres habían dormido en el mismo claustro materno donde yo pasé las primeras horas de mi existencia, traté de ver si podría encontrar a alguno de ellos, pero todo fue inútil, pues mi madre no recordaba ni lugares ni fechas. La única que recordaba era la de mi nacimiento, como si la Providencia quisiera presentarme todas las pruebas para que no dudara de que aquella infeliz era mi madre. Al hablar de mí, decía:

-Padre, se llamaba como vos: Germán. ¿Qué habrá sido de él? ¡Pobrecillo! Era muy humilde y sufrido; aunque tuviera hambre, nunca me pedía pan. No era rencoroso ni vengativo, y eso que yo le atormentaba, porque no le quería. Padre, ¿por qué será que a ése no le veo y a los otros diez los veo continuamente, que me amenazan y se convierten en reptiles que se enroscan a mi cuerpo? ¡Aquí están... aquí...! -Y comenzó a llorar con tan profundo desconsuelo, lanzando unos gemidos tan desgarradores, que mi corazón se hacía pedazos, y no pude menos que atraer su cabeza contra mi pecho y llorar con ella. Yo le hubiera dicho:

"Abrázame, soy tu hijo! ", pero temí darle una emoción demasiado violenta, y, además, me parecía escuchar una voz lejana que me decía: "Espera... espera... !", y esperé.

¡Qué lucha tan horrible sostuve durante unos meses! Puse a mi madre en casa de unos aldeanos, donde la trataban con el mayor cariño, y donde ella, cuando se vio buena y fuerte, comenzó a hacer grandes abusos que sirvieron de piedra de escándalo para los morigerados

habitantes de la aldea. Se embriagaba diariamente, cometía toda clase de excesos, pervirtiendo a varios jóvenes. Los ancianos venían a darme cuenta de tales escándalos, nunca vistos en aquella localidad. Yo amonestaba a mi madre, pero no me atreví a hablarle con dureza, y aquel espíritu necesitaba del Litigo para obedecer. Cuando se le hablaba con ternura, su viciadísimo pensamiento le daba a mi tolerancia la más fatal interpretación; y al ver aquel ser tan impuro me desesperaba, y decía entre mí:

"Maldita, maldita sea la hora que dormí en tu seno!" Pero inmediatamente me decía: "Perdóname, Señor! Cuando tú me la diste por madre, me impusiste la obligación de respetarla, de protegerla, de amarla, de acariciarla. ¡ Es mi madre! Yo no tengo derecho a reprenderla", y la amonestaba pero con la mayor dulzura. Ella me escuchaba, y a veces lograba conmoverla y lloraba y me hablaba de su hijo Germán. Yo, aprovechando un día su enternecimiento, le indiqué que sabía algo de su hijo, le inventé una historia diciéndole que su hijo era compañero mío, que también era sacerdote, y que si ella enmendaba su conducta la estrecharía en sus brazos algún día. Esta promesa produjo, por lo pronto, un resultado favorable. Algo hablaba en su corazón, y dándome un estrecho abrazo, me prometió no embriagarse más; pero aquel espíritu, dominado por los más groseros instintos, volvió a caer de nuevo en la más espantosa y escandalosa degradación, y hasta a los niños hacía vergonzosas proposiciones. Mi inusitada tolerancia causaba a todos la más profunda sorpresa, porque estaban acostumbrados a mi severidad y a mi rectitud, y mi pobre madre se hizo tan odiosa por su inmoralidad, que llegué a comprender perfectamente que mis feligreses comenzaban a mirarme con cierto recelo, creyendo que me unía a aquella desgraciada algún afecto impuro. ¡Cuánto luché en aquellos días! Había momentos que me decidía a decir en alta voz: "Ésta es mi madre! Por eso no puedo tratarla con severidad"; pero en seguida veía deshacerse en un segundo mi trabajo de ocho años atrás. Para imponerse a una multitud es preciso presentarse superior a ella, y cuando esa superioridad desaparece, todo cuanto se haga es inútil. Después decía:

"Dado el caso de que me sigan queriendo y respetando, y que en consideración a mí toleren y aun compadezcan a mi madre, con sus vicios les doy un mal ejemplo. Yo podré tolerar los abusos de mi madre, pero no tengo derecho para modificar ni escandalizar a los demás con ellos.

El hombre se debe a sus semejantes, no a sus afecciones exclusivas.

Los habitantes de esta pequeña aldea son mi familia espiritual, y mi deber es velar por su reposo. Si mi mano derecha les da escándalo, debo cortármela; porque entre la torpe satisfacción de uno solo y la tranquilidad de muchos, siempre se debe preferir la mayor suma de bien; nunca debe el hombre pensar en sí mismo, sino en los demás. Yo me encuentro débil para corregir a mi madre. Cuando ella viene y me habla, mi corazón aumenta sus latidos, pero me desespero, porque conozco que sería capaz de todo, hasta de cometer un incesto; porque al hablarme de su hijo, siempre me pregunta algo que me lastima. ¡ Qué desgracia la mía! No tuve al fin más remedio que escribirle a un amigo mío, sacerdote, que tenía a su cargo la enfermería de una asociación religiosa, para que en calidad de enferma fuese admitida mi madre y la sometiesen a un régimen curativo, único medio de dominar sus vicios.

Cuando mi madre supo que tenía que abandonar la aldea para ir a una casa de curación, se exasperó; pero conseguí calmarla hablándole de su hijo Germán, y acompañada por seis hombres, salió de la aldea colocada sobre una pacífica yegua que llevaba del diestro un joven y vigoroso aldeano. Cuando la vi marchar, la acompañé hasta la fuente de la Salud y me quedé largo rato sumido en la más dolorosa meditación. Toda mi vida había suspirado por mi madre, y cuando la hube encontrado, sus vicios y su desenfrenado libertinaje me habían impedido tenerla a mi lado. Ha sido el espíritu más rebelde que he conocido. Yo he dominado a hombres cuyos instintos sanguinarios llegaban hasta la crueldad más inconcebible, mujeres depravadas han temblado delante de mí, y de muchas he conseguido un verdadero arrepentimiento. Pero sobre mi madre, la mujer que hubiera querido convertir en una santa, no he tenido poder alguno. ¿Será quizás un castigo? ¿Me habré creído, tal vez, en un momento

Librodot

de extravío, que yo tenía el poder de los ángeles buenos? Si he tenido ese orgullo, justa y merecida ha sido mi humillación; ¡pero qué humillación tan dolorosa, Dios mío! Pero no, no es esto; yo siempre he reconocido mi pequeñez Al ver a mi madre no recordé que a los cinco años me abandonó, olvidé sus malos tratamientos, y dije:

-Esta mujer me ha dado el primer aliento, y cuando pequeñito, cuando empecé a sonreír, alguna vez me habrá dado un beso, y me habrá dicho: "Que hermoso eres, hijo mío!" Y al pensar esto... mis ojos se llenaban de lágrimas, y seguía diciendo: "El hijo debe obediencia al padre", y si hubiera podido... yo la hubiera servido de rodillas. A veces venía dominada por la embriaguez, y yo, que tanto he odiado ese vicio, al verla le daba un calmante, trataba de borrar las huellas de su extravío, y le decía en tono suplicante:

"Prometedme que no lo haréis más...! " Ella no comprendió que yo era su hijo porque estaba ciega; que si su mirada se hubiera cruzado con la mía... ¡oh! entonces... mi negativa hubiera sido inútil; mis ojos le hubiesen dicho lo que callaban mis labios. ¡Qué lucha, Señor... qué lucha! Pasaron muchos días, y al fin volvieron los seis aldeanos que habían ido a acompañar a mi madre. Al verlos presentí una desgracia, porque se me presentaron graves y silenciosos, y el de más edad me dijo: "Padre, ya usted nos conoce, y sabe que sus mandatos para nosotros son un precepto de la santa ley. Así es que atendimos a la pobre ciega como si hubiera sido nuestra hija. Llevábamos diez días de viaje, y una tarde hicimos alto ante un desfiladero para reposar un momento, y, cosa rara, la yegua Corinda, que era mansa como un cordero, se encabritó, dio un bote, rompió la rienda y se lanzó a galope tendido, saltando zanjas y precipicios, y la ciega, agarrada a las crines azuzaba a su cabalgadura para que corriera. Fuimos tras ella, pero pronto nos convencimos de que todo era inútil, porque desapareció de nuestra vista en mucho menos tiempo que empleamos en decirlo; cuatro días hemos pasado entre aquellos vericuetos; pero, como no es posible descender al fondo de aquellos abismos, no hemos podido encontrar sus restos. Usted dice que no existe el diablo, pero obra suya parece lo que nos ha sucedido".

No supe qué contestar a aquel relato. El dolor y el remordimiento me hicieron enmudecer y me obligaron a dejarme caer en mi lecho, donde permanecí muchos días entre la vida y la muerte. Yo decía: "Si se hubiera quedado aquí, tal vez no hubiese muerto. Por otra parte, veía que era del todo imposible, porque el hombre que se consagra al sacerdocio tiene obligación de velar "por el pueblo que se pone bajo su amparo, y debe evitar todo cuanto le sea pernicioso a su gran familia".

¿Qué hacen los padres? ¿No apartan a sus hijos de las malas compañías? Hay prostitutas que encierran a sus hijas en un convento para que no se contagien con el vicio de su madre. Hay bandidos que le ocultan a sus hijos su modo de vivir para que éstos vivan honrados en la sociedad; entonces... yo he cumplido con mi sagrado deber alejando de la aldea a la que era piedra de escándalo, pervirtiendo a las jóvenes y a los niños; ¡pero aquella mujer era mi madre! Yo nunca la había visto sonreír, pero se me figura que alguna vez, mirándome, se habría sonreído; y como la sonrisa de una madre es la sonrisa de Dios... yo soñaba haber sido objeto de una de esas sonrisas; y lloraba, sin saber definir mi sentimiento.

Me quedó una melancolía tan profunda, que ni los niños lo graban distraerme, y no sé si hubiera sucumbido si un gran acontecimiento no hubiese dada nuevo giro a mis ideas.

Año y medio después de la muerte de mi madre, conocí a la niña pálida, la de los rizos negros, la que cuando era pequeñita quería venir hacia mí, atraída por mi voz, cuando yo decía:

"Vengan a mí los niños, que son los limpios de corazón!".

¡Ay! cuando me preguntó: "Padre, ¿es pecado querer?", cené los ojos y dije: ",Por qué no vendrá un rayo y nos destruirá a los dos?" Después los abrí, miré, pensé en los habitantes de mi aldea y razoné del modo siguiente: "Ellos toman ejemplo de mí, y yo debo cumplir con mi deber; quiero huir de la culpa, porque en ésta está el castigo". Y gracias a Dios, mi familia universal no ha tenido esta vez que avergonzarse de su padre. He sufrido, he luchado, he hecho pedazos mi coraz5n, pero he vencido dominando mis pasiones, que es lo que el hombre

debe tratar de dominar primero. Si uno no es dueño de sí mismo, no espere tener fuerza moral; ésta se adquiere cuando uno ensaya su potencia dominando sus deseos, porque entonces se convence a las multitudes, no con vanas palabras, sino con hechos que tienen la elocuencia de una demostración matemática. Los hechos entran dentro de las ciencias exactas, su verdad innegable convence hasta a aquellos que son incrédulos por sistema.

¡EL ÚLTIMO CANTO!

Hermanos míos, veo con placer que leéis afanosos las memorias de un pobre sacerdote a quien conocéis bajo el nombre de padre Germán; admiráis lo que vosotros llamáis sus virtudes, y que en realidad no fueron otra cosa que el estricto cumplimento de su deber. No penséis, hijos míos, que hice nada de particular, hice lo que deberían hacer todos los hombres: dominé mis pasiones, que son nuestros más encarnizados enemigos; esto os demostrará que sois injustos cuando decís que el clero está desposeído de buenas cualidades. En todos los tiempos ha habido excelentes sacerdotes: no os negaré que han sido los menos, y que los más han cedido a las tentaciones de la malicia, de la ambición, de la concupiscencia: mas no digáis nunca qi las religiones han sido nocivas a la sociedad, porque las religiones, en principio, todas son buenas, todas encaminan al hombre a la abstención de todos los vicios; que sus ministros no obedezcan sus mandatos, es otra cosa; pero el precepto divino siempre es grande. Tomad ejemplo en vuestra libertad: vosotros decís que la libertad es la vida, porque es el orden, es la armonía, y, sin embarco, ¡cuánta sangre ha regado la tierra, derramada en nombre de la libertad...! ¡cuántos crímenes se han cometido! ¡ cuánto se ha esclavizado a los pueblos! Pues del mismo modo las religiones han sido la tea incendiaria cuando fueron creadas para pacificar y armonizar las razas. Los sacerdotes han tenido en su mano la felicidad de este mundo, pero han sido hombres sujetos a deseos, a veleidades, se han dejado seducir, han cedido a la tentación, y pocos, muy pocos, han sabido cumplir con su deber.

Yo, si cumplí con todos mis juramentos, no pensáis que fue por virtud, sino que llega un instante decisivo en el cual el espíritu, cansado de sí mismo, se decide a cambiar de rumbo porque ya está (haciendo uso de vuestro lenguaje) acribillado de heridas: ya no puede más, y dice: “Señor, quiero vivir”. Y como querer es poder, el espíritu comienza a dominar sus pasiones, emplea su inteligencia en un trabajo productivo, y allí tenéis el comienzo de la regeneración; y cuando muchos espíritus en una nación están anima dos de ese gran sentimiento, entonces es cuando veis esas épocas brillantes de verdadera civilización, de inventos maravillosos, de mágicos descubrimientos. Si un espíritu animado de un buen deseo puede servir de consuelo a cien y cien individuos, calculad si millones de espíritus quieren ser útiles a sus semejantes, cuánto bien pueden hacer. Entonces es cuando veis las rocas convertidas en tierra laborable, los desiertos en pueblos llenos de vida, los asesinos en misioneros, las rameras en hermanas de caridad; el hombre es el delegado de Dios en la tierra, ya veis si puede metamorfosearla.

Cuando yo estuve en vuestro mundo, había pocos espíritus animados de buen deseo. Fue una época de verdadero desconcierto, por eso mi conducta llamó más la atención y a mi muerte me apellidaron el Santo; pero creedme, estuve muy lejos de la santidad, porque yo conceptúo que el hombre santo debe vivir en una calma perfecta, sin tener nunca ni una sombra de remordimiento; y yo, además de la lucha que sostuve cuando mi pobre madre estuvo en la aldea -lucha terrible, indecisión fatal que aún a veces me atormenta-, en los últimos meses de mi estancia en la tierra estuve dominado por un remordimiento, pero por un

remordimiento horrible, y mi hora postrera hubiera sido espantosa si Dios en su, misericordia suprema no me hubiese dejado recoger el fruto de unos de mis grandes afanes, que fue la conversión de Rodolfo, espíritu rebelde a quien quise y quiero con un amor verdaderamente paternal. Si no hubiera sido por él, en los últimos instantes de mi vida terrena hubiese sufrido espanto semejante. ¡ Cuánto bien me hizo entonces!

Quiero daros todos estos detalles porque deseo presentarme a vosotros tal cual soy; no quiero que me creáis un espíritu superior, pues estuve lejos de serlo; y la madre que tuve que escoger, por las condiciones dolorosísimas de mi vida, debéis comprender que tenía grandes deudas que pagar. Lo que sí tuve fue un verdadero afán de progreso, una voluntad potente empleada en el bien; esas fueron mis únicas virtudes, si virtudes se pueden llamar mis ensayos de regeneración. Algunos de vosotros habéis llegado a ese momento decisivo, queréis comenzar a vivir, y como necesitáis enseñanza yo os daré todas las instrucciones que me sean posibles, yo os diré los goces inefables que me proporcionaron las buenas obras que hice, y los sufrimientos que me ocasionó el dejarme dominar un momento por cierta influencia espiritual. Estad siempre sobre aviso, preguntaos continuamente si lo que hoy pensáis está en armonía con lo que pensabais ayer; y si veis una notable diferencia debéis poneros en guardia y recordar que no estáis solos, que los invisibles os rodean, y estáis expuestos a sus asechanzas. Yo una vez fui débil, y os aseguro que me costó muchas horas de tormento mi fatal descuido.

Un año antes de dejar la tierra, estaba yo una mañana en la iglesia, era a principios del otoño, y me encontraba triste, muy triste; mi cuerpo se inclinaba hacia la fosa, mi pensamiento estaba decaído, veía acercarse la hora de mi muerte, y como durante mi vida no había hecho más que padecer, siendo víctima de continua contrariedad, si bien tenía la certidumbre absoluta de la eterna vida e individualidad de mi alma, como en la tierra es tan limitado el horizonte que abarcan nuestros ojos, yo decía con profunda pena: “¡Me moriré sin haber vivido! En tantos años sólo algunas horas he podido contemplar el rostro de una mujer amada; pero ¡qué contemplación tan dolorosa...! ¡Ella con las convulsiones de la muerte! mi amor queriendo salvarla, y mi deber diciendo: -Llévatela, Señor; ¡ aparta de mí esta tentación! Yo que hubiera dado mil vidas por la suya... tuve que alegrarme de su fallecimiento. ¡Qué alegría tan amarga...! Me queda el infinito; pero ahora, ¡ahora no puedo recordar nada que me haga sonreír!”; y me sentía desfallecer.

Tengo observado que el espíritu se prepara con tétricos pensamientos cuando va a cometer una mala acción; y de igual manera, cuando va a hacer un acto meritorio todo parece que le sonríe. Uno está contento sin saber por qué, y es que nos rodean almas benéficas atraídas por nuestros buenos pensamientos.

Cuando uno se empeña en verlo todo negro, atrae con su intemperancia a espíritus inferiores; y yo aquella mañana estaba triste, muy triste; me encontraba hastiado de todo y quería orar y no podía; quería evocar algún recuerdo agradable y sólo surgían en mi mente dolorosas reminiscencias. Cuando más preocupado me encontraba, sentí ruido de caballos que se pararon delante de la iglesia, oí muchas voces confusas, y por último vi entrar a una mujer en el templo, la que se dirigió hacia mí; y yo, en vez de salir a su encuentro, me retiré con ademán sombrío y me senté en un confesionario, dispuesto a rehuir toda clase de comunicación, pero la mujer me siguió, y al estar cerca de mí, exclamó:

-Padre Germán, es inútil que os alejáis de mí. Vengo de muy lejos para hablar con vos; ya me conocéis y sabéis que cuando yo quiero una cosa la consigo; así que es inútil vuestra resistencia -y se anodilló delante del confesionario; pero con un ademán hostil, insultante, su cuerpo se doblegó por pura fórmula, pues se conocía que estaba dispuesta a emplear la fuerza para conseguir su deseo.

La voz de aquella mujer crispó todos mis nervios y me irritó de tal manera, que cambió por completo mi modo de ser. La conocía hacía muchos años, y sabía que era un reptil que se arrastraba por la tierra y que había causado más víctimas que cien batallas; sabía que cuando una mujer deshonraba el nombre de su padre, o el de su marido, y su deshonra se hacía

visible, llamaban a la arpía, le daban un puñado de oro y ella se encargaba de estrangular al tierno ser, fruto inocente de ilícitos amo res; sabia que ella había seducido a muchas jóvenes, y las había llevado en brazos de la prostitución; sabía que aquella mujer era peor que Caín; sabía tantos detalles y detalles tan horribles de su existencia, que cuantas veces se había puesto en mi camino había huido de ella, sintiendo una repugnancia invencible; y al verla tan cerca de mí me exasperé y le dije con acento furibundo:

-Me importa poco que vengáis de muy lejos. Nada quiero escuchar que se relacione con vos, nada; ¿me entendéis bien? Pues, idos de aquí y dejadme tranquilo; sé que pronto me iré, y tengo derecho a morir con tranquilidad, y se que hablando con vos perderé la paz de mi alma.

¿Y vos sois el santo que dicen, y aflojáis a los pecadores arrepentidos de la casa de Dios?

-Es que vos no venís arrepentida; ya sé lo que deseáis; sin duda me diréis (pues ya tengo algunos indicios de vuestro plan) que queréis reedificar esta vieja iglesia y levantar un soberbio santuario en la fuente de la Salud que sirva de hospedería a lo s peregrinos. ¿Es verdad que ése es vuestro proyecto? Pensáis que si levantáis templos en la tierra vuestra alma podrá entrar en el cielo; y hasta quizás me diréis que, cansada de la lucha de la vida, queréis vestir el humilde sayal del penitente.

-Bien dicen que sois brujo, y yo así lo creo. Efectivamente, habéis adivinado mi pensamiento: los años me abruman con su peso, temo que la muerte me coja desprevenida, y bueno es prepararse para la eternidad, si es que el alma se da cuenta de sus actos, y si nada recuerda, siempre es grato ponerse bien con el mundo y dejar una buena memoria que bone aquella huella de algunos desaciertos que he cometido, de los cuales la calumnia se ha apoderado y me han dado cierto renombre que no le quiero de modo alguno para bajar a la tumba. El oro todo lo compra. Sed razonable, dejaos de vanos escrúpulos y hagamos un contrato en regla. Yo os daré todo el oro que pidáis, y, en cambio, haced vos cuanto creáis conveniente para que mi alma repose tranquila después de la muerte, y me recuerden en la tierra con respeto, con veneración. Mi pensamiento como veis, es bueno: quiero borrar las huellas del delito y asegurar mi salvación eterna. Una buena confesión dicen que nos reconcilia con Dios; yo quiero reconciliarme con Él; así que tenéis que escucharme, porque vuestra obligación es atender a los pecadores.

Así como la serpiente va fascinando a sus víctimas, del mismo modo aquella mujer me fascinó con su mirada diabólica. Quise hablar y no pude, y ella, aprovechando mi forzado silencio, comenzó a contarme la historia de su vida. Estuvo hablando cuatro horas seguidas; y yo, mudo, aterrado, sin saber qué pasaba por mí, la escuché sin interrumpirla ni una sola vez; hubo momentos que quise hablar, pero tenía un nudo de hierro en la garganta, mis sienes latían apresuradamente, mi sangre parecía plomo derretido" que, al circular por mis arterias, abrasaba mi ser, y cuando concluyó de hablar, como si una fuerza extraña se apoderara de mí, salí de mi entumecimiento, me estremecí violentamente, me levanté iracundo, salí del confesionario, la cogí del brazo y la hice levantar, diciéndole:

Si yo creyera en sortilegios, creería que me has hechizado, cuando he tenido la paciencia de escucharte tanto tiempo; pero no, sin duda mi espíritu ha querido convencerse de tu infamia, y por eso te presté atención, para estar seguro de que eres peor que todos los Caínes, y Herodes, y Calígulas y Nerones de que nos habla la historia. Para mí no ha habido pecador que no haya encontrado en él un átomo de sentimiento; pero en ti no veo más que la más cruel ferocidad, pero una ferocidad inconcebible. Te has complacido en matar a los niños, que son los ángeles del Señor; no te has conmovido viendo su impotencia; nada te han dicho sus ojos, que guardan el resplandor de los cielos. Te has apoderado de ellos como fiera sin entrañas y te has sonreído cuando los veías agonizar; y después de tantos crímenes, después de ser el oprobio y el horror de la humanidad, quieres levantar un templo, quieres profanar esta pobre iglesia, revistiéndola con mármoles comprados con un dinero maldito; quieres envenenar la fuente de la Salud haciendo servir el manantial de Dios para un tráfico infame;

Librodot

quieres comprar el reposo eterno con una nueva alevosía. ¡Miserable! ¡sal de aquí! ¡para ti no tiene Dios misericordia! Ahora, piensas en el reposo... y tú no puedes reposar jamás... tú tienes que ir como el judío errante de la leyenda bíblica, recorriendo el Universo; cuando pidas aguas, los niños que tú asesinaste te presentarán su sangre mezclada con hiel, y te dirán "Bebe y anda!", y tú andarás, y andarás siglos y siglos sin que la luz del sol hiera tus ojos, y cerca de ti, muy cerca, oirás voces contusas que te dirán: "Maldita, maldita seas...!" Y yo doy comienzo a decírtelo, yo te digo: ¡Sal de aquí, que las paredes de este santo templo parece que se agrietan, parece que quieren desplomarse para no servir de bóveda a tu cabeza, a tu horrible cabeza, donde no han germinado más que las ideas del crimen! Yo, que para todos tuve compasión y que oculté a tantos malhechores, para ti no tengo más que el anatema y la excomunión. ¡Huye de aquí, maldita de los siglos! ¡huye de aquí, leprosa incurable! ¡huye de aquí, que el sol se nubla porque no quiere contagiarse contigo! -Y como si la naturaleza quisiera ayudarme, se desencadenó una tempestad de otoño, aneció el viento, rugió el huracán, y aquella mujer tuvo miedo, tembló de espanto, creyó llegado el juicio final y gritó con verdadera angustia:

¡Misericordia, Señor!

¿De quién la has tenido tú? -repliqué con tremenda ira-. ¡Huye de aquí! Que tal honor me inspiras, que si más tiempo te contemplara me convertiría en vengador de tus víctimas.

No sé qué debieron revelar mis ojos, porque ella me miró, lanzó un grito aterrador y huyó como una exhalación. Yo me quedé mirando algunos instantes la dirección que había tomado, sentí un dolor agudísimo en el corazón, y me desplomé en tierra. Cuando entré de nuevo en la vida de relación, supe por Miguel que había estado dos días sin sentido. Los niños, con sus caricias, habían querido hacerme despertar, pero todo había sido inútil. Volvieron los pequeñitos y rodearon mi lecho con la más tierna solicitud. Los miré con infantil alegría; pero en seguida recordé lo que había pasado, y les dije: "Dejadme, hijos míos; yo no soy digno de vuestras caricias". Los niños me miraron y no comprendieron; yo les repetí las palabras anteriores, y uno de ellos dijo a los demás: "Vamos a decirle a María que el padre Germán está muy malo". Le sobraba razón: tenía enfermo el cuerpo, tenía herida el alma.

Desde entonces no tuve un momento de reposo, ni en la tumba de ella. A veces, se me aparecía la niña de los rizos negros, me miraba tristemente, y yo decía: ",Es verdad que ya no soy digno de ti? ¡He arrojado a un pecador del templo!" La hermosa aparición me parecía que lloraba, y yo al ver sus lágrimas, lloraba como ella, y exclamaba:

"Desventurado! ¿Quién soy yo para maldecir? Aquella infeliz tuvo miedo, y en lugar de decirle: ¡Espera, espera, que la misericordia de Dios es infinita!, le dije: ¡Sal de aquí, maldita de los siglos! ¡Yo sí que he profanado esta vieja iglesia! ¡Parece mentira! Yo que sólo he sabido amparar... ¿Por qué una vez rechacé a un infeliz pecador? ¿Por qué?" Y me iba al campo solo; no quería que los niños me acompañaran porque no me conceptuaba digno de su compañía.

Las tardes de otoño son muy tristes; los últimos rayos del sol parecen los hilos telegráficos de Dios, que transmiten al hombre un pensamiento de muerte. Yo los miraba y decía: ",Es verdad que me decís que voy a morir pronto?" Y como si la Naturaleza respondiera a mi pensamiento, las sombras envolvían una parte de la tierra; y yo veía la figura de la judía enante que corría delante de mí, y únicamente me calmaba cuando las estrellas me enviaban sus sonrisas luminosas.

En aquella ocasión Rodolfo me prestó un gran consuelo; no me dejaba casi nunca solo, parecía mi sombra; dondequiera que yo iba venía a buscarme y me decía:

-No seáis así; con una pecadora habéis sido inflexible; en cambio muchos culpables os deben su salvación; sed razonable; ¿qué pesará más en la balanza divina, un ser o mil? Pues más de mil y de cien mil habéis salvado de la desesperación. Ya, estáis enfermo; hay que tener en cuenta muchas cosas; vamos, animaos -y me acariciaba como a un niño, y hacía que yo me apoyase en su brazo. Por momentos me animaba, pero volvía a caer en mi abatimiento.

Librodot

Así estuve sufriendo un año, siempre pensando por qué habría sido ya tan intolerante con aquella mujer, cuando mi clemencia era proverbial; cierto que era el reptil más repugnante que yo había conocido, pero ¿quién era yo para condenar? Tan tenaz idea me fue minando poco a poco, hasta que caí en mi lecho para no levantarme más. Rodolfo y María fueron mis enfermeros, y todos los habitantes de la aldea rodeaban mi humilde cama. Los niños me decían: "No te vayas.., levántate!... Ve a la fuente de la Salud. Verás que bebiendo aquella agua te pones bueno"; y yo les contestaba: "Hijos míos, ya no sirve para mí la fuente de la Salud que hay en este lugar; me hace falta la fuente de la Salud que hay en el infinito!".

Las jóvenes lloraban y me decían: "Padre Germán, no os vayáis". Y más de una joven pareja se anodilló ante mi lecho, como si éste fuera un altar, diciéndome: "Padre, bendecid nuestra unión, y así aseguramos nuestra felicidad..." Y los ancianos me miraban con profunda pena, y decían: "Tú no debes morir nunca, porque tú eres el mejor consejero que hemos conocido en las horas de tribulación".

Todas estas pruebas de cariño me conmovían y me avergonzaban, y al fin, queriendo descansar en algo mi conciencia, les dije dos días antes de morir: "Hijos míos!, quiero confesarme con vosotros. Escuchadme -y le conté lo que había hecho con la mujer culpable, diciendo al terminar-: Quisiera purificar la iglesia que yo profané; quizás el tiempo se encargue de ello (y en aquel instante tuve sin duda espíritu profetice, porque algunos años después destruyó el fuego el templo que mancillé con mi intolerancia)... Por el momento coged mi vieja capa, sacadla en medio de la plaza y quemadla, que si bien a muchos culpables cubrí con ella, a un pecador le negué el abrigo, y el manto del sacerdote que no cobija a todos los pecadores merece quemarse y arrojar sus cenizas al viento; en cuanto a mi cuerpo, no le impongo ese suplicio, porque no fue mi materia la que pecó, sino mi espíritu, y éste ya sufre hace tiempo la tortura del remordimiento. ¡Fuego que abrasa sin consumir! Mas no creáis que mi conciencia será eterna, porque yo me purificaré por medio de obras meritorias en mis sucesivas encarnaciones". Rodolfo me miraba, diciéndome con sus ojos: 'No te vayas, que yo no quiero...!" Y yo le decía: "Es inútil tu demanda; llegó el fin del plazo;- mira cómo yo muero; toma ejemplo; no es mi hora postrera como yo pensaba; creí morir tranquilo, y mi mal proceder con aquella infeliz me hace temblar. Si una mala acción tanto me hace sufrir, calcula cómo morirás tú si a tus pasados desaciertos acumulas nuevos extravíos. Júrame que no olvidarás mis consejos y así morirá tranquilo".

Rodolfo no podía hablar, pero estrechaba mis manos contra su pecho, y sus ojos me decían: "Vive, vive por mí!" ¡Cuánto bien me hacían aquellas miradas...! Porque cuando apartaba mi vista de él, veía a la judía errante que corría, yo la seguía y los dos corríamos hasta que yo caía desvanecido; ¡cuánto sufría en aquella carrera vertiginosa que, a pesar de ser imaginaria, a mí me parecía una horrible realidad!

Rodolfo, comprendiendo mi estado, tuvo una buena inspiración: yo había enseñado a los niños a cantar en coro en las festividades de la iglesia. Yo les componía la música y la letra de cantos sencillos, y había escrito uno para la muerte de un anciano muy querido de la aldea, cuyas estrofas hablaban al corazón; una de ellas, traducida literalmente a nuestro idioma, decía así:

"Anciano, no te vayas, quédate con nosotros! En la tierra está el cuerpo de Dios en el misterio de la eucaristía; bien puedes quedarte tú.

"Hay mujeres que te aman, niños que sonríen y ancianos que bendicen; no te vayas, quédate con nosotros!

"Aquí hay flores, hay aves, hay agua, y rayos de sol; no te vayas, quédate con nosotros".

Las vocecitas de los niños, cantando estas estrofas, producían un efecto dulcísimo y conmovedor. Rodolfo salió de mi estancia, y volvió a entrar a los pocos momentos, diciéndome: "Padre, escuchad, escuchad lo que dicen los niños!" Yo presté atento oído, y al oír el canto de los pequeñitos, acompañado de los acordes del órgano, sentí un bienestar indefinible, mi mente se tranquilizó como por encanto, huyeron las sombras del terror y vi mi

Librodot

estancia inundada de una luz vivísima; figuras hermosísimas rodearon mi lecho, descollando entre todas ellas la niña de los rizos negros, que inclinándose sobre mi frente, me dijo con voz acariciadora: “Escucha, alma buena; escucha el último canto que elevan por ti en la tierra; escucha las voces de los pequeñitos, ellos te dicen: ¡Bendito seas!”

Aquellos momentos me recompensaron con creces de toda una vida de sufrimientos. En la tierra me llaman los niños, en el espacio me llaman los ángeles.

¡Todos me querían...! ¿Puede haber mayor felicidad? No. Rodolfo me estrechaba contra su corazón. María sostenía mi cabeza, y yo sin sacudimientos y sin fatiga me desprendí de mi cuerpo, sobre el cual se precipitaron todos los niños; y aunque en la tierra los muertos inspiran repugnancia, mi cadáver no la inspiró; todos los habitantes de la aldea acariciaron mis restos, que permanecieron insepultos muchos días, respetando órdenes superiores de la autoridad eclesiástica, que al fin profanó mi cuerpo, poniendo en mis sienes la mitra que usan vuestros obispos; y todo el tiempo que permaneció mi cuerpo en la iglesia no dio señales de descomposición, efecto sin duda de mi extremada delgadez, puesto que parecía una momia, pero que la gente sencilla atribuía a la santidad, y todas las tardes entonaban los niños el último canto que yo les había enseñado.

Supe después (para mi consuelo) que cuando aflojé a la pecadora del templo, fui fiel intérprete de otros espíritus que se apoderaron de mí, aprovechándose de mi debilidad y de mi descontento; y a no ser por la buena inspiración que me envolvía en densas sombras, y como yo no quería salir de ellas, pues sufriendo me parecía que lavaba mi culpa, no daba paso, no ayudaba a mis protectores de ultratumba para que llegasen hasta mí.

“Hijos míos, ya veis cómo, por un momento de debilidad, por dejarme vencer por el hastío, serví de instrumento a espíritus vengativos! ¡Yo sé lo que sufrí Sed resignados, nunca os desesperéis, nunca; haced todo el bien que podáis, y así obtendréis lo que yo alcancé, pues, a pesar de mis defectos y de mis debilidades, mi muerte fue la muerte del justo. Los pequeñitos me decían:

“No te vayas!”, y los espíritus del Señor repetían en el espacio:

“Escucha, alma buena, escucha el último canto que elevan por ti en la tierra; escucha la plegaria de los niños, ellos te dicen:

¡Bendito seas!”

UN DÍA DE PRIMAVERA

¡Qué hermosa es la primavera, hijos míos! Ella nos sintetiza la vida, porque es la encamación de la esperanza, es la realidad de la gloria. La tierra, a pesar de no ser un mundo feliz, puesto que dista mucho de la perfección, en relación a los méritos de los terrenales, es en la primavera el trasunto del paraíso, porque en esa estación florida todo sonríe, todo se despierta al beso mágico de Dios.

Hay lugares más bellos unos que otros, y durante mi última existencia habité, como ya sabéis, en una aldea situada en uno de los parajes más pintorescos de este planeta. La iglesia y varias casas estaban edificadas en una extensa planicie, y el resto de la población estaba diseminado por las montañas que en anchuroso anfiteatro circulan la aldea.

El mar, casi siempre bonancible, me ofrecía su inmensidad para inducirme a la meditación. Entre las montañas se extendían apacibles valles surcados por arroyos cristalinos que me convidaban con su frescura y sus fértiles sembrados a reposar dulcemente las mañanas de primavera; y ya que vosotros disfrutáis ahora de esa hermosa estación del año, quiero deciros cuánto gocé en un día de esa época feliz en la cual los pájaros, las brisas, las flores, la

luz del sol, el fulgor de las estrellas, todo parece que nos dice: ¡Ama, hombre de la tierra, sonríe, alégrate, pobre infortunado, y espera un mañana venturoso!

Yo, desde niño, adoré a la Naturaleza y admiré los encantos de la creación, que son como las gotas del rocío, innumerables; por razón natural, cuando tuve más reflexión, admiré mucho más todas las bellezas que me rodeaban, y si no hubiera sido porque las condiciones de vida no eran para retirarme a una gruta y entregarme a la meditación, sino que debía permanecer firme en mi puesto para atender, no sólo a mis feligreses (que, en honor de la verdad, eran los que menos trabajo me daban), sino a los habitantes de los pueblos vecinos, que continuamente venían a contarme sus cuitas, y otros muchos pecadores que dejaban sus palacios y sus castillos para pedirme un consejo, y, por último, innumerables mendigos que venían con frecuencia a pernoctar en la aldea, seguros de encontrar favorable acogida, todo esto reclamaba mi presencia y me alejaba de mis lugares predilectos. Porque me gustaba irme muy lejos del poblado; me complacía admirar el trabajo de Dios sin que la mano del hombre hubiese puesto su sello.

Quería ver a la Naturaleza con sus bosques sombríos, con sus alegres praderas alfombradas de musgo y bordadas de flores, con sus arroyuelos límpidos como las miradas de los niños, y torcidos como las intenciones del malvado, con sus impetuosos torrentes, con sus rocas cubiertas de silvestres enredaderas, con todos sus agrestes atractivos. Así encontraba yo la obra de Dios más bella: para mí siempre ha sido Dios el divino artista a quien he adorado estudiando a los infusorios y aspirando el perfume de las humildes violetas.

Cuando yo podía reservar algunos momentos para mí, salía al campo, y a pesar de que mi organismo era muy endeble, como por encanto adquiría fuerza, y como si fuera un pequeñuelo, me lanzaba a correr, pero con una carrera tan rápida, con velocidad tan vertiginosa, que a mi fiel Sultán le costaba trabajo alcanzarme. Llegaba a la cumbre de una montaña, me sentaba, miraba en torno de mí, y al yerme solo respiraba mejor, sentía un placer inexplicable, y me entregaba, no a una extática contemplación, porque el éxtasis no sirve para nada. Lo que sí me sucedía, es que al yerme rodeado de tantas bellezas, reflexionaba y decía:

"Aquí todo es grande, maravilloso; yo solo soy el ente pequeño y vulgar; pues es necesario que el habitante sea digno de la casa que le han concedido, que le han destinado". Y como nunca me faltaban desgraciados a quienes amparar, me ocupaba en desenvolver un plan para llevar a cabo una empresa, y nunca tenía tanta lucidez como cuando me iba al campo y me entregaba a pensar en el porvenir de los desheredados; en aquellos instantes se cumplía en mí el adagio evangélico de que "la fe transporta las montañas"; porque lo que dentro de mi iglesia me parecía imposible realizarlo, allí lo encontraba todo llano, sin que el menor obstáculo se interpusiera a mi deseo, y entonces... ¡cuan satisfecho volvía a mi aldea! Entonces no corría; iba muy despacio; me permitía gozar como un sibarita, estaba contento de mí; y nunca es más dichoso el hombre que cuando sondea su memoria y en el depósito de sus recuerdos no halla un solo remordimiento, sino al contrario, ve levantarse lozana la flor de una acción generosa. Como los terrenales estamos tan poco acostumbrados a hacer el bien, cuando cumplimos con nuestro deber, en los primeros momentos nos parece que hemos conquistado un mundo; y esta satisfacción, si bien es una prueba de nuestra debilidad, mientras no nos llegue a embriagar y se convierta en orgullo, en presunción, tiene su parte, o mejor dicho, su todo, muy beneficioso para el espíritu, porque se disfruta tanto cuando se puede enjugar una lágrima, que por gozar de ese placer, el hombre se aficiona al bien, que es todo lo que hay que hacer en la tierra: practicar el amor. Pero los terrenales no saben amar, confunden la concupiscencia y h atracción natural de los cuerpos, que es necesaria e indispensable para multiplicarse las especies, con ese sentimiento delicadísimo, con esa compasión profundísima, con esa ternura inexplicable que debe enlazar a las almas y formar esa gran familia que tan fraccionada y tan dividida se encuentra hoy.

Entre los mendigos y aventureros que con frecuencia pernoctaban en la aldea, había una familia compuesta del matrimonio y cuatro hijos, tres varones y una niña, que me habían hecho pensar mucho, porque nunca creo que se han unido en la tierra, en una misma familia,

espíritus más afines, excepto uno. El marido, a quien llamaré Eloy, era un ser miserable y corrompido, hundió en la más completa abyección, de instintos tan salvajes y tan crueles, que mataba por el placer de matar; su esposa era su fiel retrato: su Dios era el oro, y si mil almas hubiera tenido, todas las hubiera vendido al diablo con el fin de poseer tesoros; y sus hijos, la niña Teodorina, era un ángel, era una aparición celestial, y sus hermanos tan perversos como sus padres, pero cada uno inclinado a un vicio distinto desde su más tierna edad. Aquellos cuatro seres, por un misterio de la Providencia, todos habían recibido de mis manos el agua del bautismo; tenían su castillo lindando con la aldea, y habían sido tantas las fechorías de Eloy y de su esposa en todos sentidos, que habían sido desposeídos de todos sus bienes, se había puesto precio a sus cabezas, y los que habían nacido poco menos que en las gradas de un trono, se vieron sin tener donde reclinar su sien. Todas las excomuniones pesaban sobre ellos: la Iglesia les había cenado sus puertas, el Sumo Pontífice había dado las órdenes más severas para que ningún vicario de Cristo les dejase entrar en el templo bendito, y no sabéis vosotros lo qué significaba en aquella época estar excomulgado: era peor que morir en una hoguera, era ser el blanco de todas las humillaciones, y todos tenían derecho a insultar a los excomulgados, que llevaban un repugnante distintivo. ¡Pobres espíritus! ¡ cuántos desaciertos cometieron! ¡ cuántas lágrimas se vertieron por su causa! ¡cuan tenaz fue su rebeldía! Tuvo que verificarse poco menos que un milagro para que aquellos réprobos vieran la luz.

Muchas veces vinieron a pedirme hospitalidad y a recoger alguna suma de dinero que yo les guardaba, y yo temblaba al verlos, porque los hijos de Eloy eran tan perversos que en un día que estuvieran por aquellos contornos, talaban los campos, estrangulaban a las ovejas, mientras su hermana Teodorina, sentada sobre mis rodillas, lloraba por los desaciertos de sus hermanos, y me decía: “Padre, ¿cuándo llegará para los míos la hora de redención? Yo se lo pido a la Virgen María, y ésta me habla, sí, Padre; la Virgen habla conmigo, y me dice: -No dejes a los tuyos, que sólo tú los llevarás a la tierra de promisión”.

¡Cuan grande fue la misión de Teodorina! Desde la temprana edad de seis años tuvo tan admirables revelaciones que era el asombro de cuantos la escuchaban. La última vez que vinieron á la aldea, Eloy estaba muy enfermo, y aunque yo tenía orden, como todos los sacerdotes, de no dejarlos entrar en mi Iglesia, ni hacer noche en las cercanías del pueblo, cedí al enfermo mi lecho, y a la demás familia la acomodé como pude. Los más ancianos del lugar se atrevieron a decirme: “Padre, vos desafiáis la cólera de Dios”. “Queréis decir les contesté- la de los hombres, porque lo que es Dios no se encoleriza jamás; sed más francos, decidme que tenéis miedo, porque pensáis que su permanencia en la aldea os traerá trastornos y calamidades. Descuidad. Lo que sí habéis de hacer es redoblar vuestra vigilancia, colocando penos en lugar conveniente para que los pequeños excomulgados no destrocen en un segundo el trabajo de muchos días; cuidad de vuestros sembrados y ayudadme al mismo tiempo a hacer una buena obra, que me encuentro inspirado y alguien me dice que conseguiré ahora lo que no he podido alcanzar en muchos años”.

Como yo tenía sobre mi grey tanto poder, una palabra mía bastaba para disipar todos sus temores, y los padres de María se llevaron a su casa a los hijos de Eloy, quedándome en la Rectoría el enfermo, su esposa y la angelical Teodorina, niña hechicera que siempre venia tras de mí a contarme sus ensueños y a decirme: “Padre, yo no quiero irme de aquí; a vuestro lado mis padres son más buenos, aquí no hacen daño a nadie, pero fuera de este lugar... sufro tanto... hacen el mal por el placer de hacerlo”.

Eloy estuvo un mes enfermo, y durante aquel tiempo sus hijos hicieron el mal que pudieron; así es que en la aldea no había un solo habitante que los quisiera, hasta los penos los, odiaban, hasta Sultán en cuanto los veía se arrojaba sobre ellos; y, en cambio, a Teodorina le lamía las manos y se echaba a sus pies para que la niña jugara con él.

Eloy, durante su enfermedad, tuvo largas conversaciones conmigo, y yo aproveché todas las ocasiones para inclinarlo al bien, prometiéndole que si él reconocía al soberano existente, yo tenía influencia sobrada para conseguir que el jefe de la Iglesia los perdonara; y aunque sus cuantiosos bienes no podría recobrarlos en su totalidad, porque eran tantas las

Librodot

acusaciones que sobre él pesaban, eran tantos los nobles descontentos que habían apelado al rey pidiéndole justicia, que no se podía alentar esperanzas de recobrar muchas de sus fortalezas, pero sí algunas de sus granjas. Yo me encargaría de hacer educar en un convento a sus hijos y podría renacer a la vida el hombre que al venir al mundo había sido envuelto en batista y encajes, y había llegado al extremo de ser casi un bandido que no podía, pasar la noche en poblado. Eloy me escuchaba atentamente, su esposa también, pero esas dos almas tan pervertidas se encontraban tan bien en brazos del crimen, la vida anómala que llevaban era tan de su agrado, que si venían a buscar era por Teodorina; la pobre niña era la que siempre clamaba por venir a mi aldea, y aquellos dos seres, a pesar de su perversidad, querían a su hija todo lo que ellos podían querer, porque era verdaderamente un ángel de redención; hasta sus hermanos la respetaban, y eso que era la más pequeña.

Cuando Eloy pudo dejar el lecho ya se asfixiaba en mi compañía, y su esposa más que él aún; en cambio, Teodorina, que entonces tendría diez años, sonreía gozosa cuidando las flores de mi huerto, y me decía: “Padre, vos que sois un santo, haced un milagro con mis padres”. Y al decir esto, me miraba de una manera tan significativa, me expresaban tantas cosas sus ojos, que le respondí una tarde: “Te prometo que, o mucho me engaño, o Dios escuchará tus ruegos y los míos. Ruega tú, hija mía; dile a la Virgen que ves en tus sueños que me ayude, que los espíritus benéficos me den su potencia, y seré capaz de transformar un mundo”.

Cuando Eloy dejó el lecho, la hermosa primavera engalanaba los campos, los bosques daban fronda hospitalidad a millares de pájaros que entonaban dulcísimos cantares, las praderas ostentaban su más bella alfombra matizada de diversas flores, el aire era tibio y perfumado, el cielo con su manto azul hablaba al alma; hice venir a algunos ancianos y les dije: “Amigos míos, con el enfermo que he tenido en mi oratorio, con la ansiedad que me han producido los hijos de ese -desgraciado, y otras penalidades que me agobian, conozco que mi cabeza flaquea; la tengo tan debilitada que no puedo coordinar mis ideas, me asusta el pensar que yo podría vivir largos años entregado a la inacción; creo firmemente que si yo pudiera salir al campo, a uno de mis lugares predilectos, tendría nueva vida; así es que quiero que todos vosotros me ayudéis a la curación, quiero que todos los habitantes de la aldea, todos, y cuantos pobres se encuentren en nuestra compañía, vengan conmigo a pasar un día en el campo: ese día no quiero que en torno de mí se llore, quiero que todos sonrían, quiero hacerme la ilusión de que nos hemos trasladado a un mundo feliz. ¿Aprobáis mi plan? ¿Queréis acompañarme para entonar una salve en la cumbre de la montaña más alta que divisan nuestros ojos?”

Sí, sí -gritaron los ancianos con alegría infantil-; haremos todo lo que vos queráis para conseguir la prolongación de vuestra vida; pensáis mucho, trabajáis demasiado; tenéis razón, vamos a descansar un momento de nuestras fatigas. -Y con afán febril, mis buenos feligreses corrieron por la aldea dando la fausta nueva: que yo quería ir al campo rodeado de mi amada grey y de cuantos pobres se encontraban en el lugar. Llegó el día señalado, y justamente la noche anterior habían venido muchos pordioseros.

Aún las estrellas enviaban su fulgor a la tierra, cuando ya. Sultán entró en mi cuarto ladrando alegremente, como diciéndome: “Despierta, que ya es hora”. ¡Qué animal tan inteligente! ¡cómo lo comprendía todo! ¡cómo hacía ruido cuando me veía alegre! ¡cómo guardaba mi sueño cuando le decía: “Ah, Sultán!; estoy malo...”! Entonces se colocaba al pie de la escalera que conducía a mi cuarto, y no había cuidado, nadie subía a molestarme; cuando él conocía que yo debía levantarme temprano, entraba en mi aposento dando saltos y cabriolas. Como era tan grande, su alegría promovía una verdadera revolución, porque derribaba las sillas, mi viejo báculo rodaba por el suelo, y yo me complacía viendo tal movimiento.

Aquella madrugada, al despertarme, le dijo a Sultán: “Vete, quiero estar solo; vete y despierta a los perezosos”. Sultán me miró, apoyó su hermosa cabeza en mis manos, y

Librodot

después con aquella inteligencia maravillosa que le distinguía, se fue pausadamente; entonces no hizo ruido, comprendió que mi mente necesitaba cierto reposo en aquellos instantes.

Al yerme solo, me levanté, abrí la ventana y asomándome contemplé el cielo y exclamé: "Señor, sea yo hoy uno de tus mensajeros! ¡Dame esa fuerza mágica, esa potencia sin rival que tienen en los momentos supremos algunos de tus enviados! Quiero volver al redil a dos ovejas descarriadas: ¡ayúdame tú, Señor!, que sin ti no tengo aliento, me falta persuasión para convencer, me falta esa elocuencia para entusiasmar y decidir al ser indiferente; me falta esa voz profética que encuentra eco en la mente del culpable; yo soy un árbol muerto, pero si tú quieres, Señor, hoy tendré nueva savia. Tú ves cuál es mi intención: quiero salvar a cinco seres que naufragan en el mar del crimen, quiero evitar el martirio de un ángel; Teodorina es uno de tus querubines, y se asfixia, Señor, entre los reptiles. Sea yo por breves segundos uno de los delegados de tu omnipotencia; déjame dar esperanza a los desesperados, déjame cantar el ¡hosanna de gloria a Dios en las alturas y paz al hombre en la tierra!; déjame ir al grandioso templo de las montañas cuya cúpula es el cielo. Quiero adorarte, Señor, con el amor de mi alma, con el contento de mi espíritu; quiero sonreír, Señor, después de haber hecho una buena obra; déjame gozar de un momento de satisfacción, déjame salir de mi cárcel sombría para contemplar la belleza de la luz. ¿Te pido acaso mucho, Señor? ¿Deseo acaso un imposible? "No -murmuró una voz a mi oído-; vete tranquilo, que la victoria tuya será". Y como si hubieran llevado al hombre viejo y hubiesen traído al hombre joven, de igual modo me sentí transformado. Yo mismo te admiré y exclamé: "¡Cuan grande es tu poder, Señor, tú eres el alma de todas las almas, tú eres la vida; tú eres la fuerza, tú eres la eterna juventud! ".

Lleno de dulcísimas esperanzas, fui a buscar a Eloy y le dije:

"Hoy saldremos todos. Yo me apoyaré en ti. Es la única recompensa que te pido en pago de mis desvelos; sé tú hoy mi báculo, y mañana libre eres si te quieres ir". Con la promesa de irse, Eloy se alegró, y con agrado me ofreció su brazo. Entramos en la iglesia, donde me esperaba el pueblo en masa, y allí dije a mi auditorio: "Hijos míos, pidamos a Dios que de este hermoso día conservemos todos un recuerdo imperecedero".

Cuando salimos a la plaza reparé que faltaban varias mujeres de las más buenas y caritativas. Pregunté por ellas y me dijeron que se habían quedado en casa por tener dos de ellas un hijo enfermo, y las otras por hacerles compañía. "Que vengan las que tengan niños enfermos, que hoy Dios permite que yo tenga don de sanar a los enfermos". Vinieron las dos mujeres con sus pequeñitos en brazos, y di un beso a los dos niños, diciendo en mi mente: "Señor, tú ves mi deseo, ayúdame !" Los niños, al sentir mis labios en su boca, se estremecieron y abrieron los ojos. Uno de ellos se sonrió y acarició a su madre, buscando en su seno el agua de la vida, mientras el otro, que tenía más edad, hacía esfuerzos porque le dejaran en el suelo.

Eloy me miró y me dijo:

-Habéis hecho un milagro, Padre.

-Otro más grande haré después, porque hoy Dios me inspira; Dios ve mi deseo, y Dios da un mundo al que le pide con el corazón. -Y nos pusimos en marcha.

¡Qué día tan hermoso, hermanos míos! Fue el único día que sonreí en la tierra. Hubo momentos en que me creí transportado a un mundo mejor. Las jóvenes y los mancebos iban adelante, y los ancianos y los niños venían conmigo; todos cantaban, todos reían, todos se entregaban a la más dulce expansión. Cuando llegamos a la cumbre de la montaña, ¡qué espectáculo tan admirable se presentó ante nuestros ojos! El mar y el cielo tenían el mismo color, ni una nube empañaba el firmamento, ni una ola turbaba el reposo del líquido elemento, que, formando un espejo inmenso, parecía que retrataba el etéreo lago del infinito.

Verdes llanuras cruzadas por riachuelos cristalinos, colinas coronadas por frondosos árboles, todo allí era bello, todo sonreía, todo le decía al hombre: "Adora a Dios". Así lo comprendió mi alma, y así lo comprendieron mis compañeros, porque todos doblaron la rodilla y juntaron las manos en señal de adoración.

Librodot

Después se levantaron, y entonamos ma salve a la Naturaleza que yo les había enseñado; una de sus estrofas decía así:

“Salve, oh cielo, con tus nubes.

“Salve, oh lluvia benéfica que fecundizas la tierra.

“Salve, compañeros y antecesores del hombre, oh árboles amigos, que tan útiles sois a la humanidad.

“Del oloroso cedro se hace la cuna del niño, de la robusta encina se hace el ataúd del anciano.

“Salve, oh habitantes del aire, que nos habéis enseñado los himnos de alabanza para saludar al buen Dios!”

Eloy, su esposa y sus hijos estaban junto a mí; y advertí que el primero instaba a los suyos para alejarse; entonces le dije:

¿Por qué quieres irte?

-Porque sufro; tanta luz me hace daño. Sois demasiado bueno para nosotros, y debéis advertir que, según dicen. Dios no admite en su cielo a lo s malvados; aquí parece que estamos en la gloria y este lugar no me pertenece. Dejadme marchar.

-Ya te irás; espera. -Cuando se terminó el canto, comimos todos pan, queso y frutas en abundancia, almuerzo frugal que todos encontramos sabrosísimo; las niñas bailaron, cantaron, jugaron; los niños corrieron, los ancianos y las madres de familia jóvenes hablaron y formaron planes para el porvenir; cada cual se entregó a la expansión, según su edad, y yo, con Eloy y su esposa, me dirigí a un bosque, nos sentamo s, y cogiendo las manos de Eloy entre las mías, le dije:

-Ya sé que sufres; la emoción te ahoga; has visto un reflejo de la vida, has visto cómo goza un pueblo virtuoso, y has hecho comparación con tu miserable existencia. Tú eras rico, y por tus traiciones te ves pobre; tú eres noble entre los más nobles, y por tus desmanes te ves tan deshonrado que el último de tus siervos es más considerado que tú, y tiene derecho de entrar en la casa del Señor, y tú tienes que vivir como las fieras; tus hijos serán mañana el oprobio de la sociedad. Hoy has mirado al porvenir y has temblado. Pues bien, si la Iglesia te ha excomulgado por tus crímenes, si los reyes te despojan de tu patrimonio en justo castigo de tus audaces rebeliones, aún te queda Dios; Él no separa los malos de los buenos por toda la eternidad; Él acoge siempre al pecador aun cuando haya caído millones de veces; para Dios nunca es tarde, porque nunca anochece en su día infinito.

“Aún tienes tiempo, aún tus hijos pueden ser la honra de tu patria, aún puedes morir en los brazos de tus nietos, aún puedes tener un hogar. ¡ Vuelve en ti, pobre enfermo; en tus ojos asoman las lágrimas de tus víctimas, que con las lágrimas de los arrepentidos forma el Señor las perlas! ¡Llora! -Y Eloy lloró; aquel hombre de hieno tembló como el árbol agitado por el huracán. Y yo, poseído de una fuerza sobrenatural, agregué-:

Anepiéntete; tienes frío en el alma y en el cuerpo: a tu alma Dios le dará calor, a tu cuerpo yo lo abrigaré extendiendo mi capa -y la eché sobre sus ho mbros, estrechándole entre mis brazos. Su esposa sollozaba, y Eloy la atrajo hacia él, y los tres formamos un grupo durante algunos momentos.

-No me dejéis -les dije-, dejadme vindicaros ante la sociedad; dejad que a vuestros hijos los coloque en lugar seguro, dejad que Teodorina sea el ángel de esta aldea, dejadme rehabiitaros, porque ésta es la misión del sacerdote: amparar al pecador, que el justo no necesita que nadie le ampare, porque su virtud es el mejor puerto de salvación. El sacerdote debe ser el médico de las almas, y vosotros estáis enfermos; dejadme que os cure; vuestro mal es contagioso, y hay que evitar el contagio.

Tanto me inspiraron los buenos espíritus, que les estuve hablando más de dos horas, y no sé cuánto hubiera durado mi peroración si los niños no me hubiesen venido a buscar. Salimos del bosque, y al llegar al sitio donde me esperaban los ancianos, les dije, presentándoles a Eloy y a su esposa:

-Hijos míos, abrazad a vuestros hermanos, que si la Iglesia ciena sus puertas a los pecadores. Dios espera en la mesa del infinito a los hijos pródigos de la creación.

"Uníos... estrechaos en fraternal abrazo los que os creéis buenos y los que os consideráis culpables, que todos sois hermanos, que todos sois iguales. No tenéis más diferencia que unos han trabajado en su provecho y otros en su daño; mas no creáis que los buenos son elegidos, y los rebeldes los malditos de Dios, no; Dios no tiene ninguna raza privilegiada ni desheredada; todos son sus hijos, para todos es el progreso universal. No creáis vosotros, los que hoy vivís en santa calma, que siempre habéis vivido del mismo modo, no; vuestro espíritu ha animado a otros cuerpos, vuestra virtud de hoytendrá su base en el dolor de ayer. No sois los viajeros de un día, sois los viajeros de los siglos; por esto no podéis rechazar a los que caen, porque... ¡quién sabe las veces que vosotros habéis caído!

"El progreso tiene una base: el bien, y tiene su vida propia en el amor. ¡Amad sin tasa, hombres de la tierra! ¡Amad al esclavo, para que le pesen menos sus cadenas; compadeced al déspota, que se hace esclavo de sus pasiones; ensanchad el estrecho círculo de la familia, engrandeced vuestras afecciones individuales; amad, porque amando mucho es como los hombres podrán regenerarse! En pequeño lo estáis viendo en vuestra aldea. ¿No veis cuan tranquilos se deslizan nuestros días? ¿Cuan resignado vive cada cual con sus dolores fisicos o morales? ¡Qué armonía tan perfecta reina entre nosotros! ¿Y por qué esto? Porque comenzáis a amar, porque principiáis a compadecer, porque no llega un mendigo a vuestros hogares que sea despedido con acritud, porque vuestras economías las destináis exclusivamente para socono de los pobres, porque sólo pensáis en los necesitados y levantéis casas ptra albergarlos, porque trabajáis en bien de la humanidad, por eso tenéis derecho a ser relativamente felices; y lo sois porque Dios da ciento por uno; y así como se celebra el nacimiento de un hijo, celebramos la llegada de nuestros hermanos. Seis individuos componen la familia que hoy se asocia a nosotros: dos de ellos pueden compararse a dos árboles secos, que tardarán siglos en retoñar; pero los otros cuatro pueden dar días de gloria a su patria, pueden crearse una familia, y ya veis si debemos alegrarnos por semejante adquisición".

Más de un anciano lloró conmovido. Eloy estaba como abrumado, y mi gozo era inmenso porque veía claramente lo que podrían ser sus hijos. Durante mi estancia en la tierra nunca miré el presente, sino el porvenir, y aquel día tenían mis ideas tanta lucidez, contemplé en lontananza cuadros tan bellos, que me olvidé de todas mis contrariedades, de todas mis amarguras, sonreí de gzo con tan expansiva alearía que me confundí con los niños y jugué con ellos. Yo, que nunca había sido niño, aquel día lo fui. ¡Hermosas horas, cuan breves fueron!

Hombres pesimistas, vosotros los que decís que en la tierra siempre se llora, yo os lo niego; en la tierra se puede sonreír; yo he sonreído; y por cierto que las condiciones de mi vida no eran a propósito para ser feliz ni un solo momento; pero cuando el pfritu cumple con su deber es dichoso; en varías ocasiones lo fui, pero nunca como aquel día. ¿Sabéis por qué? Porque aquel día todo cuanto me rodeaba hablaba a mi alma. La primavera de la tierra es muy hermosa, todo renace, todo recobra aliento, todo es bello porque la inadiación de la vida es encantadora, y nadie mejor que el que vive muriendo lo sabe apreciar. Mis amados fieles estaban asombrados al yerme tan alegre y comunicativo, y cuando regresamos a la aldea todos me preguntaban anhelantes:

-Padre Germán, ¿cuándo volveremos a subir a la montaña?

Aquella noche, ¡cuan hermosos fueron mis sueños y cuan dulce mí despertar!

Llegué a realizar todos mis planes; conseguí cuanto quise sobre aquel asunto: los tres hijos de Eloy fueron educados severamente en un convento, fueron después útiles a su patria, creándose una numerosa familia y muriendo como buenos en el campo de batalla. Sus nobles descendientes están hoy en la tierra trabajando en la causa del progreso. Eloy y su esposa no pudieron ser felices porque tenían muchos crímenes que recordar, pero se volvieron místicos, que en ciertas épocas de la vida el misticismo es un adelanto para el espíritu; llegaron a tener miedo del mañana, comenzaron a sufrir y dio principio su redención.

Teodorina fue un ángel de paz, fue el amparo de los desgraciados y nunca me olvidó. Ni su amor de esposa, ni su adoración de madre le impidieron venir a yerme en mis últimos momentos, y como una peregrinación piadosa, todos los años, por la primavera, durante mucho tiempo, visitó mi tumba...

Sólo un día de primavera fui feliz en mi vida, sólo aquel día sané enfermos con mi aliento. ¡Cuánto bien pudiera hacer el hombre si sólo pensara en hacer bien!

No hay espíritu pequeño, no hay inteligencia obtusa, no hay posición, por humilde que sea, que resulte un obstáculo para ser útiles a nuestros semejantes. He aquí la idea que yo quiero inculcar en el hombre. ¿Quién fui yo en mi última existencia? Un pobre que no fue digno ni del cariño de una madre, y, sin embargo, quise -crearme, no un porvenir en la tierra, porque ése se lo crea cualquier aventurero, sino un porvenir en mi patrt, en el mundo de los espíritus, y lo conseguí. ¿Cuánto más podréis ha cer vosotros que estáis en mejores condiciones, porque yo viví en una época tenible en que la teocracia dominaba en absoluto, y yo era un verdadem hereje? Mucho sufrí, mucho luché para dominar mis pasiones, pero ¡ciEn contento estoy de haber sufrido! Y aunque no hubiese hallado en ultratumba el bienestar que disfruto, con recordar aquel día de primavera me podría dar por recompensado de todos mis sufrimientos. ¡Hay segundos de placer que recompensan con creces cien siglos de dolor! procurad hijos míos, el disfrutar de esas horas felices que para todos son. No se necesita para ser dichoso más que querer serlo porque virtuosos todos podemos ser. Cuando el espíritu quiere, se engrandece; quered vosotros y engrandeceos, y así podréis tener un día de primavera en vuestra vida, como lo tuve yo.

UNA PROCESIÓN

Hermanos míos, dejadme divagar algunos momentos. Pensamiento humano, eterno demente de las edades, cómo te complaces en evocar recuerdos; niño de todos los tiempos, que vas como el pequeñuelo o como la pintada mariposa saltando de flor en flor, así voy yo, narrando mi historia sin orden ni concierto. Yo me libro del método en todo. Vosotros podréis acusarme de ser antimetódico, porque tan pronto os cuento los últimos instantes de una de mis existencias, como me complazco en referiros los actos anteriores de esa misma creación; y sin que quiera justificarme de este proceder anómalo, debo deciros que tengo mi plan en medio de esta aparente incoherencia, pues hago dos trabajos a la vez:

toco la fibra sensible del espíritu que se encarga de transmitiros mi historia, y éste, a su vez, llama a la puerta de los corazones lacerados, y les dice: “Escuchadme, que os vengo a contar un episodio de lagrimas”.

Entre el espíritu y el transmisor debe establecerse afinidad de sentimientos, porque de ese modo el trabajo es más fructífero. El espíritu, según el centro que escoja para sus manifestaciones, debe sujetarse al grado de adelanto de sus oyentes; ¿pues de qué serviría una comunicación astronómica, por ejemplo, a los pobrecitos de la tierra que ni sepan leer? No se trata de que hablen los espíitus; lo principal es que despierten el sentimiento; y éste es mi propósito: despertarlo en los seres que transmiten mis inspiracio nes, y éstos, a su vez, que lo despierten en vosotros. No quiero que seáis sabios, an1lo primeramente que seáis buenos. Por eso no me cansaré nunca de contaros episodios conmovedores, porque a la humanidad le hace falta sentir antes que investigar; y en prueba de ello os diré que entre vosotros, pequeñitos de la tierra, se encuentran hoy encarnados grandes sabios de la antigüedad, hombres que hoy son de figura pigmea, que dicen con profundo desencanto:

“Ay, tengo tanto frío en el alma que no me basta todo el fuego del sol para reanimarme!” Esto os probará que la sabiduría sin sentimiento es una fuente sin agua; y para

encontrar el agua de la vida es necesario sentir, amar, compadecer, vivir para los demás. Por esta razón se encuentran hoy entre vosotros hombres de saber profundo que, como el león enjaulado, aunque estén en medio de los mares, dicen mirando al cielo: “Señor, si es que tú existes, ten piedad de mí, sácame de este planeta y llévame a un paraje donde pueda respirar; y los que con sabiduría asombraron al mundo antiguo, hoy pasan completamente inadvertidos, confundidos entre los ignorantes de la tierra; y estas existencias de luchas sordas, estas encarnaciones de trabajos titánicos, son las que queremos evitar”.

Mucho tiempo hace que venimos trabajando en este sentido: queremos que la humanidad llore y que con su llanto se regenere. No, le venimos a contar nada nuevo, pues en todas las épocas ha habido las mismas historias; los fuertes han humillado a los débiles; en todos los tiempos, la superstición, apoderándose del entealimiento humano, la falsa religión levantando altares y la fría iazón negando, obcecada, el principio inteligente que hay en la naturaleza; hijo de Dios niega a su padre, aprovecha su libre albedrío para ser parricida; y como el hombre, sin una creencia religiosa, aunque sea un matemático profundo, no pasa de ser un pobre salvaje a medio civilizar, por esto empleamos todas nuestras fuerzas en despertar el sentimiento humano, porque el hombre que ama a sus semejantes, ama a la naturaleza y amándola adora a Dios, puesto que Dios es la vida diseminada en el átomo invisible y en los soles que atraen con su calor a millones de mundos.

Sí, hijos míos, sí; es preciso amar para vivir. No conocéis los verdaderos goces de la vida, vivís para vosotros, y no podéis estar contentos de vuestro egoísta proceder, porque nadie toma parte en vuestras egoístas alegrías; estáis solos y la soledad es muy mala consejera. La soledad es agradable y hasta necesaria cuando el hombre tiene alguna acción buena que recordar, pero cuando se levanta y sólo piensa en sí mismo, es muy digno de compasión.

Yo he tenido muchas existencias, y en algunas de ellas me han llamado sabio; pero creedme: sólo he vivido cuando me han llamado bueno; entonces sí, entonces he tenido momentos que nunca, nunca olvidaré. Cuando se han fijado en mis ojos esas miradas luminosas que parece que han ido a recoger sus resplandores en el infinito; cuando la voz de la gratitud ha resonado en mi oído; cuando las manos de dos jóvenes han estrechado las mías, diciéndome con su mudo ademán: “Bendito seas, que a ti debemos nuestra felicidad!”, ¡ah! entonces el espíritu despierta de su penoso sueño, las brumas de las miserias humanas desaparecen, y el sol de la eterna vida brilla esplendente en el limpio horizonte del porvenir. Amad, amad mucho, amad con todo el entusiasmo con que puede amar el espíritu, que para amar ha sido creado y amando cumpliréis con el precepto divino de la Ley Suprema.

Voy a contaros uno de los episodios de mi última encarnación.

Se había terminado una guerra sangrienta; los hombres habían satisfecho sus miserables ambiciones; muchas viudas, ancianos y huérfanos gemían en un rincón de su desierto hogar, y como si no fuera bastante la destrucción de la guerra, vino la peste, que es su compañera inseparable, y sembró el espanto y la desolación en las ciudades fratricidas que habían dicho a sus hijos:

“Corre, ve y mata a tu hermano...”

La aldea que yo habitaba se encontraba en un punto tan ele vado, eran tan puros sus aires, tan límpidas sus aguas, que corrían alegremente en juguetones riachuelos y en caudalosas fuentes, que nunca las enfermedades epidémicas habían penetrado en sus pacíficos hogares. Así es que, a pesar de la pobreza casi general de sus habitantes, en caso de peste, acudían centenares de familias a beber el agua de la fuente de la Salud, que, según aseguraba el vulgo, era un preservativo para todos los males.

Aunque la aldea en sí era muy pobre, estaba rodeada, si bien a largas distancias, de varios castillos de opulentos nobles; así es que, en casos de necesidad, castillos, conventos, granjas y todas las casas del pueblo se llenaban de forasteros que venían huyendo de un peligro que casi todos llevaban consigo: huían de la peste y la peste eran sus vicios y sus ambiciones.

Librodot

Al declararse la peste, mi aldea se vio invadida por una turba de nobles que vinieron a quebrar nuestra dulce tranquilidad. Entre los fugitivos había varios príncipes de la Iglesia, que, en lugar de quedarse en sus diócesis, habían abandonado a su grey cuando más necesitaban los fieles de sus exhortaciones, de sus donativos y de sus cuidados; porque los sacerdotes no son útiles a la sociedad más que en los momentos de peligro, pues en la vida son poco menos que innecesarios. En las calamidades pueden ser los enviados de la Providencia que difundan el consuelo entre los atribulados. Pero como los príncipes de la Iglesia de todo se han ocupado siempre menos que de cumplir con su deber, en aquella ocasión, como en otras muchas, dejaron al bajo clero luchando con los enfermos y con otras penalidades.

Entre los que llegaron había un obispo que yo conocía desde niño, hombre audaz a quien la religión le servía para desarrollar a su sombra sus bastardas ambiciones, y había sido uno de los que más habían trabajado para comerciar con la fuente de la Salud.

Afortunadamente, la epidemia terminó sin que en la aldea ni en sus cercanías hubiere una sola defunción ocasionada por tan tenible enfermedad; y el obispo antes aludido, a quien llamare mos Favonio, subió al pulpito de la vieja iglesia, y con tono imperativo dijo lo siguiente:

¡Pecadores! ya habéis visto cómo la cólera divina ha descargado sus furores sobre las ciudades invadidas por la peste, justo castigo de sus abominaciones: la Providencia ha demostrado que está agraviada por los desaciertos de los hombres, y ha castigado con la muerte a las almas rebeldes, destruyendo su cuerpo y condenando al espíritu a la eterna expiación de sus culpas. Para desagraviar a la Providencia, justo es que verifiquemos un acto grato a los ojos del Señor, y, al mismo tiempo demos testimonio de nuestro agradecimiento por habernos conservado la vida, que emplearemos en honra y gloria de Dios; así, pues, el domingo próximo ordenaremos que todos los fieles se reúnan para acompañar a Su Divina Majestad, que llevaremos en procesió n a la cumbre de la montaña que da sombra a esta aldea, y después bajaremos al barranco y volveremos a la iglesia. Ordeno que ninguno se excuse; quiero que todos asistan a un acto tan meritorio.

Aquel lenguaje imperativo causó muy mala impresión en mis feligreses, acostumbrados como estaban a seguirme siempre sin que yo les indicara que me siguieran; me querían y esto era lo bastante para que continuamente unos u otros trabajasen en mi huerto y me acompañasen hasta la puerta del cementerio, después de haber dado mi paseo de costumbre.

Al domingo siguiente le dije a mi superior: “Hoy me corresponde ocupar la tribuna sagrada, porque si otra vez os oyeran mis feligreses, perderían la fe en Dios para muchos años. Dios no se impone; Dios se hace amar y sus ministros no han de dar órdenes imperativas si quieren ser intérpretes del Evangelio de Cristo”. Favonio me miró y sus miradas me dijeron todo el odio que para mí guardaba su corazón, pero como nunca conocí el miedo y mi espíritu, por el contrario, crecía en la lucha, subí al pulpito más animado que nunca, diciendo a mi auditorio: “Amigos míos: no estando conforme con algunos puntos de la plática que mi digno superior os dirigió el domingo pasado, justo es que me apresure a desvanecer ciertos enores que no quiero de ningún modo que abriguéis en vuestra mente.

“Sentó el enóneo principio de que la cólera divina ha descargado sus furores sobre las ciudades invadidas por la peste; y yo debo repetiros lo que ya os he dicho muchas veces:

que Dios no puede encolerizarse jamás, porque es superior a todas las pasiones humanas. Él no puede hacer otra cosa que amar y crear; bajo este supuesto. Él no puede agraviarse, porque no llegan a Él nuestras míseras contiendas, y no hay que achacar enojos al que está fuera de nuestro alcance. Personalizar a Dios es amenguar su grandeza, es desconocer la esencia de su ser. Dios crea y al crear da a los mundos y a los hombres leyes eternas; así es que cuanto acontece obedece al cumplimiento de la ley. Sabido es que después de las guerras sobreviene la peste, no en castigo de nuestra barbarie, sino como resultado de haberse infestado la atmósfera con los centenares de cadáveres que en estado de putrefacción despiden sus gases deletéreos, inficionando el aire; y si los hombres pudieran hacerle ofensas

Librodot

a Dios, los vicarios de Cristo, los pastores del Evangelio que abandonan su rebaño cuando el lobo les amenaza, son los que ofenden, no a Dios, pero sí a los nobles sentimientos que deben ser patrimonio exclusivo del hombre.

"Príncipes de h Iglesia, ¿tan poca fe tenéis en la justicia divina que así huís de vuestros hogares abandonando a las familias indigentes en medio de la tempestad? ¿Sabéis lo que representa un obispo en su diócesis? Pues es lo mismo que el capitán de un buque, que no abandona su embarcación hasta que ha salvado al último grumete; pues de igual manera vosotros no debéis dejar vuestras ciudades infestadas, y en ellas debéis permanecer para alentar a los débiles, para consolar a los tristes; si queréis llamaros padres de almas, cumplid como padres. ¿Habéis visto jamás que un padre salve su vida dejando en peligro la de sus hijos? No; primero piensa en ellos que en él; pues siendo así, cumplid como buenos o dejad de usurpar títulos que, en honor de la verdad, no os corresponden.

"Pensáis cubrir las apariencias dando un largo paseo, obligando a los pobres ancianos y a los enfermos a que os acompañen. ¿Y para qué? Nunca las ceremonias religiosas deben ser obligatorias; si las almas de los creyentes necesitan esa manifestación, que acudan los que quieran asociarse a ella, pues a nada útil nos conduce, porque las procesiones no son las que engrandecen el sentimiento cristiano. El pasear el cáliz con la hostia consagrada no lleva la esperanza a ningún espíritu enfermo como la lleva la exhortación evangélica que el sacerdote dirige a un ser que sufre; las romerías y procesiones no dan otro resultado que el esparcimiento para la gente moza, cansancio para los viejos, desilusión para los pensadores y vano prestigio para los que las organizan; y sobre otros cimientos debe levantar sus tones la iglesia cristiana. Conste, pues, que conceptúo las procesiones como paseos antihigiénicos, manifestaciones religiosas que no despiertan otro sentimiento que el de la curiosidad, y el sacerdote cristiano debe tener más nobles aspiraciones".

Como debéis comprender, mis palabras tuvieron distinta acogida. Los míos no me aplaudieron porque lo sagrado del lugar no lo permitía, y mis contrarios no me redujeron a prisión porque yo tenía en mi ventaja una gran fuerza magnética: los dominaba a mi antojo; cuando los miraba de hito en hito cenaban los ojos y huían de mi lado, diciendo por lo bajo:

"Sois un hechicero, sois el fiel servidor de Satanás".

Aquella tarde se organizó la procesión: delante iba toda la nobleza, detrás los prelados, tras de ellos todos los habitantes de la aldea, y por último yo, llevando en las manos el cáliz. Todos los niños me rodeaban, no sólo los de la aldea sino también los de la nobleza, que como la niñez es tan expansiva, n demostraba su afecto con la ingenuidad de su inocencia. Los niños fueron los únicos que gozaron en aquel paseo; los demás siguieron el curso de la procesión, por seguir, sin esa espontaneidad del alma que es la vida del espíritu. En la cumbre de la montaña hicimos alto, y los niños de la aldea entonaron un himno a la Providencia, implorando su protección para los viajeros, que al día siguiente debían emprender la marcha para regresar a sus hogares.

Descendimos al llano, cruzamos el puente del barranco y nos detuvimos en la plaza de la iglesia, donde los enfermos y los más ancianos nos esperaban, es decir, me esperaban; me cabe la satisfacción de decir que si dejaron su lecho fue para oírme, porque sabían que yo hablaría antes de entrar en el templo, lo que contrarió en gran manera al obispo Favonio, mas yo le dije:

-Aquí es donde debo hablar, porque es donde los enfermos y los ancianos me esperan; la Iglesia es pequeña e incómoda, por que carece de los asientos necesarios; aquí están ellos en su lugar favorito; en esta plaza han jugado cuando eran niños, han bailado cuando eran jóvenes y hoy, ya decrépitos, le vienen a pedir al sol el calor de sus rayos para vigorizar sus helados cuerpos; hablemos, pues, aquí. El sol reanimará su materia y mi palabra alentará su espíritu. -Y subiendo las gradas que conducían al templo, me detuve en el atrio y dije:

¡Príncipes de la Iglesia y nobles del reino! Ya hemos cumplido vuestro deseo, yendo en procesión a la cumbre de la montaña, ya habéis dado gracias a Dios porque os ha conservado la vida, y mañana os disponéis a volver a vuestros hogares porque estáis seguros de que la

Librodot

peste no se cebará en ninguno de vosotros, ya que os habéis preservado del peligro bebiendo tres novenas el agua milagrosa de la fuente de Salud y rezado siete salves a la Virgen antes de beber cada día el agua bendita. ¿Y os creéis salvos? ¿vuestra superstición es tan grande que ya no teméis la cólera divina, como decís vosotros? ¿con tan pequeño sacrificio se calma la ira del Omnipotente? Es curioso ver cómo arregláis las ofensas y los desagravios; pero como yo veo muy lejos, como sé que se hará valer la feliz circunstancia de no haber muerto ningunos de vosotros durante su larga permanencia en la aldea, para decir que no debe estar más tiempo ignorada la milagrosa fuente, y al iros dejaréis cuantiosos donativos para reedificar esta vieja iglesia y hacer una ermita junto al manantial, debo preveniros de antemano que cuanto dejéis será entregado a los pobres y ni un denario gastaré en reedificar la iglesia. Pobre es, como la veis; sus vasos sagrados no son de oro ni de plata, sino de humilde estaño; pero el cáliz no tiene valor por las piedras preciosas que le adornan, sino por las manos que lo elevan en recuerdo de Jesucristo: si el que celebra la misa, cuando levanta el cáliz, levanta con él su espíritu a Dios, si no es calumniador ni codicioso, si no estafa a su prójimo, si no hurta el fruto del cercado ajeno, si vive dentro de la santa ley de Dios, Dios envía sobre su cabeza los efluvios de su omnipotencia, aunque el cáliz que sostengan sus manos sea de grosera arcilla. No quiero que la sofisticación religiosa profane esta aldea, no quiero darle valor a lo que en realidad no lo tiene. La fuente de la Salud no tiene más ventaja en su favor que sus aguas filtradas por ásperas piedras, pues así llega a nosotros limpia y cristalina, sin que ninguna sustancia extraña enturbie sus hilos de líquidos diamantes.

"Decidme, los que vociferáis que esa agua os ha dado la vida: ¿qué variación experimentáis en vosotros? Ninguna, indudable mente. Ya se sabe que el habitante de las ciudades, cuando va una temporada al campo, siente su cuerpo más ligero, tiene más apetito, pero en vuestra parte moral, ¿qué variación notáis? Cuando se verifica un milagro debe haber un cambio radical, y vos otros habéis venido con la muerte en el alma y con la muerte en el alma os vais: sentís las mismas ambiciones, abrigáis los mismos deseos, vinisteis huyendo de la peste, y la peste la lleváis vosotros; vuestros ojos me han revelado grandes misterios: yo sé que hay jóvenes que desean morir porque ya les abruma el peso de sus quince años; entre vosotros hay mujeres que lloran recordando grandes desaciertos, y han venido a la fuente de la Salud creyendo que la virtud de sus aguas destruiría los fetos del adulterio. ¡Cuántas historias me habéis venido a revelar sin haberme dicho una sola palabra! ¡cuánto os compadezco! ¡con todas vuestras miserias sois tan pobres...! y aún queréis aumentar vuestras miserias profanando este paraje donde viven en dulce paz algunos pequeñitos de la tierra.

"No intentéis venir a turbar nuestro reposo, porque nunca consentiré que realicéis vuestros planes. Mientras yo viva, no se abusará de la credulidad religiosa; y para que os convenzáis de que la fuente de la Salud no da salud a nadie, hay uno entre vosotros que antes de entrar en su palacio, morirá, y es el que más agua ha bebido".

Al pronunciar estas palabras, la confusión fue indescriptible. Los unos decían: "Es un loco, no sabe lo que dice". Los otros se miraban azorados, y el obispo Favonio se acercó a mí y me dijo con amarga ironía: "Ya que sois adivino, decid quién morirá de entre nosotros".

-Vos -le dije con acento imperioso-, y os lo he advertido -repliqué, bajando la voz- porque sé la historia que guardáis, y sería muy conveniente que os confesarais con la mujer que habéis perdido haciéndoos dueño de su porvenir; aprovechad los instantes, que para vos son preciosos. Alguien me lo dice, alguien me inspira, y mis predicciones suelen cumplirse; no extrañéis mi lenguaje, ya sabéis de antemano que detesto las farsas religiosas.

La muchedumbre se fue retirando, y una preciosa niña de quince años, la angelical Elina, hija de los condes de San Félix, que casi toda la tarde había estado cerca de mí, me dijo con voz angustiada:

-Padre, mañana me voy y me urge hablaros esta noche; necesito veros en la fuente de la Salud; mi buena nodriza me acompañará.

-No es hora de entrevistas, hija mía; pero, como sé que sufres, iré a escucharte.

Me retiré a mi cuarto acompañado de Sultán, tomé algún alimento, y me venció el sueño; pero Sultán, cuya extraordinaria inteligencia siempre me causaba admiración, comprendió, sin dula, al hablarme Elina, y al indicar con su diestra la fuente de la Salud, que allí me esperaba; así es que me despertó lamiéndome las manos y ladrando suavemente. Al despertar, me acordé de la cita y, seguido de mi fiel compañero, me dirigí a la fuente, donde ya me esperaba Elina con su nodriza. La primera, al yerme, me dijo:

-Padre, esta tarde habéis dicho grandes verdades, asegurando que aquí no se recobra la salud. Tenéis razón: enferma vine y enferma me voy; mis padres y mi confesor quieren unirme con un hombre que detesto; es muy rico, pero es un miserable, y antes de darle mi mano me mataré; y esto quería deciros: que estoy decidida a morir y que roguéis por mí en vuestras oraciones.

-Ya ves, hija mía, ya ves cómo la fuente de la Salud en lugar de curarte te ha empeorado, porque aquí se ha agravado tu enfermedad; yo lo sé, y si he hablado esta tarde ha sido principalmente por ti, porque he leído en tus ojos que el agua de esta fuente te podría causar la muerte si a tiempo no se te da un antídoto.

¿Qué sabéis? -dijo Elina fijando en mí sus hermosos ojos.

-Nada de particular, hija mía; vete tranquila, yo velaré por ti.

-Entonces lo mejor será que me ponga bajo vuestro amparo.

-No, nada de violencias; mañana yo hablaré a tu padre y le diré que espere, y esperará para hacerte cambiar de estado; porque entre tu padre y yo hay una cuenta pendiente y me tiene que obedecer. Yo sé que tú en esta fuente has visto unos ojos que han hecho latir tu joven corazón, y tu espléndida hermosura ha despertado a un alma que dormía; yo puedo hacer vuestra felicidad y la haré; vete en paz.

Elina me miró con ese arrobamiento con que miran las vírgenes, que a pesar de estar en la tierra recuerdan al cielo, y rodeando mi cabeza con sus brazos, me dijo con voz vibrante:

-Padre, ¡bendito seáis! Vos sí que me habéis dado la salud.

-La salud de las almas, hija mía, es el amor correspondido; amas y te aman, yo te prometo que realizarás tus sueños, y mi promesa es agua de salud para tu espíritu; confía en Dios, en el mancebo de los negros ojos y en mí; sonríe dichosa, que tendrás en tu vida días de sol.

Se fue Elina, y yo n quedé largo rato en la fuente de la Salud, pues necesitaba prepararme para un nuevo sacrificio.

Sin duda recordaréis que, entre los seres a quien amparé en mi vida, uno de ellos fue un niño, hijo de una mendiga que murió al darlo a luz; yo le recogí, lo dejé en poder de unos aldeanos, y tres años después volví por él y se lo entregué a los padres de María para que tuviera una familia cariñosa.

No pasaba día sin que Andrés viniera a yerme; espíritu sencillo y agradecido, creció tranquilo y cumplió 17 años sin que una nube de tristeza empañara su frente; varias veces me había dicho:

-Padre, yo quiero ser sacerdote como vos, y cuando dejéis de existir, yo os reemplazaré y todos me querrán en la aldea.

-No, hijo - le decía yo-; quiero que te cases, que tengas familia, que tus hijos cierren mis ojos; quiero verles jugar a Caballo con mi báculo, quiero que vivas, que yo no he vivido.

-Es que no me gusta ninguna mujer -replicaba Andrés sencillamente.

-Ya te gustará alguna, hijo mío; eres muy niño. Yo me había hecho la ilusión de casarlo con alguna joven de la aldea, que se hubiera venido a vivir conmigo, y ya me veía rodeado de mis nietitos, porque Andrés era un hijo para mí. La mirada que me dirigió su madre al morir, la muda súplica de aquellos ojos, habían despertado en mi corazón el amor paternal, y quería a Andrés con toda la efusión de mi alma, habiendo en mi cariño gran parte de egoísmo, lo confieso. Aquel ser lo quería yo para mí: así que lo eduqué sin despertar su inteligencia, le enseñé lo más preciso, y me guardé de profundizar sus estudios para evitar que su espíritu ambicionara dejar aquella vida pacífica. Yo necesitaba cerca de mí algo que me perteneciera,

Librodot

que todo me lo debiera, y ninguno mejor que Andis, que vino al mundo en las más tristes condiciones y por mi protección vivió dichoso en medio de la abundancia y querido de todos. Así que, lo repito, dejé dormir su espíritu para que no le pareciera monótona la vida de la aldea. A veces yo lo miraba y decía: “Soy un criminal; este niño, bien educado, sería algo en el mundo, pero entonces le perdería; se iría muy lejos, y sabe Dios si le volvería a ver. No, no; como todo lo ignora, no sufre, y yo con su presencia soy dichoso”; y así iban pasando los días cuando llegó Elina y un centenar de nobles huyendo de la peste.

Una tarde vino Elina a ver mi huerto, que era el mejor cultivado y tenía fama por las muchas flores que en él crecían lozanas y hermosas. Andrés se apresuró a presentarle las mejores frutas y las flores más bellas; los dos jóvenes se miraron y se quedaron como extasiados uno frente al otro. Yo estaba dentro del cenador, y observé la impresión que se habían causado; escuché su animada conversación, vi cómo los dos decían con sus ojos ¡te amo!, y sin poderme contener lancé un suspiro y me levanté contrariado, porque aquella hermosa niña había destruido en dos segundos todos mis planes. Andrés ya no sería dichoso en la aldea, el recuerdo de Elina le atormentaría, porque era hermosísima; sus miradas le habían prometido un cielo, y Andrés sería muy desgraciado si no llegaba a realizar sus sueños; y para cerciorarme me puse en observación, y vi cómo aquella alma salía de su letargo.

Mudo, pensativo, se pasaba largas horas en el huerto, sentado en la misma piedra donde Elina se sentaba; poco aficionado a la lectura, entonces buscó en los libros agradable pasatiempo y servían a la vez de pretexto para hablar con Elina, que por la tarde venía a yerme (según ella decía); y durante dos meses Andrés y Elina se creyeron en el Paraíso, si bien él se transfiguró por completo. Su semblante risueño se tomó melancólico, sus rosadas mejillas perdieron su matiz encarnado, su frente adquirió arrugas y sus límpidos ojos expresión; el niño se hizo hombre y comenzó a sufrir; midió el hondo abismo que le separaba de Elina y tembló. Ella era de primera nobleza, inmensamente rica, y él pobre, sin instrucción, sin porvenir. Cuando supo el día que los nobles abandonarían la aldea, le vi entrar en mi cuarto triste y sombrío. Lleno de compasión, le pregunté:

¿Qué tienes?

Él me miró y me dijo:

-No sé.

-No mientas; eres muy niño aún para mentir. ¿No me miras como a un padre?

Sí.

-Pues entonces, ¿por qué no me cuentas tus penas?

-Porque aumentaría las vuestras.

-No importa. Dios me dará fortaleza; siéntate y habla.

Pero Andrés no pudo hablar; únicamente me dijo con voz entrecortada por los sollozos:

¡Mañana se van...!

-Ya lo sé que se van mañana, y si no hubieran venido, hubiese sido mejor.

-Es verdad -asintió Andrés, mirándome con tristeza-. Yo vivía tan tranquilo... y ahora... no sé qué será de mí.

-Ahora comenzarás a vivir, porque empezarás a luchar; mañana te irás de la aldea.

¡Yo...! -gritó el niño con mal disimulada alegría.

-Sí; harto tiempo he sido egoísta, te confieso mi debilidad: yo, el árbol muerto, para adquirir savia quise injertar en mis secas raíces un tierno arbusto. Ése eres tú. Hice el propósito de no instruirte, de dejarte dormir en un sueño apacible; te hubiera casado con una joven rica de la aldea, hubiéramos vivido juntos, tus hijos hubieran dormido en mis brazos, y yo les hubiera enseñado a andar, y ya me parecía ver el huerto convertido en un paraíso. ¡Qué hermoso sueño! Mas hoy ya es imposible realizarlo, te has despertado y amas como no se ama más que una vez en la vida; mi egoísmo recibe su justo castigo. Yo, desde luego, debí haber procurado hacerte hombre; al hacerme cargo de ti, no debí pensar en mí, sino en estudiar tus aspiraciones; y en vez de hacerlo así, te he ido entreteniendo como se entretiene a un niño.

Perdóname, hijo mío; ni un segundo más estarás a mi lado; mañana te pondrás en camino, llevando cartas que te abrirán las puertas del gran mundo. Una mujer noble (que te quiere mucho) te recibirá con los brazos abiertos y te servirá de madre. Dile a la hermosa niña que ha turbado nuestro reposo que te espere, que tú conquistarás un nombre para hacerla tu esposa.

Andrés se arrojó en mis brazos y no pudo expresarme su gratitud más que con sus miradas, pues la emoción lo ahogaba: era demasiado feliz.

Al día siguiente todos se fueron, y al yerme solo en mi huerto fui débil y lloré, lloré por Andrés; pero me quedé tranquilo, quizá más tranquilo que nunca, porque había cumplido con mi deber.

Seis años después, Miguel y María estaban atareadísimos arreglando mi cuarto porque iban a venir huéspedes. Elina me había escrito anunciándome su llegada, suplicándome que saliera a esperarla en la fuente de la Salud. Andrés, durante ese tiempo, gracias a mis recomendaciones, encontró cuanto podía desear; y en todas sus cartas me demostraba su gratitud.

Aquella tarde me dirigí a la fuente, deseando como los niños que pasasen pronto las horas; al fin sentí ruido de caballos a lo lejos, a poco cesó, y algunos momentos después vi a Elina y a Andrés, que no me dieron tiempo de mirarlos, porque se arrojaron en mis brazos con tal precipitación, que estuve a punto de caer.

Hay momentos en la vida cuyas múltiples sensaciones no se pueden describir, así es que renuncio a deciros el goce inefable que experimenté. ¿Cuánto tiempo estuvimos abrazados? Lo ignoro; sólo sé que los tres hablábamos a un tiempo y que no me cansaba de mirar a Andrés, que era un gentil caballero en cuyos negros ojos irradiaba el fuego de la vida.

Venían para que yo bendijera su unión. Elina, de acuerdo con su padre, había dejado la casa paterna porque su madre y su confesor de ninguna manera querían ceder a su casamiento con Andrés; pero el conde de San Félix me debía la vida y fue agradecido confiándome la felicidad de su hija.

¡Qué hermosa pareja hacían los dos! Elina ya no era la niña tímida; era la mujer con toda su belleza y sus atractivos; alma apasionada, miraba a Andrés de un modo que hubiera hecho enloquecer a los santos.

Nunca olvidaré aquella noche, al verlos tan felices y sonrientes. Ellos me acariciaban como si yo fuera un niño, ¡y era tan feliz!... En aquel mismo lugar, ante la rústica fuente, levanté la diestra diciendo: “Benditos seáis por vuestra juventud y vuestro amor! Perpetuad el matrimonio que en otro mundo contrajisteis y seguid viviendo unidos por toda la eternidad; sed como la luz y la sombra, que siempre se siguen la una a la otra, como el árbol y sus hjas, como la flor y el fruto; no tengáis más que un solo pensamiento manifestado en una sola voluntad. Amaos, que de los que se aman hace el Señor sus ángeles”.

Los dos a una, Andrés y Elina cayeron de rodillas, y yo les seguí hablando de la felicidad del amor.

Cuando más entusiasmado estaba, enmudecí, al ver dos sombras delante de mí: la una era la niña de los rizos negros, que colocaba sobre la frente de Elina si corona de jazmines; la otra era la madre de Andrés, que apoyando su diestra en la frente de su hijo, me miró y me dijo: “Bendito seas tú, que le sirves de padre a los huérfanos!”

Aquellas palabras me causaron una impresión indescriptible, y grité: “¡ Andrés, tu madre...!” El joven se levantó aturdido y nada vio; Elina sí; dijo que veía un reflejo luminoso que se fue desvaneciendo.

Ocho días estuvieron en la aldea los jóvenes desposados, que a mí me parecieron ocho segundos; no me cansaba de mirarlos, necesitaba ver su inmensa felicidad para no sentir la ausencia de Andrés.

Cuando se fueron, cuando los vi alejarse rodeados de la numerosa servidumbre que el conde había enviado para custodiar a su hija, cuando los vi en el seno de la grandeza y de la vida, cuando vi a Andrés con todo el esplendor de la hermosa juventud manejar su brioso corcel, miré al pasado y vi una choza miserable y en ella a una mendiga dando a luz un niño

Librodot

que entró en el mundo causando la muerte de su madre; y al verle después tan joven, tan arrogante, tan dichoso, dije con íntima satisfacción:

"Esa felicidad es obra mía...! ¡Gracias, Dios mío, mi vida no ha sido estéril! Miento al decir que estoy solo: nunca está solo el que difunde el bien. Andrés siempre se acordará de mí". Y así fue: entró de lleno en la vida, se hizo célebre por sus hazañas, y a todas partes donde fue habló con entusiasmo de mí siendo él de los que más trabajaron para hacer patente mi santidad.

Muchas y encontradas opiniones me juzgaron durante mi vida, y la ignorancia dio valor a mis más sencillos actos: mi predicción de que el obispo Favonio moriría antes de llegar a su palacio se cumplió: murió a la mitad del camino, de muerte natural. Yo entendía mucho de medicina, sabía la dolencia que le aquejaba, los abusos qi había hecho bebiendo en demasía el agua de la fuente de la Salud para hacer ver que el agua le había aliviado, cuando en realidad para su enfermedad era un veneno activo toda clase de líquidos. Mi observación, hija del estudio, la tomó el vulgo por inspiración divina, que todo en este planeta se juzga así: hay tanta ignorancia que a los pigmeos los convertís en gigantes, y a los verdaderos genios los condenáis al olvido.

Afortunadamente, hoy los espíritus vienen a aclararos muchos misterios; aceptad sus revelaciones, porque son las memorias del pasado.

¡LOS PRESOS!

Hermanos míos: Vamos a ocuparnos hoy de los seres más desgraciados que hay en la tierra. ¿Sabéis cuáles son? Los presos. El espíritu sólo con venir a este planeta ya viene condenado a saldar cuentas atrasadas, y si tras de su expiación y su prueba, redobla su cautiverio cometiendo nuevas faltas que atraen sobre el culpable el castigo de la ley, aquel pobre espíritu se encuentra dos veces prisionero; si pequeña creía la tierra para sus deseos, de pronto se ve privado de aire y de luz; si encontraba pesado el cuerpo material a que estaba unido, se aumenta su pesadez por las enormes cadenas que tiene que arrastrar. Si le abruma la pobreza, aumentan su indigencia, porque su alimento es escaso y de sustancias averiadas; si existe en este mundo el máximum del dolor, indudablemente para los presos está reservado; todo cuanto yo os diga es pálido; es necesario haber estado preso para saber medir el hondo abismo en el cual se lanza el hombre, unas veces por su propia voluntad, otras impelido por la ignorancia o dominado por adversas circunstancias, hijas de diversas causas, cuyo resultado siempre es fatal.

Entre los grandes problemas sociales que hay qué resolver en la tierra, el primero de todos es la cuestión de la subsistencia; en todas las épocas ha habido ricos muy ricos, y pobres muy pobres; estos últimos, por razón natural, han odiado a los ricos, y han dicho en todos los tonos de la escala musical que la propiedad es un robo. Del hombre que vive careciendo de todo se pueden esperar todos los crímenes, y como son muchos los que viven sin disfrutar ni el más pequeño goce de la vida, todos estos desheredados son otros tantos instrumentos que pueden emplearse en el mal. No quiere decir esto que ds grandes potentados no hayan cometido crímenes, y horribles algunos de ellos; pero hay que añadir a vuestro adagio que si la ociosidad es la madre de todos los vicios, la desesperación es la peor consejera que puede tener el hombre. El hambre nos irrita, la sed nos enloquece, y de un loco se pueden esperar todas las locuras. Los hurtos y los homicidios, ¿qué otra cosa son que actos de verdadera locura? Los criminales son dementes, infelices, enajenados cuya enferme dad nunca ha sido

estudiada, y por consiguiente no ha podido ser comprendida. Criminalidad había en la tierra en las diferentes épocas que habité en ella; crímenes se cometen hoy y se cometerán mañana, y se seguirán cometiendo mientras los ricos sean muy ricos, y los pobres sean muy pobres. Los primeros, demasiado felices, hastiados de sus pingües riquezas, se entregan al desorden por sentir una nueva sensación, y los pobres dicen en su desencanto, sonriendo con amarga ironía: "Ya que Dios no se acuerda de nosotros, vivamos como si él no existiera; olvidemos sus leyes, ya que para nosotros no sonríe la Providencia".

tormentos de la inquisición, que tanto os espantan, no son nada en comparación de los que imponían los penitentes negros, asociación terrible que aún existe en la tierra, pero notablemente modificados sus estatutos. Su primera época es casi desconocida en nuestra historia, a la que bien se puede llamar, por el modo que está escrita, una conspiración contra la verdad, como decía Herodoto, apellidado el padre de la historia.

Se puede decir que lo ignoráis todo, pero llegará un día, cuando la mediumnidad esté más extendida, que sabréis episodios tales de la historia universal que os parecerá imposible que haya habido hombres capaces de triturar el cuerpo humano, y seres que han podido sufrir años y años un tormento superior a todo cálculo. Yo, que soy un espíritu muy viejo, que he visto y sufrido mucho, que he pasado por todas las fases de la existencia, tengo el propósito de deciros algo sobre la historia terrible de los penitentes negros, que han tenido en su mano todos los poderes. Sus miembros se han sentado en la mal llamada silla de San Pedro, en los tronos de todos los Césares; han sido los Maquiavelos de todos los tiempos; la política y la religión han sido sus armas empleadas a la ofensiva y a la defensiva, según les ha convenido; pero han sido tan feroces y tan crueles, que han parecido los encargados de hacernos creer que Satanás no era un mito, que existía para tormento y condenación de la humanidad.

Como la moderna Compañía de Jesús, han sido odiados y temidos, dispersados y perseguidos hoy, tolerados y mimados ayer por la voluble fortuna, martirizados y santificados; de todo han sufrido y de todo han gozado, pero siempre han sido fieles a su juramento; donde ha habido dos han formado una asociación; si toda su constancia y su talento lo hubieran empleado en el bien, la tierra sería un lugar de delicias.

En mi última existencia estaban en una de sus épocas de poderío; siendo yo adolescente, los monjes que me educaron me iniciaron en algunos de sus secretos, y hasta para halagar mi vanidad juvenil, me hicieron asistir a sus sesiones ordinarias, y se propusieron, según me decían, hacer de mí un águila de la Orden, pero como yo les abandoné, les apostrofé y les dije que moriría mil y mil veces antes que secundar sus planes de iniquidad, fui su víctima, se puede decir; nunca me perdonarán al ver que luchaban con fuerzas iguales; porque mi espíritu, inclinado al bien, veíase favorecido constantemente por los sabios consejos de espíritus protectores. Como después he tenido ocasión de ver, yo era fuerte, muy fuerte: causa que me proponía defender, la defendía con tal firmeza, empleaba en mi trabajo tanta fuerza de voluntad, me importaban tan poco los obstáculos, estaba tan plenamente convencido de que el bien atrae el bien, que muchas veces era temerario. Arrastraba toda clase de peligros sin ser lo que se llama un valiente en el sentido vulgar de la palabra, pero me posesionaba tanto de mi papel humanitario, gozaba tanto mi espíritu cuando podía decir a una familia afligida: "Aquí tienes el consuelo", que sentía en todo mi

¡Ay!, esta desarmonía social, este descontento íntimo en que vive el hombre, es la cuna de espinas donde se mecen los grandes desaciertos. En la tierra se vive muy mal; los espíritus encarnados en este planeta, en su mayoría son inferiores, y por esto, sin duda, han tenido, para idear tormentos, una inventiva tan notable, que si la hubieran empleado en el bien, la tierra sería el Paraíso de la leyenda bíblica.

Si crueles han sido los homicidas, inclementes han sido los jueces que los han juzgado, no perdonando medio para martirizar al culpable de un modo inconcebible; y lo que es más triste aún, es que la religión haya sido mezclada en estos honores. En las cárceles religiosas la crueldad con los condenados ha sido tan excesiva, que si culpable fue el asesino, doblemente homicida fue el que le impuso el castigo. Ahora vivís en la tierra en la más dulce armonía en

Librodot

comparación de cuando yo la habitaba; vuestros presidios hoy son casas de recreo comparadas con aquellas sombrías fortalezas donde gemían en las mismas mazmorras los infieles, los herejes, los rebeldes a su rey, y los malhechores de oficio; los ser una emoción tan dulce, una satisfacción tan pura, un goce tan inmenso, que en aquellos instantes dejaba de pertenecer a la tierra. El decirle a un prisionero: "Te traigo la libertad" era para mí la felicidad suprema; la primera mirada del cautivo me demostraba una dicha tan intensa que en aquellos momentos yo gozaba lo que no comprenderéis en la tierra.

Los presos siempre han tenido en mí un decidido defensor, y hoy mi trabajo favorito es inspirar resignación y esperanza a los moradores de los presidios, que son sin duda los seres más desgraciados de ese planeta; los unos porque a veces son víctimas de la torpeza, de la ignorancia; los otros porque han influido en su destino la soledad, el abandono, el desprecio social; aquéllos porque son espíritus rebeldes inclinados al mal, de monstruos tan perversos que en torno de ellos ni la hierba crece, porque su aliento envenenado inficiona el aire.

¡Cuánta perversidad hay en algunos seres! Y éstos precisamente son los que necesitan la protección y el consejo de bs espíritus. Si Cristo vino a la tierra para salvar pecadores, bs que nos preciamos de seguir sus huellas debemos imitarle. Los justos, ellos solos saben el camino del Paraíso, y los impíos son los que necesitan que los guíe; los ciegos, si van solos, pueden tropezar y caer. ¿Y quién más ciego que un criminal? Por eso yo me constituí en lazarillo de muchos culpables, procedimiento que en algunas ocasiones me causó horribles sufrimientos, pero la rosa más tierna, la de aroma más delicado, es aquella que tiene más espinas: de todas las sensaciones agradabilísimas de que puede gozar el espíritu, ninguna es tan grande, ninguna nos proporciona goce más puro, que poder decirle a uno que llora:

"Alma triste que lloras apenada, sonríe y espera, que yo te traigo el cáliz donde hallarás el agua de la vida".

Ver unos ojos que, por poco expresivos que sean, en aquellos momentos hablan con toda la elocuencia del sentimiento; ver la animación que adquiere aquel semblante, ser uno por algunos momentos un nuevo Pigmalión que dio aliento a una estatua, y dar la esperanza al que duda de todo, asemejarse al sol difundiendo el calor y la vida, es llegar a la suprema dicha, es vivir en la perpetua luz, y no apreciaríamos lo que valen los resplandores de la aurora si no sintiéramos la melancólica influencia de las densas sombras de la noche.

He sido espíritu de combate; en la inacción, en la vida normal, era yo lo que se puede decir un ser inofensivo, de pocas necesidades y de menos ambiciones; pero en la lucha por los desgraciados, yo que hablaba poco, me volvía elocuente como Pendes y Demóstenes, emprendedor como Alejandro, audaz como un aventurero, mandaba y suplicaba al mismo tiempo, empleaba hasta el insulto si con la violencia podía arrancar la firma de un soberano; hería su dignidad a fondo, pues me importaba muy poco que me odiaran bs grandes, si podía servir de amparo a los pequeños.

En una ocasión, siendo yo muy joven, pedí como cuestión de estudio a mis superiores que me dejaran visitar una fortaleza que tenía una biblioteca con documentos importantísimos, códigos curiosísimos y otros pergaminos de gran valía, pretexto que empleé para conseguir mi intento, que era visitar los subterráneos de aquel sombrío edificio, que servía de prisión preventiva a los que faltaban a las leyes políticas, religiosas y morales. Sabía que se estaba preparando una expedición al Norte; que muchos desgraciados iban a ser abandonados en las regiones de las nieves perpetuas, y ante aquellos asesinatos se sublevaba mi alma. Yo, quería el castigo del criminal, pero al mismo tiempo quería instruirle, moralizarse, hacerle reconocer el remordimiento, pero no triturar su cuerpo y desesperar su alma.

Se había cometido un asesinato en la persona de un magnate; diez individuos estaban complicados en la causa, y sabia que los diez penados sufrirían igual condena, y esto me desesperaba, porque decía: "Es imposible que esos diez hombres hayan pecado por una misma idea; cada uno de ellos habrá tenido distinto móvil; no hay un hombre que se parezca a otro hombre, pues cada ser es una individualidad. ¿Por qué la ley ha de ser tan ciega? ¿Por

Librodot

qué no ha de estudiar en esos seres que tanto se prestan al estudio?”

Conseguí mi intento y penetré en la fortaleza, donde tenía permiso para permanecer quince días. Una parte del castillo estaba habitada por cincuenta penitentes, otra servía de clase preparatoria a cien neófitos de la Orden, y los subterráneos servían de prisión preventiva a todos los acusados de aquellos contornos, donde no era permitido visitar a los reos. Únicamente los veían sus familiares el día antes de salir a cumplir su condena.

Fui muy bien recibido por los primeros jefes de la Orden, pues aún no me había dado a conocer, aún creían que les serviría de instrumento para sus planes satánicos, y me condujeron a la biblioteca, entregándome la lista de lo más curioso que encerraba aquel templo de la ciencia; en una celda cercana a aquel santuario del saber humano me dieron cómodo alojamiento, acompañado de un penitente que era el llavero de las prisiones. Entonces en las cárceles había pocos empleados; los presos estaban de tal manera que se podían haber dejado solos sin miedo de que se evadieran.

Como mi idea principal era visitar a los presos, comencé por ganarme la confianza del monje llavero, pero pronto me convencí de que nada conseguiría, porque si bien sus ojos me hacían revelaciones, su boca enmudecía sellada por el miedo; me distinguía con su afecto, pero a lo mejor recogía velas y se encerraba en el más profundo silencio.

En aquellos inmensos subterráneos sólo aquel hombre penetraba, a nadie más era permitido bajar a aquella cripta donde los hombres se enterraban vivos.

Estando yo una noche entregado a la meditación, mi compañero se levantó pausadamente y se acercó a mi lecho. Vi que tenía los ojos abiertos, pero fijos, inmóviles. Después abrió un armario, arregló algunos papeles, se sentó, rezó varias oraciones con voz muy débil, y se volvió a su lecho, donde permaneció sentado largo rato, hasta que un fuerte golpe, dado en la puerta de la celda con un martillo, le estremeció violentamente. Abrió los ojos, miró un reloj de arena y se vistió aceleradamente, llamándome con voz insegura:

“,Estáis enfermo?”, le pregunté. “No; la cabeza la tengo muy pesada; he soñado que estaba en la Palestina, y no sé, tengo una gran confusión en mis ideas.”

Yo me guardé muy bien de decirle lo que había observado en él, y lo que hice durante el día fue estudiar sobre el doble sueño, o sea esa segunda vida de los aletargados, que hoy conocéis con el nombre de sonambulismo, y pronto me convencí de que el llavero durante su sueño desarrollaba fuerzas inteligentes que hacían de él un instrumento precioso para un hombre que supiera estudiar y dirigir aquellas manifestaciones misteriosas de una voluntad superior a su modo de ser.

Esperé la noche con afán, nos acostamos, y me puse en observación, y casi a la misma hora de la noche anterior, mi compañero se incorporó y balbuceó algunas palabras ininteligibles. Entonces me levanté y le dije muy quedo, cogiendo una de sus manos:

-,Qué tienes?

-Miedo!

-,De qué?

-De los muertos vivos.

-Querrás decir de los prisioneros.

-Sí; mi cargo es horrible.

-Renuncia a él.

-No puedo, pronunciaría mi sentencia de muerte. ¡Niño, huye de aquí!

El mismo golpe de la noche anterior despertó a mi interlocutor, que al yerme junto a él manifestó extrañeza, diciéndome si estaba enfermo. Para abreviar, te diré que todas las noches, en cuanto el llavero se dormía, yo me levantaba, y mis primeros ensayos de magnetismo los hice con él. Le dormía a mi voluntad le hacía hablar cuanto yo quería, y para continuar mi trabajo pedí por gracia que me dejaran quince días más en la biblioteca. Me lo concedieron, y una noche magneticé al monje llavero, y por un camino que él mismo me había indicado, me fui a visitar a los prisioneros acompañado del dormido carcelero, que me

Librodot

guiaba admirablemente por aquel sombrío laberinto de anchas galerías y estrechos corredores. Llegamos por fin a un espacioso salón de cuyo pavimento manaba un agua fétida; en la pared había unas concavidades de trecho en trecho, y dentro de aquellos niños, cerrados con fuertes barrotes de hierro, había un hombre en cada uno de ellos, que tenía que permanecer de pie sin poderse doblegar, por no tener espacio para hacer ningún movimiento, y por estar sujeto con argollas por los pies, por la cintura, y a veces por el cuello. Aquellos infelices, por una crueldad horrible, eran bien alimentados, y les daban vinos compuestos para vigorizar sus fuerzas, y excitados con tales reactivos sufrían horrorosamente en lo que eran unas tumbas, luchando desesperadamente entre la forzada inercia de su cuerpo y el fuego devorador de sus sentidos sobreexcitados.

La impresión que recibí fue muy dolorosa, en particular delante de un hombre joven y robusto, que al yerme me dijo:

-Quienquiera que seas, diles a mis jueces que soy inocente, que tengo tres hijos que son la vida de mi vida, y el hombre que ama a sus hijos no puede ser criminal. Tengo una esposa que es un ángel; ve a decirle que no se avergüence de llevar mi nombre, que soy inocente -y brotó de aquellos labios m torrente de palabras que encontraron eco en mi corazón.

Le prometí volver, y salí de aquel paraje en un estado que no me es posible, explicar. Creía firmemente que el infierno existía y que yo había estado en él.

A la noche siguiente dormí al llavero, y me fui solo, pues ya sabía el camino, y hablé con aquellos diez desgraciados. En honor a la verdad, sólo uno era inocente del crimen que se les imputaba; los demás todos eran más o menos culpables, pero nunca merecedores de aquel tormento, de aquella crueldad que parece inverosímil, fabulosa, y sin embargo tristemente cierta.

Habiendo visto lo que deseaba, me despedí de los penitentes, y al irme declaré al llavero lo que había sucedido, diciéndole:

“Si eres mi aliado ganarás en tranquilidad y en reposo; si me niegas tu apoyo diré al jefe de la orden que estás endemoniado, y si me pierdes... nos perderemos los dos. Si me delatas, te advierto que yo no moriré. Podría no haberte dicho nada y haberte dominado con la fuerza poderosísima de mi voluntad, pero no quiero valerme en todos mis actos más que de la verdad.” Entonces el llavero me confesó que desde mi llegada a la fortaleza me había tomado un gran cariño, y había sentido una profunda aversión por el cargo que desempeñaba, pero sabiendo que pronunciaba su sentencia de muerte si renunciaba a él, sufría en silencio la tortura de horribles remordimientos; que su deseo era ir a la India en calidad de misionero. Yo le prometí que todo se conseguiría si me era fiel; me prometió su alianza y me separé de él satisfecho de mi obra, pues veía que mi voz había encontrado eco en su corazón.

Inmediatamente fui a ver a la familia del acusado inocente, y al hablarle del desgraciado Lauro, su esposa se abrazó a mis rodillas, diciéndome: “Señor, es inocente; mi esposo es incapaz de cometer un crimen, pues adora a sus hijos, y el que sabe amar como mi Lauro ama, no es criminal. Si él declarara que se había convertido en asesino, diría que se ha vuelto loco, que miente”.

La noble convicción de aquella mujer me dio más aliento; me presentó tres niños que parecían tres ángeles, blancos, rubios, sonrosados, con grandes ojos azules que parecían que guardaban el resplandor de los cielos. Las inocentes criaturas me miraron sonriendo, y el mayor, que tendría ocho años, me dijo con voz dulcísima: “Mi padre es muy bueno. Tu también tienes cara de bueno. ¿Verdad que salvarás a mi padre? ¡Pobrecito! Dile que todas las noches sueño con él.

La voz de aquel niño me conmovió de tal modo que le dije:

“Pobre ángel desamparado! Yo te prometo salvar a tu padre”. Y acto continuo fui a ver al primer jefe de los penitentes y le dije:

-A los últimos diez acusados que han ingresado en vuestras cárceles es necesario que los entreguéis a los tribunales civiles; me consta que uno de ellos es inocente, tiene esposa y tres hijos; con la deportación de ese hombre vais a cometer cinco asesinatos, y esto es

horrible; los otros nueve deben ser juzgados separadamente, porque es distinta su culpabilidad. La historia de esta asociación religiosa está escrita con sangre; y si yo he de pertenecer a ella tiene que tomar otro rumbo; quiero justicia y verdad; del modo que obráis sois los piratas de la tierra: condenáis sin apelación para confiscar los bienes de los condenados; queréis que yo sea el águila de la Orden, y lo seré si verdaderamente queréis ser los ministros de Dios en la tierra, practicando su ley de amor.

-Águila queríamos hacerte; pero veo que habremos de cortarte las alas; ya conozco lo que tú serás en el mundo: serás el manto de los criminales sób por ir en contra de las leyes, porque en ti está encarnado el espíritu de la rebelión; eres niño y audaz, pero a los audaces les sabemos poner freno a su audacia. Por esta vez te dejo libre, pues, en medio de todo, a mí me gustan los hombres como tú, y creo que al fin nos entenderemos, pero desiste de tu plan: la Orden de los penitentes, con las revueltas políticas, carece de fondos, y éstos le son necesarios, indispensables, ya que sin ellos no se podría sostener: el fin justifica los medios; el fin de la Orden es grande porque es imponer la religión en todo el Orbe. Asociación tan poderosa necesita medios; ¿qué es la vida de diez hombres ante la salvación de millones de criaturas? Este proceso, fallado por nosotros, nos conquistará la simpatía y la protección de la familia del asesinado, y, además, los bienes de los culpables quedan a nuestro favor, y... la elección no es dudosa. Déjate de generosidades juveniles. Cuando tengas mis años te convencerás de que la humanidad es una raza de víboras, y todas las que se aplastan es en provecho de la masa común.

Nada contesté, porque comprendí que todo sería inútil, y no quise provocar su cólera porque me tenía en su poder, y si me retenía, no podría ser útil a mis protegidos.

En cuanto me despedí, salí al campo, me postré de hinojos sobre un ribazo, y mirando al cielo, exclamé: “Señor, inspírame; pon en mis labios tu divina palabra! Diez familias están expuestas a perecer de hambre; un hombre inocente va a ser inmolado en aras de una asociación que es el vampiro del universo; dame la magia de la persuasión para conmover a un monarca de la tierra Señor, a tu sombra la raza de Caín sigue difundiendo el espanto y la muerte; deja que comience mi vida de sacerdote con un acto digno y justo. Yo tengo sed de justicia y hambre de verdad; yo te amo, Señor, sobre todas las cosas de la tierra, y en tu nombre quiero difundir la luz. ¡ Que el fuego de la inspiración inflame mi mente!” Sin perder un momento, me puse en camino, y al día siguiente hablaba con el rey, al que logré convencer para que reclamara los diez acusados, que en justa ley los tribunales civiles debían condenar y no los eclesiásticos, puesto que el muerto nada tenía que ver con la casta sacerdotal. Tres horas le estuve hablando para convencerle, porque ningún soberano quería malquistarse con los penitentes negros, pues sabían muy bien lo que les aguardaba, que era su muerte más o menos tarde; pero al fin conseguí que firmase la orden pidiendo la entrega de los diez acusados, yendo yo con el capitán que mandaba la fuerza a sacarlos de su sombrío calabozo. Los guardias del rey y hasta el capitán temblaban al entrar en los subterráneos y ver a aquellos hombres enjaulados como fieras, que al salir de su encierro no sabían dar un paso; hubo soldado que lloró como un niño al ver tanta impiedad; el capitán, ante aquellas torturas, rugía de rabia y decía: ‘Dios no existe, ¡mentira! Si existiera, no habría tanta iniquidad.”

Yo, dominado por una fuerza extraña, cogí al llavero y le dije: “Quiero verlo todo, quiero decirles a estos desgraciados una palabra de consuelo; guíame, y yo te prometo sacarte de aquí”. Y mientras el capitán y los soldados conducían a los presos fuera de la fortaleza, yo seguí aquel laberinto de galerías y corredores donde resonaban en todas direcciones desgarradores gemidos de las víctimas que agonizaban en aquellos sepulcros. Es imposible pintar todos los tormentos a que estaban sujetos algunos de los desventurados que ya estaban juzgados y condenados, a concluir sus días en aquellas cuevas, rodeados de reptiles y de todo cuanto puede atormentar al hombre. Tal honor sentí, tal vértigo se apoderó de mi ser, que le dije a mi compañero: “Sácame de aquí. Mi sangre se convierte en plomo derretido que me quema las entrañas. Yo no pensaba que el infierno existiera, pero existe. Yo me vuelvo loco, tengo miedo de quedarme aquí, ¡sácame, por compasión...!” Mi compañero me cargó en

Librodot

hombros y me sacó por una poterna; al sentir en mi frente las ráfagas del aire, al yerme en el campo, me dejé caer de rodillas, miré al cielo, lancé un grito agudísimo y caí desvanecido.

Cuando volví en mí, me encontré en un aposento de la Cárcel Real. El" capitán y el llavero estaban a mi lado. Parecía que había perdido la memoria, pero de pronto me di cuenta de lo que me había sucedido y pregunté por los presos. El capitán me dijo que estaban en la enfermería.

El llavero aprovechó mi indisposición para acompañarme sin inspirar sospechas. Por otra parte, los penitentes, ante la fuerza armada, eran humildes y no oponían la menor resistencia a las órdenes del soberano. Ellos decían que todo lo hacían en bien de los pecadores, porque el castigo predispone a la enmienda. Tenían en su mano el gobierno de todos los Estados, y aparecían en todas partes como obedientes y humildísimos súbditos, dispuestos siempre a cumplir la voluntad del soberano. En vez de reclamar cuando la justicia ordinaria se apoderaba de uno de sus miembros, aparecían como mansísimos corderos, siempre dispuestos a transigir con todo; pero luego, cautelosamente, se vengaban de una manera horrible.

El llavero suplicó al capitán que le detuviera como prisionero, alegando que el mal trato que daba a los presos merecía un severo correctivo. El infeliz hizo revelaciones que no quiero recordar, aseguraba que prefería morir devorado por los salvajes a volver bajo las órdenes de los penitentes.

Por mi mediación todo se arregló, y más tarde se embarcó para la India, donde sufrió el martirio y murió como él deseaba: devorado por los salvajes.

El proceso de los diez acusados me costó muchas horas de insomnio, persecuciones sin cuento, amenazas terribles, pero al fin Lauro quedó en libertad, y cuando salió de la sala del Tribunal, y su esposa y sus hijos le rodearon con sus amantes brazos, caí de rodillas, diciendo: "Bendito seas, Señor! ¡Ya no me importa morir! ¡A semejanza tuya he resucitado a los muertos! ¡Gloria a ti, alma del universo, por los siglos de los siglos!"

Lauro y su familia me colmaron de bendiciones, y su hijo mayor me decía:

"Quédate con nosotros, y te queremos tanto como a nuestro padre!"

Los nueve condenados restantes sufrieron el castigo proporcionado a su enorme falta; quedaron reducidos a la esclavitud, trabajando en las obras públicas. Eran esclavos del Estado, como lo son ahora vuestros presidiarios, y sus bienes quedaron en poder de sus familias. En relación con la condena del tribunal eclesiástico que les esperaba, aquellos desgraciados se creían felices, y para lo que aquellas almas rudas podían expresar, se mostraban agradecidos a mis afanes.

No tardaron mucho tiempo los penitentes en demostrarme que me harían pagar cara mi osadía; tres años estuve expatriado, sufriendo los honores de la más espantosa miseria y el dolor de agudísima enfermedad; pero cuanto más sufría, veía en mi mente a Lauro al salir del tribunal rodeado de su familia, y me decía a mi mismo: "Aquel hombre tiene una esposa que le adora y tres ángeles que le sonríen. Sin él hubieran muerto de frío esos cuatro seres que viven al calor de su ternura. Si yo sucumbo, soy un árbol muerto que a nadie puede dar sombra; y, además, aquel hombre era inocente, y no debía morir. Yo al fin me he rebelado, he negado mi alianza a los que me sirvieron de padre y me ms fruyeron. ¡Cúmplase la voluntad de Dios, que siempre es justa!", y estaba tan resignado a morir que cuando recibí el pliego de mi indulto, en el primer instante casi me sentía contrariado. Ya he dicho antes que yo en la vida normal era un ser, si se quiere, apático; me asustaba la lucha incesante de la vida, y había acariciado tanto tiempo la idea de la muerte que casi la amaba. Uno de vuestros poetas más escépticos cantó a la muerte. Buscad su canto y agregadlo, si queréis, a estas líneas; si no todo, algunas estrofas. Para mí, en aquella ocasión, la muerte era una Isla de reposo, como la llamaba el poeta Espronceda, diciendo:

Isla yo soy del reposo

Librodot

en medio el mar de la vida
y el marinero allí olvida
la tormenta que pasó.

Allí convidan al sueño aguas
puras sin murmullo,
allí se duerme al arrullo
de una brisa sin rumor.

Soy melancólico sauce
que su ramaje doliente
inclina sobre la frente
que anuga el padecer;
y duerme al hombre
y sus sienes con fresco
jugo rocía, mientras
el ala sombría bate
el olvido sobre él.

Soy la virgen misteriosa
de los últimos amores,
y ofrezco un lecho de flores
sin espinas ni dolor.
Y amante doy mi cariño
sin vanidad ni falsía:
no doy placer ni alegría,
mas es eterno mi amor.

En mí la ciencia enmudece,
en mí concluye la duda, y árida,
clara y desnuda enseño yo la verdad;
y de la vida y la muerte
al sabio muestro el arcano
cuando al fin abre mi mano
la puerta a la eternidad.

Cierre mi mano piadosa
tus ojos al blando sueño
y empape suave beleño
tus lágrimas de dolor.
Yo calmará tu quebranto
y tus dolientes gemidos,
apagando los latidos
de tu herido corazón.

Librodot

Había sufrido tanto, había vivido tan solo.., que me horrorizaba la idea de la ancianidad: me despedí con sentimiento de aquellas montañas envueltas en el blanco sudario de las nieves perpetuas, y volví a mi patria casi moribundo. Mi primer pensamiento lite visitar a Andrés, y al verle, al recibir sus inocentes caricias, sentí que resucitaban en mi alma los deseos de la vida. Me avergoncé de mi debilidad y de mi egoísmo, y comprendí que había sido injusto, porque nunca debemos desear la muerte cuando en la tierra hay tantos huérfanos a quienes servir de padre.

Poco tiempo después me retiré a mi aldea, donde residí más de cuarenta años. Ya en los últimos meses de mi vida, estando una tarde sentado a la puerta del cementerio, vi llegar a un anciano cubierto de harapos, que me pidió una limosna para los niños cuyos padres estuviesen presos. Sus palabras me llamaron la atención, y no pude menos de preguntarle por qué pedía para los hijos de los presos.

-Señor -me dijo-, es una penitencia que yo me he impuesto. En mi juventud estuve en poder de los penitentes negros, acusado de un crimen que yo no había cometido; un hombre, que era un santo, se interesó por mis hijos y me devolvió al cariño de mi familia, atrayendo sobre él la persecución de los penitentes, que consiguieron su destierro y tal vez su muerte; el recuerdo de aquel hombre nunca se ha borrado de mi memoria, si bien me acuso de que cuando le deportaron nada hice en su favor, pues tuve miedo de caer nuevamente en las garras de aquellos tigres; y no sólo enmudecí, sino que cambié de residencia, me expatrié. Los años fueron pasando y mi remordimiento fue creciendo, hasta el punto que hace más de diez años que yo mismo me impuse la penitencia de pedir limosna para los hijos de los presos en memoria de aquel hombre que se sacrificó por mí. Todos los años, el 1° de enero, reparto todo lo que he recogido durante un año, entre veinte niños huérfanos por la muerte o por el cautiverio de sus padres, y al repartirlo les digo; “Rogad por el alma del padre Germán.”

El relato de Lauro me conmovió profundamente, y le dije dominando mi emoción:

-Pues habéis rogado por el alma de un hombre que aún está en la tierra.

¿Vive el padre Germán...? -gritó el mendigo, animando su rostro de un destello de júbilo-. Decidme dónde está si lo sabéis, que Dios ha tenido misericordia de mí; porque siempre he dicho, cuando me he creído próximo a la muerte: “Señor, en mi última hora permite que se me presente el padre Germán, y me creeré perdonado de mi ingratitud”.

No sé de qué modo miré a Lauro, que el anciano se acercó hasta a mí, me miró fijamente y se arrojó en mis brazos, diciendo:

¡Qué bueno es Dios conmigo!

¡Qué compensaciones tan hermosas tienen las buenas acciones! ¡Cuánto gocé hablando con Lauro! Todos sus hijos se habían casado y vivían en la mayor abundancia. Su esposa había muerto bendiciendo mi nombre, y él practicaba la caridad en memoria mía. De los nueve condenados, cuatro murieron en la esclavitud, y los otros cinco alcanzaron la parada de un indulto general que dio el rey por haber tenido grandes victorias en la Tierra Santa; volvieron al seno de su familia, y pudieron sonreír contemplando a sus nietos.

Al día siguiente Lauro se despidió de mí, diciéndome:

-Ahora no temo a la muerte; que venga cuando quiera, pues he realizado mis deseos, que eran veros antes de morir. -Y como si la muerte hubiera estado esperando nuestra entrevista para terminar los días de Lauro, al salir de la aldea, el anciano mendigo dio un paso en falso y cayó a un despeñadero, muriendo en el acto por la violencia del golpe.

Costó bastante trabajo la extracción del cadáver, pero conseguí sacarle, y fue enterrado cerca de la niña de los rizos negros. No tardé mucho en seguirle, y en el espacio encontré a varios presos de la tierra que me mostraron su gratitud.

Amad, amad mucho a los presos, procurad su instrucción, moralizadlos, educadlos, castradlos, porque es muy justo que sea castigado el delincuente; pero al mismo tiempo que imponéis la pena, abridles el camino de su redención. Si flageláis el cirpo del cautivo, desesperáis su alma, no esperáis acciones generosas de espíritus desesperados.

Librodot

No soñáis con días de libertad, no digáis que trabajáis para la unión de los pueblos ni que sois los iniciadores de la fraternidad universal, si antes que todo no mejoráis la triste suerte de los criminales; mientras tengáis esos presidios, semilleros de crímenes, focos de corrupción, habitados por hombres a quienes no les dejáis tener ni el derecho de pensar, ¡infelices de vosotros! Todos vuestros planes de reformas sociales serán trabajo perdido. No podáis imaginar todo el daño que os causa vuestro sistema penitenciario: un hombre desesperado atrae fatales influencias, y en vuestros presidios hay tal aglomeración de espíritus inferiores que su perniciosa influencia os envuelve, os aprisiona de tal modo," que a veces me inspiráis lástima; porque los presos, sin saberlo vosotros, se vengan de vuestro abandono enviándoos con su fluido toda la hiel que guarda su corazón. Os lo repito, y nunca me cansaré de repetirlo: los criminales son dementes, ni más ni menos. ¿Qué hacéis con vuestros enajenados? Los sometáis a un plan curativo. Pues someted a un plan moral a los que infringen las leyes: no empleáis la violencia, pues nada conseguiráis, porque empleáis armas que en realidad no os pertenecen y no las sabéis manejar.

Si tenéis la inteligencia, si tenéis el don de la palabra, si sois de la raza de los redentores, ¿por qué no seguís sus huellas?

¡Ah, pobre humanidad, cómo te hundes en el Jodo, cómo miras tu hermosa vestidura, cómo inficionas la atmósfera que te envuelve, cómo huyes de la luz, cómo ensanchas el vasto territorio de las sombras! ¡Me inspiras compasión! Vuelve en ti, comienza tu trabajo de regeneración universal, y no te envanezcas abriendo ateneos y universidades si antes no has dado principio a intruir a los criminales, cuya ignorancia te condena a perpetua servidumbre.

Yo quise mucho a los presos en mi última encarnación, y a mis afanes por ellos he debido la hermosa libertad que hoy disfruto.

¡Hombre, hombres! Si comprendierais vuestros verdaderos intereses, no sería la tierra una penitenciaría de la Creación, sino uno de los mundos regeneradores, una de las moradas donde el alma pudiera sonreír. No olvidáis mis consejos, hijos míos; yo quiero mucho a los terrenales, porque entre vosotros conocí a la niña pálida, la de los rizos negros.

Adiós, mis compañeros de infortunio; trabajemos todos en el bien universal, redoblemos nuestros esfuerzos, acerquémonos a los presos, y ellos nos darán la libertad.

No olvidáis que los justos saben el camino del progreso, y los culpables no son sino ciegos perdidos en las sombras de la ignorancia. Guiemos, hijos míos, a los pobres ciegos; ¡son tan dignos de compasión...!

LOS VOTOS RELIGIOSOS

Por mucho que estudiéis, por mucho que leáis, y vuestra imaginación tenga bastante inventiva para darle forma y color a la vida claustral, nunca pintaréis con exactitud ese lienzo sombrío, ese cuadro horrible de las miserias y degradaciones humanas. Es necesario haber vivido dentro de un convento de religiosas. Ya os he dicho que mi infancia y mi juventud las pasé entre monjes, triste, solitario, pero que podía haber vivido tranquilo, si mi espíritu hubiera sido más dócil y no hubiera tenido tanta sed de progreso; yo me enemisté con mis superiores por mi carácter revolucionario, por ser reformador incorregible. De haber sido más obediente, mi existencia hubiera sido hasta dichosa dentro de aquella esfera microscópica; lo que sí es completamente imposible es vivir en calma entre una comunidad de religiosas. No podéis imaginaros lo que son las mujeres destituidas de los sentimientos naturales.

Ya sabéis que me he presentado a vosotros tal cual soy; el mundo me llamó santo, y os he dicho repetidísimas veces que estuve muy lejos de la santidad, que amé a una mujer y le rendí culto a su recuerdo, siendo mi altar preferido su sepultura. Allí elevaba mi pensamiento, allí pensaba en los pobres, allí pedía a Dios inspiración suprema para despertar el

arrepentimiento en los culpables. Sentí, amé, temí, tuve todas las debilidades de los demás hombres, y os hago esta advertencia porque como me ocuparé algo de las mujeres, y las presentaré tal como son en realidad, no creáis que queriendo aparecer santo les demuestro aversión, no; lo que quiero demostrar es que la mujer educada, la mujer sociable, la mujer madre es la que sabe amar. Y no creáis precisamente que al decir la mujer madre me refiero a la que tiene hijos, no; la mujer madre es la que sabe amar; desgraciadamente, lo sé por experiencia.

Una mujer me llevó en su seno, recibió mi primera sonrisa, escuchó mis primeras palabras, y a pesar del íntimo parentesco que nos unía, me arrojó de su lado cuando aún yo no había cumplido cinco años. Estas madres desnaturalizadas son espíritus inferiores cuya rebeldía está tan arraigada en su modo de ser, que la maternidad no significa para ellas más que un acto puramente natural, y hacen lo que los irracionales: les dan el aumento primero a sus hijos y luego los abandonan; otras ni a eso se detienen, pues su perversidad domina en absoluto; y son madres apropiadas para los seres que vienen a la tierra a sufrir crueles expiaciones, que todo se relaciona en la vida.

La mujer, espíritu lo mismo que el hombre, toma la envoltura del sexo débil para educar su sentimiento, para aprender a sufrir; es, puede decirse, un castigo impuesto al espíritu; por esto la vida de la mujer, aun en medio de la civilización más perfecta, tiene en el fondo de su existencia verdaderas humillaciones; la mujer es un espíritu rebelde que, sin educar, es el animal más dañino que hay en ese mundo puesto al servicio del hombre. Estas mismas palabras las escribí hace algunos siglos, después de haber estado una larga temporada viviendo junto a un convento de religiosas, siendo el confesor de aquella numerosa comunidad.

En mi última encarnación, mi carácter aventurero y mi sed de progreso me hicieron vivir muy aprisa, en un tiempo que se vivía muy despacio; y antes de encerrarme en mi aldea sufrí toda clase de persecuciones aun en mi retiro; más de una vez fui requerido por el jefe del Estado, y amenazado de muerte por mis superiores. Vivía en “una época en que decir la verdad era un crimen: y yo la decía siempre, así es que mi vida fue una lucha incesante, una batalla sin tregua. Tuve el fanatismo del deber, y fui religioso, no porque aceptara los misterios de mi religión, sino porque la moral universal me imponía sus derechos y sus deberes; admiré a Cristo y quise imitarle, no en su modo de vivir y de morir, porque ni tenía virtud, ni mi misión era la suya; pero quise demostrar lo que debía ser un sacerdote racional, interesándome vivamente por la instrucción de la mujer, para que no sufrieran otros las consecuencias que yo sufrí.

Todos mis tormentos y agonías, para mí entonces no reconocían otra causa que la ignorancia de mi pobre madre; y como yo había sido tan inmensamente desgraciado, como la contrariedad había sido mi único patrimonio, yo quería educar a la mujer, sacarla de su embrutecimiento despertando su sensibilidad; por que de una mujer sensible se pueden esperar todos los sacrificios y heroicidades. La mujer amando es un ángel; pero indiferente para la humanidad y fanática por un credo religioso, es un demonio; si esa personalidad existiera, si el espíritu del mal tuviera razón de ser, estaría encarnado en las mujeres fanáticas; la mujer desposeída de su principal atractivo, del sentimiento maternal, es un espíritu degradado, que se presenta en ese mundo haciendo alarde de su inferioridad y de su ignorancia; no os extrañe que me exprese en estos términos, porque he visto muy de cerca a las religiosas.

Comprometido en una cuestión política, tuve que salir huyendo, y fui a pedir hospitalidad a la superiora de un convento que tenía junto al monasterio una hospedería para los peregrinos, pues en aquella época eran muy frecuentes las peregrinaciones. Fui bien recibido, llegando en buena ocasión, pues la comunidad estaba sin confesor, y como la superiora me vio joven y audaz, creyó que podría serle útil. Era una mujer de la nobleza, que tuvo que ocultar en el claustro un desliz de la juventud; se hizo ambiciosa, intrigó con acierto y llegó a ser tanta su autoridad y su nombre, que fundó varios conventos, y las jóvenes de las

más opulentas familias fueron puestas bajo su tutela para recibir educación, y muchas de ellas profesaron por su mandato.

Le pasaba a aquella mujer lo que a la madre egoísta, que al perder un hijo, se alegra cuando otras mujeres pierden los suyos, y dice con sombría satisfacción: “Que lloren; también he llorado yo.” Esto mismo decía aquella mujer sin corazón cuando una joven pronunciaba sus votos llorando amargamente. Sus ojos me lo revelaban, sí; cuando miraba a una joven profesa, recordaba su juventud, su extravío amoroso, pensando con feroz complacencia, diciendo con cruel satisfacción: “Otra víctima más; ya que yo no he podido ser feliz, procuraré que nadie lo sea”.

La superiora era una mujer de mediana edad, inteligente y astuta, ambiciosa y vengativa; puesta al servicio de la religión, hacía numerosos prosélitos. Rígida hasta la crueldad, mantenía en su comunidad la más perfecta disciplina, entregando a la Iglesia sumas inmensas que traían en dote las infelices alucinadas que hacía profesar. Yo escuchaba a aquellas mujeres y quedaba petrificado. ¡Cuanta ignorancia...! ¡cuánta servidumbre...! y en el fondo... ¡cuánta inmoralidad! Como de ésta a la criminalidad no hay
más que un paso, aquellas infelices cometían hasta el infanticidio, y quedaban serenas y tranquilas, creyendo que servían a Dios obedeciendo las órdenes de sus ministros. Yo las miraba asombrado y decía: “Señor, de la mujer, la que debe llevar en su seno a los héroes de la humanidad; la que está llamada a ser la compañera inseparable del hombre; la que puede compartir sus glorias tomando parte activa en sus estudios, en sus penas y en sus alegrías; la que puede embellecer su existencia porque tiene atractivos y condiciones para hacerse amar; la que es carne de nuestra carne y hueso de nuestros huesos; la que siente esos dolores divinos de la maternidad; la que realiza el acto más grande de la naturaleza en el sagrado instante de su alumbramiento, ¿qué hace la religión con ella? La embrutece, la envilece, la mutila, la reduce a la mísera condición de esclava que ni es dueña de sus hijos, y ahogando en ella todo sentimiento generoso, ¿qué queda de la mujer? La más espantosa deformidad en cuerpo y en alma. Todos sus vicios pasados reaparecen; es astuta como la serpiente, vengativa como el tigre, hace el mal y se complace en su obra, o es una autómata que se mueve a impulsos de otra voluntad. ¿Y para esto ha sido creada la mujer? ¿para vivir en, la más humilde y vergonzosa servidumbre? La religión, que es la base de todas las civilizaciones, ¿por qué en vez de remediar es daño, se puede decir que ella lo causa? Comprendo mejor (aunque no las apruebo) las asociaciones de los hombres científicos que se retiran a un claustro a meditar y a pedir a la ciencia la solución de los problemas de la vida pero las comunidades de mujeres son completamente innecesarias; las mujeres hacen falta en todos los lugares del mundo menos en los claustros y en los lupanares. Suponiendo que se logre reunir (que es mucho suponer) una congregación de mujeres sencillas y virtuosas, que buenamente se entreguen al ejercicio de la oración: ¿de qué sirven estos seres profundamente egoístas que no consuelan al huérfano, ni sostienen el inseguro paso de los ancianos, ni ayudan a los desgraciados en sus penalidades? De ningún modo que se mire progresa la mujer en la vida monástica; al contrario, se estaciona y hasta retrocede.

Se la considera virtuosa o inofensiva, pero es egoísta, puesto que se aparta de la lucha del mundo; si pronuncia sus votos por desesperación, se vuelve tiránica, cruel; si la alucinación y la ignorancia la aflojan en el claustro, se convierte en cosa, es un instrumento del que se valen hombres perjuros, y si la timidez y la obediencia a sus mayores le obliga a renunciar al mundo, vive muriendo, maldiciendo y rezando a la vez.

Yo amaba a la mujer, la consideraba como la única gloria del hombre; y al verla tan envilecida me desesperaba. En aquella comunidad vi a la mujer en todos bs grados de embrutecimiento, en todas las fases de la degeneración y del sufrimiento moral y material, temblando ante el martirio, enloquecida por el tenor.

Presencié la profesión de una infeliz novicia y quede horrorizado; otra pobre niña estaba próxima a pronunciar esos votos irrevocables que tantas desgracias han causado, y me decidí a salvarla del infierno, impresionado como estaba por la lucha que le vi sostener a la

Librodot

novicia que a los pocos días de mí llegada profesó; aquella mártir sobrevivió poco tiempo a su sacrificio, y me alegré de su muerte, porque era una joven dotada de gran sentimiento, y sufría horriblemente rodeada de mujeres sin corazón.

Eloísa, su compañera de infortunio, al verla morir, me miró y lloró silenciosamente, y comprendí que más lloraba por sí misma que por la muerta.

Cuando llegó la hora de confesarse, la víspera, de pronunciar sus votos, le dije delante de un crucifijo:

-Eloísa, ¿renuncias de todo corazón a los placeres de la tierra?

Sí -contestó la joven con voz insegura, mirando a la imagen de Cristo.

-Mientes en este momento.

¡Yo...!

-Sí, tú; es necesario que para enterrarte en la vida, sepa la mujer por qué se entierra. Quiero suponer que, alucinada y do minada por los consejos de tus padres y de la superiora, pronuncies tus votos creyendo que renuncias a los goces de este mundo con toda satisfacción y contento; pero mira, figúrate por un momento que en vez de esta imagen de Cristo, contemplaras un hombre de treinta años, con miradas de fuego, sonrisa amorosa, gentil y apuesta, decidido a conquistar un mundo para depositarlo a tus plantas, ¿renunciarías a su amor, a tu eterna felicidad, a la dicha suprema de amar y ser amada?

-Sí--murmuró Eloísa, pasándose la mano por la frente cubierta de sudor.

-Mientes, niña. Lo que me dicen, lo que afirman tus labios, me lo niegan tus ojos. Vete a descansar, y pregunta a tu alma qué es lo que quieres, y yo pediré una prórroga de ocho días a la superiora. En ese tiempo medita y no te engañes a ti misma ni temas el enojo de tu familia, que por algo he venido yo a la tierra para ser padre de almas.

La novicia me miró, pero temiendo que las paredes hablaran, enmudeció, y yo me dirigí a pedir una audiencia a la superiora, que me la concedió en seguida. Le hice presente que Eloísa no estaba bien dispuesta para su profesión y que era necesario dejarle lo menos ocho días para reflexionar.

-Muy mal hecho -me dijo con sequedad-. Esa joven tiene que profesar quiera o no quiera. Sus padres desean su profesión, porque Eloísa es hija del rey, y a su padre adoptivo, como es natural, le estorba esa niña, porque le recuerda los devaneos de, su esposa. Además, trae en dote una gran fortuna, y el oro es necesario a la Iglesia. Me diréis que llora, pero yo también lloré, y si yo pude sufrir, también podrán sufrir las demás mujeres.

¿Pero la religión sirve para condenar a sus hijos o para salvarlos? Concedo (y ya es mucho conceder) que la mujer que tenga vocación por una vida contemplativa se retire y viva entregada a su estéril rezo, o a su infecunda meditación; pero a la joven que sienta palpitar su corazón al recuerdo de un ser amado, ¿por qué se la ha de sacrificar? ¿Por que se le han de negar los derechos y los deberes que le ha concedido la naturaleza? En la religión debe encontrar la mujer un apoyo, un amparo, leal consejo, pero nunca imposición ni tiránico mandato.

-Vais por muy mal camino para obtener el capelo -me dijo la superiora con amarga ironía.

-El que va por la senda de la justicia y de la verdad, no necesita ni capelos ni tiaras para vivir dichoso. Yo quiero ser un verdadero ministro de Jesucristo, quiero amar al prójimo como a mi mismo, quiero ser un enviado de su amor y su equidad, quiero que la mujer se regenere; quiero verla, no escondida en los santuarios agotando su existencia en un quietismo improductivo, sino tomando parte en la lucha de la vida; quiero que sea esposa y madre, que comprenda lo que vale su misión, que dentro de un convento desconoce por completo.

Más de tres horas estuvimos hablando. La superiora me ofreció su valimiento si yo coadyuvaba a sus planes, y si yo hubiera sido ambicioso, entonces tuve ocasión de haber sido en poco tiempo príncipe de la Iglesia; pero mi espíritu, cansado de las farsas humanas, estaba decidido a progresar, que hacia muchos siglos que rodaba por la tierra, y no había encontrado

Librodot

esa dulce tranquilidad que siente el hombre cuando dice al entregarse al sueño: he cumplido fielmente con mi deber.

A pesar mío, en algunas ocasiones he tenido que usar de la diplomacia para ganar tiempo, así es que aparenté seguir sus consejos y quedamos convenidos que esperaríamos ocho días para la profesión de Eloa, y que en ese intervalo yo procuraría inclinarla a la vida monástica. Los padres de la novicia también vinieron a hablarme. Todos estaban deseosos de sacrificar a aquella infeliz cuyos dulces ojos prometían un cielo, un mundo de célicos placeres al hombre a quien entregase su sensible corazón. ¡Pobre niña! ¡Cuan cerca estuvo del abismo! ¡Cuántos crímenes se han cometido a la sombra de la religión!

Al cumplirse el plazo, por la mañana muy temprano fui a la iglesia, y ya me aguardaba la novicia, que parecía una muerta, con su hábito blanco, sus grandes ojos hundidos rodeados de un círculo azulado, sus mejillas amarillentas como el marfil, sus labios blanquecinos plegados por una sonrisa tan dolorosa que, sin murmurar una queja, parecía que se escuchaban sus desgarradores gemidos; nunca he visto una imagen del dolor tan conmovedora como aquélla. Las vírgenes al pie de la cruz, las Dolorosas de vuestros más renombrados pintores, hubieran parecido bacantes comparadas con la imagen de Eloísa. ¡Cuánto me impresionó la mirada de aquella infeliz! Al yerme se dejó caer a mis plantas, y con voz balbuciente, me dijo:

-Gracias, padre; me habéis comprendido. Y sus miradas terminaron su confesión, y al mismo tiempo me preguntaba:

¿Qué haré para salvarme...?

-Seguirme. Yo te dejaré en poder de un hombre que velará por ti. No hay tiempo que perder. A grandes males grandes resoluciones. Aprovecharemos la febril agitación que hay en la comunidad con los preparativos de tu fiesta. Quédate orando en la capilla de Santo Sepulcro y espérame allí. Lo demás corre por mi cuenta.

Efectivamente, como he dicho antes, Eloísa no sólo parecía un cadáver, sino la personificación de la angustia y la amargura. Al medir el hondo abismo en que iba a caer, había sentido tal espanto, que todo su ser se había conmovido extraordinariamente, y estaba desfallecido, exánime. Yo me apresuré a decirle a la superiora que Eloísa estaba conforme en profesar, pero que pedía dos horas de reposo espiritual en la capilla del Santo Sepulcro, y que creía muy conveniente le fuesen concedidas. La superiora accedió sin sospechar mi intento, porque creía haberme comprado con la gruesa suma que me había ofrecido si conseguía que Eloísa profesase. Es tan mezquino el cálculo de los espíritus degradados, que no pueden comprender el desprendimiento y el desinterés de las almas que se encuentran en vías de progresar.

Yo, en los ocho días de espera, no había perdido el tiempo, y como siempre que me propuse hacer un bien, encontré obstáculos que vencí con mi perseverancia, y a la vez seres amigos que me ayudaron en todas mis empresas; el que quiere hacer una obra buena siempre encuentra un camino para hacerla.

La capilla del Santo Sepulcro tenía un largo corredor que conducía a las prisiones del convento. En éstos había la entrada a las bóvedas que servían de enterramiento, las que tenían dos puertas que daban al huerto del sacristán, al que hice mío, tan mío fue, que nunca me abandonó; él fue el que me habéis oído nombrar repetidas veces, el buen Miguel, que me quiso tanto cuanto un alma sencilla y buena puede querer. Él me proporcionó caballos y tres hábitos de penitentes, y mientras en el convento todo era revolución, yo, sin perder momento, entré en la capilla, eché la llave y le dije a Eloísa: “Sígueme, no hay tiempo que perder”. La pobre niña me miró sin comprenderme, y tuve necesidad de repetir mis palabras haciéndola levantar, pero la infeliz estaba sin movimiento. Gracias que Miguel, fingiéndose enfermo, en vez de acudir a la iglesia vino en mi auxilio. Entonces era un hombre vigoroso, y alzó en brazos a la novicia como si fuese un niño, y los dos, a buen paso, salimos del convento. Llegamos a casa de Miguel, di a Eloísa rápidas explicaciones, y ésta, feliz al verse salvada, recobró fuerzas como por encanto, se cubrió con el hábito de penitente, subimos a los caballos

Librodot

y a galope tendido nos alejamos de aquellos lugares. Cuando fueron en nuestro seguimiento ya estábamos en paraje seguro. En mi habitación dejé una carta para la superiora, que decía así:

nunca olvidaré que en un momento de verdadera angustia para mí, me disteis generosa hospitalidad; y hoy pago vuestro servicio con una acción noble, quitándoos una victima que hubiera muerto maldiciendo vuestro nombre y negando la existencia de Dios. Os soy deudor de un gran estudio: en la Comunidad que dirigís he visto toda la degradación y embrutecimiento a que puede llegar la mujer, y emplearé toda mi elocuencia para libertar a las mujeres de la humillante servidumbre a que las condena una mal entendida religión.

"A la joven que queríais sacrificar la entregaré al rey. No nos persigáis, pues poseo vuestro secreto y puedo perderos y haceros morir en una hoguera; bien lo sabéis".

Mi amenaza hizo su efecto. Seguí mi camino con toda tranquilidad y conseguí hablar con el rey y entregarle a su hija, la que habló con tanta elocuencia y sentimiento, que su padre se conmovió y le dijo solemnemente:

-Niña, si amas a alguien, confiésalo al padre Germán, y él que arregle tu matrimonio.

Descansamos algunos días, y no me había engañado: Eloísa amaba a un capitán de guardias del rey. Yo lo arreglé todo, y la primera unión que bendije fue la de Eloísa y Jorge.

¡Qué satisfecho quedé de mi obra cuando los dejé en la embarcación que debía llevarlos a Inglaterra! Eloísa estaba transfigurada, hermosa, sonriente, y radiante de felicidad me decía:

-Padre Germán, me parece que estoy soñando. Si es que duermo, hacedme morir antes de despertar, ¿Es verdad que ya no volveré al convento?

-No volverás, no -le decía su esposo-; has salido para no volver jamás: crea usted, padre Germán, que nos ha dado lo que nunca podríamos esperar. Yo amaba a Eloísa, pero no me había atrevido a pedirla a sus padres porque mi escasísima fortuna era muy inferior a la suya, y estaba decidido a hacerme matar al saber su profesión. Ella hubiera vivido desesperada, ¿y todo por qué?

-Porque la religión mal comprendida sirve de tea incendiaria, en vez de ser la imagen de la Providencia.

Leyó anclas el buque, y Miguel y yo quedamos en la orilla del mar largo rato mirando el bajel, que se alejó lentamente, hinchando sus velas vientos favorables. Eloísa y Jorge sobre cubierta agitaban sus pañuelos en señal de despedida, y al perderse el bajel en el horizonte, abracé a Miguel, diciendo: "Demos gracias a Dios, amigo mío, por haberme dejado contribuir a la felicidad de esas dos almas enamoradas. Sus bendiciones y las de sus hijos atraerán sobre nosotros la calma de los justos. ¡Loado sea Dios! que nos ha dejado ser sus mensajeros de justicia, sus enviados de paz y de amor".

Desde entonces trabajé cuanto pude por desarraigar el fanatismo religioso en la mujer. Eloísa y Jorge no fueron ingratos. Muchos años después estuve en peligro de muerte, y ella principalmente fue mi ángel de salvación. Por otra parte, educó a sus hijos en los preceptos de la religión que yo le había enseñado.

Tengo la profunda satisfacción de haber evitado, la última vez que estuve en la tierra, más de cuarenta suicidios; por otro nombre, votos religiosos. Sí; salvé muchas víctimas con mis consejos, y en lo que me es posible hoy sigo mi trabajo inspirando a unos, comunicándome con otros, para despertar el verdadero sentimiento religioso. Yo quiero que se ame a Dios engrandeciéndose, instruyéndose, moralizándose, humanizándose; yo no quiero esas virtudes tétricas y frías que no saben compadecer ni perdonar; yo quiero que a la mujer, dentro de una vida noble y pura, no le repugne mirar a la infeliz que por debilidad o por ignorancia ha caído en el cieno del mundo; quiero que la levante, que la compadezca, que la aconseje, que la guíe, que la mujer ame, y las que viven dentro de las comunidades religiosas no se aman, porque no se pueden amar, porque viven sin educar su sentimiento. Las religiosas se desprenden del cariño de sus padres y cb sus hermanos, y renuncian al amor de un esposo y a las caricias de los pequeñitos. No hacen nada a propósito para ejercitar el sentimiento, y éste se adormece por completo. La mujer sin sentimiento, no lo olvidéis nunca, es la víbora

Librodot

venenosa, es el reptil que se arrastra por la tierra, es el espíritu cargado de vicios que no da un paso en la senda del bien, y el espíritu tiene obligación y necesidad de progresar.

Yo amo mucho a la mujer, y por lo mismo que siempre la he amado y la he considerado como el ángel del hombre, por eso he combatido su fanatismo religioso, que seca en ella las fuentes de la vida y deja de ser madre amorosa, hija obediente, esposa apasionada, para convertirse en un espíritu muerto para el amor, y el espíritu que no ama es el Satanás de todos los tiempos.

Mujeres, espíritus que os encarnáis en la tierra para sufrir y progresar, para regeneraros por medio del amor y el sacrificio: comprended que sólo amando seréis libres. Sed útiles a la humanidad y seréis gratas a los ojos de Dios; compartid con el hombre sus penas y tendréis momentos de alegría. Recordad que no vais a la tierra para ser árboles sin fruto, sino para sentir, para luchar con las penalidades de la vida y conquistar con vuestra abnegación otra existencia más provechosa, en la que podáis gozar dichas y placeres que desconocéis por completo. El fanatismo religioso ha sido, es y será el embrutecimiento de los espíritus rebeldes, y el estacionamiento de las almas más adelantadas.

Mujeres, adorad a Dios meciendo la cuna de vuestros hijos, manteniendo a vuestros padres, trabajando para ayudar a vuestro marido, consolando al necesitado. Si tenéis fanatismo, tenedlo para hacer el bien, y de míseras desterradas que sois ahora, recobraréis vuestro puesto en los mundos luminosos que vosotras llamáis cielo. Creedme:

he vivido mucho, soy espíritu muy viejo, y he visto a la mujer esclava en el gineceo, vendida y cambiada por algunos bueyes -que en igual estima se tenía a la mujer que a, los cuadrúpedos que eran útiles a las tareas agrícolas-; la he contemplado hundida en el vicio, ora vestida con el tosco sayal del penitente habitando en una cueva, ya en tétrico convento formando parte de comunidades religiosas; y en este estado es donde me ha inspirado más compasión y más desprecio a la vez; porque es donde la he visto desposeída de todo sentimiento humano. No es posible explicar la metamorfosis que se opera en el espíritu con la vida monástica. Es una humillación constante, es una abdicación tan completa de la voluntad individual, que una religiosa es una máquina. ¿Y qué es la mujer convertida en cosa? Casi menos que un irracional.

¡Pobres mujeres! Si pudierais comprender cuánto retrasáis vuestra redención, de cuan distinta manera obraríais! Pero tenedlo entendido: si queréis vivir, si queréis elevaros y formar parte de la gran familia racional, amad a Dios amando a vuestros padres, y la que no los tenga que ame a los huérfanos y a los enfermos, que muchos hay; estudiad cuanto os rodea, y os convenceréis de que el absurdo de los absurdos, el error de los errores, la locura de las locuras, es pronunciar votos religiosos truncando las leyes de la naturaleza en todos sentidos. Ya sea completa la abstinencia, ya se entreguen a placeres ilícitos, de todos modos faltan a las leyes divinas y humanas.

El hombre y la mujer han sido creados para unirse, autoriza dos por las leyes que rijan para formar familia, y vivir moralmente sin violación de votos ni ocultación de vástagos; cuanto se separe de la ley natural producirá lo que hasta ahora ha producido:

densas sombras, fatal oscurantismo, superstición religiosa, negación del progreso y desconocimiento de Dios.

La escuela materialista debe su origen a los abusos de las religiones. Sombras más sombras llevarían a la humanidad al caos si algo superior a todos los cálculos humanos no difundiera la luz sobre vosotros, y la voz del pasado no os dijera: “Espíritus encarnados que, agrupados en ese planeta, formáis numerosos pueblos: si hasta ahora no habéis hecho otra cosa que amontonar escombros, hora es ya de que comencéis a removerlos y sobre las ruinas de todas las religiones levantéis la enseña del racionalismo cristiano. Esto os dicen los seres de ultratumba, las almas de los muertos que vienen a demostraros que el purgatorio, el infierno, el limbo y la gloria son lugares inventados por la raza sacerdotal y que para el espíritu no hay más porvenir que el progreso en la inacabable eternidad.

Librodot

Día llegará en que los espíritus se comunicarán fácilmente con todos vosotros, y entonces estad seguros de que no pronunciarán las mujeres votos religiosos; en el lugar que hoy ocupan los conventos (cementerios de la inteligencia) se levantarán edificios grandiosos que servirán de templos de la industria, pues en ellos habrá inmensos talleres, buenas escilas, granjas modelos, laboratorios químicos, observatorios astronómicos, arsenales, bibliotecas, museos, casas de salud y verdaderos asilos para los huérfanos y los ancianos, que hoy no conocen en la tierra más que la amarga irrisión de la caridad.

Adiós, amigos míos; meditad sobre mis palabras y no olvidéis que os amo, especialmente a las mujeres, porque a ellas pertenece la niña pálida, la de los rizos negros, espíritu de luz que me espera y al cual nunca cesaré de amar.

LO INVEROSÍMIL

¿Creéis, amigos míos, que un hombre no puede resistir a la tentación de la carne, que no puede luchar con sus propios defectos, venciéndolos en la batalla? Escasos conocimientos tenéis de la vida cuando negáis hechos naturales que se desenvuelven dentro de la sana lógica y en el terreno firme de la razón.

¿No sabéis que cada espíritu se enamora de una virtud, mejor dicho, de una buena cualidad, porque la virtud se puede decir que es el conjunto de los buenos sentimientos del hombre?

Todo ser, tenedlo entendido, le rinde culto a una ideal, llega a engrandecerse en el sentido a que su aspiración, su deseo dominante, le conduce. ¿Creéis que no puede ser cierto que un alma encarnada en la tierra tenga valor y poder para luchar con todas las seducciones que nos ofrece la vanidad? ¿Y qué diréis entonces de los hombres que sacrifican su vida en aras de un ideal político o religioso? Recordad que son muchos los mártires que ha tenido la humanidad.

Antes de Cristo, en la época prehistórica, cuando vuestros historiadores no habían recopilado aún las memorias de las generaciones, un sinnúmero de hombres inmolaron su vida en bien de su patria. En épocas posteriores, antes de la Era Cristiana, filósofos y guerreros murieron creyendo firmemente que con su sacrificio creaban una nueva civilización. Cristo -bien sabida es su historia- murió con el profundo convencimiento de que con su muerte haría una verdadera revolución en el orden moral y religioso de la sociedad; y después de tantas heroicidades como han hecho los pueblos del pasado, ¿por qué ponéis en duda la firme voluntad de un hombre empleado en su progreso y en el de los demás?

¿Sabéis por qué dudáis de la verdad de mis hechos? Porque os han sido referidos sencillamente, porque no he mezclado en ninguno de mis actos ni el milagro ni el privilegio, como se ha supuesto en la historia de los reformadores de la humanidad, a quienes en su mayor parte el vulgo ha convertido en enviados de Dios, en profetas inspirados por el Espíritu Santo, llegando a tanto la aberración humana, que deificó a Cristo, cuando la vida de éste estuvo dentro de todas las leyes naturales, muchas de ellas desconocidas entonces, combatidas ahora, aunque no por esto la ignorancia de ayer, ni la incredulidad y petulancia de hoy, le quitan u un ápice a la eterna verdad de la naturaleza, que, invariablemente armónica, desenvuelve la vida de los espíritus dentro de los límites prescriptos por su adelanto moral e intelectual.

Leed la historia de todos los reformadores, y al leerla, descartad de ella todo lo fabuloso, milagroso y maravilloso que como apéndice necesario le agregó la tradición y la leyenda, y despojados de los accesorios que les ha dado la ignorancia de los pueblos, los

profetas, los mesías, los redentores de todas las épocas, resultarán simples revolucionarios, hombres más o menos perfectos, más o menos fuertes, pero siempre hombres no perfectos, sí perfectibles.

Partís de un principio falso, muy falso; habéis divinizado a un reducido número de hombres, y habéis infamado al resto de la humanidad, negándole virtudes que quizá la mayoría posee; que están en germen y esperan el momento propicio para dejar la estrecha célula en que viven, y las larvas informes convertirse en pintadas mariposas.

Entre los grandes perjuicios que han causado las religiones -sin negarles por esto los beneficios que han reportado a las civilizaciones-, el mayor, sin duda, ha sido darle un tinte milagroso a los efectos naturales de las causas motoras de la vida. El subsistir los dioses del paganismo con los santos del catolicismo ha sido la perdición de la humanidad, porque lo justo y razonable ha perdido su veracidad, y lo absurdo, lo erróneo, lo que está desprovisto de sentido común, ha tomado carta de naturaleza en una sociedad que se cree inferior a su divino origen.

Ya os he dicho muchas veces, y os lo repetiré siempre que tenga ocasión, que cuando la mediumnidad esté más extendida, caerán todos los castillos de naipes que han levantado la superstición y el fanatismo, y se verán los santos tal cual son. Por santo fui yo aclamado en mi última encarnación; hay aún altares en la tierra con mi estatua, la fuente de la Salud mana aún entre ruinas y sencillos pastores que al conducir su ganado se sientan en las peñas que, según la tradición, me sirvieron de asiento, y al sentarse hacen la señal de la cruz invocando mi ayuda para que su rebaño, bebiendo el agua milagrosa, se salve de toda enfermedad.

Yo, en tanto, aprovechando la combinación de múltiples circunstancias, he podido señalaros el error que vive la grey romana creyendo en mi santidad; y lo mismo que yo he conseguido conseguirán mañana otros espíritus, y el cielo católico, con sus seráficas legiones, quedará reducido a la nada, y muchos de sus santos os inspirarán profunda compasión, porque los veréis desposeídos no sólo de sus celestes vestiduras, sino enantes, frenéticos, sin brújula, sin estrella polar que los guíe al puerto de la vida; y, en cambio, muchos seres que han pasado inadvertidos en el mundo, viviendo en la mayor miseria, muriendo en un completo abandono, vendrán a daros lecciones de moral, de resignación, de esperanza, de fe cristiana; serán vuestros mentores, vuestros amigos, vuestros guías, o espíritus protectores, que, con sus paternales consejos, os ayudarán a sostener el peso de vuestra cruz, como hoy felizmente me sucede con respecto de vosotros. No fui santo, estuve muy lejos de la santidad, pero tuve afán de progresar, y la moral que veis en mis acciones no es inventada por mí; es la moral universal, es la ley del progreso.

¿Por qué encontráis inverosimilitud en mis actos, cuando entre vosotros hay espíritus capaces de hacer mucho más de lo que hice? Y no por virtud precisamente, sino por propio egoísmo en gran parte lo hice yo; pero egoísmo noble, no el egoísmo mezquino de la tierra de atesorar riquezas o alcanzar honores, no; egoísmo de mayor progreso, de mejor progreso, de mejor vida en mundos regenerados. Vivir, amar, sentir, comprender, penetrar en los santuarios de la ciencia... Todo esto y mucho más ambiciona el espíritu cuando se propone dar comienzo a su regeneración. En tales circunstancias me encontraba yo. Había vivido muchos siglos rodando por las bibliotecas, había pasado muchas noches en los observatorios astronómicos pidiéndole a los astros noticias de Dios, había preguntado a las capas geológicas cómo se hizo habitable este planeta, había pedido a los fósiles el árbol genealógico de mis mayores; llegue a ser sabio, como se dice en la tierra, y mientras más sabía más ignorante me encontraba, y llegué a comprender que debía emplear mi sabiduría, no en enriquecer museos ni hacer prosélitos para esta o aquella escuela filosófica, pronunciando elocuentes discursos en academias científicas, sino que debía empezar por educarme, por moralizarme, por refrenar mis pasiones, por saber cuáles eran mis deberes y mis derechos, pues de muy antiguo me creía con derecho para juzgar sin importarme el deber de juzgarme a mí mismo. He aquí todo el secreto de mi última existencia.

Librodot

¿Qué hace el hombre cuando, después de larga jornada, rendido de fatiga, con una sed devoradora, llega a un manantial cristalino? Bebe, bebe sin medida; le parece mentira que haya encontrado agua. Pues de igual manera el espíritu, cuando tiene sed de progreso, la primera existencia que consagra a su rehabilitación no perdona medio alguno para engrandecerse: la cuestión es rescatar siglos perdidos para penetrar en los mundos de luz.

En esa situación me encontré yo, y como victoria sin lucha no es victoria, por esto me vi aislado, sin familia, sin amigos, sin nadie que me quisiera en el mundo; a los cinco años contemplé el océano que gemía a mis plantas, y, al yerme solo, me sentí satisfecho, ya que estaba en el terreno que necesitaba. Sin amparo de nadie, y sólo mi voluntad para hacer el bien, me creé una familia en los afligidos y un nombre ante el mundo, perdurando mi recuerdo en la posteridad.

Desengañaos: lo que el hombre necesita es amar el bien, no amarse a sí mismo; interesarse en el progreso universal, he ahí todo. Amar, pero amar sin egoísmo, respetar todas las leyes, medir la profundidad del abismo de la culpa, considerar todas las consecuencias que resultan de nuestros extravíos, y sumar las cantidades de beneficios que podemos reportar con nuestras virtudes; no precisamente a nosotros mismos, sino a la masa social. Ahí tenéis perfectamente explicado mi modo de vivir.

Cuando el hombre no piensa más que en sí mismo, y se hace la cuenta de que un día de vida es vida, como dice uno de vuestros adagios, goza algunos momentos, es innegable; pero como las dichas terrenales son flores de un día, pronto se ve rodeado de flores secas el que sólo piensa en satisfacer sus apetitos; en cambio, el que se ocupa del mañana, el que quiere cimentar su felicidad sobre sólida base, sin faltar a ninguno de sus deberes, sin permitir que falten a los suyos los que le piden consejo, el que sabe esperar, no lo dudéis, es el que obtiene mejor cosecha.

Yo supe esperar, ésa fue toda mi ciencia; por impremeditación, por mi orfandad, por diversas circunstancias, me consagré a la Iglesia, y aún no había concluido de pronunciar mis votos cuando comprendí claramente que mi vida iba a ser un infierno, pero dije:

“Ministro del Señor has querido ser, y ministro en regla serás. No esperes por ahora ser feliz, otra vez lo serás”. Y no creáis que fuese ascético en mis costumbres, no; fui un hombre amantísimo de la familia y de la buena vida; siempre miré con honor los cilicios y las austeridades de algunas órdenes religiosas; fui parco en mis alimentos por cuestión de higiene y de pobreza a la vez; amante de la limpieza y del buen gusto, de pequeño siempre traté de rodearme de objetos agradables; tuve un miedo inexplicable a la muerte violenta; sólo una vez, en uso de mi sagrado ministerio, asistí a un reo de muerte hasta acompañarle al patíbulo, y cuando le vi morir, sentí en todo mi ser un dolor tan agudo, latieron mis sienes con tal violencia, que huyendo de mí mismo, me lancé en una carrera vertiginosa y corrí más de dos horas, hasta caer desfallecido, creyendo cuantos me rodeaban que me había vuelto loco.

Yo amaba la vida y amaba la muerte, pero quería morir tranquilo en mi lecho, rodeado de seres amigos, después de haber consagrado largos años al progreso de mi espíritu; si con mi muerte voluntaria tenía yo que haber conseguido mi salvación o el engrandecimiento o creación de una escuela filosófica o religiosa, no sé cuántos siglos hubiera necesitado para convencerme de que me era beneficioso y hasta necesario entregar mi cuerpo a la justicia humana; la decisión de S5crates y la abnegación de Cristo y la de tantos millones de mártires que han fecundado con su sangre la superficie de la tierra, siempre las he admirado, las he respetado, pero nunca he sentido el más leve deseo de seguir sus gloriosas huellas; jamás, ni en mi última encarnación, ni en mis anteriores existencias, y os confieso esta gran flaqueza de mi espíritu para que veáis que no es inverosímil mi modo de ser, que si tuve fortaleza de ánimo para luchar con los reveses de la fortuna, en cambio me faltó energía y decisión para otros actos que tan necesarios son en ciertas clases sociales. A veces, un hombre que sabe morir salva a un mundo.

En el altar del sacrificio es donde se levantan los dioses de las civilizaciones; los grandes reformadores, si no murieran violentamente, no lograrían impresionar a las

Librodot

humanidades. Hay ciertas figuras históricas que si viven, mueren, y si mueren, viven. Con el bautismo de sangre es como se moralizan los pueblos; y como Dios no tiene elegidos, por eso cada uno de los espíritus va haciendo su trabajo por distinto sendero. Hay espíritu que se desprende de su envoltura cien y cien veces en la hoguera, en toda clase de patíbulos y de tormentos, en los campos de batalla, con un heroísmo digno de aplauso; y este mismo que también sabe morir, quizá no sabría vivir veinte años luchando con la miseria, con la soledad, con la calumnia y el encono y fiereza de los hombres.

Yo, en cambio, nunca he sabido morir por una idea, pero he sabido vivir consagrado al bien universal. Yo he amado a todo cuanto me ha rodeado, desde la humilde florecilla silvestre hasta el astro esplendoroso que con su calor me presta vida; desde el infeliz criminal hasta el niño inocente; desde la desdichada meretriz hasta la mujer noble y pura que lleva en su frente algo inexplicable que nos hace exclamar: ¡Dios existe! Para todos he tenido amor, graduado, naturalmente, según sus merecimientos y las simpatías que inspira cada uno.

He soñado siempre con la armonía universal, y he amado a una mujer con verdadera adoración; pero mi amor respetó los lazos que pesaban sobre mí, y los que más tarde contrajo ella; y al verla morir, la amé con entera libertad, y para hacerme grato a sus ojos (que yo siempre he creído en la supervivencia del espíritu) , para hacerme digno de ella, hice todo el bien que pude a la humanidad, y ella, en cambio, me protegió y atrajo sobre mi la atención de elevados espíritus; por esto, aunque en la tierra viví solo, pobre y perseguido, con mi buen proceder y mi afán de progreso me atraje la inspiración de sabios consejeros. Pude luchar con la adversidad y dominar a mis enemigos porque no contaba con mis solas fuerzas, eran muchos los que luchaban a mi favor.

El hombre que sabe amar, no podéis imaginaros el bien que tiene. Es más rico y más poderoso que todos vuestros Cresos y vuestros Césares. Yo, en mi última encarnación, supe amar y esperar -en esto consistió toda mi sabiduría y mi virtud-, y practiqué la moral universal, la ley de Dios que un día comprenderán todos los hombres.

Cuando veáis un espíritu fuerte, o los seres de ultratumba os cuenten historias de almas buenas, no digáis: “Tanta bondad es inverosímil”. ¡Insensatos, ciegos de entendimiento, desgraciados escépticos! ¿No sabéis que los hombres han sido creados para el progreso indefinido? ¿Por qué encontráis inverosímil el adelanto de un espíritu?

¿Sabéis lo que sí parece inverosímil? La crueldad de algunos hombres, el estacionamiento y la rebeldía de algunos espíritus, que pasan siglos y siglos encenagados en los vicios: esto sí que os debe inspirar asombro, porque parece imposible que donde todo es tan grande, puedan existir seres tan pequeños.

Creed firmemente que para el bien hemos sido creados, y cuando un espíritu se pone en buenas condiciones no hace más que cumplir la ley primordial de la Creación.

Yo comencé a cumplirla y os recomiendo que comencéis vosotros, pues nunca es el hombre más feliz que cuando cumple con todos sus deberes.

Amor, sonrisa de la Providencia... Amor, complemento de la vida...

Amor, llama eterna de la naturaleza, quien siente sus efluvios cree en Dios...

Y aún hay intrusos que creen inverosímil la fuerza moral de mi espíritu... ¿No sabéis que amaba? ¿No sabéis que antes de conocer a la niña de los rizos negros yo la veía en mi imaginación y esperaba su llegada? Desde que sentí, la amé; desde que pensé, la esperé, y cuando se fue esperé en la eternidad. ¿Qué son cuarenta ni cincuenta años para una vida sin término?

Adiós, hijos míos; la moral universal será la ley de los mundos. Tratad de aplicarla a todos vuestros actos y seréis felices.

¡A LA ORILLA DEL MAR!

Estamos en el lugar más a propósito para que escuches lo que te voy a referir. Hay narraciones que sólo se pueden hacer en lugares determinados, y la comunicación de esta noche es una de ellas.

Escucha: el amor te cuenta la historia de las generaciones que pasaron; y yo te voy a contar un suceso que decidió de mi porvenir.

En uno de los capítulos de mis memorias he consignado el nacimiento de un niño cuya madre murió al darlo a luz en una pobre choza. Algo te he hablado de la juventud de Andrés y de su cambio de posición; pero no te he dicho que durante el tiempo de su lactancia, por causa de mi vida nómada y aventurera en el período de mi juventud, me vi precisado, cuando Andrés aún no contaba un año, a separarlo de su nodriza para colocarlo en otro lugar más cerca de mí, pues todo me hacía creer (como sucedió) que mi peregrinación me llevaría muy lejos del paraje donde na ció el desgraciado niño.

Una vez que le tuve en mi poder, me dirigí a un pueblo de pescadores, donde esperaba encontrar una madre adoptiva para Andrés hasta que tuviera edad suficiente para no necesitar los solícitos cuidados de la mujer.

Era una hermosa tarde de primavera, el mar estaba en calma, y mi alma también. Dominado por una emoción dulcísima, aproveché el apacible sueño de Andrés para dejarle algunos momentos en la arena.

El niño no se despertó. Las olas venían dulcemente a dejar a sus pies su ofrenda de espuma y quedaban líquidas perlas en los pliegues de su ropón. Yo me senté cerca de Andrés, y al verlo tan pequeño, sin más amparo que el de un sacerdote enante sin ho gar ni patria, desapareció la calma de mi espíritu, tristes presentimientos se apoderaron de mi mente, y murmuré con amargo acento: “Pobre huérfano! Navecilla sin timón ni brújula que vienes a cruzar el embravecido piélago de la vida, ¿qué será de ti...? Tu madre fue una mendiga, tu padre no sé quién fue... Arbusto sin raíces te he querido injertar en un árbol seco, que a eso me asemejo yo en este mundo. ¡Cuan triste es tu porvenir y cuan presto se acabarían nuestras penas si una de esas olas, impelida por el huracán, nos arrastrara a ese hondo abismo, inmensa tumba; o, mejor dicho, inmenso laboratorio donde la vida debe manifestarse de un modo desconocido para nosotros!

“Cuan bueno sería morir! Es decir, desaparecer; la vida de la tierra es para los débiles, pues somos plantas parásitas que tenemos que enlazarnos a los árboles gigantes. Mas ¡ay!, no siempre se encuentran troncos centenarios donde asirse. ¡Pobre niño, cuan tranquilo es tu sueño! ¿Por qué no es el último.. .T’ Al pronunciar tan horrible blasfemia no sé qué pasó por mí: perdí de vista las rocas y la playa y me encontré en medio del mar. De pronto las olas, impetuosas como las pasiones juveniles, se levantaron y comenzaron a combatir unas con otras, transformándose las líquidas y espumosas montañas en figuras humanas, que aumentaron tan prodigiosamente, que parecía que todas las generaciones de la Creación se habían dado cita en torno de mí. Había hombres de todas las razas y de todas las jerarquías; pontífices, príncipes del Estado y de la Iglesia, revestidos con sus mantos de púrpura orlados de armiño, apoyándose los unos en báculos de oro, sosteniendo los otros el cetro que atestiguaba su poder, seguidos de multitudes harapientas y de ejércitos formidables que, en un momento dado, se confundían y se trocaban los papeles, porque los pueblos oprimidos se apoderaban de las armas de sus opresores, y en terrible combate hacían sucumbir a sus tiranos. Vi los areópagos de los sabios, escuché las discusiones de los filósofos, asistí a la agonía del mundo antiguo, que sucumbía en medio de su grandeza, herido por el exceso de su poder; y cuando creí llegado el momento terrible en que aparecía el ángel exterminador para extender sus alas mortíferas sobre las muchedumbres, que agonizaban envenenadas por la cicuta de sus horrendos vicios; cuando me pareció escuchar el sonido de la trompeta llamando a juicio a la raza humana, no sé si descendió de la altura, o surgió del abismo, o vino del oriente o del occidente una ráfaga luminosa que se fue condensando rápidamente y formó una

figura hermosísima, de belleza tan admirable que no hay en vuestra tierra nada que se le asemeje: su frente era blanca como la nítida azucena, en sus grandes ojos había el reflejo de los cielos, su abundante y rizada cabellera parecía una cascada de oro que arrojaba sobre su cabeza torrentes de dorados resplandores. Iba envuelta en una túnica más blanca que la nieve, que brillaba como la luz de la aurora, y en su diestra llevaba su ramo de olivo. Se detuvo y paseó su melancólica mirada por el ancho haz de la tierra, y las multitudes, al verla, gritaron ¡Hosanna! y la rodearon, presintiendo que había llegado el salvador del mundo.

Los tiranos convertidos en dioses temblaron en su solio y vieron con espanto desprenderse las piedras de sus altares. El choque fue terrible; la conmoción, general, y todos los poderes hicieron el último esfuerzo; mas hasta los siervos se sintieron más oprimidos en sus ergástulas. Llegó el momento decisivo, pues la civilización de aquellos tiempos había concluido su misión, y el nuevo Mesías, el profeta del progreso, se presentó en este planeta, diciendo: "¡Humanidad, sígueme! Yo soy la luz y la vida, yo te llevaré a casa de un padre, que está en los cielos. ¡Yo soy Jesús Nazareno, el hijo de la casa de David, que traigo la paz al mundo!

Y vi a Jesús, sí, le vi. Él era la bellísima figura que se presentó ante mis ojos radiante y majestuosa, que hablaba a las multitudes llevando la luz a las conciencias. Delante de él aneciaba la tempestad; pero tras de él quedaban las olas en calma, que servían de espejo al rutilante sol. Jesús fue avanzando y llegó cerca de mí. Su dulcísima mirada me inundó de luz y me dijo con voz armoniosa y melancólica: ",Qué haces aquí desterrado...? ¿Al comenzar tu jornada ya te faltan las fuerzas para seguir el camino? ¿Dices que eres un árbol seco? ¡ Ingrato! No hay planta improductiva, porque en todas germina la fecundante savia de Dios; eleva tu vista al cielo y sígueme, sé apóstol de la única religión que debe imperar en él mundo, la Caridad que es amor. ¡Ama y serás tuerte! ¡Ama y serás grande! ¡Ama y serás justo!" Y pasó Jesús, extendiendo su diestra sobre mi cabeza.

Sentí el calor de la vida en todo mi ser, y desperté, aunque no es ésta la frase gráfica, rqi yo estaba despierto. Sentí el golpe de las olas, que durante mi éxtasis se habían embravecido, chocando violentamente contra las rocas Oí gemidos, y recordé al pobre niño que había dejado en la arena. Me volví hacia él, le cogí anhelante, y traté de huir del peligro, porque una súbita tempestad amenazaba con la muerte de todos los que se expusieron a sus iras.

Anduve un largo trecho y se presentó a mis ojos un cuadro verdaderamente conmovedor, desgarrador, mejor dicho. Mujeres, niños y ancianos extendían sobre el mar sus brazos, pidiéndole al océano que calmara sus furores.

Los ancianos decían: "No te lleves a nuestros hijos, que moriríamos de hambre!" Las mujeres sollozaban, los niños llamaban a sus padres, y todo era desolación y espanto.

Una joven, en particular, me llamó vivamente la atención, porque, muda y sombría, sin proferir una queja, miraba al cielo, y al ver que el huracán no cesaba, movía la cabeza, lanzaba una mirada compasiva a sus compañeros y decía con su trágico ademán: "No hay esperanza!" Yo me acerqué y le dije: "Mujer, no desconfíes; los que deban salvarse se salvarán".

¡Ay, Padre, os engañáis! -replicó la joven-. Muchos padres de familia sucumbirán hoy, aunque no deben morir, porque son la providencia de los suyos. Muere también el hombre más bueno de esta comarca, que se ha lanzado al mar por salvar a su anciano padre. Si muere Adrián, Dios no es justo, porque nos arrebatará al hombre más noble de la tierra. ¡Adrián, Adrián...!

Y la joven hizo ademán de lanzarse a las olas, pero yo la detuve, y poseído de una fe inmensa, le dije:

¡Mujer, no llores; llama a Jesús como lo llamo yo! -y lo llamé con esa voz del alma que encuentra eco en los espacios.

Extendí mi diestra convencidísimo (no sé por qué) de que Jesús me escucharía y estaría conmigo para pacificar los mares. Y Jesús vino; yo le vi nuevamente con su sonrisa melancólica, con su mirada amorosísima, con su ramo de olivo que agitaba sobre las olas,

Librodot

pacificándose éstas como por encanto; le vi, sí; le vi; le vi salvando a los náufragos, y yo, dominado por su magnética mirada, mirada divina que sólo Jesús posee, me sentí poseído de una fe tan profunda que con los brazos extendidos hacia el mar, decía:

"Jesús, salva a los buenos, que son tu imagen en la tierra; salva a los malos, para que tengan tiempo de arrepentirse y entrar en tu reino...!" Y la nube pasó... y todos los pescadores volvieron a la orilla a recibir las caricias de sus deudos.

Como la conclusión de la tormenta coincidió con mi llegada, muchas voces dijeron:

"Ese hombre es un santo, pues hasta las olas le obedecen..." La ignorancia en todos los tiempos ha sido lo mismo, nunca ha comprendido el porqué de las cosas.

Yo nada había hecho, todo había sido obra del elevado espíritu, al que muchos terrenales llaman Dios y hasta cierto punto tienen motivos fundados para creerlo así; porque en comparación de ellos es un Dios; pero ante la Causa Suprema es un espíritu purificado por el progreso y está más lejos de Dios que los hombres de Jesús.

¡Cuánto se alegra mi alma al recordar que vi a Jesús! Bien claro le vi, y para convencerme de que no había soñado, cuando Adrián volvió a tierra sosteniendo a su padre y le hubo dejado en lugar seguro, se acercó a mí y me dijo: "Padre, ¿qué milagro habéis venido a realizar aquí? No estáis solo; va con vos un hombre hermosísimo, que os mira con cariño y aplaca el furor de las olas extendiendo sobre ellas su manto luminoso, más blanco que la espuma. ¿Quién sois?

-Un proscrito, un desterrado que consagra su vida a Jesús.

-Es cierto. Jesús me lo ha dicho. Cuando yo creía morir, escuché su voz, que me decía: "Hombre de poca fe, no desconfíes, que hay buenos trabajadores en la tierra". Entonces me acerqué a ti y te vi bajo el manto del salvador del mundo. " ¡Bendito seas, Jesús!" Y Adrián cayó de hinojos y yo junto a él. Su prometida vino a unir su plegaria a la nuestra, y al contemplar a aquellos dos jóvenes que se miraban extasiados, sentí en mi corazón un dolor agudísimo; su felicidad, sin saber por qué, me hacía daño.

Permanecí algunos días en aquel paraje. Adrián me tomó un gran cariño, y su amada también. La noche de mi despedida fuimos los tres a la orilla del mar. Tos dos jóvenes se sentaron uno cerca del otro. Yo me alejé algunos pasos y tuve una visión muy significativa. Vi a una joven bellísima, vestida de blanco, envuelta en un largo velo descansando en sus sienes una corona de jazmines; la niña se sonreía tristemente y me señalaba una tumba que había en segundo término; comprendí el significado que aquel cuadro tenía, y murmuré con resignación: "Gracias, Jesús mío! La felicidad de la tierra ha muerto para mí; pero me queda tu reino, que conquistaré con mi hermano y mi resignación".

Y desde aquel día me consagré a Jesús, traté de imitar sus virtudes, y aunque no pude asemejarme a él, conseguí hacer más progreso en aquella encarnación que en cien existencias anteriores que sólo dediqué a querer ser sabio, pero sin saber unir a mi sabiduría el sentimiento del amor.

No puede ser buen sacerdote aquel que no ha visto a Jesús; comprende bien lo que quiero decirte; ver a Jesús no es precisamente verle en forma tangible como le vi yo; puede sentir el espíritu su influencia; mejor dicho, puede atraer su inspiración divina, todo aquel que quiera amar y consagrarse en cuerpo y alma al bien de sus semejantes. Todo el que ama a su prójimo ve a Jesús, porque se identifica con él.

En la religión del amor universal, los seres amantes del progreso pueden ser sus grandes sacerdotes; no son sacerdotes únicamente los que usan distintas vestiduras y llevan tonsurada la parte superior de la cabeza. Sacerdote es aquel que llora con el niño huérfano, que acompaña en su duelo a la desolada viuda, que toma parte en la desesperación de la madre, que llora junto a una cuna vacía, que lamenta con el encarcelado su falta de libertad, que apela, en fin, a todos los medios para mejorar la suerte de los menesterosos.

Sacerdote es aquel que por sus culpas anteriores tiene que venir a la tierra para vivir completamente solo, sin tomar parte de los goces terrenales, pero que, dotado de un claro entendimiento, se consagra a difundir la luz viviendo él entre sombras. No entre las brumas

Librodot

del error ni las tinieblas del pecado, entiéndeme bien; vive entre sombras porque su alma está sola. Cuando veas uno de estos seres tristes y resignados que sonríen con dulce melancolía, que no tienen hijos, pero que sin embargo son muchos los que le llaman padre o madre porque le deben grandes consuelos y sabios consejos, aunque aquel espíritu lleve una envoltura y se cubra de harapos, es uno de los grandes sacerdotes que vienen a iniciar a los hombres en el cumplimiento de la ley de Dios.

El hombre se engrandece cuando ama, cuando se siente inflamado del puro amor que sintió Jesús; nada son las ceremonias de la tierra para elevar al espíritu, por mí lo sé. Cuando celebré la primera misa, me vi rodeado de todas las malas pasiones que se agitan en el mundo; leí el odio en las miradas de los príncipes de la Iglesia, y me estremecí de espanto al ver el abismo donde mi orfandad me había hecho caer; y cuando en la orilla del mar vi a Jesús, su semblante hermosísimo, su melancólica sonrisa, su mirada magnética, su voz dulcísima, encontraron eco en mi corazón; hallé en él la personificación de todo cuanto soñaba. Comprendí la grandeza de la misión de Jesús, vi su influencia moralizadora derribando los imperios del tenor y proclamando la fraternidad universal, y me uní a su causa porque es la causa de Dios. Me sentí dominado por una voluntad poderosísima; vi la tumba de mi felicidad terrena y la cuna de mi progreso indefinido; y desde entonces amé al sacerdocio y me consagré a Jesús, espíritu protector de la tierra, ángel tutelar de ese planeta, gran sacerdote de la verdadera religión.

Yo recibí el bautismo de la vida en la orilla del mar, único sitio donde el hombre debe doblar la rodilla para adorar a Dios, porque es el paraje donde el Creador se presenta con toda su imponente majestad.

Cuando te abrumen las decepciones de la vida, cuando la duda torture tu mente, ve a la orilla del mar, y si aún queda en tu espíritu un átomo de sentimiento, si aún se conmueven las fibras de tu ser ante un espectáculo maravilloso, siéntate m la arena, contempla las olas con su manto de nítida espuma, escucha atento y entenderás lo que las olas dicen en su eterno murmullo, y verás cómo insensiblemente se va elevando tu pensamiento buscando afanoso la causa de tan grandioso efecto.

En los templos de piedra sentirás frío en el alma; y en la orilla del mar el calor de la vida infinita reanimará tu ser.

-Adiós.

UNA NOCHE DE SOL

Hacéis bien en preferir la contemplación de la inmensidad a tomar parte en las tristes alegrías de vuestra tierra, donde no hay sonrisa que no deje por herencia una lágrima, ni goce satisfecho que no produzca hastío; y el destino del espíritu no es hastiarse, no es caer desfallecido en el camino de la saciedad. El cuerpo podrá saciarse, pero el espíritu siempre ha de estar sediento de luz, hambriento de justicia y de ciencia, ávido de infinito ¡Dichosos vosotros que venís a este lugar donde la creación se ostenta con sus mejores galas y toda su imponente majestad, donde la mentira no arroja su baba ponzoñosa!

¡Dichosos vosotros que no celebráis la fiesta de un espíritu fuerte acudiendo a lugares donde se mancha su memoria, si la memoria de un mártir pudiera mancharse!

¡Oh! tú, espíritu de verdad, que viniste a la tierra para demostrar a los hombres el poder de tu firmísima voluntad: si en esta noche te acercas al planeta donde perdiste la cabeza por decir que Dios era la verdad y la vida, ¡cuánta compasión te inspirarán sus moradores, los que a la sombra de nombres ilustres cometen innumerables desaciertos!

¡Qué tristes son las fiestas de la tierra! ¡Cuántas responsabilidades adquieren los que navegan sin brújula en los mares del placer!

¡ Cuánta degradación...!

¡Cuánta obcecación...!

¡Pobre humanidad! ¡Busca flores donde sólo puede encontrar espinas! Y no creáis que yo abomino de los goces terrenales, no; ya sabéis que nunca he sido ascético, sino que, por el contrario, he creído que el hombre ha sido creado para gozar; pero para gozar racionalmente, no embruteciéndose, no hundiéndose en el caos de la concupiscencia, no perdiendo ninguno de los derechos que Dios le ha concedido, ni faltando a ninguno de los deberes que sus mismos derechos le imponen.

Vosotras, almas enfermas que esperáis la hora suprema de volver al mundo de los espíritus, fijad vuestras miradas en la inmensidad como lo venís haciendo; que la sed de infinito sólo se calma en la tierra en las orillas del mar, donde todo habla de Dios, donde la catarata de la vida arroja sus eternos raudales.

Si descendéis al fondo de los mares, encontraréis tesoros en piedras preciosas, en una vegetación admirabilísima, en innumerables especies que viven de una manera inconcebible para vosotros, hallándose en todo el sello de la perfección; la unidad de la diversidad: el todo, en el átomo aislado y en el conjunto de los cuerpos orgánicos e inorgánicos; la vida germinando en el fondo del mar y en la elevada cúpula de los cielos, en el diminuto pececillo que no podéis ver sin la ayuda del microscopio, y en el mundo que necesita de varios soles para que crucen su cielo franjas luminosas de prismáticos colores.

Almas que suspiráis por una vida mejor, que arrepentidas sinceramente volvéis como el hijo pródigo a la casa de vuestro padre implorando su divina clemencia, preparaos para el eterno viaje con un verdadero examen de conciencia; no como os lo dicen vuestros confesores, no encerrados en vuestros tugurios, sin que la naturaleza os hable de Dios, sin que vuestro espíritu se impresione ante la grandeza del Omnipotente.

Dejad, dejad vuestras casas de piedra y acudid al gran templo como habéis hecho esta noche; preguntaos ante la inmensidad ¿qué virtudes poseéis? ¿qué caridad practicáis? ¿qué sacrificio hacéis? ¿a quién amáis? ¿en quién esperáis? ¿qué juicio formáis de vuestro modo de ser? Y si bien os encontraréis pequeños, al mismo tiempo os encontraréis grandes; porque no hay nada pequeño en la Creación, puesto que en todo palpita la omnipotencia divina del infinito Creador.

Si os sentís emocionados al contemplar las maravillas de la naturaleza, ale graos, regocijaos, sonreíd gozosos, que comenzáis a prepararos para habitar en mejores moradas; porque el espíritu entra en posesión de un reino cuando sabe apreciar el lugar donde se halla, a nadie se le da más alimento que el que estrictamente necesita.

No arrojéis margaritas a los puercos, dice la Escritura, y tiene razón, y razón sobrada. Muchos de vosotros os quejáis porque vivís en la tierra. ¡Insensatos! ¿No os reiríais si llevaran unos cuantos ciegos al campo y les ordenaran que copiaran aquel paisaje? Pues tan inútil os sería pasar en vuestras condiciones actuales a un mundo mejor, cuya luz os deslumbraría, os dejaría ciegos, ciegos.

Amad, amad la tierra que encierra innumerables bellezas; aún tenéis mucho que explotar, aún hay bosques vírgenes donde resuena la voz de Dios, cuando dijo a los árboles:

“Creced y formad una tierra hospitalaria para las generaciones venideras”.

Todavía hay mares cuyas aguas no han sido surcadas por vele ras naves e ignoráis si la vida se desarrolla en vuestros polos. ¡ Tenéis tanto que hacer aún!... Trabajad, trabajad, haced habitable este planeta en todas sus latitudes, colonizad, romped la tierra endurecida, dejando en ella el surco del arado; arrojad la semilla fecunda, que os son necesarias abundantes cosechas, que sois muchos los que padecéis hambre, y sois muy pocos los que estáis hartos. Preparad, preparad el reinado de la justicia, que la tierra tiene que presenciar una apoteosis. Para todos los planetas llega un día de gloria, y para la tierra llegará también.

Trabajad, trabajad con ardimiento, que vuestros amigos invisibles os ayudan. Aunad fuerzas, asociaos, fraternizad, uníos, amaos, convenceos que de vosotros depende apresurar el día fausto en el cual el mismo Jesucristo volverá a la tierra, no con la corona del martirio, no con el sayal del penitente, seguido de un pueblo ignorante y fanático, sino hermoso, feliz, transfigurado, rodeado de sus discípulos y de una multitud sensata, que le aclamará, "no como a un rey, no como a un Dios, pero sí como a un sacerdote del progreso que vendrá a consolidar las bases de la fraternidad universal.

La obra que se propuso Jesús no está concluida, únicamente está iniciada, y el período de iniciación tendrá su término cuando los hombres practiquen la ley de Dios.

Y la practicarán, no lo dudéis; ya comenzáis, ya buscáis el apoyo de los espíritus, ya queréis relacionaros con vuestra familia espiritual, ya queréis ver y saber de dónde venís y adonde vais; y a todo aquel que llama a las puertas del cielo se le abren de par en par, a todo el que pregunta se le contesta, a todo el que pide se le da.

Almas enfermas, sonreíd gozosas, que recobraréis la salud y volveréis a la tierra a disfrutar de vuestra obra; pero no vendréis solos, perdidos y enantes como las hojas secas arrebatadas por los húmedos vientos del otoño, como habéis venido ahora, no; vuestro adelanto os permitirá volver en el seno de amorosa familia, os crearéis afectos duraderos, y será vuestra vida una agradable primavera. Los que hoy os guiamos y aconsejamos desde el espacio, estaremos más cerca de vosotros, porque seremos miembros de vuestra familia, viviremos en vuestra atmósfera, volverán a la tierra maestros y discípulos, formando una asociación verdaderamente fraternal.

Trabajad, obreros del progreso, trabajad; los soles esplendentes os rodean, las humanidades regeneradas os aguardan; avanzad, salid a su encuentro. Os preguntarán los hijos del adelanto:

",Qué queréis?", y vosotros debéis contestarles: 'Queremos luz, ciencia y verdad!"

Además, amados míos, guardad en vuestra mente un recuerdo de la poética noche de San Juan.

¡CUARENTA Y CINCO AÑOS!

Todo tiene su causa, y tu tristeza y abatimiento la tienen también. Te envuelve con su denso fluido un espíritu de sufrimiento que no hace muchos días dejó su envoltura en esa inmensa tumba donde las religiones no han podido encender sus cirios funerarios, ni el orgullo humano ha levantado pirámides ni mausoleos; el mar es la gran fosa común donde se confunden el suicida que negó la omnipotencia del Eterno y el náufrago que llamó a Dios en sus momentos de agonía.

El espíritu que pretende comunicarse contigo no tuvo tiempo en su última existencia de ser creyente o ateo, pues a las seis horas de haber nacido, su madre, su infeliz madre, desesperada, loca, huyendo de sí misma, le arrojó lejos de sí, y para estar segura de su muerte ella le lanzó al mar. Cuando las olas, compasivas, le abrieron sus brazos, y le durmieron con sus cantos y caricias, aquella mujer respiró mejor y miró en torno, diciendo:

"Nadie me ha visto, nadie!..." Pero lo he visto yo... y entonces, horrorizada, se inspiró espanto y pidió con acento delirante a las revueltas olas la restitución de aquel pobre ser entregado a su voracidad, pero aquéllas, semejante a la calumnia, que no suelta su presa, rugieron con enojo, levantaron una montaña de espuma y huyeron presurosas llevándose una víctima de las preocupaciones sociales.

El espíritu de ese niño vaga de continuo por estos lugares, a los cuales acude su madre para rezar con su amargo llanto.

Si vieras qué historias tan tristes tienen su epílogo en el mar!...

¡Se cometen tantos crímenes ante el inmenso espejo de los cielos!...

-Parece imposible -replicamos-, porque mirando el mar se cree en Dios.

¿Y crees tú que no hay más ciegos que los que tienen los ojos cenados? Ésos son los menos; los más son los que ven las estrellas sin comprender que en aquellos mundos lejanos se agitan otras humanidades sintiendo, pensando y queriendo. Los que reducen la vida al estrecho círculo de sus pasiones, y para satisfacerlas, cometen toda clase de desaciertos; hace muchos siglos que esos ciegos de entendimiento y legisladores de su categoría han escrito unos códigos donde, en nombre de la Ley, se tomaban las leyes naturales, que son las leyes divinas. ¡Pobre, pobre humanidad!

El espíritu que ahora reclama nuestra atención ha sido uno de esos ciegos que han tropezado y han caído repetidísimas veces; al fin vio la luz y reconoció sus manos, y si valeroso y pertinaz fue en el mal, no se le pide acusar de cobarde en su expiación. Con ánimo sereno miró el cuadro de su vida, y vio en primer término las multitudes que formaban sus víctimas; más lejos, un lago inmenso formado con las lágrimas de todos los que por él sufrieron persecución y muerte o deshonra y miseria; pesó uno por uno todos los dolores que había producido su ferocidad; analizó todo el mal que por su causa se había enseñoreado de ese mundo; comprendió las fatales consecuencias de su inicuo proceder; buscó en el mar, teatro de sus horrendas hazañas, todos sus actos de barbarie; se vio señor de los mares, siendo el tenor y el espanto de mar y tierra; vio los niños sacrificados, las vírgenes violadas, los ancianos atormentados, y ante tantos honores no tembló, sino que resueltamente comenzó a sufrir su condena sin murmurar: mucho lleva pagado, pero aún le queda mucho que pagar. Una de las existencias en que demostró su valor a toda prueba, fue, indudablemente, la que voy a referir.

Nació en la mayor miseria, creció en medio de toda clase de privaciones, mendigó su pan hasta que tuvo edad para entregarse a los trabajos más rudos, entrando de grumete en una galera que fue apresada en las aguas de la India, en el mismo paraje donde, en otras existencias, había sembrado el horror y la muerte el pirata que decía: “Todo el Universo es mío!”

Fue pasada a cuchillo toda la tripulación del buque apresado, y sólo le concedieron la vida al joven grumete, que fue conducido al interior de la India, sometiéndoselo a los más terribles tormentos. Cuarenta y cinco años vivió sufriendo alternativamente los honores del agua y del fuego, recibiendo el dardo de agudísimas flechas, siendo arrastrado por caballos indómitos, y no había sufrimientos que le causaran la muerte. Siempre se curaba de todas las heridas; parecía un esqueleto, una momia escapada de su sepultura; nadie le amó, nadie le quiso, nadie tuvo compasión de aquel infortunado. No puede recordar el beso de su madre, ni la protección de su padre; nació entre abrojos, creció entre espinas, murió en medio de agudísimos dolores.

¡ Qué malo es ser malo!

¡Qué bueno es ser bueno!

El héroe de nuestra historia, al que llamaremos Wilfredo, después de aquellos “cuarenta y cinco años” de irresistibles tormentos, ha tenido varias encarnaciones, y en todas ellas ha muerto en el mar, que es donde él ha cometido todos sus crímenes, donde ha adquirido mayores responsabilidades. Ahora, por ley natural, tiene que escoger padres sin corazón o dominados por azarosas circunstancias, las que influyen poderosamente en el destino adverso de Wilfredo, que siempre se propone luchar y vencer, pero que no siempre puede conseguirlo, y esta contrariedad entra en su expiación, porque el espíritu decidido a sufrir casi goza en el martirio, y ese goce no puede tenerlo Wilfrio en todas sus existencias; por eso su vida se trunca en sus primeros años y, últimamente ni un día le ha sido dado permanecer en la tierra, contratiempo que hoy lamenta porque quiere avanzar y no avanza todo lo que desea. Ha

lanzado al mar tantos niños que le estorbaban en sus viajes, que justo es, muy justo, que sucumba entre las olas quien no escuchó los ruegos y los lamentos de las madres desoladas.

-Pues si es justo que así suceda -reflexionamos--, no tendrá mucha responsabilidad la mujer que le arrojó lejos de sí; si hay hechos que fatalmente tienen que suceder, es preciso que haya seres que los ejecuten.

-No hay tal; estás en un error gravísimo, pues nunca el mal es necesario, porque el mal no es la ley de la vida. La ley eterna es el bien, y para qi un ser muera no es indispensable que haya asesinos. El hombre muere por sí sólo cuando tiene necesidad de morir, y cuando se ha de salvar, aunque se encuentre en medio de los mayores peligros, se salva milagrosamente, como dicen unos; providencialmente, como aseguran otros; casualmente, como creen los más; y tened entendido que no hay milagro, ni providencia, ni casualidad; lo que ha habido, hay y habrá eternamente es justicia, justicia infalible.

Tenéis una sentencia vulgar que dice así: No hay hoja del árbol que se mueva sin la voluntad de Dios. Y en verdad es así, pero falta explicar lo qué es la voluntad de Dios, que no es lo que entre los hombres se llama voluntad, cuyos actos son querer y no querer, la potencia de admitir o rehuir alguna cosa, y si Dios quisiera o no quisiera, sería hacerle susceptible de encontrados sentimientos, habría lucha en sus ideas, y en Dios sólo puede haber inmutabilidad, infalibilidad, suprema perfección. Su voluntad es la ley de gravedad que regulariza el movimiento de los seres y de las cosas; es la fuerza centrífuga y centrípeta, es el efecto respondiendo a la causa, es la lógica, es la justicia, es dar a cada uno según sus obras. Dios hizo las leyes inmutables y eternas, y éstas funcionan en la Creación sin cambio alguno; para todas las estaciones hay sus flores y sus frutos, sus lluvias y sus vientos, sus días de sol y su noche de borrasca, y para todas las especies, sus idilios de amor.

Aman los leones en los desiertos abrasados por el sol de los trópicos, aman las tórtolas y las palomas en los caseros nidos, aman los peces en su lecho de cristal, aman las avecillas en el ramaje de la selva umbría, aman las palmeras y todos los vegetales, ama el hombre en los brazos de su madre y postrado ante el ángel de sus sueños, aman los planetas al sol que los fecunda, aman los soles a los cuerpos celestes que giran en torno pidiéndoles un ósculo de amor.

Todo ama, todo se relaciona con la vida; no hay hecho aislado ni hombre solitario, todo forma familia: el crimen se crea su atmósfera asfixiante, y la virtud, su semblante purísimo. Dios no quiere que el hombre sucumba al peso de infortunio. El hombre cae, desciende y muere en medio de agudísimos dolores en cumplimiento estricto de la ley; que aquel que se ha gozado en el dolor ajeno no tiene derecho a ser dichoso; la dicha no se usurpa, la felicidad se obtiene por derecho divino cuando se han cumplido todos los deberes humanos. Por eso Wilfredo no puede ser dichoso, porque siendo hombre no amó a la humanidad, y como fuerte oprimió a los débiles. Como el talento lo empleó en el mal, nada más justo que su vida sea una peregrinación penosísima, y que cuanto encierra la naturaleza tenga para él punzantes espinas.

Me detengo en estas digresiones porque es muy necesario que os convenzáis de que el que comete un crimen no lo ejecuta porque inconscientemente secunda planes divinos para castigar al culpable, no; esto sería acumular crímenes, y las leyes divinas sólo acumulan amor.

Cuando un hombre tiene que sucumbir en el fuego porque necesita sentir los dolores que hizo sufrir a otros en la hoguera, sucumbe en un incendio sin que nadie le arroje, y aun cuando se empleen todos los medios para salvarle, muere. La ley de la vida es ley de progreso, no de destrucción; amar a todo ser naciente, desde la florecilla del campo hasta el niño que llora al nacer para despertar el sentimiento de la compasión, es obedecer al mandato divino.

Amar es vivir, vivir es sentir y querer; y todo aquel que mata, aunque a ello le induzcan adversas circunstancias, criminal es, porque se opone a las leyes de Dios.

Wilfredo ha desperdiciado tantos siglos de vida, que ahora tiene sed de vivir en la tierra; pero ha truncado tantas existencias que irremisiblemente se han de truncar las suyas, y

Librodot

el trágico episodio de su última encarnación le ha entristecido prolongadamente. Contempla a su madre, a quien odia y compadece a la vez, y, si le fuera posible, inspiraría a cien médiums a un mismo tiempo para contar sus múltiples historias; tiene mucha prisa de trabajar, cree que se le ha hecho tarde en el camino de la vida, y desea ganar los siglos perdidos; que como querer no siempre es poder, él no puede, mejor dicho, no merece el goce de la expansión, y no lo tiene: llama a distintas puertas y nadie le responde. Es uno de los muchos anacoretas que hay en el espacio; se acercó a ti, y como tu sensibilidad está en completo desarrollo por el activo trabajo de tu plan de vida, necesariamente sentiste su dolorosa influencia, y yo en bien de los dos, de él y de ti, me he apresurado a desvanecer tus sombríos presentimientos y a transmitir algo de lo mucho que se agita en la mente de Wilfredo, que, semejante a un río que se desborda, con la abundancia de sus aguas, en vez de fertilizarlos, destruye los sembrados. El agua encauzada da vida a las plantas, pero invadiendo los valles en alud torrencial es su muerte.

Alud torrencial es por ahora la inspiración de Wilfredo, y la comunicación de los espíritus no debe, en sana lógica, perjudicar en lo más leve al médium, porque sería devolver mal por bien, y debemos devolver bien por mal. La comunicación para ser útil ha de instruir, ha de moralizar, ha de procurar el espíritu que el médium no sufra alteración alguna, sino que, por el contrario, se reanime con su fluido y adquiera fuerza para trabajar en el taller del progreso; el médium, por su parte, ha de estar siempre alerta, propicio al trabajo, pero reservando su omnímoda voluntad, siendo dueño absoluto de sus actos, y de esta manera se establece una relación entre vosotros y nosotros que nos presta mutuo consuelo.

Al espíritu le es grato comunicarse con los terrenales, si en la tierra tiene seres amados y sagrados deberes que cumplir; y vosotros, que vivís como los infusorios en una gota de agua, encontráis en nosotros las fuentes del infinito; adquirís verdaderas nociones de la vida, y aunque no os damos la ciencia infusa, os animamos a buscar en la ciencia el principio de todas las cosas, y en el amor universal el inmenso raudal del sentimiento, que es lo que verdaderamente engrandece al espíritu.

He sido intermediario entre Wilfredo y tú, como te he dicho antes, para bien de los dos; que harto necesitáis consuelo los anacoretas del espacio y los solitarios de la tierra. ¡Pobres hermanos míos! no os desaniméis; Wilfredo, alma perdida en el embravecido mar de las pasiones, náufrago que en una roca solitaria, en un castillo formado por la naturaleza, desde sus altas almenas contemplas el abismo donde tantas veces has sucumbido, y no sabes si bendecir la perpetuidad de la vida o desear el no ser de la muerte...

También para ti habrá una familia, también llegará un día que encontrarás una madre amorosa que vivirá esperando tus sonrisas y escuchando tus primeras palabras. Como no hay invierno que no tenga por primogénita a la primavera, ni estío que no tenga por heredero al otoño, también la luz del alba lucirá para ti.

Viviste “cuarenta y cinco años” entre honibles tormentos, y fuiste tan fuerte, tan enérgico, tan decidido para sufrir, que pagaste en aquella encarnación grandes deudas. La energía es un gran auxiliar para el rápido progreso del espíritu; no desfallezcas, no lamentes nacer y morir en el breve plazo de seis horas, cuando puedes vivir eternamente.

No mires al presente, contempla el porvenir; no te apresures demasiado, que la carrera sólo produce cansancio y fatiga. Ve despacio, muy despacio, pues no cambia el modo de ser de un espíritu en cortos segundos. El hombre se despoja de sus vicios lentamente, que no se pierden en un día los hábitos de cien siglos. Espera, iflexiona y confia en una nueva época no muy lejana que encarnarás en la tierra y tendrás una familia que te ame. Los cuarenta y cinco años de tu martirio en la India merecen una tregua de algunas horas de reposo, y las tendrás.

Y tú, cenobita envuelto en el humilde sayal de una mujer, poeta de otros tiempos, cantor aventurero que huiste del hogar doméstico porque no comprendías los derechos y los deberes de los grandes sacerdotes del progreso, mendigas hoy una mirada cariñosa, mira en torno y ve cómo nacen las generaciones, mientras que tú, planta estéril, no has podido besar la frente de un pequeñito, diciéndole: ¡Hijo mío!

Librodot

Trabaja en tu profunda soledad; busca en la contemplación de la naturaleza el complemento de tu pobre vida, ya qi no tienes un ser íntimo a quien contemplar. Mas lo mismo que le dije a Wilfredo te digo a ti: no desfallezcas; aunque eres pobre como las hojas secas, puedes trabajar y llegar a poseer una riqueza fabulosa; nadie puede llamarse pobre teniendo el infinito por patrimonio. Tú lo tienes también, avanza; espíritus amantes del progreso te rodean solícitos. Navega en el mar de la vida sin temor alguno, que la victoria será para ti, como para todos los que trabajan en la viña de la civilización universal.

Lee afanoso lo que escriben las olas al dejar sus espumas en la playa. ¿Sabes qué dicen? Esto:

Humanidad, toma ejemplo de nosotras, que trabajamos incesantemente. Si nos imitas, serás dichosa.

No olvides el consejo de las olas. En el trabajo está la libertad; el trabajo es el que dice en todas las épocas: Hágase la luz, y la luz se hace. Vive en la luz, y vivirás en la verdad.

LOS MANTOS DE ESPUMA

Dices bien (nos dice un espíritu), la playa cubierta de espuma es de un efecto sorprendente y grandioso sobre toda ponderación.

No hay salón de rico potentado que tenga alfombra mejor trabajada ni techumbre más esplendorosa.

Ayer te acompañé en tu paseo, me asocié a tu contemplación, oré contigo, y no te he dejado ni un segundo, porque deseaba contarte un episodio de mi última existencia íntimamente enlazada con los mantos de espuma que tanto te impresionaron, mantos como ningún César tuvo tan hermosos, porque el manto de Dios es superior en belleza a todas las púrpuras y armiños de la tierra.

En mi última encarnación pertenecí a tu sexo, y a semejanza de Moisés, me aflojaron al mar en un lindo cestito de mimbre, en una hermosa mañana de primavera.

Un niño de diez años que estaba jugando a la orilla del mar, vio mi cuna y, dominado por infantil curiosidad, se lanzó al agua, y momentos después saltó a tierra ebrio de felicidad, porque sin esfuerzo alguno había conseguido coger el objeto codiciado, el cestito de mimbre color de rosa que se había sostenido a flor de agua.

Grande fue su sorpresa cuando al abrirlo encontró dentro una tierna criatura envuelta en encajes y pieles de armiño. Con tan precioso hallazgo conió presuroso a buscar a sus padres, que eran colonos de un gran señor, los que al yerme me acariciaron, y la buena Ernestina se apresuró a prestarme toda clase de solícitos cuidados.

Aquel mismo día cayó sobre mi frente el agua del bautismo. Decidieron llamarme María del Milagro, que milagro patente fue mi salvación para aquellas buenas gentes, que ignoraban si mi cuna había sido aflojada a los mares desde lejano continente, o en la misma playa donde mi salvador me vio.

¡Cuan lejos estaban ellos de creer que yo era hija de un opulento señor y de una dama nobilísima que fue a ocultar su des honra tras los muros de un convento!

Mis bienhechores me acogieron como un presente del cielo, mi libertador me quiso con delirio, crecí en los brazos de Augusto, fui completamente dichosa, cuantos me rodearon me querían, pero sobre todo Augusto, que tomaba parte en mis juegos de niña, y el día que cumplí 15 abriles él mismo colocó en mis sienes la simbólica corona de azahar, jurándome al pie de los altares consagrarme su vida y su amor.

A los 16 años fui madre de un niño hermosísimo, que acabó de completar mi dicha. Mi pequeño Rafael era mi encanto. Tan bueno como su padre, vivía en mis brazos, siempre sonriéndose y acariciándome. Fuerte y robusto, al cumplir un año corría por la playa jugando con la arena y con la espuma de las olas. Una tarde estaba yo en la orilla del mar, que era el sitio predilecto de mi Rafael, viéndole jugar y correr. Aún le veo con su batita color de rosa pálido, sus rubios cabellos, sus ojitos azules y su frente más blanca que la azucena. Se acostaba en la arena y le gustaba que la espuma de las olas le cubriera: al sentir sus caricias mi niño se reía alegremente; se levantaba, corría, gritaba, me besaba cariñosamente y volvía a emprender su carrera. Yo corría tras él, y hasta mi Augusto tomaba parte en nuestros juegos.

Aquella tarde estaba sola con mi hijo, pues mi esposo había ido a la ciudad; rgras nubes cubrían el horizonte, pero yo estaba tan acostumbrada a vivir en la playa, donde había jugado cuando niña, donde mi alma se despertó al amor, donde había recibido los primeros besos de mi hijo, que no me causaban temor ni las nubes, ni las olas, por altas que se elevaran; tenía profunda confianza en ellas; les guardaba inmensa gratitud por haber mecido mi frágil cuna.

Mi Rafael jugaba como de costumbre, huyendo y buscando la espuma. Se acercó a la orilla, se inclinó, vino una ola con gran violencia y anebató a mi hijo. Al verle desaparecer, me arrojé tras él sin medir el peligro y perdí la razón, para no recobrarla sino dos años después. Unos pescadores vieron nuestra caída, y vinieron en nuestro auxilio, con tan buena suerte, que nos salvaron, pero yo no murmuré una queja. Cuando volvió mi Augusto, encontró a sus padres completamente desesperados, porque yo parecía una idiota, mirando a mi hijo sin llorar y sin reír. El niño me llamaba, pero su voz no me causaba la menor emoción. De aquel estado de idiotismo pasé al de la locura más violenta, y mi adorado Augusto, sin consentir que me quitasen de su lado, vivió dos años muriendo, aunque sin perder las esperanzas de mi curación. Mi padre contribuyó poderosamente a hacer menos triste la suerte de mi atribulada familia, pues aunque nunca dijo a mi esposo que él fuese el autor de mis días, demostró un interés por mi curación verdaderamente paternal, pagando a una notabilidad, médica cuantiosísimas sumas para que permaneciese constantemente a mi hdo el que a muchos dementes les había devuelto la razón.

Dos años viví entre dolorosas alternativas de calma estúpida y de furor tenible, hasta que una tarde tempestuosa dispuso el doctor hacer la última prueba. Mi esposo fue con mi hijo a la playa. Las olas llegaban a mis pies sin que me hicieran la menor impresión, cuando una ola más fuerte que las demás me cubrió de espuma, y mi hijo se arrojó en mis brazos, gritando: “Madre mía...! ¡Madre mía...!” La conmoción fue violentísima, pero Dios tuvo piedad de nosotros; lágrimas dulcísimas afluyeron a mis ojos y abracé a mi hijo con verdadero frenesí, mientras el médico me decía: “Llora, llora, pobre madre, llora de alegría! Un manto de espuma envolvió a tu hijo, y dentro de ese manto ha vivido dos años esperando que tú vinieras a sacarle de su nevada prisión; acógelo en tus brazos, no le sueltes.”

No era necesario que me lo encargaran, pues lo tenía apretado contra mi pecho, y hasta que me vi dentro de mi casa no lo separé de mis brazos. Desde aquella tarde feliz, mi curación fue rápida. La mejor medicina era ver a mi hijo más hermoso que los ángeles, con sus cabellos de oro, su alegre sonrisa, que corriendo en todas direcciones siempre venía a refugiarse en mis brazos.

Dejé la tierra muy joven. Era tan dichosa que mi felicidad truncaba las leyes de ese planeta; me desprendí de mi envoltura sonriendo, mirando los mantos de espuma que las olas dejaban en la playa.

Mi esposo, cumpliendo mi última voluntad, dejó mi ataúd tres días expuesto a la orilla del mar. Quise que las olas acariciaran mi féretro, ya que un día mecieron mi cuna.

Aun mis descendientes, en las largas noches de invierno, cuentan a sus pequeños la historia de sus antepasados, figurando en primer lugar la leyenda de María del Milagro, que muchos creen fabulosa y que sin embargo es verdad.

Librodot

Mi Augusto y mi Rafael han vuelto a la tierra, y yo desde el espacio les sigo con mirada amorosa, complaciéndome aún acercarme a las orillas del mar porque me recuerdan mi último idilio de amor terrenal.

Triste es ese mundo en comparación de otros planetas, pero viviendo como viví, tan amada de mi esposo, de mi hijo y de cuantos me rodearon, es un pequeño paraíso, un oasis bendito, un puerto de bonanza, donde el alma vive dichosa si quiere y se ve querida.

Tú admiras como yo admiraba los mantos de espuma que extienden ufanos sobre la arena sus encajes de nieve. También para ti tienen una historia que hoy no recuerdas ni me dejan recordártela.

Te agradezco la amabilidad que has tenido aceptando mi comunicación cuando estés en la orilla del mar consagra un recuerdo a

María del Milagro

¡VENID A MÍ LOS QUE LLORÁIS!

El desarrollo de fuerzas es la vida; la actividad es para el crecimiento del hombre lo que el sol para la fecundación de la tierra.

Uno de vuestros sabios contemporáneos ha dicho que el que trabaja ora; y el trabajo constante fue mi oración: pues si bien muchas veces he quedado sumido en profunda meditación ante la tumba de la niña pálida, la de los rizos negros, y elevaba mi pensamiento a Dios en la cumbre de las montañas, nunca me sentía más fuerte ni más inspirado que cuando podía enjugar el llanto de los innumerables mártires de la miseria, o me era posible evitar una acción vergonzosa a algún magnate que con su oro quería comprar su entierro futuro.

¡Cómo crecía mi espíritu en la lucha! Mi organismo, debilitado por el sufrimiento y hasta por el hambre -porque mi excesiva pobreza nunca me permitió alimentarme con nutritivos manjares-, recobraba una vida exuberante. Me encontraba tan fuerte, tan animoso, tan convencido de que Dios estaba conmigo, que acometía empresas superiores a mis conocimientos, a mis medios de acción, y obraba verdaderamente obedeciendo a otra voluntad más potente que la mía. Yo comprendía (sin quedarme la menor duda) que en mí había dos seres que actuaban a la vez, y que si en un momento de crisis mi espíritu se quedaba sobrecogido, alguien le decía: “Avanza, no retrocedas nunca en el camino del bien, no te duelan los sacrificios.” Y en verdad, no me dolían, porque gozaba en sacrificarme. La soledad, la desgracia, el abandono en que me dejó mi madre, me hicieron un filósofo profundo. Desde mi más tierna juventud consideré al sacerdote católico romano como árbol seco; comprendía que todas las ceremonias religiosas eran insuficientes para engrandecer el alma; admiraba y envidiaba al padre de familia que consagraba su vida al sostenimiento de sus hijos. Allí veía algo útil, mientras que en mi existencia solitaria no hallaba más que un fondo de egoísmo, y como estaba resuelto a no ser egoísta, plenamente convencido de que el mayor de todos los vicios es el vivir uno para sí mismo, decidido a engrandecer mi vida, cansado mi espíritu de tomar parte en los sufrimientos ajenos, que cuando en mi aldea no ocurría nada de extraordinario, si no iba a caza de aventuras poco le faltaba; me basta oír el relato de una calamidad para acudir solícito a consolar a los que sufrían.

En una ocasión llegó un buhonero a mi aldea, se colocó en medio de la plaza, y después de vender parte de sus baratijas, contó a quien lo quiso escuchar que no lo habían dejado entrar en Santa Eugenia, pueblo muy distante de mi aldea, porque se había declarado la peste en dicha localidad; que la mayoría de los mora dores habían huido a la desbandada, siendo de los primeros el cura, lo que había causado penosísima impresión en todos sus feligreses,

Librodot

puesto que los había dejado entregados a la perdición, sin tener quien los confesara en sus últimos momentos.

La narración de aquel hombre me había conmovido profundamente, y acto continuo le dije a Miguel:

-Atiende; ve a ellos.

Pronto comparecieron Andrés y Antonio, honrados propietarios, que parte de su pequeña fortuna la empleaban, por consejo mío, en obras de caridad. Al verles les dije:

-Necesito de vosotros para que me acompañéis a un lugar donde se llora, donde por faltarles todo, ni un sacerdote tienen que les escuche en confesión. Traed vuestros mejores caballos. A buen paso mañana podremos llegar al pueblo apestado. Vosotros descansaréis en la granja que hay en la entrada y yo haré mi trabajo. Al día siguiente regresaréis aquí para yo estar completamente tranquilo. Según ha contado un buhonero, hay una pobre familia, a quien yo conozco mucho, cuyos siete miembros están en el lecho de
muerte, y un criminal, un asesino, es la única persona que la autoridad ha destinado para cuidar de los enfermos. ¡Eso es horrible! ¡Eso es inhumano! Mientras yo pueda tenerme en pie quiero decir con mis hechos ¡Venid a milos que lloráis!, que si Dios me ha negado los hijos del amor, ha sido para darme familia más dilatada, compuesta de todos los infortunados que sucumben al peso del dolor.

En mi última existencia tuve indudablemente una potencia magnética de primer orden, porque imponía mi voluntad sobre todos los que me rodeaban, sin que ninguno se atreviera a hacer una leve objeción.

Montamos a caballo, y mis compañeros apenas podían seguirme. Yo corría con la velocidad del rayo; mi corcel saltaba zanjas y precipicios sin intimidarle ni las escarpadas vertientes ni los profundos abismos.

El sol se hundió tras de los montes, la luna en toda su plenitud extendió su manto de plata sobre el mar que dormía tranquilo y con toda felicidad llegamos al término de nuestro viaje.

Hoy no existe ni una piedra de aquel lugar apestado, pues guerras e incendios destruyeron esa población agrícola, rica en manantiales, en frutos sabrosos y en granjas modelos.

A bastante distancia de Santa Eugenia encontramos tendido el cordón sanitario y el burgomaestre que paseaba de un lado a otro, demostrando en su semblante profunda inquietud.

Cuando nos vio llegar, nos cenó el paso, diciendo con acritud:

-Pasad, pasad de largo, que el diablo se alberga aquí.

-Pues donde está el diablo es donde hay que levantar la cruz. Dejadme pasar, que vengo a consolar a los enfermos.

¿Quién sois, pues?

-El padre Germán.

¡El padre Germán...! ¡el brujo...! ¡el hechicero...! ¡el endiablado...! ¡huid, huid de aquí...!

-Seré todo, todo lo que queráis; pero dejadme pasar; es que aquí hay siete individuos abandonados de los hombres, y yo vengo a decirles que no están abandonados de Dios. Sé que la viuda del molinero del Torrente es víctima de una horrible catástrofe:

dejad que acuda en su auxilio; y vos id a vuestra casa, que indudablemente vuestra familia necesita de vos -y espoleando a mi caballo lo lancé al galope, mientras el burgomaestre (según me dijeron luego mis compañeros) hacía la señal de la cruz, diciendo con voz entrecortada:

-Tiene razón, ese hombre ha hecho pacto con Satanás. Siempre me juzgó mal la humanidad: mientras estuve en la tierra, me creyó en connivencia con el diablo, y cuando dejé ese mundo, me apellidó santo. ¡Cuan lejos ha estado siempre el vulgo de la verdad! En realidad, no fui más que un hombre ávido de progreso que había perdido siglos y siglos

Librodot

buscando en la ciencia lo que nunca pudo encontrar: ese goce íntimo, esa satisfacción inmensa, esa alegría inextinguible que nos proporciona la práctica del bien. ¿Qué importa que haya ingratos en la tierra si ellos con su ingratitud no nos pueden arrebatar ese recuerdo purísimo que cual luz misteriosa nunca se extingue, iluminando la senda que recorremos? Dichoso aquel que, al entregarse al descanso, puede decir: “Hoy he enjugado una lágrima”.

No me era desconocido el pueblo de Santa Eugenia. Sabía dónde vivía la viuda del molinero del Torrente, que habitaba una casa medio arruinada casi fuera del poblado. Su marido había muerto en mis brazos seis años antes, y sus últimas palabras aún resonaban en mis oídos. Murió diciendo: “Me voy tranquilo, mis hijos no quedan huérfanos”, y acompañó sus palabras con una de esas miradas que le hacen a uno creer en la existencia de Dios.

Hay miradas de fuego, miradas luminosas que descubren las inmensidades de la enfermedad...

Cuando llegué a la casa apestada, un hombre alto y fornido, de aspecto repugnante y feroz, me cenó el paso, diciendo con acento iracundo:

-Tengo orden de no dejar pasar a nadie; la muerte está aquí dentro.

-Pues adonde está la muerte deben acudir los vivos. Déjame pasar, porque vengo a compartir tus fatigas; llévame donde está Cecilia. -Y echando pie a tierra, le dije a mi interlocutor-:

Guíame.

Aquel desgraciado me miró con asombro y me dijo con más dulzura:

-Padre, usted sin duda no sabe lo que hay aquí, ¡hay la peste!

-Pues por eso vengo, porque sé que hay varios seres que están agonizando; no perdamos tiempo. -Y con paso apresurado penetré en el interior de la casa, donde encontré un cuadro de los más horribles que he visto en mi vida; en un aposento destartalado, alumbrado por un hachón de sinuosa tea, había seis hombres acurrucados unos juntos a otros, encima de un montón de paja, mantas y trapos todo revuelto; su respiración fatigosísima me impresionó dolorosamente; miré a todos lados buscando a la buena Cecilia, que era una madre modelo, y la encontré en un rincón, sentada en el suelo y sin movimiento alguno.

Cogí su diestra y la estreché entre mis manos, murmurando suavemente:

“Cecilia!” Ésta abrió los ojos, me miró como aquel que despierta de un profundo sueño, y repetí con voz más acentuada: “Cecilia, levántate. Dios ha oído tu ruego.”

-Es verdad, puesto que habéis venido. -Y haciendo un esfuerzo sobrehumano aquella pobre mártir se levantó, y entre sollozos me contó que hacía 26 días que luchaba con la horrible enfermedad de sus hijos, sin descansar sino brevísimos momentos en la mitad del día, pues por la noche se agravaban y no los podía abandonar; que aquella tarde le habían faltado las fuerzas por completo; que había pensado en mí y me había llamado con insistencia, extrañando que yo no hubiera acudido antes, puesto que en todas sus plegarias pedía a Dios que me enviase.

Yo había llevado conmigo mi cajita de remedios, sencillísimos en la preparación, pues todos eran vegetales, pero me ayudaban más que todas mis facultades curativas, mi potencia magnética, potencia tan poderosa que me había granjeado fama de brujo, pues en muchas ocasiones hice curas maravillosas (a simple vista), por más que no pasaban de ser hechos naturales dentro de las leyes físicas, leyes desconocidas para las multitudes ignorantes.

Tenía la inmensa ventaja de saber aprovechar el tiempo, y a las tres horas de haber llegado a aquel lugar de tormento, los seis enfermos dormían tranquilamente, unos con más reposo que otros, mientras Cecilia y el enfermero que le habían enviado, siguiendo mis instrucciones, preparaban tisanas y calmantes, corriendo yo entretanto a casa del burgomaestre a pedir clemencia para aquellos desgraciados que carecían de lo más indispensable.

Al yerme la primera autoridad, comprendí en su mirada que le inspiraba espanto. Creía ciegamente que yo tenía hecho pacto con Satanás, porque al llegar a su casa, algo preocupado con lo que yo le había dicho, encontró a sus tres hijas sufriendo terribles convulsiones, que

Librodot

obedecían, por supuesto, a una causa sencilla y natural: habían salido aquella tarde, pasando cerca de la casa de los apestados, en ocasión que uno de los enfermos, dominado por la calentura, había burlado la vigilancia de su madre y salido al campo, envuelto en una manta, lanzando gritos desgarradores; las niñas, al verle, se impresionaron; el terror se apoderó de ellas y volvieron a su casa temblando convulsivamente. Yo no sabía nada de esto; mas en muchas ocasiones, sin poderme explicar la causa, adivinaba lo que iba a acontecer.

Sin cuidarme de las miradas recelosas del burgomaestre, pedí a su esposa que me acompañara con sus plegarias para prestar alivio a sus hijas; y como la oración de una madre es la súplica más ferviente que hace el espíritu, como hay en ella todo el amor que puede sentir el alma, su ruego y mi potente voluntad de hacer bien consiguieron la cesación de las convulsiones en la pobres niñas impresionadas.

Su padre veía el milagro que se operaba sin saber quién lo hacía, pero como amaba a sus hijas, me miró casi con gratitud, diciendo con cierto recelo:

-Dicen que sois emisario de Satanás, pero vuestras obras hay que confesar que no lo manifiestan.

-Tenéis razón; nunca el genio del mal se complacerá en el bien: no hay en mí más que un ardiente deseo de convertir en ma sola familia a la fraccionada humanidad. Cuando todos se amen, la tierra será el bíblico paraíso. Dios no creó a los hombres para que vivieran peor que las fieras, sino para que se amaran. Yo he comprendido su ley, ¡he ahí toda mi ciencia, todas mis malas artes! Donde veo una lágrima acudo presuroso. Sólo el amor universal será la redención del hombre.

Más de un mes permanecí en Santa Eugenia. Cecilia tuvo la inmensa dicha de ver a sus seis hijos completamente curados. El júbilo de aquella madre modelo fue indescriptible; sus miradas y sus demostraciones de cariño me recompensaron ampliamente de todos mis afanes.

Cuando me dispuse volver a mi aldea me asaltó un pensamiento. Cecilia y sus hijos eran espíritus adelantados, y en aquel lugar, habitado por res supersticiosos y egoístas, no estaban en su centro; la prueba estaba bien manifiesta, pues cuando necesitaron de auxilio fueron abandonados casi en absoluto, negándoseles lo más necesario para la vida.

Los creían los malditos de Dios por haber adquirido una enfermedad contagiosa que, según se creía, habían llevado a aquel punto unos bohemios que pernoctaron en Santa Eugenia.

Mi llegada, si bien les fue beneficiosa, en mi ausencia podría servirles de un nuevo tormento, y quién sabe si hasta podrían r perseguidos diciendo que estaban embrujados por mí, puesto que los había curado. Conocía tan a fondo al vulgo ignorante, que no quise dejar expuestos a mis amigos a sus imbéciles iras, y les propuse que cambiaran de residencia, viniéndose a mi aldea, donde con su trabajo podrían vivir con más holgura que en Santa Eugenia.

Cecilia me contestó que pensaba proponérmelo, pues comprendía, como yo, que al irme se desencadenaría sobre ellos una verdadera persecución, comenzando por el cura del pueblo, que nunca me perdonaría haber puesto de relieve su impiedad.

Cuando me fui a despedir del burgomaestre le ofrecí mi humilde casa, diciéndole:

-Me llevo a los apestados. Si acaso la peste reaparece en Santa Eugenia, mandadme a vuestra familia, que las jóvenes son impresionables y el temor es el contagio.

¿Creéis que la peste volverá?

¡Quién sabe! Si tal sucede, la primera víctima será el pastor que abandonó su rebaño.

Salí de Santa Eugenia con Cecilia y sus hijos. Un solo hombre me despidió llorando como un niño: el pobre criminal que había servido de enfermero a los apestados.

Aquel infeliz se abrazó a mis rodillas llamándome ¡su Dios! En realidad, mi voz encontró eco en su conciencia, en aquella encamación comenzó a ver la luz, y hoy está entre vosotros siendo un apóstol de la verdadera religión.

En mi última existencia quizá no tuve momentos más felices que los que transcurrieron durante mi regreso a la aldea con Cecilia y sus hijos; éstos eran unos espíritus tan despiertos,

tan comprensivos, tan amantes del adelanto; sabían querer con tal sentimiento, que me sentí gozoso al considerar que llevaba a mi aldea a seis hombres que podrían ser buenos jefes de familia. Al verlos tan ágiles, tan robustos, tan llenos de vida y de juventud, recordaba del modo que los encontré, tan abatidos, tan desfigurados, tan horrorosos, con el rostro ennegrecido, los cabellos erizados, los ojos sin brillo, los labios cubiertos de espuma sanguinolenta, la inteligencia entorpecida hasta el punto de no conocer ni a su madre, a la que todos adoraban como una santa, y santa era en realidad, porque fue de las mejores madres que he conocido en la tierra.

Entré en mi aldea más satisfecho de mí mismo que todos los conquistadores del mundo, y lleno de emoción dije a mis feligreses:

-Fui a buscar en el seno de la muerte el principio de la vida. Os traigo una familia modelo, así que imitad sus virtudes y seréis más ricos que todos los potentados de la tierra.

Un mes después, supe por la familia del burgomaestre de Santa Eugenia, que vinieron a refugiarse en mi aldea huyendo de la peste, que al regresar el cura a dicho punto fue el primero que sucumbió, víctima de la enfermedad que tanto honor le causaba que le obligó a olvidar sus deberes en los momentos más solemnes.

Réstame decirles, para terminar este capitulo de mis Memorias, que los seis hijos de Cecilia fueron la base de varias, familias amantes del progreso y de la verdad. Todos contrajeron matrimonio, y la mayor parte de sus hijos recibieron de mí la primera instrucción.

Me inspiráis compasión cuando os veo languidecer suspirando en la soledad que os creáis por vuestro egoísmo. Decís que no tenéis familia. ¡Ingratos! ¿Pues los desvalidos y los enfermos no son vuestros hermanos menores? Todo ser débil que reclama vuestro amparó deudo vuestro y ¡hay tantos desgraciados en el inundo!... Es tan numerosa la familia de los anacoretas! ¡ Hay tantos cenobitas que se mueren de frío en los desiertos de ese planeta!

Creedme, decid como yo decía: ¡Venid a mí los que lloráis!, y tendréis una familia numerosísima. ¡Hay tantos niños sin padre!... ¡Hay tantos ciegos sin tener quien los guíe!... ¡Hay tantas víctimas de las miserias humanas!...

Enjugad vuestras lágrimas, pues el llanto que se vierte en la inacción es como el agua del mar que no fecunda la tierra laborable. No lloréis solos, llorad con los afligidos, y vuestro llanto será rocío benéfico que hará brotar flores entre las piedras.

¡UN ADIÓS!

Por regla general, el hombre ama los lugares donde fue dichoso, y le inspiran aversión los parajes donde cayó abrumado bajo el peso enorme de la cruz; y aunque la reflexión nos haga considerar que lo que tiene que efectuarse se efectúa, lo mismo en un sitio que en otro, domina al hombre esa preocupación, sin eximirse de su influjo ni el sabio ni el ignorante.

Nosotros confesamos ingenuamente que recordamos con honor algunos lugares donde hemos sentido esos dolores agudísimos, esos accesos de profunda desesperación, esa agonía que concluye con todas las esperanzas, dejándonos sumergidos en el hondo abismo del abatimiento.

¡Cuánto se sufre cuando el alma se abate, cuando el desaliento nos cubre con su manto de nieve o su capa de fría ceniza, cuando todo se ve muerto... cuando el no ser parece el porvenir de la humanidad! Casi, casi no es extraño que se miren con cierto temor los parajes donde hemos sufrido, y que se recuerden con indecible placer los puntos donde hayamos reposado de nuestras habituales fatigas siquiera haya sido por breves momentos.

Pocos días de sol hemos tenido en esta existencia. Hemos recorrido varias ciudades, y al dejarlas, nuestro corazón no ha tenido que latir con más violencia que de costumbre. A

todas partes nos ha seguido esa sombra muda, ese fantasma fatídico de nuestra expiación; que, como indudablemente ayer sembramos vientos, hoy hemos recogido abundante cosecha de tempestades.

Los que viven en un naufragio continuo tienen pocos instantes de alegría; pero como nadie se va de la tierra sin haber sonreído, sin haber reposado algunos instantes, para seguir después con más ánimo su penosa jornada, nosotros, en cumplimiento de esa ley, también hemos tenido algunos momentos de reposo y de dulce contemplación en la orilla del mar.

Sí; allí, solos ante la inmensidad, o acompañados de una hermosa niña de cinco años y un pequeñuelo de tres primaveras, hemos preguntado a las olas: "Decidme, ¿dónde está la felicidad?", y ellas, levantando montañas de nevada espuma, parecía que nos contestaban: "En la lucha incesante del trabajo; sigue nuestro ejemplo", y seguíamos con mirada afanosa su continuo movimiento, admirando su espléndida y variada belleza, porque nada cambia tanto de forma y de color como las olas.

Siempre son bellas, siempre hablan al corazón sensible contándole una historia interminable, siempre trazan en la arena misteriosos jeroglíficos, huyendo presurosas, volviendo con afán a dejar en la playa sus líquidas perlas. El mar es la fuerza absorbente y la fuerza expelente, y la una y la otra se complementan en su eterna lucha. Sin la una, sería nulo el trabajo de la otra.

El mar nos parece el manto de Dios. ¡Qué hermoso, qué hermoso es! Con sus múltiples colores cuando recibe la lluvia de oro que el sol le envía en sus rayos luminosos, cuando la luna le cubre con su manto de plata o los crepúsculos con sus nubes de púrpura.

El mar siempre es grandioso, siempre es admirable, siempre sorprende con un nuevo encanto, siempre le ofrece al hombre pensador un libro inmenso donde estudiar las infinitas maravillas de la Creación.

La dulce voz de un niño vino a sacamos de nuestro arrobamiento. Vueltos a la vida real, miramos a la pequeña Rosita, que ha sido siempre nuestra inseparable compañera en la orilla del mar.

También se ve a Dios en el rostro de un niño, porque irradian sus ojos los resplandores del cielo.

Seguimos nuestro paseo y nuestras miradas se detuvieron en una joven pareja que jugaba con las olas, riéndose alegremente cuando la blanca espuma salpicaba sus vestidos con nítidas perlas.

¡Qué risueña es la juventud! Durante algunos momentos contemplamos a los seres que nos rodean, y observamos que entre todos escribíamos una página de la historia humana.

Rosita y su hermano jugaban en la arena alegres y confiados, y su buena madre los miraba con placer. Para ella sus hijos son lo más hermoso de la tierra. La joven pareja que jugaba con las olas. Celia y Enrique, que entre los dos no cuentan medio siglo, se miraban amorosamente. Para ellos el todo está en su amor, y nosotros, sin la alegría de los niños, sin la bendita satisfacción de su madre, sin la dulcísima esperanza de Celia y Enrique, mirábamos el mar y veíamos en sus móviles olas algo que nos hablaba de Dios y nos hacía pensar en la eternidad.

El dolor es el agente del progreso que a muchos espíritus le dice: "Levántate y anda!" ¡Cuánto tiempo hace que su voz resuena en nuestros oídos!

Antes de dejar aquella tranquila playa, entramos en la humilde casita donde tantas veces hemos escuchado al médium parlante inspirado por el espíritu del padre Germán.

Nos detuvimos en la salita donde habíamos oído frases tan consoladoras, dimos gracias en nuestra mente a aquellas paredes que nos habían guarecido, a aquellas sillas que nos habían servido para reposar. ¿Y cómo no dárselas si en aquella habitación hemos recibido tan instructivas lecciones, tan sabios, tan prudentes consejos, dados con tanto amor, con tanta paciencia? Un espíritu amigo nunca se cansa de aconsejar y de instruir. ¡Qué inmenso es el amor de los espíritus!

Llegó el instante de partir, y abandonamos la casita, la playa, las rocas, las olas. ¡Todo quedó allí...!

Cuando dejemos la tierra, indudablemente nuestro espíritu irá a aquel lugar, se detendrá en aquellas rocas, y siendo cierto que siempre que se proyecta una sombra sobre una pared, deja en ella un huella permanente, estando probado que las imágenes del pasado se encuentran grabadas en los cuadros del éter, lo mismo que los sonidos de las voces pasadas, y hasta los perfumes de las flores marchitas hace siglos y los aromas de la frutas que pendían de los árboles cuando el hombre no había ensayado aún el vuelo de su pensamiento, allí nos contemplaremos, allí nos veremos tristes y abatidos, lamentando la eternidad de la vida, creyendo que era la eternidad del dolor.

Allí volveremos a oír la voz del padre Germán, que tanto nos impulsa hoy al progreso, que tanto nos alienta, que tanto nos inspira. ¡Oh! sí; al dejar este mundo iremos al paraje donde estuvimos ayer, para darle un adiós. Seríamos muy ingratos si olvidáramos el inefable consuelo que en aquel punto ha encontrado nuestro espíritu.

Cuántas veces hemos llegado a aquel lugar lamentando las miserias humanas, y al dejarle hemos sonreído gozosos, murmurando con íntima satisfacción:

¡Qué bello es vivir cuando se confía en nuestro progreso indefinido y se ama a la verdad suprema, la eterna luz!

¡Adiós, humilde casita! ¡Playa tranquila! ¡Olas envueltas en nevada espuma! ¡Rocas cubiertas con su manto de algas! ¡Adiós! ¡Adiós...!

Gracia, l2 de marzo de 1884.
Amalia Domingo Soler

Librodot